

*Anales de la*  
*Fundación Joaquín Costa*

n.º 18

Huesca

2001



*Anales de la*  
*Fundación Joaquín Costa*

n.º 18

Huesca

2001

La FUNDACIÓN JOAQUÍN COSTA figura debidamente inscrita en el Registro Especial del Ministerio de Cultura, al n.º 129, como Fundación cultural privada, con el carácter de benéfica de promoción, en virtud de la Orden de 5-3-84 (*Boletín Oficial del Estado* de 8-6-84).

Se entiende que los distintos colaboradores expresan sus propias opiniones. La FUNDACIÓN admite los textos propuestos, sin identificarse, necesariamente con la totalidad de su contenido.

La correspondencia debe dirigirse a la sede social:

Del Parque, 10 - 22002 Huesca  
Teléfono 974 - 24 01 80

*Anales de la*  
*Fundación Joaquín Costa*



n.º 18

Huesca

2001

BIBLIOTECA AZLOR  
INSTITUTO DE ESTUDIOS  
ALTOARAGONESES  
HUESCA

I.S.S.N.: 0213-1404  
Depósito Legal: HU-193/2002

---

Impresión: Gráfico RM Color, S. L.

# ANALES DE LA FUNDACIÓN JOAQUÍN COSTA

DIRECTORA: Milagros Ortega Costa  
SECRETARIA: Pilar Alcalde Arántegui

n.º 18

Huesca

2001

---

## SUMARIO

Costa, un intelectual para la crisis, por Eloy Fernández Clemente . . . . .	5
Acerca de la pretendida indefensión de las Administraciones Públicas en materia de contratación (Un comentario a la noticia publicada en el <i>Diario del Altoaragón</i> sobre la modificación del contrato de la obra de ampliación del Ayuntamiento de Huesca), por Lorenzo Serena Puig . . . . .	39
Carta de Joaquín Costa a Víctor González Albelaida . . . . .	57
Costa y Gabriel Rodríguez . . . . .	65
Joaquín Costa: el grito del agua (monólogo teatral a “dos voces”), por Alfredo Castellón . . . . .	69
SECCIÓN DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL ANTROPOLOGÍA SOCIAL HOY	
Presentación, por Carmelo Lisón Tolosana . . . . .	93
Antropología Social e Inteligencia Artificial, por Luis Álvarez Munárriz . . . . .	95

Formación y actitudes en la FP reglada, por María Isabel Jociles Rubio .....	111
Trabajar para vivir o vivir para trabajar, por Ana María Rivas Rivas .....	123
La critique des sources en anthropologie, par Bernard Traimond .....	133
L'avenir de l'anthropologie, par Bernard Traimond .....	159
Pour une anthropologie de l'actuel et de l'inactuel dans le contemporain, par Pierre Bidart .....	175



# *Costa, un intelectual para la crisis\**

POR  
ELOY FERNÁNDEZ CLEMENTE\*\*

## 1. UNA REVISIÓN HISTORIOGRÁFICA

La aportación que, desde tierras aragonesas, traigo a este importante congreso quiere ser una revisión, una mirada reflexiva sobre lo mucho escrito en los tres últimos años sobre Joaquín Costa en los libros y revistas aparecidos en torno al centenario del 98, y con este asunto como tema central (no, por tanto, el estudio de la figura y la obra de Costa). La mirada de muchos de esos autores se ha volcado sobre todo en la pérdida de la guerra (casi exclusivamente llorada a causa de Cuba, a la que se han dedicado muchos estudios) y en las diversas respuestas que desde la política, la literatura, la sociedad se dieron a aquel “Desastre”, que hizo estremecerse a esa España que miraba obsesivamente hacia su pasado, contemplado a fines del XIX como la historia de un fracaso (Ringrose).

Se trata de situar a Costa en su contexto finisecular. Cuál fue su papel en esa época de crisis y revulsivos, de qué sirvió lo que dijo e hizo, en quiénes influyó. Ya lo hizo, en primer lugar, hace más de cuarenta años (1966), Rafael Pérez de la Dehesa con *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*,<sup>1</sup> en el que concluía que “La influencia de Costa fue decisiva en la vida intelectual española. Lo fue en la primera época de la generación del 98 y continuó después, si bien posteriormente fue más bien ambiental e indirecta. El estudio de la ideología de Costa y de su influencia es básico para comprender la historia política e intelectual de la España moderna y quizá valioso para la construcción de la futura España”. Lo hicieron también en 1974 Manuel Tuñón de Lara, en su *Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo*,<sup>2</sup> y poco después sus discípulos y amigos Jacques Maurice y Carlos Serrano, en *Joaquín Costa: Crisis de la restauración y populismo*.<sup>3</sup> Desde entonces, en estos más de veinte años transcurridos, se han repetido no pocos tópicos, aunque también se han desarrollado dos docenas de estuendos libros y monografías.

---

\* Trabajo leído el 26 de octubre de 1998 en la Universidad de Jaén en el marco de un Congreso Internacional sobre *Joaquín Costa y el 98*.

\*\* Universidad de Zaragoza.

<sup>1</sup> Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966.

<sup>2</sup> Madrid, Cuadernos para el Diálogo.

<sup>3</sup> Madrid, Siglo XXI, 1977.

No voy a hacer referencia a ellos, ni aun apenas a los libros y artículos publicados en estos últimos años específicamente dedicados a Costa. Obviamente, sus autores han tomado su obra y figura como elemento fundamental, y ese dato rompe nuestro método. Me refiero a la recopilación de toda la obra *En torno a Costa* de Alfonso Ortí,<sup>4</sup> en muy primer lugar. De ese gran libro escribí, en su prólogo, y me reafirmo en ello, que es “el conjunto de materiales definitivo para comprender a Costa, valorar adecuadamente su obra, establecer de una vez su sentido”. Luego, he de mencionar los estudios que Ortí y Cristóbal Gómez Benito han acometido sobre su obra agraria. Quiero evocar igualmente el agudo e interesante planteamiento de Ignacio Peiró al analizar y publicar los textos de las *Oposiciones a cátedra de Historia de España de la Universidad de Madrid*, tan frustrantes para Costa.<sup>5</sup> O el libro de Óscar I. Mateos *Nacionalismo español y europeísmo en el pensamiento de Joaquín Costa: 98 y proyecto de modernización de España*.<sup>6</sup> No olvidemos que en *Anales de la Fundación Joaquín Costa* se han publicado en los últimos años muy importantes trabajos, cuya cita sería prolija; que la revista *Temas de Antropología* recoge en su volumen VI los textos dedicados a Costa en el *VII Congreso de Antropología*, y el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* en su número 24-25, de 1996, dedica unas páginas monográficas a “Joaquín Costa y el proceso de modernización de España”. Ni incluiré mis artículos aparecidos en un interesante coleccionable de *El País*,<sup>7</sup> ni, en fin, el libro póstumo de Trinidad Ortega Costa *Así hablaba Joaquín Costa*,<sup>8</sup> pues el ya fallecido nieto del prócer se limita a realizar una selección de textos, sin estudio introductorio alguno.

Tampoco incluyo en esta revisión, aparte las razones cronológicas, que en la mayoría de los casos los dejarían fuera, los grandes manuales sobre el XIX y el XX (de autor individual, como los de Fusi o Tusell, o colectivo, como los varios volúmenes de la *Historia de España* de Menéndez Pidal y Jover): no es eso lo que pretende este pequeño trabajo. Nos llevaría demasiado lejos y tomaríamos, de modo agregado, tanto los estudios específicos como los coyunturales, los que miran y son hechos para el largo plazo y los que surgen para analizar un muy marcado momento histórico.

Tampoco me referiré a libros que han acudido a esa coyuntura y efemérides desde otras perspectivas o cuya finalidad es más la divulgación que la reflexión y el análisis histórico, tales como los de Eslava Galán, J., y Rojano Ortega, D. (1997), *La*

---

<sup>4</sup> Madrid, MAPA, 1997.

<sup>5</sup> Zaragoza, IFC, 1996.

<sup>6</sup> Zaragoza, IFC, 1998.

<sup>7</sup> FERNÁNDEZ CLEMENTE (1997). “Regeneracionismo: los límites de la utopía” y “Joaquín Costa. El galvanizador de la opinión”, en JULIÁ (1997 a), 213-217 y 221.

<sup>8</sup> Huesca, IEA, 1998.

*España del 98. El fin de una era*, Madrid; Figuero, J., y Santa Cecilia, C. G. (1997), *La España del Desastre*, Barcelona; Leguineche, M. (1998), *Yo te diré... La verdadera historia de los últimos de Filipinas (1898-1998)*, Madrid; Núñez Florencio, R. (1998) *Tal como éramos. España hace un siglo*, Madrid, etc.

En cuanto a otros libros, de la larga serie consultada, algunos apenas aluden de pasada o ignoran a Costa, reducidos a estudios literarios,<sup>9</sup> unas veces, o a los hechos bélicos y su contexto político, otras.<sup>10</sup> Cabe preguntarse, desde luego, ¿por qué, a veces, un autor trata a fondo de ciertos escritores y relega a otros a un papel secundario? No siempre es fácil escudriñarlo. Así, por ejemplo, Andrés Trapiello confiesa de sí mismo que, tanto en *Las armas y las letras* como en *Los nietos del Cid*, ha actuado por razones que “sería muy largo de explicar, pero no difícil”; pero, en todo caso, advierte que “nadie busque en estas páginas criterios objetivos”, ya que ciertos autores menores “están tratados de una manera más dilatada que otros, como Costa, Cajal o Benavente, que fueron mucho más importantes desde todo punto de vista”.<sup>11</sup>

¿De qué publicaciones, entonces, voy a ocuparme? Fundamentalmente, ya queda anunciado, de las académicas (o procedentes de instituciones, editoriales, etc., que se caractericen por su voluntad de aportación científica, didáctica) y exclusivamente de aquellas que han acudido, con mayor o menor oportunidad, a la cita que el centenario del 98 proponía.

Así, de entre los libros de un solo autor, destacaremos los de Sebastian Balfour (1997) *El fin del imperio español (1898-1923)*, Barcelona, Crítica, y de Antoni Marimon (1998), *La crisis de 1898*, Barcelona, Ariel. Ambos enfocan desde una óptica y métodos tradicionales buenas perspectivas de lo que fue la coyuntura finisecular. Añadamos a ellos el libro de José Andrés-Gallego (1998), *Un 98 distinto. Restauración, desastre, regeneracionismo*. Por su parte, con mayor ambición tanto comprensiva de asuntos cuanto metodológica, destacan los libros del profesor de Cornell (USA) Ciriaco Morón Arroyo (1996), *El “alma de España”. Cien años de inseguridad*, Oviedo, Nobel; del de la Universidad de Zaragoza, José Luis Calvo Carilla (1998), *La cara oculta del 98. Místicos e intelectuales en la España del fin de siglo (1895-1902)*, Madrid, Cátedra, y del conocido escritor Andrés Trapiello (1997), *Los nietos del Cid. La nueva edad de oro de la literatura española (1898-1914)*, Barcelona, Planeta.

---

<sup>9</sup> Así, el libro de MAINER, J.-C., y GRACIA, J. (eds.) (1998). *En el 98 (Los nuevos escritores)*. Madrid, Visor.

<sup>10</sup> Es el caso de los libros editados por FUSI, J. P., y NIÑO, A. (1996 y 1997). *Antes del “desastre”: orígenes y antecedentes de la crisis del 98 y Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, que recogen las comunicaciones y ponencias del congreso celebrado en la Universidad Complutense en 1995. También el libro encabezado por DIEGO, E. DE (dir.) (1996). *1895: La guerra en Cuba y la España de la Restauración*. Madrid, Ed. Complutense.

<sup>11</sup> TRAPIELLO (1997), p. 13.

De todos modos, lo que han abundado han sido los libros colectivos, no siempre muy coordinados, aunque hay excelentes excepciones. Destaquemos los “editados” por Pedro Laín Entralgo y Carlos Seco Serrano (1998) *España en 1898. Las claves del Desastre*; Manuel Suárez Cortina (1997), *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia*; Juan Pan-Montojo (1998), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*; Roberto Mesa (1898), *Tiempos del 98*, y José G. Cayuela Fernández (1998), *Un siglo de España: Centenario 1898-1998*. Y no olvidemos una cala en profundidad como es la del libro dirigido por Antonio Robles Egea (1996), *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea*.

Y, considerándolas en la práctica como libros, añadamos las revistas que han acudido a la cita conmemorativa, destacando el excelente coleccionable de *El País*, dirigido en 1997 por Santos Juliá, *Memoria del 98*; y varios buenos números monográficos de *Revista de Occidente* (202-203, marzo de 1998, pp. 79-89), del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (28-29), el extra sobre “La Educación y la generación del 98” de la *Revista de Educación*, ambos de 1997, y el dedicado igualmente a mirar *Hacia el 98. La España de la Restauración y la crisis colonial, 1895-1898*, por los *Cuadernos de la Escuela Diplomática* 12 (1997); añadamos el nº 28 de *Ayer*, dedicado a la España de Alfonso XIII, y algún trabajo suelto, como el de Maluquer en la *Revista de Historia Industrial* 12 (1997).

Y todavía las cuidadas introducciones realizadas en 1997 y 1998 por J. Sisinio Pérez Garzón a *La moral de la derrota* de Luis Morote; Santos Juliá a *¡Todavía el 98!* de Manuel Azaña; Steven L. Driever a *La futura revolución española* de Lucas Mallada, para la colección “Cien Años Después” de la Editorial Biblioteca Nueva de Madrid.

En total, medio centenar de libros o artículos, trabajos, como queda dicho, escritos en su mayor parte desde la universidad o instituciones científicas equiparables, con rigor y documentación, y con el ánimo, declarado o implícito, de contribuir a clarificar el anterior fin de siglo, al servicio sin duda de este que afrontamos. Veamos qué encontramos en esas dos o tres mil páginas.

## 2. QUIÉN FUE COSTA

Pocos autores se detienen a detallar quién fue, globalmente, biográficamente, Costa, si bien se desgranar con frecuencia una serie de tópicos, como el de que él, como, “en general, los políticos españoles del XIX eran hombres hechos a sí mismos”.<sup>12</sup> Se insiste mucho en su cuna humilde y en que se hizo a sí mismo, fasci-

---

<sup>12</sup> VARELA ORTEGA (1998), pp. 47-48.

nado por el progreso, que conoce en la Exposición Universal de París, y con “fe ciega en el esfuerzo humano como motor de los pueblos”.<sup>13</sup> Se le califica casi tópicamente de “honesto intelectual aragonés, infatigable autodidacta y escritor polifacético”,<sup>14</sup> “Grande Hombre de Graus, reencarnación física de un Mesías flagelado y apocalíptico”,<sup>15</sup> “de estirpe nietzscheana”,<sup>16</sup> y coetáneo del “affaire Dreyfus” y por ello “Zola carpetovetónico”;<sup>17</sup> se recuerda que, al igual que Maeztu, Azorín y otros, ejerció en cierto modo el periodismo.<sup>18</sup>

En todo caso, se le presenta como una voz muy autorizada,<sup>19</sup> “gran gurú regeneracionista”,<sup>20</sup> y muchos anotan su vinculación a la ILE, ubicándole en una generación integrada por “los maestros, que gozaban del máximo prestigio humano y cultural”, junto a Giner, Galdós o Cajal:<sup>21</sup> son ellos, precisamente, se nos dice, quienes acometerán la tarea regeneracionista. Se evocan sus excelentes relaciones con Giner, Cossío y Altamira, Azcárate y Labra, y sus entusiasmos por la renovación pedagógica.<sup>22</sup> Pero no todos lo asumen sin matizaciones. Así, Laporta recuerda las distancias de Giner, quien “admiraba la fortaleza y el empuje de Costa y le animaba siempre a seguir en la brecha, pero no podía sufrir la gran impaciencia del aragonés”. Algo parecido habría ocurrido con Azcárate.<sup>23</sup> Por otra parte, Sánchez Ron nos recuerda que Joaquín Costa fue designado en 1907 vocal de la Junta para Ampliación de Estudios,<sup>24</sup> si bien ya poco podía hacer el enfermo y retirado tribuno.

Se ha recordado su ingente trabajo africanista,<sup>25</sup> especialmente desarrollado en la Sociedad de Africanistas y Colonistas (luego Sociedad Española de Geografía

---

<sup>13</sup> TRAPIELLO (1997), p. 77.

<sup>14</sup> VARELA ORTEGA (1998), p. 71.

<sup>15</sup> CALVO CARILLA (1998), p. 99.

<sup>16</sup> CALVO CARILLA (1998), p. 371.

<sup>17</sup> VARELA ORTEGA (1998), p. 71.

<sup>18</sup> TRAPIELLO (1997), p. 21.

<sup>19</sup> MORÓN ARROYO (1996), p. 6.

<sup>20</sup> VARELA ORTEGA (1998), p. 55.

<sup>21</sup> MORÓN ARROYO (1996), p. 9.

<sup>22</sup> ASÍN VERGARA (1998).

<sup>23</sup> LAPORTA (1998), pp. 82 y 86.

<sup>24</sup> SÁNCHEZ RON (1997), p. 30.

<sup>25</sup> ANDRÉS-GALLEGO (1998 a), p. 120.

Comercial).<sup>26</sup> Muy pocos, en cambio, se ocupan del Costa historiador,<sup>27</sup> si bien Ruiz Torres lo hace muy encomiásticamente, a propósito de los estudios de Ignacio Peiró, recordando su crítica de las historias al uso (“no pasaban de ser una narración de hechos referentes al Estado y al derecho público, ‘y no de todos sino con preferencia de aquellos que dicen relación a la vida de las dinastías y de los reyes, y a las empresas de fuerza y a las relaciones internacionales sostenidas por medio de la guerra; pareciendo sus historias por el plan y por el contenido, más bien crónicas de reyes y fragmentos de historia política que verdaderas historias de España”, mientras que “son los ‘hechos’ relativos a ese ‘ser social que denominamos España’, con su ‘personalidad social’ y sus distintos ‘estados de desarrollo’, lo que verdaderamente importa”).<sup>28</sup>

No se olvida su agrarismo fundamental. Se ha dicho que *Colectivismo agrario en España. Doctrinas y hechos*, publicada en el mismo 1898, “fue la última de carácter teórico (si bien se percibe en ella el intento de sustentar ideológicamente la fallida candidatura electoral de Costa con un programa que podríamos llamar de reforma agraria). Después del Desastre, en cambio, su producción adquirió un tono más propagandístico y más directamente político”.<sup>29</sup> Por otra parte, la mayoría de sus estudiosos ha destacado la política hidráulica, mediante la cual Costa, uno de los “grandes protagonistas de la agitación agraria [...] centró su actividad desde el momento fundacional de 1891 ‘en un solo remedio’, la construcción de canales y pantanos de riego por el Estado”.<sup>30</sup>

Calificado de “figura central del populismo campesino español”,<sup>31</sup> habría sido el suyo “un populismo agrario que pretendía fundamentar su revuelta antioligárquica sobre una alianza de las clases medias y los intelectuales con el pueblo, fundamentalmente campesino. Fue, por lo tanto, un personaje ambiguo, como todos los populistas, pues a un discurso grandilocuente y de una gran fuerza emocional (basado en un nacionalismo exacerbado) unía fuertes contradicciones ideológicas, como esa tensión entre los elementos democratizadores y autoritarios de su proyecto político”.<sup>32</sup>

También J. Andrés-Gallego cree que las propuestas de Costa, en su vertiente económica, cristalizan en el agrarismo y afirma que en el Congreso Católico Nacional

---

<sup>26</sup> MAINER (1998), p. 129.

<sup>27</sup> Con la citada excepción de los trabajos de Ignacio Peiró.

<sup>28</sup> RUIZ TORRES (1998), pp. 148-149.

<sup>29</sup> PRO (1998), p. 208.

<sup>30</sup> PAN-MONTOJO (1998 b), p. 303.

<sup>31</sup> PAN-MONTOJO (1998 d), p. 15.

<sup>32</sup> PRO (1998), p. 211.

que tuvo lugar en Burgos en 1899 influyó, directa o indirecta pero decididamente, Costa.<sup>33</sup> Sin embargo es preciso recordar, y lo ha hecho Ruiz Torres, que Costa creía, desde luego, que “solo una revolución ‘muy honda y muy rápida’ puede acercarnos a Europa. Una revolución que devuelva a la nación la propiedad territorial usurpada por los señores durante el feudalismo, que corrija los abusos de una desamortización que quitó a las clases trabajadoras su medio de subsistencia y acumuló la tierra en manos de una oligarquía improductiva [...] Una revolución, en suma, que ha de ser obra, es cierto, de minorías, pero de minorías capaces de acercarse al pueblo a través de la ciencia, de conocerlo y de llegar a descubrir la esencia popular de la nación española, así como de promover una educación nacional que lo hiciera avanzar en el sentido del progreso moderno”.<sup>34</sup>

En cuanto a su republicanismo,<sup>35</sup> es un refugio en un partido antimonárquico, cuando ha fracasado su proyecto para dentro, intentando “movilizar —al margen de los cauces partidistas tradicionales— el descontento de los grupos excluidos del poder contra las viejas estructuras políticas de la Restauración”.<sup>36</sup> Soñó, se nos recuerda, con que el “desastre” favoreciera la implantación de la República.<sup>37</sup> Pero también aquel republicanismo con “la propuesta regeneradora, parlamentaria, se saldaba con un fracaso, ya que los estimulantes resultados de 1903 (35 diputados) fueron rápidamente empañados por la división interna del partido, por la denuncia de ineficacia en la dirección de Salmerón que Nakens y Costa (recientemente incorporado al proyecto republicano) impulsaron desde 1905 y, sobre todo, por la afirmación en el interior de la Unión de dos corrientes de difícil acomodo en un mismo partido: los reformistas y los radicales”.<sup>38</sup>

Se ha destacado su polifacetismo, su amplísima cultura, sus aspectos teóricos, que, junto a los prácticos, le hacen una figura muy completa: “Costa reúne en sí mismo todas las contradicciones del regeneracionismo, como autor de una obra ensayística muy amplia y como activista —y no sólo teórico— del proyecto ‘regenerador’. Su formación jurídica y humanista le permitió tratar en sus escritos una amplia gama de problemas políticos, económicos y sociales, a los que aplicó un enfoque crítico y modernizador. En la década de 1890, además, cuando el sistema de la Restauración empezó a mostrar síntomas de crisis, Costa empezó a participar en la

---

<sup>33</sup> ANDRÉS-GALLEGO (1998 e), pp. 167-168. Véase también ANDRÉS-GALLEGO (1998 a), p. 285.

<sup>34</sup> RUIZ TORRES (1998), p. 151.

<sup>35</sup> VILLACORTA (1998), p. 139.

<sup>36</sup> PRO (1998), p. 232.

<sup>37</sup> MORÓN ARROYO (1996), p. 20.

<sup>38</sup> SUÁREZ CORTINA (1997), p. 348.

política activa, presentándose a las elecciones en defensa de sus ideales republicanos y libremercantilistas; fue así como conoció de primera mano la fortaleza del entramado caciquil, que le impidió salir elegido por el distrito de Barbastro (Huesca) en 1896. Desde entonces canalizaría su actividad al margen de los partidos y las elecciones, impulsando en su región asociaciones cívicas de indudable contenido político, como ateneos, la Liga de Contribuyentes del Alto Aragón o cámaras agrícolas. Su atención a la política fue siempre instrumental, pues las reformas que proponía las presentaba como medios y no como fines, medios para aportar solución a los problemas que realmente le importaban, que eran los de índole económica: remontar el atraso económico y acabar con la miseria de España. Así, los temas dominantes de su vasta producción escrita son la política hidráulica, la penetración comercial y pacífica de África, la reforma educativa, la recuperación de las instituciones tradicionales del “colectivismo agrario”.<sup>39</sup>

Hasta aquí, una rápida visión de los antecedentes. Hay olvidos importantes de asuntos y aspectos, y un cierto énfasis en el tópico del agrarismo. Pasemos a su protagonismo como jefe de filas del regeneracionismo, surgido, sin duda, algo antes, pero fructificado y enfatizado a partir del 98.

### 3. COSTA ANTE EL 98. EL REGENERACIONISTA

No vamos a entrar en el debate, renovado, sobre el sentido de la denominación “generación del 98”.<sup>40</sup> Parece hay un casi total acuerdo en liquidarla para la literatura, mientras que cobra creciente interés para otros sectores, como el regeneracionista, que se vio relegado durante un siglo a la intendencia de un ejército de escritores.

En todo caso, hay acuerdo bastante general en que si la visión se amplía y se contempla la época, de un modo menos cerrado que el estrictamente literario y generacional, en el abanico de gentes preocupadas por la España de su tiempo destaca Costa, junto a Valera y Pardo Bazán, Giner, Galdós, Menéndez Pelayo, Clarín, Ixart, etc.<sup>41</sup> Entre ellos, desde la perspectiva global del intelectual comprometido y activo, Costa destaca de modo eminente. En eso hay acuerdo prácticamente unánime: en el regeneracionismo, Costa es la “figura más destacada”,<sup>42</sup>

---

<sup>39</sup> PRO (1998), pp. 207-208.

<sup>40</sup> Véase, por todos los debates, la breve introducción de José-Carlos Mainer en el libro por él codirigido, MAINER, J.-C., y GRACIA, J. (eds.) (1997). *En el 98 (Los nuevos escritores)*. Madrid, Visor.

<sup>41</sup> ROMERO TOBAR, L. (ed.) (1998). Introducción a *El camino hacia el 98. Los escritores de la Restauración y la crisis de fin de siglo*. Madrid, Visor.

<sup>42</sup> DÍAZ LARIOS (1998), p. 112.



“el más ilustre”.<sup>43</sup> “Paladín del Regeracionismo” le llama Laín,<sup>44</sup> para quien encabeza<sup>45</sup> y preside<sup>46</sup> como “padre” (añade Ruiz Torres)<sup>47</sup> ese movimiento, siendo, asegura Morales Moya, “su máxima encarnación”.<sup>48</sup> Del mismo modo, muy por encima de los más conocidos “apóstoles y arbitristas del regeneracionismo”, destaca Palomares a Costa, “quien desde siempre fue caracterizado como padre del movimiento, dejando tras de sí una estela de epígonos, además de convertirse en referente para experiencias posteriores que invocaron al menos parte de su amplio programa”.<sup>49</sup>

Abellán ha afirmado que “Del caldo de cultivo creado por el positivismo nacerá el movimiento regeneracionista, capitaneado por Joaquín Costa [...], uno de los hombres más influyentes durante la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. Partiendo de su idea de la sociedad como un organismo vivo y, en el caso de la española, enfermo, se busca la regeneración de la patria mediante los diagnósticos precisos que permite el incipiente desarrollo de las ciencias sociales: sociología, demografía, antropología, estadística...”.<sup>50</sup>

Ucelay-Da Cal ha resumido magníficamente la situación: “De hecho, la pregunta de fondo era muy subversiva respecto a la cultura política y económica española: ¿por qué no había sociedad civil o cultura cívica en España? Las derivaciones de tal reflexión eran múltiples. ¿Qué es lo que hacía que las gentes hispanas fueran tan reacias a asumir costumbres propicias al capitalismo y al desarrollo ordenado de las instituciones políticas? ¿Por qué carecía la sociedad española de una ética del trabajo, de los hábitos generadores de una mayor participación en la vida pública o en el mercado, que frenaran el impulso de echarse al monte, mosquetón en mano, como protesta ante el primer desafuero? ¿Por qué desconfiaban del poder y de la creación de riqueza? ¿Sería algo genético e irreversible o un rastro físico del clima y de la tierra?”.<sup>51</sup>

Es más: se le señala incluso como precursor: “como es sabido, el propio Costa, considerado padre del regeneracionismo, hurgó en la situación nacional antes de la

---

<sup>43</sup> MARIMON (1998), p. 59.

<sup>44</sup> LAÍN ENTRALGO (1998), p. 298.

<sup>45</sup> LAÍN ENTRALGO (1998), p. 302.

<sup>46</sup> LAÍN ENTRALGO (1998), p. 322.

<sup>47</sup> RUIZ TORRES (1998), p. 150.

<sup>48</sup> MORALES MOYA (1998), p. 156.

<sup>49</sup> PALOMARES (1998), p. 442.

<sup>50</sup> ABELLÁN (1998), p. 90-91.

<sup>51</sup> UCELAY-DA CAL (1998), p. 180.

derrota cubana”, dice Palomares.<sup>52</sup> Lo mismo opina Laura Serrano, quien incluye a Costa entre la *minoría erosionante* de las bases del canovismo, ya que, “pese a que su producción literaria es posterior al Desastre, su activa crítica contra el sistema y su denuncia de los males de España son anteriores. Así como algunas de sus acciones encaminadas a promover la regeneración”.<sup>53</sup> Driever recuerda sus relaciones con Mallada y su discurso de 1880 ante el Congreso de Agricultores de Madrid, en el que Costa “arremetía contra la ‘leyenda de oro’ de España, mito secular según el cual la península estaba singularmente dotada de recursos naturales”.<sup>54</sup> No está tan de acuerdo Andrés-Gallego, quien escribe que “desde los años ochenta se estaban proponiendo a los españoles programas políticos regeneradores, mucho antes de que lo hiciera Joaquín Costa al socaire de la derrota”.<sup>55</sup> Pero ello no es óbice para que resalte cómo “al criticar la política de los gobiernos de la Restauración como contraria a los intereses económicos de España, se estaban poniendo las bases, si no teóricas, por lo menos fraseológicas, del regeneracionismo de fin de siglo. En definitiva, aunque sin estas palabras, se perfilaba la denuncia posterior de Joaquín Costa sobre el divorcio entre la España oficial y la España real”.<sup>56</sup>

En la misma línea está el trabajo de José Carlos Rueda, quien califica a Costa de emblema del regeneracionismo finisecular: “ha de estimarse que su figura supone la personalización de todas las contradicciones de un discurso que se enfrenta a las contradicciones del modelo auspiciado por Cánovas tras poco más de veinte años de vida política caracterizada por escasas tensiones entre la élite gobernante. Su denuncia enlazaría con postulados que, moviéndose dentro de un ideario tildado de mesocrático, derivarían de una veta de liberalismo radical que puede rastrearse desde Flórez Estrada hasta el Sexenio Democrático”.<sup>57</sup>

Añade este autor que “no solo no existe coincidencia —no puede haberla— en lo que representa Costa. Tampoco puede hablarse de un único regeneracionismo finisecular. En primer término, por la pléyade de autores susceptibles de integrar la nómina de reformistas que publican o conferencian durante aquellos años (Azcarate, Baylla, Posada, Isern, Labra, Nakens, Unamuno, Macías Picavea, Mallada, Rodríguez Martínez...). En segundo lugar, por la compleja relación establecida entre

---

<sup>52</sup> PALOMARES (1998), p. 441.

<sup>53</sup> SERRANO BLANCO (1998), p. 309.

<sup>54</sup> DRIEVER (1998), p. 30.

<sup>55</sup> ANDRÉS-GALLEGO (1998 b), p. 116.

<sup>56</sup> ANDRÉS-GALLEGO (1998 a), p. 173.

<sup>57</sup> RUEDA LAFFOND, J. C. (1998). “Los objetivos políticos regeneracionistas como salida a la crisis del 98”, en CAYUELA FERNÁNDEZ, J. G. (coord.) (1998). *Un siglo de España...*, pp. 487-497.

muchas de sus propuestas y la percepción realizada por el conglomerado social susceptible de encardinarse —y, sobre todo, movilizarse— al socaire de tales postulados”.

Y, mirando más hacia adelante que hacia atrás, tampoco parece discutible su inclusión, no ya en el regeneracionismo, sino ni siquiera entre las grandes figuras del 98 “no estrictamente literario”. Así lo hace, por ejemplo, José María Marco, que junto a él incluye a Ganivet, Unamuno, Maeztu, Prat de la Riba, Ortega y Azaña.<sup>58</sup>

En la medida en que Costa encarna, pues, la crítica regeneracionista (“nadie como él sintetiza mejor la idea de la completa regeneración, en una interpretación que engloba tanto los aspectos referidos a la renovación política como la necesidad de una modernización social y económica”) es analizado a partir de su compleja ubicación biográfica y coyuntural en la crisis del liberalismo decimonónico, de sus muchas y varias influencias y, sobre todo, como “el mejor difusor del mito de la regeneración a partir de ilustrativas imágenes tamizadas de un positivismo organicista [...]: la idea de España como realidad enferma, como ‘nación moribunda’, en difundida afirmación de lord Salisbury de enorme eco en la prensa española”. De hecho, añade Rueda, “al socaire de sus críticas al entramado de dependencias tradicionales, Costa describe un arco que arranca del reformismo y concluye en un proyecto radical situado en los límites del parlamentarismo”, como es su última etapa de republicanism, que califica de apenas testimonial.

Pero el regeneracionismo tenía, ya van siendo vistas, unas causas y unas metas. Entre estas, podemos distinguir las respuestas teóricas, los programas de salvación y regeneración, y las prácticas. Vayamos a las primeras.

#### 4. ANTE EL 98. CRÍTICA Y PROGRAMA TEÓRICO

Pero volvamos al 98, que es, en definitiva, el detonante central de estos movimientos. “España había quedado reducida a una ‘expresión histórica’, sentenciaron los intelectuales del momento (Costa), sobrecogidos ante la magnitud de la catástrofe”.<sup>59</sup> Pérez Ledesma ha destacado que “con la conversión de la derrota en desastre, intelectuales como Costa y políticos como Silvela contribuyeron decisivamente a forjar el marco conceptual en el que desde entonces se han situado todos los análisis del periodo posterior a la guerra”.<sup>60</sup>

---

<sup>58</sup> En *La libertad traicionada*, cit. por MAINER, J.-C., y GRACIA, J. (eds.) (1997). *En el 98 (Los nuevos escritores)*. Madrid, Visor.

<sup>59</sup> VARELA ORTEGA (1998), p. 43.

<sup>60</sup> PÉREZ LEDESMA (1997), p. 183.

Se quejará Costa amargamente de que ni “una mala compañía de *rough riders*” supieron mandar a Cuba los miembros de “la clase llamada gobernante [...], por honor siquiera de la clase, ya que no fuese por amor a lo que, profanándola, denominaba patria”, y de que “ningún componente de los grupos oligárquicos [como los iba a calificar de ahí en adelante el propio Costa] hubiese tenido el gesto de presentarse de voluntario y de irse a la manigua a combatir a unos rebeldes que con tanta virulencia denunciaban desde Madrid o Barcelona”.<sup>61</sup> “La guerra de 1898 convenció a Costa de que había llegado el momento de encarnar las aspiraciones de cambio de los españoles, proponiéndoles un programa político alternativo”.<sup>62</sup>

La suya, se ha dicho, es la reacción más vigorosa a la derrota,<sup>63</sup> y se evoca su *Mensaje y programa a la Cámara Agrícola del Alto Aragón*, publicado el 13 de noviembre de 1898, del que se recuerda su censura al derroche de recursos en la perdida guerra: “Todo lo que era progreso, riqueza y contento de la vida, todo lo que era aumento de bienestar, de vigor, de salud, de vida media, de población, de cultura, de aproximación a Europa, de porvenir en la historia del mundo, lo hemos disipado, ¡locos y criminales!, en pólvora y humo; durante cuatro años, la guerra se ha estado tragando un canal de riego cada semana, un camino cada día, diez escuelas en una hora, en media semana los cuarenta y cuatro pueblos creados por Olavide y Aranda en los valles de Sierra Morena”.<sup>64</sup>

“Más aficionado a la historia y la geografía que a la medicina, Costa se remontaba a un lejano pasado (‘cuatro siglos de decadencia’) e incluso a la orografía (‘una sucesión de desiertos, semidesiertos y cordilleras fragosísimas’, ‘un suelo semiafricano’) para explicar la desastrosa situación de un país que era, a la vez, ‘una nación frustrada’ y ‘uno de los más ruines e incómodos arrabales del planeta’”.<sup>65</sup>

“En el *Mensaje*, la protesta contra los impuestos aparecía envuelta en consideraciones más generales, de claro carácter pesimista, sobre la historia de España [...], sobre el territorio peninsular [...], e incluso sobre el ser nacional [...]; y, por supuesto, estaba respaldada por una crítica directa a la guerra, a los gastos ocasionados por ella y a los partidos históricos responsables de haber arrojado a España al ‘arroyo’, eso sí, después de haber dilapidado su fortuna. Pero la conclusión principal, aparte de las medidas de política hidráulica o educativa [...], significaba recortes radicales en los gastos del Estado”.<sup>66</sup>

---

<sup>61</sup> Cit. por SERRANO (1997), p. 53.

<sup>62</sup> PRO (1998), p. 208.

<sup>63</sup> MORÓN ARROYO (1996), p. 28.

<sup>64</sup> Cit. por PAN-MONTOJO (1998 d), p. 124.

<sup>65</sup> PÉREZ LEDESMA (1997), p. 183.

<sup>66</sup> PÉREZ LEDESMA (1998), p. 127.

Carlos Seco, que ha comparado el documento de Polavieja (septiembre de 1898), cuya redacción atribuye a Damián Isern, y el de Costa a la Cámara Agraria del Alto Aragón, cree que “en ambos textos se pone el acento en la exigencia de autenticidad: apelación a una política de realidades, a una atención preferente —o exclusiva— hacia los que podríamos llamar problemas estructurales [...]. En ambos anida, por otra parte, una inquietante proclividad a las presuntas soluciones tajantes”.<sup>67</sup>

De modo que “Joaquín Costa, uno de los hombres más críticos junto con Miguel de Unamuno del sistema de la Restauración, irrumpirá con fuerza en cuantos foros se organicen y estén dispuestos a escuchar las más duras palabras contra el sistema”. En el discurso impartido en el teatro Circo de Zaragoza la noche del 15 de febrero de 1899 Joaquín Costa increpaba a su auditorio contra lo que él calificó de “gobierno de los peores” y “contra los políticos dirigentes a los que llamó ‘clase gobernante’”.<sup>68</sup>

Otros documentos citados son el discurso de Salamanca en 1901, *Crisis política de España (Doble llave al sepulcro del Cid)*, que ha sido perfectamente resumido en la petición de las grandes virtudes cardinales: “justicia, exigiendo responsabilidades por el desastre; prudencia, aplazando la mayoría del Rey o proclamando la República; fortaleza, haciendo una revolución radical desde el poder... y templanza, formando un ‘partido nacional’ de que quedasen excluidos todos los involucrados en la política que nos llevó a la derrota”.<sup>69</sup> A ellos se añade un tercer texto, *Los siete criterios de gobierno* (1902), en que ya duda de si España es capaz de regeneración y la decadencia es étnica. Se ha señalado como “las dos principales líneas de interpretación costista del ‘problema de España’: pasividad senil y clientelismo”.<sup>70</sup> Pero esa introspección, esa busca de razones en nuestro modo de ser, del “espíritu”, “carácter”, “genio”, “alma nacional”, “alma de la raza”, “psicología” del pueblo, son otra de sus grandes metas de estudio.<sup>71</sup> Y, también, sobre la inferioridad de la raza latina.<sup>72</sup>

Aunque en los estudios consultados apenas se ha recordado, las críticas de Costa llegaban muy lejos, afectando al sistema monárquico como solución catártica, de modo paradójico, ya que, mientras que “el liderazgo republicano no parecía muy decidido a insistir en esa línea, no deja de ser significativo que, como en el caso de

---

<sup>67</sup> SECO SERRANO (1998 a), pp. 241-243.

<sup>68</sup> LAFUENTE (1998), p. 163. Este autor insta a “recordar que Costa cree que el pueblo es menor de edad y necesita tutores”.

<sup>69</sup> MORÓN ARROYO (1996), p. 53.

<sup>70</sup> VARELA ORTEGA (1998), p. 71.

<sup>71</sup> MORÓN ARROYO (1996), p. 108.

<sup>72</sup> CALVO CARILLA (1998), p. 83.

Costa, las incitaciones a un cambio tan radical llegaron de personalidades externas al movimiento”.<sup>73</sup> Externa, aún, por entonces, pero muy próxima y luego candidato en varias ocasiones, alguna con éxito, al Congreso. Recuerda Ruiz Manjón que, aunque luego desaparecería de la edición definitiva de 1902, en la de 1901 de *Oligarquía...* escribía Costa: “Si los intelectuales independientes perseveran en su pasividad, será fuerza echar mano de la última reserva de los republicanos, con todos los peligros inherentes al planteamiento del problema constitucional en circunstancias tan críticas [...] como las presentes”.<sup>74</sup>

## 5. EDUCAR PARA SER EUROPEOS

Otra de sus grandes obsesiones es el cambio de mentalidad, la modernización económica e intelectual del país. Ya que para él, se nos recuerda, “la realidad española era fantasmagoría e histrionismo. Lo moderno estaba en Europa: filosofía, ciencia y técnica alemanas [...], la rica vida intelectual y artística de París, y la sabiduría política de Inglaterra”.<sup>75</sup>

Se ha destacado su aguda crítica al retraso español respecto a Europa: “Sin duda alguna, algo adelantamos o adelantábamos antes de la catástrofe, pero como adelanta una carreta tirada por bueyes [...]; sin dejar de ganar terreno, cada minuto aumenta en una legua la distancia que nos separa de Europa”.<sup>76</sup> Costa “encontraba los grandes defectos de España en el atraso intelectual, la incultura y el analfabetismo, pero advertía también en el pueblo sentimientos piadosos, de humanidad, de justicia, incluso una espiritualidad noble, quijotesca. El ‘problema de España’ debía, pues, interpretarse en el contexto del pasado nacional: ‘El mal gobierno’, la decadencia progresiva de casi cuatro siglos habrían reducido a España a una especie de reliquia histórica, por lo que el problema consistiría en organizar instituciones modernas de Gobierno y Administración que la devolviesen a la vida real. En este sentido, los regeneracionistas contribuyeron decisivamente a consolidar una interpretación de la historia española en la que España viene a identificarse con Castilla. ‘Pasaron siglos: Castilla se hizo España’, dirá el propio Costa, viendo en el Cid, junto con Bernardo del Carpio y Fernán González, ‘la más alta representación del pueblo español’, ‘el patrocinador de la honra patria, el portaestandarte de la independencia, el fuerte castillo de la nacionalidad’ [...]. Durante esta Edad de Oro medieval y, más tarde, con

---

<sup>73</sup> RUIZ MANJÓN (1998), p. 456.

<sup>74</sup> RUIZ MANJÓN (1998), p. 457.

<sup>75</sup> MORÓN ARROYO (1996), p. 37. Costa —recuerda este autor— tenía la sensación de vivir una comedia. *Ibidem*, p. 184.

<sup>76</sup> PAN MONTOJO (1998 c), pp. 259-260.

la creación del Estado-nación por los Reyes Católicos, España habría adquirido su carácter típico, esencial, que se manifiesta en la lengua y en las letras (el romancero, las crónicas, Berceo), y en unos rasgos psicológicos marcados por el carácter recio, hecho de voluntad, acción, nobleza y austeridad. La decadencia vendría de la mano de una dinastía extranjera, los Habsburgo, culpable de la implantación de un Estado autocrático, intolerante y militarista, ajeno a la tradición española y responsable del repliegue político, la pobreza y el agotamiento cultural de los últimos trescientos años”.<sup>77</sup>

Pero no es rechazando lo que considera mejor del pasado, sino enfatizándolo y volviendo a la buena senda, como habrá de forjarse una España en Europa. Así, en estos tiempos de cuestionamiento, ¡una vez más!, del ser de España, se ha insistido en el profundo españolismo de Costa: “La extensión que al término Castilla dan los regeneracionistas es muy amplia. Senador mismo se refiere con este vocablo a toda la España central [...]. Y un concepto muy semejante y tan amplio de Castilla tienen los que no son estrictamente castellanos, como el aragonés Costa, de quien tanto Tierno como Aróstegui han afirmado que es un castellanista, como los demás [...] que] presentan un concepto de Castilla que es la personificación de España”.<sup>78</sup>

En efecto, tal y como responde Costa a un periodista de *El Liberal* a mediados de octubre de 1898, la España antigua está muerta: “Tal es el hecho del que tenemos que partir, que la España que vivíamos ha muerto. Lo único que se puede hacer con ella es sepultarla de una vez, para que no continúe el espectáculo de una nación que es como prolongación de Marruecos”. Por ello, recuerda Santos Juliá, “profeta político llamó Azaña a Costa, con razón, porque el anuncio de la proximidad, la inmediatez de la muerte no tenía más objeto que mover al pueblo elegido a emprender bajo su tutela y dirección el camino a la tierra prometida, la Jerusalén celestial que con toda seguridad se acercaba, a condición de que los ánimos estuvieran tensos. Habría que leer a este Costa imprecativo no como agorero de catástrofes, sino como profeta que anuncia la llegada del Espíritu vivificador”.<sup>79</sup>

En conexión no con la supuesta generación del 98 sino con los más jóvenes, “había que salir, ir a Europa, europeizar España... Pero la consigna por sí sola no explicaba nada —escribe Santos Juliá— y hasta podía confundir, como ocurrió con Costa, el menos europeo de los europeizantes. Era preciso aclarar qué se quería decir con aquello, qué había detrás de esas palabras”.<sup>80</sup> Y es que para Costa, podríamos res-

---

<sup>77</sup> MORALES y ESTEBAN (1997), pp. 238-239.

<sup>78</sup> CARASA (1998), p. 365.

<sup>79</sup> JULIÁ (1997 d), pp. 242-243.

<sup>80</sup> JULIÁ (1997 b), p. 376.

ponderle a Juliá, no se trata de vestirse de europeos, viajar, comer, hablar idiomas, parecer modernos, sino de algo mucho más radical y eficaz, una transformación interna: “Para Costa la ‘europeización’ tiene un sentido práctico: cámaras agrarias que potencien el trabajo del labrador, política hidráulica y lucha contra el caciquismo”.<sup>81</sup> Ese sentido práctico habría sido criticado por Maeztu, que le censura ciertos resabios de tradicionalismo, el desentenderse de los políticos y confiarse a los técnicos, y también la propuesta del cirujano de hierro “ya que toda mejora debe venir de la empresa privada”.<sup>82</sup> Pero también, “como vio Ortega con su habitual perspicacia en el caso concreto de la obra de Costa, la introspección nacionalista, la acumulación de energías nacionales mediante el ocasional recurso a actitudes de signo cuasi populista, se constituyó en el momento previo y probablemente indispensable para el asalto europeizador”.<sup>83</sup>

Con la europeización tiene que ver, sin duda, la síntesis de su programa, que Costa resume en el lema “escuela y despensa”, en opinión de J. Maluquer inspirada en el regeneracionismo francés.<sup>84</sup> Lo mismo opina Buenaventura Delgado recordando competentemente las relaciones de Costa con Giner y la Institución Libre de Enseñanza, y su papel en el Primer Congreso Pedagógico Nacional de 1882 al resumir sus principales ideas al respecto. Recoge, entre otros textos, uno, poco citado, enviado en 1907 a un mitin pedagógico de Tárrega, en el que se queja de que España no ha aprendido todavía la lección, mientras que en los tres años y medio que duró la llamada Intervención Militar de los Estados Unidos las 300 escuelas públicas que había en toda la isla de Cuba se convirtieron, entre 1898 y 1902, en 8.600: “Me quema los labios, pero he de decirlo: la agresión de los yanquis fue inicua, pero el triunfo lo tenían merecido”.<sup>85</sup>

## 6. OLIGARQUÍA Y CACIQUISMO

Conforme avanzan los estudios y el conocimiento de la obra de Costa, *Oligarquía y caciquismo*... se ha ido valorando más y mejor, como la más importante suya, calificada de verdadero manifiesto de setenta intelectuales y políticos contra el caciquismo;<sup>86</sup> la encuesta dirigida y realizada por Costa desde el Ateneo y elaborada y comentada exhaustivamente por él hasta dar una singular y espléndida obra: “la primera

---

<sup>81</sup> MORÓN ARROYO (1996), p. 29.

<sup>82</sup> MORÓN ARROYO (1996), p. 31.

<sup>83</sup> Cit. por BLAS GUERRERO (1997), p. 231.

<sup>84</sup> MALUQUER (1997), p. 35.

<sup>85</sup> DELGADO (1997), pp. 11-12 y 23.

<sup>86</sup> ÁLVAREZ JUNCO (1996), p. 91.



interpretación global de la práctica política española fue —como ha dicho Miguel Artola— obra de Costa [...]: *Oligarquía y caciquismo*, publicada en 1902, responsabiliza a la *oligarquía* de los terratenientes que los *caciques* instrumentalizaban, hasta el punto de denunciar que el ‘absolutismo oligárquico ha suplantado al monarca y al Parlamento, a la Corona y al país’. Y, de acuerdo con la tesis regeneracionista, encuentra culpable al pueblo: ‘... El resultado de las elecciones, con toda clase de sistemas, en el que siempre triunfa el ministro de la Gobernación, sea este quien sea, acredita que el pueblo español es menor de edad’.<sup>87</sup>

En esta obra fundamental, encuentra Zafra que, aunque “sin la profundidad teórica de M. Weber o J. Schumpeter, en la memoria de Costa y en los informes y testimonios presentados hay indicios claros, sin embargo, sobre el lugar del monarca, la burocracia, los partidos, el parlamento, el cesarismo plebiscitario —¡qué es si no el cirujano de hierro!— y la llamada a la burguesía, para que se convierta en clase política, en una sociedad moderna de masas”.<sup>88</sup>

Menos entusiasta es Juan Pro, pues aunque encuentra que *Oligarquía y caciquismo* “viene a ser el compendio del credo regeneracionista, realizado por su máximo profeta [...]. Con el tono de pasión anticaciquil característico del ‘pequeño burgués airado’ Costa denunciaba una vez más la realidad política del Estado de la Restauración, haciéndose eco de las ideas de regeneracionistas anteriores [...], pero también de destacados políticos del régimen [...], y otros personajes de diversa significación...”; y sentenciaba que “apenas hay en *Oligarquía y caciquismo* alguna idea nueva, pues se trata de una obra de síntesis y recapitulación; pero su importancia procede de la fuerza que Costa comunicó a un conjunto de ideas que ya circulaban entre la opinión, simplificándolas en lemas contundentes y canalizándolas hacia acciones políticas concretas”.<sup>89</sup> Y añade Pro que, si bien “se volvía directamente contra la dinastía borbónica, a la que consideraba agotada y llamada a desaparecer [...], sin embargo Costa hablaba de acabar con la dinastía, no con la Monarquía como forma de Estado. Y es que, en su crítica frontal a las viejas instituciones del régimen, no distinguió entre víctimas y culpables”.<sup>90</sup>

El antropólogo González Alcantud nos recuerda cómo, además de un estudio de ciencia política, lo es también, y muy destacadamente, de ciencia social: “Costa procuró desentrañar la naturaleza del caciquismo como verdadera estructura social y

---

<sup>87</sup> ARTOLA (1997), pp. 89-92. “Las ideas de Costa —añade Artola— han conocido un éxito que se continúa en muchas de las numerosas obras sobre el tema, que han descrito las prácticas caciquiles sin poder dar cuenta de los resultados electorales”.

<sup>88</sup> ZAFRA (1996), p. 113.

<sup>89</sup> PRO (1998), pp. 208-209.

<sup>90</sup> PRO (1998), p. 210.

política del país por encima o por debajo de las formalidades electorales. Para él sería una derivación ‘feudal’ inexistente ya en Europa, que se resumiría en tres figuras, bien conocidas por los historiadores”: los oligarcas, los caciques y los gobernadores civiles.<sup>91</sup>

Se ha recordado una frase que mereció mayor difusión, aquella en que Costa recuerda: “No es nuestra forma de gobierno un *régimen parlamentario*, viciado por corruptelas y abusos [...] sino al contrario, un *régimen oligárquico*, servido, no moderado, por instituciones aparentemente parlamentarias”.<sup>92</sup>

Salvador Forner ha resumido con acierto cómo la publicación de esta obra “alteró [...] notablemente la significación usual del término cacique y, sobre todo, de su derivado ‘caciquismo’, hasta el punto de provocar una distorsión de sus campos semánticos habituales que abrió paso a una utilización de dichos términos como referentes de un patrón explicativo de la supuesta anormalidad o patología del régimen de la Restauración. En realidad la obra de Costa constituyó una primera reflexión, tremendamente negativa, sobre la práctica política del régimen restauracionista, cuyo éxito derivó en buena parte de su asociación al término ‘caciquismo’. No fue Costa el único, ni siquiera el primero, en formular esa afortunada —a juzgar por dicho éxito— asociación. Pero sí que fue con ocasión de la famosa encuesta del Ateneo de Madrid, auspiciada por el propio Costa, como acabó consagrándose la extrapolación del término y la utilización difusa del mismo durante la Restauración, tanto por parte de las propias elites, dinásticas y antidinásticas, como por parte de una intelectualidad desencantada y crítica con el sistema tras la crisis de 1898”.<sup>93</sup>

Sin embargo, no han faltado “rebajas” al gran ataque frontal al caciquismo y, así, tanto este autor como bastantes otros no dejan de matizar la visión unívoca pero compleja de Costa, con los argumentos esgrimidos por los Varela Ortega, Tusell y Romero Maura en sus bien conocidas obras. En una más reciente Varela Ortega lamenta que su *Oligarquía y caciquismo* fuera un dardo envenenado que “vino a convertirse en la descalificación de un sistema y resumen de cuanto de corrupto y decrepito contenía la política española...”, lo que tuvo efectos demoledores como propaganda política y le parece “abusivo para la descripción general del funcionamiento del sistema, al punto de distorsionar la comprensión del proceso de democratización en la España contemporánea. Desde entonces se ha venido interpretando la partitura con el mismo instrumento que legara Costa; a saber: el problema de las transiciones democráticas frustradas en la España de preguerra estaría en el desequilibrio produ-

---

<sup>91</sup> GONZÁLEZ ALCANTUD (1996), p. 33. En el mismo libro véase la crítica a esa idea de Costa sobre el caciquismo como feudalismo residual en ÁLVAREZ JUNCO (1996), p. 75.

<sup>92</sup> BALFOUR (1997), p. 78.

<sup>93</sup> FORNER (1998), p. 102.

cido por un excesivo parlamentarismo. El corolario —y receta— iba de suyo: cebar el ejecutivo, liquidar el caciquismo y disciplinar el parlamentarismo”.<sup>94</sup>

Este mismo autor ha recordado que incluso Costa, “fustigador implacable de ‘la vieja política’ restauradora, terminó por reconocerlo, aunque fuera en la reserva epistolar, pero de forma muy explícita: ‘... no habiendo [en España] cuerpo electoral más que de papel [...], hace sus veces el Rey, o lo que es igual, el Jefe de Partido a quien él confía la tarea de gobernar [y], con la llave del Gabinete, entrega el Rey juntamente las llaves de las urnas...’”.<sup>95</sup>

En esa misma línea se ha manifestado Carlos Seco, quien llega a decir que “ese sistema, de hecho *corrupto*, pero que se vio estimulado por las precipitadas reformas sagastinas, un sistema que Costa definió en el famoso binomio [...], no fue sino una especie de aparato ortopédico, necesario provisionalmente en tanto los miembros anquilosados de una ciudadanía inexistente, cobraban vida y vigor para asumir los derechos y libertades que la ley escrita les reconocía. Y por lo demás, este sistema no fue una excepción española en la realidad europea de la época: la fase pre-democracia es típica en situaciones políticas y sociales análogas a las de España, en las que el *clientelismo* representó el tránsito más o menos prolongado a una situación democrática que requería un previo desarrollo social y cultural”.<sup>96</sup>

Por su parte, también Mercedes Cabrera relativiza la singularidad política española al observar que, si bien es ajustado el calificativo “oligarquía y caciquismo”, que “quedó desde entonces acuñado como la esencia del régimen político, con toda su carga peyorativa”, puesto que la sociedad y la política estaban regidas por minorías, “aquello no era una democracia, evidentemente, pero tampoco lo eran la mayor parte de los países europeos”.<sup>97</sup>

Pero dejémonos de eufemismos o edulcoraciones del caciquismo. Como ha escrito Alejandro Nieto, “el cacique es un eslabón que se introduce entre el electorado y los partidos y, en simbiosis con estos, perturba por completo el sistema democrático”.<sup>98</sup>

Como quiera que fuese, lo cierto es que esta obra, se ha destacado, “influyó en la extensión de una visión estereotipada del caciquismo. Más tarde, los hombres de la generación de 1914 (Ortega, Pérez de Ayala, Araquistáin, Azaña...) trataron la cues-

---

<sup>94</sup> VARELA ORTEGA (1998), pp. 71-72.

<sup>95</sup> VARELA ORTEGA (1997), p. 55 y (1998), p. 75.

<sup>96</sup> SECO SERRANO (1998 b), p. 34.

<sup>97</sup> CABRERA (1997), p. 42.

<sup>98</sup> NIETO (1998), p. 313.

tión y siguieron denunciando la inmoralidad, la injusticia y el beneficio personal que el sistema caciquil proporcionaba a las oligarquías nacional, provincial y local. La realidad caciquil y la reflexión sobre ella estuvieron presentes de manera conflictiva en la política española hasta el final de la Guerra Civil”.<sup>99</sup>

## 7. OTRO FRACASO DE PLATÓN: LA UNIÓN NACIONAL

Lo que ocurre es que, si Costa ha sabido condensar en *Oligarquía...* la más radical condena a la Restauración, en cambio “su traducción política —Asamblea de Productores, cámaras de comercio, Unión Nacional finalmente— no conseguirá, víctima de sus contradicciones, sustituir a la clase política en el poder”.<sup>100</sup> Esta es la historia más esperanzadora, y, a la vez, decepcionante, de cuantas campañas y empresas abordó Costa. Afortunadamente, tras los escasos estudios pioneros de Cheyne, se van fijando en ella cada vez más estudiosos. Y queda mucho por desbrozar e interpretar.

Describe Pan-Montojo cómo las cámaras agrarias, junto a las de comercio, se convirtieron en protagonistas del enfrentamiento con los proyectos del Gobierno. En 1898 hay 27 de aquellas, “bastantes de las cuales habían participado en los años precedentes en movilizaciones diversas (como mítines, manifestaciones, asambleas o Congresos, sobre todo para defender el proteccionismo) [...] Joaquín Costa había utilizado ya en 1896 la Cámara del Alto Aragón como punto de apoyo para su presentación como candidato a elecciones”, por lo que concluye que “en los momentos de la derrota se contaba no solo con recursos organizativos para iniciar las acciones de protesta, sino también de líderes capacitados para dirigirlas”.<sup>101</sup>

Para Carlos Seco “la mesocracia de la Unión Nacional encarnó [...] una doble apelación contraria a la política reciente: cancelación de sueños utópicos de grandeza y atención exclusiva a las realidades y necesidades concretas de desarrollo y saneamiento interno”.<sup>102</sup>

El tema más controvertido en sus relaciones primero con las cámaras regidas por Basilio Paraíso y, luego, con la organización de Santiago Alba, los tres formando el Directorio de la Unión Nacional, “se encontraba en *el proyecto de fundar un partido*, por supuesto ‘un partido regenerador’, con el que Joaquín Costa aspiraba a llegar al poder y acometer una ‘honda revolución’ [...]. Lo que él pretendía era contar con un partido para ‘en la primera oportunidad reclamar el poder en la misma forma y

<sup>99</sup> ROBLES EGEA (1996), p. 5.

<sup>100</sup> MORALES MOYA (1998), p. 156.

<sup>101</sup> PAN-MONTOJO (1998 d), pp. 125-126.

<sup>102</sup> SECO SERRANO (1998 a), p. 237.

con igual derecho, probablemente con mejor derecho, que los demás partidos'. No se trataba con ello, y el propio Costa lo hizo explícito en repetidas ocasiones, de cambiar los hábitos políticos de la Restauración; o lo que es igual, con el partido no se pretendía ganar las elecciones, sino en todo caso la voluntad de la regente para que le concediera el Gobierno. Lo mismo que los liberales habían llegado al poder en 1881 y 1885, sin ganar previamente unas elecciones, sino por decisión libre de la Corona, la 'revolución sustantiva desde arriba' en que pensaba Costa podría hacerse 'sin necesidad de ningún movimiento de abajo, por acción personal y reflexiva del poder moderador. Lo malo era que ni siquiera los más fieles al escritor aragonés estaban dispuestos en aquel momento a apoyar su proyecto'.<sup>103</sup>

La Unión Nacional ("híbrido de partido y liga"), así como los movimientos que llevaron a ella, de las cámaras agrarias y de comercio e industria, han provocado tardíos y apenas incipientes estudios. Pero más de uno ha destacado la desigual meta de sus rectores, pues la Asamblea de Cámaras de toda España celebrada en Zaragoza en noviembre de 1898 "aprobó, no un programa, sino un breve conjunto de reivindicaciones concretas a exigir al Gobierno".<sup>104</sup> Se ha analizado la rebelión fiscal reflejada en el cierre de comercios y la huelga de contribuciones contra la política fiscal de Villaverde a partir del 10 de mayo de 1900, movilización de prometedores comienzos, malograda por la extrema violencia en que se vio envuelta luego en Cataluña y Valencia, sobre todo.<sup>105</sup> Se ha llegado a elucubrar sobre otras coincidencias del grupo de la Unión, tales como las del cardenal Cascajares o el general Polavieja.<sup>106</sup>

En relación con la Unión Nacional se ha afirmado que, efectivamente, "Costa tuvo proyecto político, a diferencia de la mayor parte de los intelectuales regeneracionistas, meramente teóricos. Lo que le faltaron fueron seguidores para hacer ese gran movimiento de masas con el que soñaba para auparle al poder y poner en marcha el programa de la regeneración nacional".<sup>107</sup>

Balfour cree que "el intento de Costa de fundar un movimiento de amplitud nacional fracasó por las divisiones políticas y regionales; los dirigentes de los capitalistas catalanes que habían apoyado a la Unión Nacional, disgustados por no

---

<sup>103</sup> PÉREZ LEDESMA (1998), pp. 127-128.

<sup>104</sup> ANDRÉS-GALLEGO (1998 a), p. 287.

<sup>105</sup> GONZÁLEZ CALLEJA (1998), pp. 101-103.

<sup>106</sup> ANDRÉS-GALLEGO (1998 a), p. 289.

<sup>107</sup> PRO (1998), p. 211. Este autor llega a avanzar una suspicacia, sobre los casos de Costa o Morote: "no sabemos cuánto habrían tardado en apaciguarse si la regente les hubiera encargado a alguno de ellos formar Gobierno".

encontrar apoyo a sus solicitudes de transferencias fiscales, retiraron su apoyo activo”.<sup>108</sup> Balfour es, probablemente, quien mejor y más detenidamente se ha referido al movimiento de los agricultores y comerciantes que llevó a la Unión Nacional, describiendo con tono crítico el método de Costa: “La Asamblea de Productores estaba imbuida de la misma sensación de crisis y redención que la de las cámaras de comercio, aunque Costa inyectó un mayor dramatismo a las sesiones”. Su reunión, afirma, “fue seguida con gran interés desde toda España y quizás con cierto nerviosismo por parte de los políticos dinásticos. Pero, para los más perspicaces de ellos, debió haber estado claro que la Asamblea no representaba ninguna amenaza real a sus intereses. La nueva Liga Nacional de Productores tenía más de grupo de presión que de movimiento político. Además, no había conseguido unir a los agricultores. Su programa, redactado por Costa [...], contenía admirables propuestas de reforma, pero no acertaba a exponer los medios para realizarlas. Lejos de tratar de movilizar a otras clases sociales, la Liga parecía excluir la participación de obreros y campesinos; el programa se refería exclusivamente a ‘las clases productivas intelectuales’ como el instrumento del cambio; la regeneración, por lo tanto, tenía que llegar desde arriba”.<sup>109</sup>

De todos modos, la Unión Nacional nacía muerta, puesto que “la incorporación de la Liga de Costa a la nueva Unión Nacional no contuvo la hemorragia de apoyos, que en su momento habían aportado tan entusiastamente todos los sectores de la burguesía durante las impetuosas jornadas del otoño de 1898. El propio movimiento de Costa había sufrido numerosas deserciones, sobre todo de las cámaras agrícolas andaluzas, cuyos intereses materiales estaban estrechamente vinculados a los de la oligarquía”. Además, y ello llevaría a la ruptura entre los líderes, “las desconfianzas que muchos grupos anteriormente simpatizantes sentían hacia la nueva Unión Nacional no se referían tanto a la cuestión de qué identidad política se debía adoptar como a la de qué acciones emprender”.<sup>110</sup>

Y es que, como también ha sido señalado con agudeza, Costa pone en primer plano la denuncia de que “la elite de poder (los que gobernaban) no coincidía con la elite de mérito (los mejores, es decir, los intelectuales y los empresarios a los que Costa pretendía movilizar y representar)”.<sup>111</sup> La condena de las elites dirigentes es recurrente: “Las supuestas clases directoras y gobernantes son oligarquía pura, fac-

---

<sup>108</sup> BALFOUR (1997), p. 150. Este autor cree que será Maura el encargado de recoger la herencia de Costa, Alba y Paraíso (*ibidem*, pp. 198-199).

<sup>109</sup> BALFOUR (1997), pp. 84-85.

<sup>110</sup> BALFOUR (1997), p. 88. ANDRÉS-GALLEGO (1998 a), p. 283, cree que “algo que no sabemos debió ocurrir, no obstante, en la vida de Joaquín Costa, entre agosto y noviembre de 1898, para imponerle un cambio de actitud”.

<sup>111</sup> PRO (1998), p. 253.

ción forastera, que ha hecho de España campo de batalla y de explotación, atenta no más que a su provecho y a su vanagloria”.<sup>112</sup>

Todos esos cambios políticos tienen una meta de progreso colectivo, ya que “los regeneracionistas pusieron [...] en el centro de todos sus programas las exigencias de una nueva política económica que hiciera posible el desarrollo del país y la recuperación de las energías de la nación”.<sup>113</sup>

## 7. LAS CRÍTICAS A COSTA

Entre las críticas genéricas no faltan las de quienes, junto a muchas virtudes clásicas, le califican de “provinciano y desorbitado”, “figura excéntrica y atrabiliaria, desafiante e intransigente”, acusándole, incluso, de cínico e interesado “que, en momentos de crisis nacional como aquel, bien podía recoger fuertes dividendos políticos”.<sup>114</sup> También, y desde sus años mozos, se ha criticado su estilo, esa visión sacralizadora (estigmas, vía crucis nacional, petición de resurrección...), su “barroca meditación sobre lo efímero de las cosas”.<sup>115</sup>

Y la ambigüedad de algunas de sus páginas.<sup>116</sup> O la contradicción que supone el hecho de que “conciliaba sus propuestas de reforma agraria con el africanismo militante, al menos hasta 1898”.<sup>117</sup> Dado que la conmemoración del 98 ha sido eminentemente política, pocos han incidido en los aspectos económicos o en destacar cómo “la propuesta de Joaquín Costa, en su parte económica, era marcadamente agraria”.<sup>118</sup>

Uno de los grandes tópicos es el de ese Costa *patético* que “llenó el aire de lamentos e invocaciones a algún cirujano que aplicara el bisturí sobre aquel cuerpo enfermo”,<sup>119</sup> escribe Santos Juliá, que añade en otro lugar: “Y es significativo que al recordar aquellos años y a la ‘gente moza, innovadora y audaz’ que entonces salió a la escena, Azaña recuerde sobre todo a Costa cuando en el Ateneo prorrumplía en apóstrofes violentos y el salón se hundía de aplausos. Esa era la actitud dominante: más se fustigaba el carácter de los españoles, más ensordecedora la ovación, cada cual

---

<sup>112</sup> Cit. por ÁLVAREZ JUNCO (1998), p. 451.

<sup>113</sup> PAN-MONTOJO (1998 c), p. 261.

<sup>114</sup> VARELA ORTEGA (1998), p. 71.

<sup>115</sup> CALVO CARILLA (1998), pp. 98-99.

<sup>116</sup> VILLACORTA (1998), p. 140.

<sup>117</sup> PAN-MONTOJO (1998, d), p. 15.

<sup>118</sup> ANDRÉS-GALLEGO (1998 c), p. 117.

<sup>119</sup> JULIÁ (1997 c), p. 3, y JULIÁ (1997 f), p. 15.

pensaba que el bruto al que don Joaquín se refería era el que se sentaba a su lado. A los españoles de entonces les ‘gustaba recibir badilazos en los nudillos. Costa les llamaba brutos, puercos, eunucos y se hundía el firmamento de aplausos’. ¿La razón de esa paradójica conducta?: sufríamos entonces el sarampión del mesianismo; se estaba pasivamente a la espera del cirujano de hierro, del escultor de naciones”.<sup>120</sup> En otra ocasión describe Azaña cómo Costa soltaba “cataratas de impropiedades; rugía, pero sus lágrimas ardientes caían sobre el pueblo mismo”. Y añade quien le cita, Santos Juliá: “No le reprochaba, por tanto, la egolatría de las gentes del 98, iconoclastas que pretendían ocupar las hornacinas vacías; tampoco le recriminará, como a Unamuno, que dirigiera sus adjuraciones ‘a una persona sola’, al rey, con quien Unamuno gustaba medirse. Costa era otra cosa: titán generoso, bien se veía que iba a perecer. Azaña le había visto en la tribuna del Ateneo llorar de rabia, ‘temblándole las gruesas facciones, en arenga descomunal para confundir, ya que no podía comérselo, a un contradictor impertinente’. Irascible, apremiante, iluminado, poseía sin embargo, ‘un corazón indefenso’ que lo redimía: su destino era abrasarse en sentimientos ingenuos. ‘Fue el corazón español lacerado’”.<sup>121</sup>

También Balfour, al dar cuenta de sus intervenciones en la Asamblea de Productores de 1898, afirma: “Sus dos discursos estaban llenos de metáforas apocalípticas y en varias ocasiones Costa se interrumpió y lloró, para arrobamiento de los que lo escuchaban. Su oratoria se expresaba en el estilo de la época, en el que la habilidad para conmover al público con magníficas imágenes era casi tan importante como las ideas que contuviera. Costa empleaba un extenso repertorio de recursos retóricos, todos calculados para emocionar a aquella audiencia agraria”.<sup>122</sup>

Con parecida o mayor dureza le trata Trapiello, al considerar que “bien por frustraciones personales, sentimentales y afectivas, bien por inadecuación al medio social, desesperación o rencor, el caso es que el discurso político de Costa se fue haciendo cada vez más extremista y, de las posiciones vagamente imperialistas de su juventud, terminaría en la convicción de que para regenerar a España el único camino era la renuncia, abandonar cualquier proyecto de gloria exterior y trabajar en el interior”.<sup>123</sup> Y añade este autor, con tono especialmente llamativo, que “Costa es un tribuno del Antiguo Régimen que tenía más de anciano que de antiguo [...]. Costa, de talante energuménico y cuyo diagnóstico de los males de España fue a menudo tan acertado como apocalíptico, resultó ser un político polígrafo”, a pesar de lo cual

---

<sup>120</sup> JULIÁ (1997 b), pp. 377-378.

<sup>121</sup> JULIÁ (1997 f), pp. 19-20.

<sup>122</sup> BALFOUR (1997), p. 83. Añade que, de todos modos, “la grandiosa retórica de Costa no convenció a todos los delegados”.

<sup>123</sup> TRAPIELLO, A. (1997), p. 77.



cree que hay que quitarle de las historias de la literatura, ya que la mayor parte de su obra no es literaria y su influencia literaria en los grandes del 98 y del 14 es casi nula.<sup>124</sup>

Algunas críticas puntuales han destacado *lo hiperbólico de sus denuncias* sobre el coste total de la guerra con Norteamérica, que estima en unos 4.000 millones de pesetas, mientras las fuentes oficiales defendían la cifra de 1.874 millones.<sup>125</sup> También lo recuerda Jordi Maluquer, que afirma que “la confusión reinante con estas estimaciones se pone de manifiesto, por ejemplo, en la doble alusión de Joaquín Costa, en un mismo texto, y con muy pocas páginas de distancia, a cifras bien diferentes, como son 3.000 y 4.000 millones de pesetas”, para añadir un juicio de valor, señalando que “las afirmaciones de Costa tienen el particular interés de haber presentado la factura de guerra en forma de coste de oportunidad de un programa de regeneración basado en las construcciones hidráulicas”.<sup>126</sup>

Una crítica global al regeneracionismo, en profundidad, es la de Juan Sisinio Pérez Garzón, que cree que “en el término *regeneración* no hay más proyecto que sacar de la angustia sociológica a esas clases medias estranguladas entre el caciquismo oligárquico denunciado por J. Costa y un inusitado activismo obrero cuyo impacto era mayor que su propia fuerza”.<sup>127</sup>

Otro de los temas más recurrentes es su apelación a una solución extrema que, “a manera de último cartucho [...] para la regeneración de España, consistía en un ‘cirujano de hierro’ que interviniese el cuerpo enfermo de la nación”.<sup>128</sup> Como ha estudiado Driever, Mallada había sido precursor de esa idea, compartida asimismo por Macías Picavea, César Silió y otros.<sup>129</sup>

Viene a ser el cirujano de hierro un “demiurgo político capaz de recrear la nación sobre la base, como el propio autor decía, de un conocimiento profundo del pueblo español y de una piedad infinita hacia su desgracia [...]. El cirujano de hierro costiano sería, pues, el arquetipo mítico de un nuevo contrato social que ligaría a un hombre, dotado de los altos atributos antes mencionados, con un pueblo histórico real —inexistente, sin embargo, como ente político moderno— con el objetivo de reconstituir en una transitoria operación de gobierno positivista las bases biológicas,

---

<sup>124</sup> TRAPIELLO (1997), pp. 79 y 82-83.

<sup>125</sup> BALFOUR (1997), p. 68.

<sup>126</sup> MALUQUER (1997), p. 13.

<sup>127</sup> PÉREZ GARZÓN (1998), p. 232.

<sup>128</sup> BALFOUR (1997), p. 77.

<sup>129</sup> DRIEVER (1998), pp. 52-53.

materiales y culturales que le permitiesen recuperar sus ancestrales cualidades naturales. Se trataba de un pacto que Costa veía reproducido a lo largo de la historia universal en múltiples personajes [... y que] en su traducción textual carecería de referente positivo en la realidad política coetánea. Pero su reinterpretación en otras circunstancias no menos críticas podría fácilmente traducirse, como de hecho lo será, en experiencias de gobierno autoritario de índole nacional-regeneracionista, el primorriverismo una de ellas”.<sup>130</sup>

Su “cirujano”, se ha escrito, “no era una añoranza aislada ya que, en última instancia, en mayor o menor medida estaba siendo compartida por amplios sectores de opinión, independientemente de la ideología en que se encuadrasen. La aportación de Costa en este aspecto consistió en dar contenido nacional a dos tópicos frecuentísimos en su tiempo: la dictadura y la revolución”.<sup>131</sup>

Y no sólo el cirujano. También se ha recordado, siguiendo los pasos del viejo libro de Tierno Galván (1961), que Costa tenía una “conocida hostilidad” hacia el parlamentarismo, como queda reflejado en la apelación a la “política sumarísima” y a la apuesta por un gobierno que se mueva “por actos y no por leyes”.<sup>132</sup>

En esa misma línea estarían quienes han recordado su influencia (y no la manipulación de que fue objeto) en la Dictadura de Primo de Rivera.<sup>133</sup> Santos Juliá ha rescatado un texto de Maeztu en *El Sol* en el que afirmaba que “lo importante del 98, en política, no fueron él ni sus compañeros de generación, sino Macías Picavea y Joaquín Costa” y son las ideas de ambos “las que ahora inspiran al directorio la serie de golpes que está asentando a la hidra caciquil”.<sup>134</sup> Y lo mismo ocurrirá con el funesto libro de Tierno y su marbete del Costa prefascista e inspirador del franquismo.

Pero en la misma senda en que lo hiciera, especialmente, Tuñón de Lara hace cuatro o cinco lustros, Morales Moya sale al paso de las simplificaciones: “El pensamiento regeneracionista, cuyos principales representantes serían Ricardo Macías Picavea y, muy especialmente, Joaquín Costa, exigía un cambio radical en la organización política desde una perspectiva parlamentaria y democrática: la Dictadura coyuntural tendría, en su caso, un carácter jurídico. Afirmaba la primacía de la sociedad sobre el Estado, propugnando la expansión de todas las actividades espontáneas de la vida social y la ‘europeización’ de España: se trataba, resume Altamira, de

---

<sup>130</sup> VILLACORTA (1988), pp. 140-142.

<sup>131</sup> CALVO CARILLA (1998), p. 371.

<sup>132</sup> LAPORTA (1998), p. 86.

<sup>133</sup> BALFOUR (1997), p. 234.

<sup>134</sup> JULIÁ (1997 e), p. 187.

tomar como modelo la vida de los pueblos europeos considerados más civilizados, [...] de rectificar, de esta forma, nuestros defectos y, en definitiva, nuestro retraso”.<sup>135</sup> En la misma línea han hablado, y lo recoge Andrés-Gallego, Romero Maura y Varela Ortega, negando la influencia de Costa en los ulteriores movimientos autoritarios. Al menos, como concluye aquel, que recuerda el empeño de la izquierda en asumir a Costa, concluye: “Costa está en Franco y Primo de Rivera como en Ortega y Azaña”.<sup>136</sup>

Frente a ellos y desde otra óptica, critica Carlos Seco la alusión concreta (“mucho más concreta y evidente de lo que quisieran aquellos que, glosando luego su pensamiento, se han esforzado por liberarlo de este punto negro”) al “cirujano de hierro”: “La inoportunidad de esta apelación resulta más evidente si tenemos en cuenta que el Ejército se dolía entonces de una doble herida: la del injusto juicio a que se había visto sometida su acción en la guerra y la de su clara conciencia de los defectos y carencias que afectaban a su organización, a su estructura y a sus medios”.<sup>137</sup>

Una revisión muy lúcida es la que realiza Sebastian Balfour, quien reproduce el editorial que *El Imparcial* dedicó a Costa,<sup>138</sup> reprendiéndole por las excesivas ambiciones de su programa político: “Los hombres de las clases medias [...] no pueden ya hablar seriamente de revolución; a lo sumo, de pronunciamientos y asonadas para quitarse el poder unos a otros. La revolución verdadera ha pasado a otras manos; a las de los obreros, quienes muestran, por cierto, en la apreciación del objeto y de la potencia muy superior sentido”. Quizá por eso se pregunta Costa, en 1903, si no ha llegado ya el turno del pueblo...

Se ha escrito mucho, también, sobre el relativo fracaso de las propuestas regeneracionistas. Así, cuando se recuerda que —al igual que ocurrió con la generación literaria o los movimientos catalán o vasco— “ninguno pudo cambiar el sistema de la Restauración e incluso muchos se vieron absorbidos por este [mientras que] los viejos políticos adoptaron la nueva retórica de regeneración sin cambiar sus prácticas y el régimen demostró un poder de recuperación que desesperó a quienes pretendían aprovechar el Desastre para modernizar España”.<sup>139</sup>

En la misma línea se manifiesta Palomares: “... las iniciativas costistas quedaron inservibles después de producirse la derrota colonial. La crisis y sus efectos demandaban nuevos medios para atajarlos y aportar soluciones concretas. Al filo del nuevo

---

<sup>135</sup> MORALES MOYA (1998), pp. 157-158.

<sup>136</sup> ANDRÉS-GALLEGO (1998 a), p. 242.

<sup>137</sup> SECO SERRANO (1998 a), pp. 243-244.

<sup>138</sup> “Para Joaquín Costa”, *El Imparcial*, 24 de junio de 1900. Cit. en BALFOUR (1997), p. 100.

<sup>139</sup> BALFOUR (1988), p. 80.

siglo, Costa encontrará nuevos y fugaces compañeros de viaje: Basilio Paraíso y Santiago Alba. Ambos serán reconocidos por Ramón y Cajal como apóstoles de la regeneración [...]. Se trataba de una movilización cuyos vínculos con Costa aparecen en todos los tramos”.<sup>140</sup>

No es de la misma opinión Juan Pro, que señala cómo la apropiación del discurso regeneracionista por los políticos “debió de resultar doblemente frustrante para los regeneracionistas genuinos —que eran los intelectuales críticos como Costa o Mallada—, los cuales habían concebido ese tipo de discurso para deslegitimar al régimen, y hubieron de ver con sus propios ojos cómo su arsenal de conceptos y argumentos era empleado en sentido contrario por los políticos de siempre: para tranquilizar conciencias inquietas y aparentar voluntades de cambio sin que, a la postre, el sistema político de la Restauración sufriese trastornos de ningún tipo. Cambiar algo —en el nivel del discurso— para que todo siguiera como antes en el nivel de los hechos y de las estructuras”.<sup>141</sup>

## 8. UNA BREVE CONCLUSIÓN

En su *Reconstitución y europeización de España* asegura Abellán que “se inspirarán los proyectos de las generaciones posteriores que tomarán como lema y motor el impulso hacia la europeización (muy singularmente, Ortega y Gasset). La tendencia a la regeneración será recogida también por los hombres que vengan detrás, muy singularmente los del 98, que buscarán la palingenesia de la patria partiendo de una idea de la nación como valor moral”.<sup>142</sup>

También han destacado otros muchos a Ortega como discípulo de Costa en “su magisterio europeizante”.<sup>143</sup> Laín Entralgo y Seco Serrano han afirmado que “la enérgica denuncia de Costa en *Oligarquía y caciquismo* siguió vigente, pese a los intentos de Maura y de Canalejas, hasta la República de 1931”.<sup>144</sup> Sin embargo, afirman poco después que “la palabra ‘regeneración’, tan repetida como fórmula de salvación nacional antes de 1898, comenzaba a perder prestigio. Joaquín Costa había concebido su cumplimiento como una honesta y eficaz política de realidades; contra la ineficacia y la retórica parlamentaria de los gobernantes, las consignas regeneradoras [...] sacarían a España de la postración y el marasmo en que había caído. Pero la continua experiencia de ver que esas consignas no se hacían realidad y la consideración de que no contem-

---

<sup>140</sup> PALOMARES (1998), p. 446.

<sup>141</sup> PRO (1998), pp. 193-194.

<sup>142</sup> ABELLÁN (1998), p. 91.

<sup>143</sup> MEDINA (1998), p. 148.

<sup>144</sup> LAÍN ENTRALGO y SECO SERRANO (1998), p. 9. Sobre el costismo de Maura véase GONZÁLEZ HERNÁNDEZ (1997), p. 171.

plaban la totalidad de nuestra deficiencia histórica, dio lugar a cierto cansancio de ellas, no solo entre los intelectuales —Unamuno, Azorín, Baroja, el joven Ortega—, sino también en el pueblo llano”.<sup>145</sup>

Se señala como su principal seguidor práctico a Santiago Alba,<sup>146</sup> que en cierto modo sí siguió sus ideas y programas, pero que fue uno de los que más directamente se enfrentó a él, en la Unión Nacional. En cuanto a los teóricos, hay bastante acuerdo en que sus principales seguidores fueron, en principio, Maeztu y Azorín, también, al menos afectivamente, Unamuno, y luego Ortega, que se desengancharía pronto de esa admiración,<sup>147</sup> que ha sido recordada en esta efemérides finisecular. Ortega rindió homenaje a Costa en su muerte: “La palabra regeneración no vino sola a la nación española: apenas se comienza a hablar de regeneración se empieza a hablar de europeización. Uniendo fuertemente ambas palabras, don Joaquín Costa labró para siempre el escudo de aquellas esperanzas peninsulares. Su libro *Reconstitución y europeización de España* ha orientado durante doce años nuestra voluntad”. Y Antonio Machado, “tan alejado de las preocupaciones costianas en ciertos aspectos, también ensalzó la ‘labor de europizar [*sic*] a España’ que había proyectado ‘el egregio Costa’”.<sup>148</sup> Como ya hemos indicado, la recuperación de algunos textos de Azaña nos muestra también la empatía que tuvo con Costa, a pesar de su rechazo del menor atisbo de cirugías de hierro.

Uno de los aspectos menos conocidos de los ecos de Costa es su proyección exterior. Hice hace pocos años algo en ese sentido, traduciendo un magnífico trabajo del fallecido iberista francés Albert Silbert sobre la influencia de Costa en el colectivismo agrario portugués. Recientemente se ha manifestado como encendido estudiante y discípulo de Costa el gran historiador João Medina, quien, rechazando las insidias de Tierno Galván u “otros pecadillos”, añade (traduzco): “El intrépido aragonés merece nuestra estima, de todos nosotros, sobre todo de los que, como el autor de estas líneas, conoció el exilio” en época en que nos asemejaban dictaduras y había que seguir luchando por cerrar sepulcros, el del Cid o el de Mouzinho de Albuquerque.<sup>149</sup>

En todo caso, como señala Palomares, “hoy nadie pone en duda la influencia que ejerció Costa mediante sus lemas y denuncias. Una influencia que deseó prioritariamente, si no de forma exclusiva, ejercer sobre las clases productoras con nuevos intereses sociales, hasta ahora marginadas...”.<sup>150</sup>

---

<sup>145</sup> LAÍN ENTRALGO y SECO SERRANO (1998), p. 15.

<sup>146</sup> MORÓN ARROYO (1996), p. 60.

<sup>147</sup> CALVO CARILLA (1998), p. 376.

<sup>148</sup> SERRANO (1998), p. 348.

<sup>149</sup> MEDINA (1998), p. 151.

<sup>150</sup> PALOMARES (1998), pp. 442-443.

## BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV. (1997). "El 98. Lecciones de un fin de siglo", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* 28-29.
- AA. VV. (1997). "La educación y la generación del 98", número extraordinario de la *Revista de Educación*.
- ABELLÁN, José Luis (1998). "El krausismo: desarrollo de la ciencia y transformación de la enseñanza", en LAÍN ENTRALGO, Pedro, y SECO SERRANO, Carlos (eds.) (1998). *España en 1898. Las claves del Desastre*. Barcelona, Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores, pp. 83-100.
- ÁLVAREZ JUNCO, José (1996). "Redes locales, lealtades tradicionales y nuevas identidades colectivas en la España del siglo XIX", en ROBLES EGEA, Antonio (comp.) (1996). *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea*. Madrid, Siglo XXI, pp. 71-94.
- (1998). "La nación en duda", en PAN-MONTOJO, Juan (coord.) (1998). *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid, Alianza, pp. 405-475.
- ANDRÉS-GALLEGO, José (1998 a). *Un 98 distinto. Restauración, desastre, regeneracionismo*. Madrid, Encuentro.
- (1998 b). "El 98 y los 98: algunas distinciones necesarias", en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. II, pp. 111-119.
- (1998 c). "Religión y 98", *Anuario de Historia de la Iglesia* VII: 161-169.
- ARTOLA, Miguel (1997). "Partidos y elecciones", en JULIÁ, Santos (dir.). *Memoria del 98*. Madrid, Diario *El País*, pp. 85-90.
- ASÍN VERGARA, Rafael (1998). "Los ámbitos políticos e intelectuales del 98 y la Institución Libre de Enseñanza en España", en CAYUELA FERNÁNDEZ, José G. (coord.) (1998). *Un siglo de España: Centenario 1898-1998*. Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 509-526.
- BALFOUR, Sebastian (1997). *El fin del imperio español (1898-1923)*. Barcelona, Crítica.
- (1998). "El Desastre de 1898 y el fin del Imperio español, cien años después", *Revista de Occidente* 202-203: 79-89.
- BLAS GUERRERO, Andrés DE (1997). "Refundación del nacionalismo español", en JULIÁ, Santos (dir.). *Memoria del 98*. Madrid, Diario *El País*, pp. 229-234.
- CABRERA, Mercedes (1997). "Percepciones de fin de siglo", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* 28-29: 39-50.
- CALVO CARILLA, José Luis (1998). *La cara oculta del 98. Místicos e intelectuales en la España del fin de siglo (1895-1902)*. Madrid, Cátedra.
- CARASA, Pedro (1998). "La rebelión de las elites disidentes en las crisis interseculares", en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso*

- Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. III, pp. 337-389.
- CAYUELA FERNÁNDEZ, José G. (coord.) (1998). *Un siglo de España: Centenario 1898-1998*. Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha.
- DIEGO, E. DE (dir.). “Hacia el 98. La España de la Restauración y la crisis colonial, 1895-1898”, *Cuadernos de la Escuela Diplomática* 12.
- DELGADO, Buenaventura (1997). “La generación del 98 y la educación española”, *Revista de Educación* núm. extr.: 11-31.
- DÍAZ LARIOS, Luis F. (1998). “La creación literaria: poesía, novela, teatro y literaturas regionales”, en LAÍN ENTRALGO, Pedro, y SECO SERRANO, Carlos (eds.) (1998). *España en 1898. Las claves del Desastre*. Barcelona, Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores, pp. 101-134.
- DRIEVER, Steven L. (1998). “Mallada y el regeneracionismo español”, introducción a MALLADA, Lucas, *La futura revolución española*. Madrid, Biblioteca Nueva (“Cien Años Después”).
- FORNER, Salvador (1998). “El caciquismo en España y Portugal”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. III, pp. 101-120.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio (1996). “Jerarquía versus igualdad: el clientelismo político mediterráneo desde la Antropología”, en ROBLES EGEA, Antonio (comp.) (1996). *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea*. Madrid, Siglo XXI, pp. 21-42.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo (1998). “Las ‘tormentas del 98’: viejas y nuevas formas de conflictividad en el cambio de siglo”, *Revista de Occidente* 202-203: 90-111.
- GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús (1997). “Las manchas del leopardo: la difícil reforma desde el sistema y las estrategias de la ‘socialización conservadora’”, en SUÁREZ CORTINA, M. (ed.). *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia*. Madrid, Alianza, pp. 157-197.
- JULIÁ, Santos (dir.) (1997 a). *Memoria del 98*. Madrid, Diario *El País*.
- (1997 b). “El problema de España”, en S. JULIÁ, Santos (dir.). *Memoria del 98*. Madrid, Diario *El País*, pp. 373-379.
- (1997 c). “Recuperar la memoria”, en S. JULIÁ, Santos (dir.). *Memoria del 98*. Madrid, Diario *El País*, p. 3.
- (1997 d). “Retóricas de la muerte y resurrección de España”, en S. JULIÁ, Santos (dir.). *Memoria del 98*. Madrid, Diario *El País*, pp. 242-243.
- (1997 e). “Protesta, liga y partido: tres maneras de ser intelectual”, *Ayer* 28: 168-192.
- (1997 f). Introducción a AZAÑA, Manuel. *¡Todavía el 98!* Madrid, Biblioteca Nueva (“Cien Años Después”).

- LAFUENTE, Isabel Trinidad (1998). “La guerra del dinero contra la hidalguía”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98. t. V, pp. 151-165.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro (1998). “La reacción de los intelectuales”, en LAÍN ENTRALGO, Pedro, y SECO SERRANO, Carlos (eds.) (1998). *España en 1898. Las claves del Desastre*. Barcelona, Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores, pp. 295-322.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro, y SECO SERRANO, Carlos (eds.) (1998). *España en 1898. Las claves del Desastre*. Barcelona, Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores.
- (1998). “Prólogo”, en LAÍN ENTRALGO, Pedro, y SECO SERRANO, Carlos (eds.) (1998). *España en 1898. Las claves del Desastre*. Barcelona, Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores, pp. 7-17.
- LAPORTA, Francisco J. (1998). “La Institución Libre de Enseñanza y la generación del 98”, en MESA GARRIDO, Roberto (dir.). *Jornadas sobre Tiempos del 98: Sevilla, 18 al 21 de noviembre de 1997*. [Sevilla], Fundación El Monte, pp. 77-98.
- MAINER, José-Carlos (1998). “La crisis intelectual del 98: de Rudin a lord Chandos”, *Revista de Occidente* 202-203: 112-130.
- MALUQUER DE MOTES, Jordi (1997). “Los economistas españoles ante la crisis del 98”, *Revista de Historia Industrial* 12: 11-38.
- MARIMON, Antoni (1998). *La crisis de 1898*. Barcelona, Ariel.
- MEDINA, João (1998). “Iberizar e desiberizar: pulsões de africanização e de europeização desde a crise peninsular dos anos noventa do século XIX”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. III, pp. 139-152.
- MESA GARRIDO, Roberto (dir.) (1998). *Jornadas sobre Tiempos del 98: Sevilla, 18 al 21 de noviembre de 1997*. [Sevilla], Fundación El Monte.
- MORALES MOYA, Antonio (1998). “De un 98 a otro: una revisión historiográfica”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. III, pp. 153-186.
- (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, 5 tomos.
- , y ESTEBAN DE VEGA, M. (1997). “Literatura del Desastre”, en JULIÁ, Santos (dir.). *Memoria del 98*. Madrid, Diario *El País*, pp. 238-239.
- MORÓN ARROYO, Ciriaco (1996). *El “alma de España”. Cien años de inseguridad*. Oviedo, Nobel.
- NIETO, Alejandro (1998). “La Administración Pública en España”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. III, pp. 299-316.



- PALOMARES IBÁÑEZ, Jesús María (1998). “Teoría y práctica de la política regeneracionista en España, 1899-1913”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. IV, pp. 438-462.
- PAN-MONTOJO, Juan (coord.) (1998 a). *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid, Alianza.
- (1998 b). “El atraso económico y la regeneración”, en PAN-MONTOJO, Juan (coord.). *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid, Alianza, pp. 261-334.
- (1998 c). “Economía y política del Desastre”, *Revista de Occidente* 202-203: 250-263.
- (1998 d). “Introducción. ¿98 o fin de siglo?”, en PAN-MONTOJO, Juan (coord.). *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid, Alianza, pp. 9-30.
- PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio (1997). Introducción a MOROTE, Luis. *La moral de la derrota*. Madrid, Biblioteca Nueva (“Cien Años Después”).
- (1998). “El nacionalismo español, de las Cortes de Cádiz al 98”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. III, pp. 217-234.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel (1997). “Después del 98”, en JULIÁ, Santos (dir.). *Memoria del 98*. Madrid, Diario *El País*, pp. 181-186.
- (1998). “La sociedad española, la guerra y la derrota”, en PAN-MONTOJO, Juan (coord.). *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid, Alianza, pp. 91-149.
- PRO RUIZ, Juan (1998). “La política en tiempos del Desastre”, en PAN-MONTOJO, Juan (coord.). *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid, Alianza, pp. 151-260.
- ROBLES EGEA, Antonio (comp.) (1996). *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea*. Madrid, Siglo XXI.
- RUEDA LAFFOND, José Carlos (1998). “Los objetivos políticos regeneracionistas como salida a la crisis del 98”, en CAYUELA FERNÁNDEZ, José G. (coord.) (1998). *Un siglo de España: Centenario 1898-1998*. Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 487-497.
- RUIZ MANJÓN, Octavio (1998). “El republicanismo español de fin de siglo, entre la política y la cultura”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. III, pp. 447-459.
- RUIZ TORRES, Pedro (1998). “Representaciones del pasado en la cultura nacionalista española de finales del siglo XIX”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. II, pp. 137-161.
- SÁNCHEZ RON, José Manuel (1997). “España y la ciencia: dos momentos”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* 28-29: 20-38.

- SECO SERRANO, Carlos (1998 a). “La renovación política: el regeneracionismo”, en LAÍN ENTRALGO, Pedro y SECO SERRANO, Carlos (eds.) (1998). *España en 1898. Las claves del Desastre*. Barcelona, Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores, pp. 235-260.
- (1998 b). “La Restauración: anverso y reverso”, en MESA GARRIDO, Roberto (dir.) (1998). *Jornadas sobre Tiempos del 98: Sevilla, 18 al 21 de noviembre de 1997*. [Sevilla], Fundación El Monte, 17-38.
- SERRANO, Carlos (1997). “¡O todos o ninguno!”, en S. JULIÁ, Santos (dir.). *Memoria del 98*. Madrid, Diario *El País*, pp. 53-59.
- (1998) “Conciencia de crisis, conciencias en crisis”, en PAN-MONTOJO, Juan (coord.). *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid, Alianza, pp. 335-403.
- SERRANO BLANCO, Laura (1998). “La preocupación por España antes del 98. El pensamiento pre-regeneracionista de Macías Picavea”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. V, pp. 303-317.
- SUÁREZ CORTINA, M. (1997 a). “Los republicanos en la España del novecientos”, en JULIÁ, Santos (dir.). *Memoria del 98*. Madrid, Diario *El País*, pp. 347-349.
- (ed.) (1997 b). *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia*. Madrid, Alianza.
- (ed.) (1997 c). “La Restauración y el fin del imperio colonial”, en SUÁREZ CORTINA, M. (ed.). *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia*. Madrid, Alianza, pp. 31-107.
- (ed.) (1997 d). “Demócratas sin democracia, republicanos sin república”, en SUÁREZ CORTINA, M. (ed.). *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia*. Madrid, Alianza, pp. 317-367.
- TRAPIELLO, Andrés (1997). *Los nietos del Cid. La nueva edad de oro de la literatura española (1898-1914)*. Barcelona, Planeta.
- UCELAY-DA CAL, Enrique (1998). “¿Cómo convertir a los perdedores en ganadores? Un ensayo sobre la proyección finisecular de identidades en los países menos industrializados”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. II, pp. 163-191.
- VARELA ORTEGA, José (1997). “Orígenes y desarrollo de la democracia: algunas reflexiones comparativas”, *Ayer* 28: 29-60.
- (1998). “La España política del fin de siglo”, *Revista de Occidente* 202-203: 43-77.
- VILLACORTA BAÑOS, Francisco (1998). “Fin de siglo: crisis del liberalismo y nuevos procesos de mediación social”, *Revista de Occidente* 202-203: 131-148.
- ZAFRA VÍCTOR, Manuel (1996). “El marco político y la génesis del caciquismo”, en ROBLES EGEA, Antonio (comp.) (1996). *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea*, Madrid, Siglo XXI, pp. 95-115.

# *Acerca de la pretendida indefensión de las Administraciones Públicas en materia de contratación*

*(Un comentario a la noticia publicada en el Diario del Altoaragón  
sobre la modificación del contrato de la obra de ampliación  
del Ayuntamiento de Huesca)*

POR  
LORENZO SERENA PUIG

A la memoria de don Federico Balaguer

Don Federico Balaguer vivió su condición de funcionario del Ayuntamiento de Huesca de manera entregada; con una preocupación y dedicación a sus convecinos que excedía de las horas de trabajo al frente del archivo municipal. En este, como en otros aspectos, su persona se mostró ejemplar a cuantos tuvimos por fortuna vivir en contacto suyo. Su personalidad destacó tanto por su obra científica y de profesional de la historia como por su claridad intelectual; la modestia, proximidad y generosidad para cuantos se le acercaban; su equilibrio y rectitud éticos; el rigor y valentía en sus convicciones; en suma, por la manera en que entendía la amistad y la nobleza de espíritu.

Recientemente, en los pasados últimos días de este primer verano sin don Federico, la prensa local daba noticia de la liquidación de una emblemática obra pública en nuestra ciudad de Huesca.<sup>1</sup> Emblemática por tratarse de la obra de ampliación del palacio del Ayuntamiento (del Concejo, como decía don Federico); y

---

<sup>1</sup> La noticia aparece en la página cuatro del número 5.558 del *Diario del Altoaragón*, del día miércoles, 22 de agosto de 2001 (existe un editorial sobre la noticia en la página quince de ese mismo número). La noticia se refiere a la liquidación de las obras de ampliación del Ayuntamiento de Huesca a la empresa Estructuras Aragón. La noticia publicada da cuenta de un desfase de cincuenta y cuatro millones de pesetas respecto del precio de adjudicación de la obra (ciento cincuenta y seis millones de pesetas), así como del incumplimiento del plazo de ejecución inicialmente establecido. De igual manera, la publicación informa de la existencia de un anterior reformado (al que califica de "filigrana jurídico-administrativa") fundado en el interés general, que alcanzó el 19,9 por ciento del precio del contrato, y que fue pactado con la empresa tras aprobar el Concejo la apertura del expediente de resolución del contrato. Por último, la noticia se refiere a que el Tribunal de Cuentas se encuentra estudiando la contratación.

emblemática por lo que, según parece, de significativo ha tenido la ejecución de dicha obra. Prescindiendo por completo del uso partidista que el fenómeno que comentamos haya tenido o pueda tener, interesa reflexionar sobre este, pues la información va acompañada de un “suelto” del periodista responsable de la noticia que titula “Ejemplo de la indefensión de las corporaciones locales”. Lo llamativo del caso, aparte de la mencionada reflexión del periodista redactor (lo que no suele ser muy frecuente), ha provocado la atención del mismo diario en forma de editorial (“Incrementos en la ejecución”). No me equivoco si digo que todas estas circunstancias, y la noticia misma, habrían sido objeto de la atención de don Federico y que se hubiese hecho eco de ellas en sus conversaciones de trastienda en la calle de Villahermosa.

Don Federico, con independencia de su condición de autoridad en el campo de la historia, destacó por poner su extensa y profunda formación al servicio de sus vecinos y amigos. Esa calidad y generosidad, que trascendía a su condición de funcionario cabal al servicio de la Administración local, ha distinguido su personalidad convirtiéndola en modelo para todos y, en especial, para los que sirven en las Administraciones Públicas.

## LA POSICIÓN DE LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA EN EL DERECHO

1. La noticia objeto de comentario ha merecido una reflexión de su autor, que habla de la “indefensión de las Administraciones”. Es cierto que el suceso de que se da cuenta aparece en el concreto ámbito de la contratación pública; con todo, al simple ciudadano habrá dejado perplejo que pueda hablarse de situaciones de “desvalimiento” e “indefensión” referidas a las Administraciones Públicas. La Administración es poder o, al menos, eso es lo que se ha venido repitiendo hasta generar una opinión pública en este sentido. Sin embargo, en este como en otros casos, es posible que estemos ante un falseado mito que, de puro reiterado, hemos terminado por creernos.

Las señales que acreditan la posición de preeminencia son, aparte las que se deriven del contenido del derecho sustantivo que regula la relación jurídica que protagoniza la Administración, las que provienen del conjunto de reglas que disciplinan el control que los tribunales de justicia efectúan de dichas relaciones. Nuestra Constitución de 1978 no opta por un concreto sistema de Administración Pública, en el sentido de definir en qué forma los tribunales controlan la legalidad de su actuación. El artículo 106. 1 establece dicho control, pero no especifica si este se produce por tribunales ordinarios o con arreglo a un derecho propio de las Administraciones Públicas y por tribunales especializados.

Así como nuestros constituyentes dieron por sentado y no debatieron el modelo de Administración, no sucedió lo mismo en el seno del Tribunal Constitucional. Es

sabido que los primeros miembros de dicho Tribunal llegaron a sopesar la posibilidad de que la Administración se hallase en nuestro ordenamiento en igualdad de condiciones a los particulares y sometida en sus conflictos de intereses a unos mismos tribunales; sin presencia, por tanto, de un orden jurisdiccional especializado. Es decir, la Administración servicial de que se habla en el artículo 103 de la Constitución y las notas que de ella se predicán no prefiguran un sistema concreto de control y de Administración Pública en cuanto a sus relaciones con los órganos del Poder Judicial. Como tampoco lo hacen el reconocimiento de la potestad reglamentaria —única de la que habla expresamente la Constitución— y el ya citado sometimiento a la ley y al control de los tribunales de justicia. Quiere decirse que todas las exorbitancias que adornan a nuestras Administraciones Públicas y que definen el concreto sistema o régimen del Derecho Administrativo de tipo continental (*Régime administratif*), no cuentan con un respaldo explícito en el texto de la Constitución sino en simples leyes ordinarias, que bien pudieron ser declaradas incompatibles con aquella por muy diferentes motivos. Sin embargo, parece que una vez más pesó la tradición jurídica, pues el Alto Tribunal ha considerado en diferentes ocasiones que no es contraria a la Constitución la posición que el derecho vigente reconoce a la Administración (tanto el anterior a la Constitución como el sobrevenido tras esta).

De igual modo, el Tribunal Constitucional ha reconocido como tarea del legislador ordinario el determinar los medios e instrumentos necesarios para que se concrete la eficacia de la Administración exigida por el citado artículo 103. En esta línea, ha especificado que entre aquellos pueden estar, si así lo considera oportuno el legislador, las potestades de autotutela con sus distintas manifestaciones y alcances (STC. 22/1984, de 17 de febrero, F. J. 4). Según esta doctrina, no nos encontramos ante un modelo de Administración o sistema de Derecho Administrativo por completo cerrado: lo que la Constitución quiere es una Administración eficaz y al servicio de los intereses generales, sometida al ordenamiento jurídico y bajo el control de los tribunales. Esos mandatos, en cuanto potencialmente susceptibles de ser alcanzados por medio de diferentes instrumentos, están reconociendo al legislador ordinario una posibilidad de opción no constreñida, salvo por la consecución de aquellos fines. Se podría decir, por tanto, que la Constitución admite las potestades administrativas, pero no las impone. O, dicho mejor, se acepta que se le reconozcan potestades a la Administración, en cuanto útiles para alcanzar la eficacia en el desarrollo de la actividad que le es propia y, a la inversa, no son admisibles las potestades gratuitas o utilizadas sin virtualidad práctica. En suma, tendrían cabida en la Constitución otros diferentes sistemas que no comportasen el reconocimiento de tales privilegios; la Constitución establece unos objetivos pero no determina los medios (siempre que estos sean conformes a los propios principios constitucionales; no hay, por tanto,

una libertad absoluta). Por ello, no debiera hablarse en absoluto de exorbitancias o de privilegios referidos a una potestad en general, sino ponderar en cada caso concreto si el uso de aquella ha sido proporcionado y necesario para la consecución del fin público determinado.

2. La mayoría identifica, como se ha dicho, Administración con poder. Así lo siente el ciudadano de a pie (de ahí la perplejidad que comentamos cuando se habla de “indefensión” en la noticia) y lo afirma la doctrina científica; autores hay que definen el Derecho Administrativo como el que se ocupa del poder político. Se puede decir que, en esencia, la Administración es poder y el Derecho administrativo es el régimen jurídico del Poder Público. En este sentido, el profesor García de Enterría ha señalado que “el ciudadano se enfrenta con el poder primariamente en cuanto poder administrativo”.<sup>2</sup> Por lo tanto, la percepción del concepto poder que el individuo tiene, en primer término, es la Administración Pública.

Junto a la anterior idea, hoy está pacíficamente admitido que la Administración se halla sometida de manera plena al ordenamiento jurídico y que el principio de legalidad debe presidir su actuación; actuación que, en todo caso, como vimos, aparecerá sometida al control de los tribunales. No obstante esta doble sujeción, constituye uno de los caracteres de la Administración más machaconamente destacados el de su carácter privilegiado. Esta nota, que se reconoce en principio referida, precisamente, al concreto ámbito de sus relaciones con los tribunales, se alza y se extiende de forma general a todo su Derecho; al que se caracteriza, de esta manera, como fuera de lo común, “excesivo”, “exorbitante”. Es cierto que esa nota que lo peculiariza frente a otros derechos se acompaña, y así se destaca por la mayoría de la doctrina, por la presencia de unos específicos límites o controles en favor de los ciudadanos. Sin embargo —importa destacarlo—, estos son consecuencia de aquellos y, con frecuencia, se trata de garantías parciales y de acción posterior al actuar privilegiado de la Administración.<sup>3</sup> De este planteamiento deriva la ya tópica referencia al juego de poderes y contrapoderes, de pesos y contrapesos, de privilegios en más y en menos, etcétera, que se encuentra tras la afirmación de que la historia misma del Derecho Administrativo no es sino la de la lucha de las sociedades modernas contra las inmunidades, pretendidas o reales, de la Administración.<sup>4</sup>

---

<sup>2</sup> GARCÍA DE ENTERRÍA, Eduardo, *La lucha contra las inmunidades del Poder en el derecho administrativo*, Madrid, Civitas, 1974, p. 12.

<sup>3</sup> El autor citado ha explicado la paradoja de que la Administración contemporánea sea creación de los revolucionarios franceses que, enfrentados a un poder absoluto, fueron capaces de producir un nuevo aparato de poder como no se había conocido hasta entonces. GARCÍA DE ENTERRÍA, Eduardo, *Revolución Francesa y Administración contemporánea*, 2.ª ed., Madrid, Taurus, 1981, pp. 33 y ss.

<sup>4</sup> GARCÍA DE ENTERRÍA, Eduardo, *La lucha...*, p. 22.

Como decimos, esta es la concepción mayoritaria en la doctrina; y con ser cierta, en cuanto a la configuración técnico-jurídica del ordenamiento, nos parece que el anterior planteamiento debe ser objeto de revisión en algunos de sus aspectos por parcial e inexacto. Este es el peligro de trabajar con modelos preconcebidos; en nuestro caso, de aplicar el derecho no en consideración a la realidad sobre la que se proyecta sino atendiendo a la elaboración intelectual que se nos dice representada. En lo fundamental se acierta; pero existen parcelas y ámbitos de la realidad, de la actuación de las Administraciones Públicas, que escapan al modelo descrito. No existe correspondencia entre la realidad material de las relaciones que la Administración mantiene en algunos ámbitos de su giro específico, como luego se verá, así por ejemplo en el de la contratación pública objeto de comentario, y el esquema teórico que se le quiere aplicar.

Es cierto que en sus valoraciones finales la doctrina concluye que no se trata de un derecho privilegiado; que el Derecho Administrativo presenta una situación final de equilibrio entre los privilegios y los cuadros de garantías reconocidas a favor de los ciudadanos. Sin embargo, no es menos cierto que lo dicho, con frecuencia, no pasa de ser una declaración inicial previa al desarrollo posterior de los tratados doctrinales que despeja cualquier duda acerca de lo considerado de verdad. La propia terminología empleada —que en ocasiones ha pasado, tal cual, a cierta jurisprudencia directamente inspirada en esta determinada fuente doctrinal— así lo atestigua.<sup>5</sup> En suma, los operadores jurídicos (como ahora acostumbra a decirse) están persuadidos de que en sus relaciones con la Administración se hallan en una posición de desventaja; de que los eventuales conflictos de intereses no se resolverán de igual a igual, pues la Administración goza de una posición de preeminencia. De ahí la paradoja o perplejidad de que hablamos cuando se considera “indefensa” o “desvalida” a la Administración en sus relaciones con los ciudadanos: podría hablarse de una antinomia insalvable entre los conceptos utilizados.

Interesa cuanto se lleva dicho porque dicha concepción de la Administración crea la atmósfera desde la que se percibe la “realidad social” a que se refiere el artículo 3. 1

---

<sup>5</sup> Me estoy refiriendo a toda la terminología y construcción de las llamadas “autotutelas” de los poderes públicos, que tienen, frecuente eco en la jurisprudencia. La idea del poder de manipulación a través de la palabra la tomo del reciente libro de Álex GRUELMO, *La seducción de las palabras*, Madrid, Taurus, 2000. Las palabras, es evidente, tienen un poder de evocación que actúa de manera subconsciente. No es lo mismo hablar de una Administración servicial, prestacional, eficaz, eficiente, coordinada, etcétera (son términos que proporcionan connotaciones positivas sobre quien se refieren), que calificar a la Administración como poder preeminente (por encima de), estatutario (en referencia a quienes tienen una determinada posición que se sobreentiende privilegiada), dotado de “*imperium*” (poder absoluto de los emperadores), de potestades (otra vez la idea de “poder”), de exorbitancias (fuera de lo común), de privilegios (más allá de la ley), de autotutela (que se dirige con autosuficiencia; por sí y ante sí), etcétera. Por ello, el citado profesor García de Enterría no duda en hablar de “privilegios odiosos” de la Administración.

del Código Civil y desde la que han de aplicarse las normas. En este ambiente fuertemente influenciado —contaminado, se podría decir—, en este estado de opinión, es en el que aparecen inmersos los que aplican el derecho y los ciudadanos que se relacionan con las Administraciones Públicas. E interesa destacar, repitámoslo, que esa realidad que se transmite no es exacta en ciertos sectores de la actuación administrativa. El modelo no responde por completo a la realidad que se quiere representar con aquel.

Lo que se pretende significar es, por un lado, lo incierto de una Administración en todo caso preeminente frente al particular; y, por otro, que existen razones que permiten dudar de que ese generalizado rechazo de la posición de “privilegio” de las Administraciones Públicas aparezca justificado en determinadas y significativas parcelas de la actividad administrativa, como la de la construcción pública que nos ocupa, y ello, precisamente, porque en dicho ámbito de actuación, con mayor frecuencia de la que pudiera imaginarse, la Administración Pública que contrata se encuentra en una posición de hecho claudicante cara al empresario. Más aún, nos atreveríamos a afirmar lo conveniente de reforzar, en según qué casos, las potestades de que hace uso la Administración en dicho terreno de la contratación de obra pública.

3. La idea de modulación y escala en ciertos conceptos e instituciones no es nueva en el Derecho Administrativo; se trataría de hacer uso de ella, también, en este momento de su configuración. Lo que se intenta destacar es la imposibilidad o, mejor dicho, lo que de anómalo tiene la pretensión de aplicar el Derecho Administrativo en forma generalizada y sin las debidas modulaciones. No pueden predicarse por igual de todas las Administraciones Públicas unas mismas notas caracterizadoras; como tampoco puede entenderse que la relación jurídica administrativa admita una reducción a la unidad. Si se ha dicho que el Derecho Administrativo es aquel que regula las relaciones en que se halla presente una Administración en al menos una de sus posiciones jurídicas, se aceptará, sin mayor problema, la conveniencia de tener en consideración la circunstancia apuntada (la concreta calidad y tamaño de la Administración) en las normas que disciplinan tal relación jurídica. Entiendo que no pueden predicarse unas mismas notas caracterizadoras al Derecho que se aplica por la “pléyade” de Administraciones Públicas que hoy existen en nuestro país, que el que se utilizaba por la Administración del Estado, por decir algo, de hace cincuenta años.

No es el momento de detenerse en la importancia que para la noción de “Administración Pública” está representando el fenómeno de reasignación de competencias y responsabilidades que se viene produciendo en nuestro país desde la Constitución de 1978. En esta, junto a la Administración Central y las Administraciones Locales que pudiéramos denominar “clásicas” (Provincia y Municipio, principalmente), se reconoce de manera expresa un nuevo ámbito de autonomía política, las Autonomías, dotado de su aparato administrativo propio; y se posibilita, de igual forma, la creación de nuevas formas de organización territorial,



esta vez de tipo intermedio (Mancomunidades, Comarcas, etcétera), junto a otras ya conocidas de tipo menor, como los Concejos y otras. En lo que ahora importa, resulta que todas estas “entidades”, tengan una mayor o menor trascendencia, son “Administración”; y, por tanto, ven reconocida su personalidad jurídica para girar en su tráfico propio y, de igual modo, se han dotado del consiguiente aparato burocrático. Sin embargo, ya indicamos, y resulta ocioso insistir en ello, no todas ellas responden a un mismo “cliché”, aunque, a pesar de ello, a todas ellas se les quiere aplicar un Derecho Administrativo cortado por un mismo patrón. Es aquí donde cabe preguntarse si, como afirma el redactor de la noticia, puede hablarse de “indefensión” de las Administraciones locales. No creemos que el mencionado proceso de reasignación de competencias se haya podido llevar a cabo sin una correlativa transformación en las Administraciones titulares de aquellas; existen Administraciones de muy diferente laya.

Pero tampoco podemos olvidar que en la otra posición jurídica de la relación, como también se dijo, se ha estado produciendo un fenómeno de contraria significación, pero de igual importancia y alcance. En concretas parcelas de la actividad administrativa (contratación pública, Derecho Administrativo Económico, por ejemplo), no puede considerarse, con un mínimo de rigor, que esté presente un idéntico tipo de administrado. No se trata ya de diferenciar entre el administrado persona natural, el ciudadano de a pie y la persona moral o jurídica. Ocurre que, entre estas últimas, ha ocurrido un notable proceso de concurrencia entre las sociedades como consecuencia de la tendencia a la concentración económica y de la necesidad de aglutinar capitales y otros medios financieros; este convergir de empresas se ha producido tanto en el mercado interior como en el exterior. A esto debe unirse el hecho de que, como consecuencia de la incorporación de España a la Unión Europea y de las diferentes políticas comunitarias, por lo menos a nivel teórico, sea posible que concurren ante nuestras Administraciones sociedades (“administrados”) del resto de países miembros: el que se diesen este tipo de relaciones jurídicas administrativas era impensable, por completo, hace algunas décadas.

En suma, han existido tales cambios en la realidad representada por las nociones utilizadas que, por fuerza, ha tenido que producirse una distorsión en el modelo intelectual que se refería a la Administración como sinónimo o equivalente de poder y al administrado como sujeto sometido a este poder. Estas nuevas situaciones, es evidente que no con carácter general, entendemos que obligan a replantearse, a matizar quizá, ciertas consideraciones acerca del Derecho Administrativo que, de puro repetidas, han llegado a constituirse en lugares comunes carentes de cualquier consideración crítica. Así, la extendida mala voluntad hacia las llamadas autotutelas o la acrítica identificación de poder y Administración. Se argumentará que una cosa es la posición económica y otra la jurídica; que los privilegios que presenta la relación jurídica están del lado de las Administraciones. En el terreno estructural, de princi-

pios, esto puede admitirse, sin embargo, no así en el terreno material. Veremos la importancia de este extremo.

4. El profesor Alejandro Nieto, en un trabajo no muy difundido y que a pesar de su fecha de publicación mantiene su vigencia, señalaba un aspecto que no suele destacarse en su debida importancia; quizá porque a nadie interese que varíe.<sup>6</sup> Mantenía el profesor que el Derecho Administrativo aplicado no es el que aparece en los boletines oficiales, como tampoco es el de las colecciones legislativas. Sostenía, asimismo, la idea de que lo fundamental es la actividad jurídica de la Administración, y que esta no se ajusta siempre al ordenamiento jurídico, sin que por ello se pongan en marcha los mecanismos judiciales que cuidan de las patologías del derecho. Sin embargo, lo que aquí interesa son las diferentes razones que en dicho trabajo se dan a tal situación: la imposibilidad técnica, la ignorancia administrativa en el manejo del Derecho y la influencia de los grupos de presión sobre los funcionarios.

La imperfección técnica del ordenamiento continúa presente. En los últimos años se observa que parcelas de la actividad administrativa de evidente significación pública se están encomendando a tipos societarios de naturaleza privada. Un simple recordatorio de los últimos acontecimientos celebrados en España en la última década acredita que, según parece, el pretendido éxito de su organización va unido *a fortiori* al empleo de sociedades instrumentales (recuérdense las Sociedades Estatales para el “Quinto Centenario”, Expo de Sevilla o las Olimpiadas de Barcelona 92; o las más recientes constituidas para la celebración de los centenarios de Carlos V y Felipe II). Si nos acercamos al ámbito de la obra pública, la situación es todavía más clamorosa, pues se observa que la licitación de las más importantes infraestructuras viene precedida de la creación de la correspondiente sociedad instrumental.

La ignorancia administrativa, que el citado profesor fundaba en la dificultad propia de una técnica refinada como la jurídica, es razonable pensar que va en aumento por dos razones elementales. Si la maraña normativa se acrecienta en volumen e inestabilidad de contenido (pensemos en el número y mutabilidad de ordenamientos que conviven en nuestro país aparte el de la Unión Europea),<sup>7</sup> es forzoso concluir que la

---

<sup>6</sup> NIETO GARCÍA, Alejandro, “La vocación del Derecho Administrativo de nuestro tiempo”, *RAP* 76 (enero-abril 1975): 9-30.

<sup>7</sup> En el ámbito de la contratación pública objeto de comentario: la Ley de Contratos de las Administraciones Públicas de 18 de mayo de 1995, un texto posterior a la Constitución y al ingreso de España en la Comunidad Europea —las dos grandes coartadas para justificar tanto cambio en las leyes—, ha sufrido seis modificaciones desde su promulgación, la última de ellas con efectos sobre más de la mitad de su contenido y obligando a la elaboración del actual texto refundido, aprobado por Real Decreto Legislativo de 2/2000, de 16 de junio. Redactado este trabajo, el artículo 61 de la Ley 24/2001, de 27 de diciembre, de Medidas Fiscales, Administrativas y de Orden Social (*BOE* 313, de 31 de diciembre de 2001), modifica de nuevo el anotado texto refundido, ahondando en la insostenible situación denunciada en nuestro escrito.

ya difícil labor de los juristas, en general, aumentará en complejidad. Si a ello añadimos que, como se dice en el trabajo de continua referencia, la “Administración está mal servida y peor defendida” y que para ello es decisiva una “política de personal que fomenta el inhibicionismo y la ignorancia”, es fácil imaginar que ese diagnóstico no puede variar a mejor con la multiplicación habida de Administraciones y la improvisada recluta que estas han realizado del personal a su servicio (en no escaso porcentaje de carácter interino).

Por último, la tercera de las razones apuntadas, las presiones de los grupos organizados de poder sobre los funcionarios, no por “sutiles” son menos conocidas. Existen sobrados ejemplos de este tipo de prácticas, algunas de las cuales están en el origen de todo el dispositivo moralizador de la vida pública desplegado a raíz de la denominada “cultura del pelotazo”, construida, en buena parte, merced a los factores señalados en esta tercera causa del actuar ilegal de la Administración.

En conclusión, si el Derecho Administrativo es el que aplican las Administraciones en su actividad y se acepta que ese Derecho no es tanto el que aparece en boletines y recopilaciones de jurisprudencia, sino el Derecho real que se utiliza a diario con todas sus imperfecciones y problemas, es forzado resolver que existen parcelas de esa actividad encomendada por la sociedad a las Administraciones que necesitan de esas “prerrogativas”. Es decir, de las técnicas jurídicas precisas para que esa gestión sea eficaz, tal como exige el artículo 103. 1 de la Constitución.

No se trata de incidir de nuevo en el recurrente debate acerca del binomio eficacia/garantías en el actuar de las Administraciones Públicas. La cuestión es constatar que en el Derecho Administrativo, construido en gran parte sobre la base de modelos propios de las relaciones jurídicas privadas, se han colado una serie de nociones e ideas, repetidas y aceptadas de forma acrítica. Y este planteamiento, por el contrario, resulta inexacto en buen número de ámbitos de actuación de las Administraciones Públicas; así, por ejemplo, cuando se considera que en la otra parte de la relación jurídica, en toda ocasión, la Administración hallará un sujeto sobre el que manifestarse en una posición de preeminencia.<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> En palabras de Alejandro Nieto —que a algunos quizá suenen a excesivas—, se ha recordado que “la ideología liberal ha encontrado en el Derecho Administrativo uno de sus últimos reductos y han sido los administrativistas quienes mejor han sabido afinar técnicas de paralización del Estado, por muy paradójico que parezca. La Administración moderna semeja el gigante de Gulliver inmovilizado por los enanos de las normas administrativas que, sin perjuicio del verbalismo de sus declaraciones dogmáticas, esconden instrumentos que, debidamente manejados, colocan a los particulares en una situación de prevalencia”. NIETO GARCÍA, Alejandro, “La vocación ...”, p. 22.

## LA CONTRATACIÓN DE OBRA PÚBLICA POR LA ADMINISTRACIÓN

1. La situación que hemos tratado de describir en la anterior primera parte puede apreciarse claramente en el ámbito de la contratación de la obra pública; lo que explica, cabalmente, sucesos como el que es objeto de nuestro comentario. También en este campo se asiste a la aplicación uniforme y sin matización de concepto de la idea modelo de una Administración revestida de unos poderes exorbitantes respecto del administrado que se sitúa al otro lado de la relación jurídica; aunque pocas veces el “cliché” se ajuste a la realidad. En escasas materias se encontrará un sector de la economía tan radicalmente sometido a la confluencia y concentración de empresas como en el de las dedicadas a la ejecución de la obra pública. Pocos ordenamientos tan sometidos a vaivenes normativos como el de la contratación pública; o, todo hay que decirlo, difícil de encontrar, si así se quiere, ocasión más propicia para la presión interesada, el fraude y el latrocinio que la ejecución de una obra pública. Sin embargo, en dicho sector de la actividad de la Administración, existen peculiaridades que requieren un más atento estudio.

La obra pública constituye un instrumento de progreso social; así aparece concebida, con total nitidez, en la conocida *Instrucción* que en 1833 es dirigida a los subdelegados desde el Ministerio de Fomento, y así continúa considerándose en nuestros días por los responsables de promoverla desde las diferentes Administraciones. Sin embargo, la obra pública presenta otros aspectos que hacen más compleja su realidad.

En el Estado democrático de Derecho, la acción de gobierno, en sus respectivos ámbitos territoriales, corresponde a los representantes elegidos por los ciudadanos. Aceptado, no sin cierto convencionalismo, que la acción de gobierno presenta esta legitimidad de origen, la cuestión es que aquella ha de concretarse, primero, y llevarse a la práctica, más tarde. Y, así como en la operación de traducir aquella acción en concretas actuaciones de la Administración los equipos de gobierno, los responsables políticos, continúan gozando del amplio margen de discrecionalidad que les proporciona la periódica comparecencia ante sus electores, en el proceso de ejecución de esas líneas de acción política no disfrutaban de igual libertad, pues dicha ejecución debe efectuarse, en todo caso, conforme a Derecho. Es decir, independencia de los poderes públicos para configurar la acción de gobierno por medio de la que ordenar y conformar la sociedad, según la orientación que ha recibido el refrendo popular; pero, de otra parte, total sujeción a lo establecido en las normas respecto de aquellos instrumentos positivos puestos a disposición del poder político para cumplir los fines por él establecidos y definidos. Y aquí es donde aparece la obra pública como instrumento primordial de conformación y progreso de la sociedad; pero, inexcusablemente, como ya apuntamos y repetimos, con la exigencia de que su ejecución se efectúe de acuerdo con lo establecido en el ordenamiento jurídico. Es en esta fase de ejecución en la que se manifiestan con mayor intensidad los demás aspectos que acompañan el significado y alcance de la obra pública.

En las obras de carácter público concurre la circunstancia de ser ellas las principales palancas de que se sirven los responsables políticos de las Administraciones para captar la voluntad de los ciudadanos. Junto al legítimo uso de una buena gestión en este campo, existe el riesgo de formar una idea adulterada de la obra de utilidad pública como instrumento para el lucimiento de los gobernantes. No se cuestiona que los logros habidos en este ámbito engrosen la propaganda dirigida a los electores, sino que este destino publicitario sea el que oriente, de forma principal, la gestión y ejecución de la obra pública.

Este planteamiento, de aparente claridad, en la práctica diaria no siempre funciona con la debida corrección. Ocurre en no pocas ocasiones que la obra pública, importante instrumento para el diseño de la sociedad y de superación de desigualdades entre los territorios, como ha quedado dicho, entra en tensión en las manos del político. Ello es debido en gran medida a que, como veremos, en el órgano de decisión confluyen responsabilidades propias de su doble condición (gestor político y órgano de la Administración); y cuando así ocurre —casi siempre—, y entran en conflicto ambas esferas de acción, pesa más la primera de aquellas. Justo es decirlo: políticamente lo que pesa es tener buenas relaciones con la dirección y secretaría del partido y dar cierto contento a los electores.<sup>9</sup> Esta circunstancia, sobradamente conocida por las empresas contratistas, es rentabilizada en la busca de beneficios económicos; pues, conviene no olvidarlo, el empresario es un profesional de la intermediación con ánimo de lucro y el *quantum* del beneficio obtenido por esa labor no se halla limitado por ninguna norma positiva.

2. Los expedientes de contratación de obra pública se inician y aprueban por los respectivos órganos de contratación. La norma señala cuáles son estos y se aprecia que, con carácter general, se trata de órganos de carácter político (Ministro, Secretario de Estado, Consejero, Alcalde). Asimismo, es el órgano de contratación quien dispone la apertura del procedimiento de adjudicación. Sin embargo, en la normativa que rige la contratación pública se observa que, a lo largo de la tramitación del expediente de contratación, en sus fases de promoción, licitación, adjudicación y formalización, y más tarde en la ejecución del contrato, existen actuaciones que se reservan a órganos de composición técnica en los que se integran funcionarios o, de

---

<sup>9</sup> De nuevo ha sido el profesor Alejandro Nieto quien, con la lucidez y rotundidad que acostumbra, ha establecido el ciclo de la gestación de tantas actuaciones públicas: “El político, que llega a un Ministerio, pregunta por los proyectos pendientes, rechaza de entrada los que, visto el grado de su madurez, pueden imputarse, caso de éxito, a su predecesor, añade otros nuevos de su cosecha improvisadora y ordena, en fin, sacar adelante el resto, sin preocuparse demasiado en su estudio [...]. Elaborado el proyecto por los burócratas, el político lo altera luego de acuerdo con las conveniencias de la política de su partido (aunque sea rompiendo su coherencia interna, como tantas veces sucede) o de acuerdo con frívolas improvisaciones de última hora”. NIETO GARCÍA, Alejandro, *La burocracia I. El pensamiento burocrático*, Madrid, Instituto de Estudios Administrativos, 1976, p. 970.

manera más genérica, personal al servicio de la Administración. Por otra parte, en diversos lugares, el ordenamiento prevé la responsabilidad directa de los titulares de los órganos administrativos que tengan la competencia para resolver. La responsabilidad de la concreta actuación de la Administración recaerá de forma directa, por tanto, en los titulares de los órganos de decisión que, como se ha visto, presentan naturaleza política. A pesar de ello —es evidente—, en dicha responsabilidad incide de manera notable la actuación del resto del personal al servicio de la Administración y, singularmente, la de los titulares de los órganos de informe y consulta. Es más, la reciente experiencia acredita que la actuación inspectora de otros órganos de la propia Administración que contrata o de diferentes Administraciones independientes especializadas en aquella actuación técnica, hace descansar en la información recibida por el órgano de contratación gran parte de la valoración de su actuación cuando se aprecia algún grado de irregularidad en la decisión adoptada. En un ámbito de actuación en el que, como se ha visto, las responsabilidades de unos y otros órganos aparecen conectadas, cuando no solapadas y aun confundidas de hecho, interesa perfilar en sus debidos límites el alcance de la labor de informe de dichos servicios.

Como es sobradamente conocido, la línea política de actuación del equipo de gobierno de una concreta Administración no está sometida a la fiscalización de los tribunales; no actúa como tal Administración y, por ello, se halla sujeta a los específicos controles de naturaleza política que establece el sistema. En justa correspondencia, y para no desvirtuar el planteamiento arriba reseñado, tampoco debieran ejercerse potestades administrativas (o hacer dejación de ellas), como las prerrogativas en materia de contratación (así, la interpretación, modificación, etcétera, del contrato) atendiendo a criterios de oportunidad política. Sin embargo, relacionadas con la obra pública, asistimos a una serie de acontecimientos impensables en el ámbito de las relaciones privadas: ¿qué particular admitiría, sin mayor transcendencia, que se le entregase la obra encargada, vencidos los plazos previstos para su ejecución; o que se liquidase esa misma obra por encima de los precios fijados; o que se sujetase el proyecto a modificados sucesivos; o que una vez entregada se le sometiese a ulteriores remates y terminaciones durante el período de garantía? Y todo esto ocurre, sin embargo, en la ejecución de obra pública por cuenta de la Administración; forma parte de sus relaciones con las empresas de construcción, constituye la realidad del Derecho y choca, como decimos, con las denunciadas “exorbitancias” a favor de la Administración.

3. En el ámbito de la contratación y ejecución de obra pública se constata con nitidez la situación aquí denunciada; y ello es debido, como decimos, a unos concretos motivos que la peculiarizan.

Sin necesidad de adentrarse en el controvertido campo de la naturaleza jurídica de los contratos que celebra la Administración o en la vertiente de la cuestión que se refiere a su autonomía en relación con los contratos privados, lo cierto es que uno de

los aspectos en que se coincide es en el de la denominada posición preeminente de la Administración Pública con respecto de la otra parte protagonista de la relación jurídica. Y, sin embargo, nada más incierto en el plano de los hechos.

En el plano doctrinal se asiste a un progresivo “vaciado” de los principios clave que han presidido desde siempre la categoría jurídica del contrato de obra pública. En este sentido, por ejemplo, ha quedado desvirtuado por la jurisprudencia y doctrina el *principio de riesgo y ventura* oponiendo un pretendido concepto nuclear de las relaciones entre las partes contratantes, tomado en préstamo al contrato de gestión de servicios públicos. La idea de considerar al empresario contratista de obras como un colaborador de la Administración dueña de la obra, trasvasando la noción de su esfera propia (el citado contrato de servicios), no responde a la realidad ni a la naturaleza de las respectivas prestaciones objeto de uno y otro contrato. Constituye un puro voluntarismo y recuerda a los bien intencionados llamamientos que dirigían nuestros legisladores decimonónicos, en las primeras legislaciones que regularon las obras públicas, apelando al patriotismo benefactor de los particulares empresarios de los que se demandaba la promoción de infraestructuras de uso público (la historia nos enseña en qué quedó aquello). Con todo, como se ha dicho, lo peor es que la falsa idea, extraña a la obra pública y trasvasada a su ámbito propio, ha hecho suerte en amplios sectores de la jurisprudencia y doctrina, ocasionando una notable distorsión en lo que son las relaciones entre Administración y contratista. Visiones candorosas aparte, debe reafirmarse que el empresario de obras que participa en la licitación, aporta su capital a un negocio (en este caso la ejecución de un proyecto de construcción de titularidad pública); y que la empresa de contratas participa en el negocio justamente en la medida en que obtiene un beneficio económico. Y, cuando este enriquecimiento no se aprecia como suficiente, el empresario, de modo individual o concertado con otros que integran el sector, no duda en desatender la invitación recibida, obligando a que la Administración declare desierta la licitación. La empresa de capital privado encuentra su razón de ser y justificación en el planteamiento y desarrollo de su actividad específica; y esta se halla enderezada a la obtención de una ganancia propia suya. Esa es su finalidad; la colaboración con la Administración tiene lugar en aquella medida en que es compatible, y no más, con la consecución del negocio. Si del plano de las ideas descendemos al de los puros hechos, las conclusiones pueden llegar a ser más desgarradoras.

En los órganos de contratación pesa más su componente político que su configuración como órgano de la Administración. Esta apreciación se obtiene ya en el momento de la concepción de la obra pública, que, a la par que legítimo instrumento de desarrollo y configuración de la sociedad, pasa a ser un medio en manos de los responsables políticos y de sus planteamientos. Así, ignorando el requisito legal que obliga a justificar caso por caso la conveniencia y necesidad de la obra a los fines del interés público, se acometen unas u otras según los intereses del partido de turno, que

premiará o castigará poblaciones y territorios según convenga en cada momento a su estrategia. El propio desarrollo y conclusión de la obra se supeditan, en no pocas ocasiones, a lo que son necesidades electorales. Todos conocemos obras formalmente recibidas por la Administración que han tenido que ultimarse tras la inauguración oficial. La “recepción tácita” es un eufemismo que ha venido a reconocer en la jurisprudencia una práctica habitual (en especial en períodos electorales), que consiste en la inauguración de la obra por el responsable político titular del órgano de contratación, con frecuencia antes de la terminación de los trabajos o tras una injustificada aceleración de estos, que se traduce en una inferior calidad en los acabados de aquella. Este uso, aparte de las deficiencias apuntadas en cuanto a la calidad de los trabajos, ocasiona un evidente perjuicio a los intereses públicos, pues de manera formal e inexorable abre el período legal de garantía de la obra al tenerse esta por recibida a todos los efectos; con el consiguiente perjuicio a la hora de eventuales reclamaciones por parte de la Administración. De igual manera, ese uso partidista determina que los eventuales conflictos y discrepancias que puedan darse en el curso de las obras, encuentren “solución” fuera de los cauces previstos por el ordenamiento para estos casos. No podemos olvidar que el empresario conoce e instrumentaliza en su provecho el hecho cierto de que los responsables de la contratación pública buscan rentabilizar su gestión y, por ello, son renuentes a dilucidar los conflictos de intereses en los tribunales de justicia; dicho extremo representa un factor más del negocio y como tal es utilizado. Una resolución judicial recaída varios años después, aun siendo favorable a los intereses públicos, por dictada una vez agotado el mandato político no forma parte de lo que se considera una gestión eficaz.

La modificación del contrato constituye una de las varias prerrogativas reconocidas a las Administraciones Públicas. La norma reguladora de la contratación pública reviste el ejercicio de esta facultad de especiales requisitos por la transcendencia que la variación de los elementos del contrato tiene para los intereses públicos y para el contratista adjudicatario; entre aquellos, y por lo que luego se dirá, interesa mencionar la incorporación de un informe de los servicios jurídicos. En algunos supuestos, en atención al precio del contrato y al porcentaje de la modificación propuesta respecto de aquel, se exige un segundo informe jurídico; esta vez, por la mayor garantía, del Consejo de Estado o del órgano consultivo equivalente de la Comunidad Autónoma de que se trate. El resto de ocasiones en que se requiere la intervención de estos órganos consultivos cualificados se reduce a aquellas en que el contratista se opone a la interpretación que de las cláusulas pretende el órgano de contratación; así como en los casos de nulidad y resolución contradictoria del contrato. Ni que decirse tiene que todas estas intervenciones de órganos “extraños” a la Administración que contrata procuran ser evitadas por los responsables públicos de la gestión. Por un lado, por la evidente demora que toda intervención burocrática ocasiona siempre al programa de ejecución de la obra; de otro lado, y en no pocas ocasiones, la causa de



esta huida de los controles exteriores hay que buscarla en el intento de ocultar toda una maraña de irregularidades, más o menos formales, que se esconde en el expediente de contratación (modificaciones ejecutadas antes de su aprobación o en porcentajes sospechosamente cercanos a los límites legales, novaciones del contrato que evidencian deficiencias en el proyecto o groseras imprevisiones de la Administración, etcétera).<sup>10</sup> El problema en estos casos es que, así como los dictámenes de los órganos consultivos (Consejo de Estado y órganos autonómicos de naturaleza equivalente), por imperativo legal, se centran en exclusiva en el análisis jurídico del asunto objeto de estudio, no sucede lo mismo con los órganos internos de informe, cuyo papel no aparece claro, pues, no siendo órganos de fiscalización interna, tampoco pueden limitarse a repetir en sus informes los presupuestos legales que se contienen en las normas. Sucede en no pocas ocasiones que los órganos internos se encuentran inmiscuidos de una manera más directa en la gestión del contrato (y, también hay que decirlo, sometidos a mayores presiones de los titulares de los órganos de contratación), a diferencia de las Administraciones consultivas, que se hallan favorecidas por su posición distante e independiente.

Ello nos conduce, aunque sea con brevedad, a reconocer la actualidad de lo señalado líneas arriba, pues también aquí la Administración continúa situada en una posición de inferioridad en cuanto al personal a su servicio. Justo es decirlo: el personal más cualificado deja la función pública por el ejercicio libre de la profesión, por lo que las empresas contratistas de obra pública, llegado el caso, pueden recabar el asesoramiento de los profesionales más competentes. Aparte las inexorables leyes del mercado, a esta situación está conduciendo una consciente política de personal de los responsables públicos, que cuentan a su servicio con un escandaloso porcentaje de personal contratado, deliberadamente situado en una posición precaria e inestable, y en no pocas ocasiones más preocupado de superar la eventualidad de su situación individual que de prestar un cabal servicio a la cosa pública. También en esta parcela de actuación la Administración puede encontrarse en peor posición que la empresa privada.

Sin embargo, como decimos, la importancia que se le da a la modificación contractual radica en que se le reputa una de las mayores facultades en manos de la Administración. No obstante, la verdad es que la modificación del contrato también es conocida en el ámbito del Derecho privado; la “exorbitancia”, en este caso, resulta de la posibilidad que se reconoce a la Administración de imponer aquella al contratista. Pero una vez más, en el tema de los privilegios de la Administración, es “más

---

<sup>10</sup> Se ha llegado a descubrir, recientemente, en el concepto de “obra complementaria” una vía de escape que permite a la Administración, amén de encomendar de forma directa su ejecución al mismo contratista que la principal, un mecanismo de maquillaje de las desviaciones habidas entre el precio de adjudicación y el importe que alcanza la liquidación de la obra. Se fuerza el tenor de la norma, pero se obtiene una rentable imagen de gestión eficaz.

el ruido que las nueces”, pues dicha potestad de modificación unilateral del contrato no tiene una especial significación práctica. Normalmente, la empresa contratista acepta el aumento del volumen de la obra que se construye, pues ello redundaría en un mayor beneficio. Es más, no es infrecuente que algunas de las modificaciones sean aprobadas por la Administración a propuesta del contratista adjudicatario de la obra; por lo que, en suma, en la mayoría de los supuestos no se sigue un perjuicio para el contratista por el uso de tal prerrogativa por parte del órgano de contratación, salvo que la baja ofertada por la empresa o los precios que figuren en el contrato no hagan interesante tal modificación (dado que los nuevos precios se fijan de forma contradictoria), extremos ambos que en su momento quedaron bajo el control de la libre voluntad del empresario, que pudo concurrir o no a la licitación y ofrecer la baja que estimase más adecuada a sus intereses.

4. Vemos, pues, que en este campo de la contratación pública, como en otros, nos encontramos con un modelo o “cliché” no siempre ajustado a la realidad, situación acentuada, en este caso, por ciertas peculiaridades propias del sector, dado que el profesional de la obra pública conoce bien de estas distorsiones y de las “miserias” de la Administración, poniéndolas a contribución de su negocio.

La solución que aquí propugnamos es doble. Por un lado, la necesidad de revisar la concepción del Derecho Administrativo como un derecho privilegiado en manos de la Administración Pública. Es necesaria una gradación del planteamiento clásico y atemperar la aplicación de las prerrogativas al caso concreto; ductilidad unas veces en sentido restrictivo pero otras en sentido progresivo, pues será en no pocos casos la Administración la necesitada de un fortalecimiento de sus potestades por su situación claudicante en la concreta relación jurídica y en su condición de representante de los intereses públicos. Hemos visto que las facultades que el ordenamiento reconoce a la Administración se justifican en tanto que se necesitan para el logro de una gestión eficaz.

El propio Estado social y democrático, según se ha dicho, se fundamenta en el buen funcionamiento de los servicios públicos, legitimándose, de este modo, no solo por su origen, sino sobre todo por su ejercicio.<sup>11</sup> La constatación diaria de que estas cuestionadas potestades administrativas se muestran insuficientes impone el cambio de orientación propuesto.

Pero, por otro lado, también hay que reconocer que los servidores de la Administración son eso; personas a las que se les han confiado intereses de la comunidad. Su actuación, por tanto, no debe justificarse en sí misma; no debe servir a los fines personales y a su propia razón de ser, sino que tiene que enderezarse a los fines

---

<sup>11</sup> MARTÍNEZ MARÍN, Antonio, *El buen funcionamiento de los servicios públicos*, Madrid, Tecnos, 1990, pp. 13 y 91.

de la Administración. Lo que podemos llamar burocracia, por entendernos, debe aportar un elemento de raciocinio a la organización pública; proporcionando lo necesario para garantizar la objetividad e impersonalidad en su funcionamiento. No se trata de una opción a favor de los técnicos, pues también esta puede tener su componente político como ha demostrado el derecho de la organización al distinguir entre tecnócratas y su variante de tecnólogos. Tampoco se trata de una lucha entre políticos y funcionarios, pues, si nos atenemos al modelo establecido, estos carecerían de la legitimidad de aquellos. Menos todavía, el funcionario, en su actuación, debe obstaculizar o mediatizar la gestión de los responsables del gobierno de la Administración. Sin embargo, su labor de informe o dictamen, en cuanto ordenada por la ley, está obligado a desempeñarla con rigor y veracidad en su condición de mandatario de intereses que le trascienden; objetando las razones que considere oponibles a la actuación de los órganos superiores y, llegado el caso, sin merma de la ejecutividad de lo por mandado por aquellos, plasmando su opinión disidente.



## *Carta de Joaquín Costa a Víctor González Albelaida*

Reproducimos una carta que Joaquín Costa escribió al que sería concejal republicano de Zaragoza, Víctor González Albelaida (Costa omite la “*le*” del segundo apellido), en respuesta a la comunicación de su elección como diputado republicano por Zaragoza, a la vez que lo era también por Gerona y Madrid. Es el momento de mayor prestigio político del gran polígrafo, poco antes de comenzar su declive físico y anímico final. Costa, que agradece esos votos brindados sin su concurso, rechazará poco después acudir al Congreso de los Diputados, que considera en situación inaceptablemente grave.

El señor González Albelaida era un destacado contratista en la Zaragoza de fines del XIX y comienzos del XX, de buena posición. Entre otros trabajos, fue el responsable de la construcción de las carreteras de Calatayud al monasterio de Piedra y de Alcañiz a Valderrobres. Sin embargo, quizá debido a la penuria socioeconómica suscitada en 1898, cambió la situación familiar. El Gobierno no le pagaba las contratas o lo hacía con demasiado retraso, lo que causó su grave situación económica. La familia, que estaba en buena posición y vivía en una buena casa con una gran huerta próxima a la iglesia de San Miguel (actual número 48), hubo de vender la vivienda (sede hoy de la Academia Aragón), mientras la huerta fue posiblemente afectada por las reformas de 1908; una paradoja que dañaba a una persona que había contribuido (con varios miles de pesetas de las de entonces y como tesorero del grupo entusiasta que la realizó) a la reconstrucción de Santa Engracia.

González Albelaida, al parecer (no hemos logrado confirmarlo documentalmente) concejal republicano del Ayuntamiento de Zaragoza cuando murió Costa en 1911, montó fervorosamente la capilla ardiente y fue uno de los organizadores del espectacular entierro del gran aragonés.

La carta nos ha llegado de la mano de un biznieto del destinatario, don Gerardo García González, aragonés nacido en Asturias, donde sus padres eran empleados de Telégrafos, y regresado a Zaragoza al final de la guerra, tras el fallecimiento del padre en 1936. Don Gerardo, a quien acompañaba en su visita su nieto Daniel González, físico y gran aragonésista, acabó en Zaragoza la licenciatura en Ciencias Químicas iniciada en Oviedo, fundó la Academia Avance en esta ciudad, lo que le causó grandes problemas hasta su cierre y fue luego profesor del Instituto Politécnico de Corona de Aragón. Reproduciendo este importante testimonio manuscrito de Costa, además de añadir detalles interesantes a su siempre interminable biografía, rendimos tributo a aquella serie de honrados republicanos aragoneses que tan destacado papel tuvieron en el primer tercio del siglo XX. E. F. C.



DIRECTORIO

Imprenta, s. M. ad. d.  
Particular.

Madrid 2 de Mayo de 1903.

Sr. D. Victor Gouzales Helaidia.

Mi distinguido amigo y correligionario: Efectivamente, me llegó ayer la certificación del acta de diputado por Saragoza-Borja, y acudí recibo de ella el mismo día. Recibí así mismo la expresiva comunicación, tan llena de ardores patrióticos ~~de anteriores~~ mos republicanos, que suscribe E. con igual fecha en representación de la Comisión electoral.

Contesto a ella provisionalmente nada más, por falta de tiempo, y acaso también por falta de reposo y serenidad de espíritu: como decía a principios de semana a un amigo de ahí, el suceso ~~estupendo~~ de Saragoza me ha dejado tan aterrorado como el de Madrid a los inquilinos del Palacio Real.

Lo us me lo explico sino de un modo. En la función electoral del domingo, lo de menos han sido las personas de los candidatos, más que elección, para designar legisladores, ha sido plebiscito, para optar entre dos formas políticas: o republicana, o monarquía: o el statu quo, o la revolución. Esta es la significación que el Gobierno mismo le había dado,

según recuerda el Sr. marqués de la Viga de Hornijo y recuerda. El Imprarcial. En ese plebiscito, la heroica ciudad de los Sitios, la prudente nacotra del Estado español, encarnación viva del sentido común político, ha depositado en las urnas ~~electoras~~ <sup>urnas</sup> nacionales este sufragio: ¡republica!

Nuestros eminentes colegas, los Sres. Iborra y Castellano, en discursos de los días 27 y 30, afirman que el triunfo logrado por ustedes no ha sido debido a votos de republicanos, sino además y principalmente a votos de las clases neutras, que acci-  
dentalmente buscan el logro de sus aspiraciones, la consecución de sus fines, en un cambio radical de la Constitución. Pues cabalmente en eso contribuye la trascendental significación del acto del domingo, según observan El Noticiero Universal de Barcelona el día 27, El Imprarcial de Madrid el día 28, el Licario de Avios de Zaragoza el día 29, y por igual título infinidad de otros periódicos, órgano en su conjunto de la opinión general del país. Porque los monárquicos convencidos suman en España unos cuantos millares, los republicanos, al rededor de un millón, pero los neutros, 17 ó 18 millones; y los que de entre estos han votado a candidatos republicanos, es que dejaron de confiar en la Corona y no la quieren y se adhieren al Mensaje de la Cámara agrícola del Alto Aragón, decidiéndose con ella, circunstancialmente

si se quiere, por la república; y los que se han abstenido de votar, es que la Corona no les importa, que la insurrección les es indiferente, que ya la república no les inspira miedo. Como los neutros y los republicanos componemos la casi totalidad del país, resulta en consecuencia que la dinastía no conserva en el alma española ninguna de sus antiguas raíces, que ha dejado de ser una institución nacional, y dicho de otro modo, una institución legítima. La votación del domingo, ahí lo mismo que aquí (donde también han votado los neutros con los republicanos, no con los monárquicos), es la sentencia de desahucio que precede al lanzamiento. Las dinastías, como ~~todo~~ en el mundo, son cosa caduca y precadera: y cuando la masa neutra procede como el Sr. Morit dice con cordialidad que procedió el domingo, es señal de que ha llegado la hora de consultar la Guía de ferrocarriles y de ir haciendo la maleta.

Y no significa eso solo la actitud, ora activa, ora pasiva, de las clases neutras en la votación del domingo: encierra, además, una lección del más alto precio para los republicanos, y no quiero dejarla en el tintero. Se dice claramente esa votación a los republicanos que si quieren implantar en breve la república, y una vez implantada consolidarla, es preciso condiciones que se adoren a ígual del consumidor, a ígual de la masa neutra, que es la casi totalidad del país, incluyendo ~~de~~ todo género de radicalismos, haciendo la orden



La, oportunista, gubernamental.

Lo que ustedes se sirven decirme, en términos de tan intenso afecto, que yo no agradecería nunca bastante, sobre aceptación del acta, pido de más prolija explicación de lo que cabe en una carta y será materia de un mensaje o circular a mis electores de Saragosa, de Gersua y de Madrid. Pordanin que deje pendiente por el momento este cabo de su comunicación.

Al conocer por carta particular el resultado de la elección en esa ciudad, envié al amigo que la firmaba un telegrama, que los periódicos de aquí han publicado mutilado, seguro porque, pues nada encierra de pecarrosinos, y cuyo texto íntegro hace al propósito de la presente. He aquí su tenor:

"Felicito sobre Napoleón se completa, al cabo de 95 años, con triunfo sobre... Fernando VII. Admiro el heroísmo de los saragosanos ante las serenas electorales enemigas como entouces ante las baterías francesas. El primer Centenario de los Setis (1908) verá reyes elevados a la dignidad de ciudadanos de una república libre. Felicito a Saragosa. Deudo suyo otra vez, yo pagaré mi deuda. - Costa."

Si, la pagaré; no, claro está, en la medida del beneficio recibido, sino en la proporción correspondiente a mi pequeñez; si no lo hiciera, sería señal de que me he muerto. Aunque, dándor a



DIRECTORIO

Benigno A. Malvar

gratos" y por lo mismo, me es muy grato haber contraído tan gran obligación con tan grande y egregia ciudad. Allí corran está con ella, como lo ha estado siempre desde que la conoci en su portentosa historia y en su admirable pueblo.

Para concluir, amplío el grito del Frontón que Ustedes me recuerdan, ~~los señores~~  
"¡Viva España! ¡viva la república! ¡y para que la república y España vivan, ¡viva Ferragud!"

Con mis respetos y el testimonio de mi agradecimiento más cordial a esa respetable Comisión, quedo muy de V. adicto amigo y servidor,

José Costa

Madrid, 2 de mayo de 1903

Sr. D. Víctor González A[ll]belaida

Mi distinguido amigo y correligionario: Efectivamente, me llegó ayer la certificación del acta de diputado por Zaragoza-Borja, y acusé recibo el mismo día. Recibí así mismo la expresiva comunicación, tan llena de ardores patrióticos republicanos, que suscribe V. con igual fecha en representación de la Comisión electoral.

Contesto a ella provisionalmente nada más, por falta de tiempo, y acaso también por falta de reposo y serenidad de espíritu: como decía a principios de semana a un amigo de ahí, el suceso estupendo de Zaragoza me ha dejado tan aturdido como el de Madrid a los inquilinos del Palacio Real.

Yo no me lo explico sino de un modo. En la función electoral del domingo, lo de menos han sido las personas de los candidatos. Más que elección para designar legisladores, ha sido plebiscito para optar entre dos formas políticas: o república o monarquía: o el statu quo o la revolución. Esta es la significación que el Gobierno mismo le había dado, según recuerda el Sr. marqués de la Vega de Armijo y recuerda *El Imparcial*. En ese plebiscito la heroica ciudad de los Sitios, la prudente maestra del Estado español, encarnación viva del sentido común político, ha depositado en las urnas nacionales este sufragio: ¡república!

Mis eminentes colegas los Sres. Moret y Castellano, en discursos de los días 27 y 30, afirman que el triunfo logrado por ustedes no ha sido debido a votos republicanos sino además y principalmente a votos de las clases neutras “que accidentalmente buscan el logro de sus aspiraciones, la consecución de sus fines, en un cambio radical de la Constitución”. Pues cabalmente en eso estriba la trascendental significación del acto del domingo, según observan *El Noticiero Universal* de Barcelona el día 27, *El Imparcial* de Madrid el día 28, el *Diario de Avisos de Zaragoza* el día 29, y por igual estilo infinidad de otros periódicos, órgano en su conjunto de la opinión general del país. Porque los monárquicos convencidos suman en España unos cuantos millares, los republicanos alrededor de un millón, pero los neutros 17 ó 18 millones; y los que de entre estos han votado a candidatos republicanos, es que dejaron de confiar en la Corona y no la quieren, y se adhieren al Mensaje de la Cámara agrícola del Alto Aragón, decidiéndose con ella, circunstancialmente si se quiere, por la república; y los que se han abstenido de votar, es que la Corona no les importa, que la monarquía les es indiferente, que ya la república no les inspira miedo. Y como los neutros y los republicanos componemos la casi totalidad del país, resulta en conclusión que la dinastía no conserva en el alma española ninguna de sus antiguas raíces, que ha dejado de ser una institución nacional, y dicho de otro modo, una institución legítima. La votación del domingo, ahí lo

mismo que aquí (donde también han votado los neutros con los republicanos, no con los monárquicos), es la sentencia de desahucio que precede al lanzamiento. Las dinastías, como todo en el mundo, son cosa caduca y perecedera: y cuando la masa neutra procede como el Sr. Moret dice con verdad que procedió el domingo, es señal de que ha llegado la hora de consultar la Guía de ferrocarriles y de ir haciendo la maleta.

Y no significa eso solo la actitud, ora activa, ora pasiva, de las clases neutras en la votación del domingo: encierra, además, una lección del más subido precio para los republicanos, y no quiero dejarla en el tintero. Les dice claramente esa votación a los republicanos que si quieren implantar en breve la república, y una vez implantada consolidarla, es precisa condición que la aderecen a gusto del consumidor, a gusto de la masa neutra, que es la casi totalidad del país, huyendo de todo género de radicalismos, haciéndola ordenada, oportunista, gubernamental.

Lo que ustedes se sirven decirme, en términos de tan intenso afecto, que yo no agradecería nunca bastante, sobre aceptación del acta, pide más prolija explicación de lo que cabe en una carta y será materia de un mensaje o circular a mis electores de Zaragoza, de Gerona y de Madrid. Perdonen que deje pendiente por el momento este cabo de su comunicación.

Al conocer por carta particular el resultado de la elección en esa ciudad, envié al amigo que la firmaba mi telegrama, que los periódicos de aquí han publicado mutilado, ignoro por qué, pues nada encierra de pecaminoso, y cuyo texto íntegro hace al propósito de la presente. He aquí su tenor:

“Triunfo sobre Napoleón se completa, al cabo de 95 años, con triunfo sobre... Fernando VII. Admiro el heroísmo de los zaragozanos ante las urnas electorales enemigas como entonces ante las baterías francesas. El primer Centenario de los Sitios (1908) verá reyes elevados a la dignidad de ciudadanos de una república libre. Felicito a Zaragoza. Deudor suyo otra vez, ya pagaré mi deuda. Costa”.

Sí, la pagaré; no, claro está, en la medida del beneficio recibido, sino en la proporción correspondiente a mi pequeñez; si no lo hiciera, será señal de que me he muerto. Aunque “deudor a palos” y por lo mismo, me es muy grato haber contraído tan gran obligación con tan grande y egregia ciudad. Mi corazón está con ella, como lo ha estado siempre desde que la conocí en su portentosa historia y en su admirable pueblo.

Para concluir, amplíe el grito del Frontón que Ustedes me recuerdan diciendo: “¡¡Viva España!! ¡Viva la República! Y para que la república y España vivan, ¡viva Zaragoza!”.

Con mis respetos y el testimonio de mi agradecimiento más cordial a esa respetable Comisión, quedo de V. adicto amigo y servidor,

Joaquín Costa

## *Costa y Gabriel Rodríguez*

El 15 de enero de 2002 leyó Eloy Fernández Clemente en Madrid su discurso de ingreso como académico correspondiente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, que versó sobre *El economista Gabriel Rodríguez: la libertad como imperativo ético*. Recordó cómo, en palabras del profesor Fuentes Quintana, Gabriel Rodríguez había sido “seguidor, buen conocedor y defensor del modelo liberal clásico, y figura destacada del librecambismo español”, y cómo, en las de Manuel Martín Rodríguez, fue “el más original” del grupo de economistas librecambistas, calificado por Gabriel Franco como “uno de los primeros que en España aplicaron el llamado método matemático en el estudio de la economía”, y, en su propia opinión, posiblemente el más destacado, preparado, activo miembro de esa “escuela economista” de profesores y políticos liberales, que, como han señalado Lluich y Almenar, ejercieron durante más de cuarenta años “un control muy amplio sobre la enseñanza de la economía en España, compartiéndolo, todo lo más, con economistas más directamente relacionados con la Institución Libre de Enseñanza”.

Gabriel Rodríguez Benedicto (Valencia 1829 - Madrid, 1901), fue destacado abogado e ingeniero y profesor de la Escuela de Ingenieros de Caminos, donde tuvo por discípulo a José Echegaray, difusor de grandes economistas como Smith, Say y Bastiat, líder de los librecambistas que desplegaron una incansable actividad proselitista en el Ateneo, secretario de la Sociedad Libre de Economía Política y de la Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas, colaborador asiduo en numerosas revistas, miembro del *Cobden Club* de Londres y de la francesa *Société d'Économie Politique* y muy activo de la Sociedad Abolicionista Española y subsecretario de Hacienda con Laureano Figuerola en el gobierno provisional de 1868, orador como diputado y senador de numerosos y vibrantes discursos, asistente y participante en los mítines que la Asociación Internacional de Trabajadores realizó en 1871 y miembro muy destacado de la Institución Libre de Enseñanza, donde pronuncia numerosas conferencias sobre economía y música.

Pero, por lo que aquí respecta, Rodríguez tuvo un papel decisivo en la biografía de Joaquín Costa, con cuya ayuda cuenta en su despacho de abogado en la primera mitad de los años ochenta. Fue Costa un “pasante” muy especial, un joven abogado (entre los treinta y cinco y los cuarenta años), con un *curriculum* más que pleno y una personalidad extraordinaria, con quien trabará una amistad que durará y se acrecentará posteriormente. Reproducimos el texto del discurso que hace referencia a esa relación:

Costa conocía perfectamente desde el principio los planes y actividades de la Institución Libre de Enseñanza, y sabía, por lo tanto, antes de entrar a trabajar con él, de las actividades de Gabriel Rodríguez, a quien ubica como una de las “verdaderas

eminencias en los ramos del saber”. No es, por lo tanto, de extrañar que, cuando en 1880 decidiera abandonar su cargo de oficial letrado e ir a vivir a Madrid, recurriera a ese prestigioso “correligionario”.

Cirilo Martín Retortillo encuentra una explicación al hecho de la “pasantía”, al señalar que a Costa, como director del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (1880 a 1883), “el sueldo que le asignan es escaso y lo complementa con lecciones particulares hasta que se incorpora al bufete de don Gabriel Rodríguez, donde trabajó mucho y bien. Don Gabriel Rodríguez —el español que no quiso ser ministro— le distinguió mucho, y a ese afecto correspondía Joaquín Costa llamándole ‘su maestro’”.

Costa solicita su incorporación al Colegio de Abogados de Madrid en 1881, y actúa como letrado con despacho propio, que conlleva con la pasantía. Pero en el ejercicio libre surgen demasiados problemas, y prefiere trabajar a sueldo que ser su propio empresario, aunque parece debió de seguir ejerciendo también por su cuenta. Según Antonio Gabriel Rodríguez, estuvo cinco años en el despacho de su padre, lo que nos sitúa entre 1881 y 1886, años en los que Costa también “informa y asesora a otros abogados que le secundan —Silvela, Salmerón, Alcázar, Gabriel Rodríguez...—, cubre de letra menuda montañas de papel de oficio; sostiene extensísima correspondencia...”.

La sostuvo también con Rodríguez, como es natural, y de ello hemos encontrado algunas muestras, muy amistosas. En primer lugar, un grupo de cartas de Rodríguez a Costa, del verano y otoño de 1881. En ellas se observa su respeto hacia su más joven colaborador y la confianza con que le encomienda la dirección del bufete en su ausencia. Recordemos que entre 1880 y 1883 Costa dirige el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* y en esos años Rodríguez publica allí cinco de los nueve trabajos aparecidos en la revista. También ambos se encuentran, además de en el Ateneo, en las diversas sociedades de que forman parte, y dan clases en la Academia de Jurisprudencia y Legislación.

Pero cinco años trabajando en un despacho ajeno, aunque fuera el de un amigo y gran figura intelectual, debieron de resultar más que suficientes a Costa, quien, “cansado de actuar de pasante, pidió, aunque sin éxito, el puesto de vicesecretario del Banco de España”, y, al no lograrlo, reorientó, ahora con éxito, su vocación hacia la notaría.

La amistad continuaría, no obstante. Una nueva ocasión de colaborar juntos es el célebre pleito de La Solana. En él coinciden con parecido dictamen, al ser requeridos por varios de los legatarios al inicio del litigio. Y hay más ocasiones de consulta amistosa, de confianza profesional y personal. Y todavía varias noticias de 1895, más cartas que confirman el mantenimiento de una amistad por encima de todo.

Costa, electo ese año como miembro numerario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, ingresó seis después y llamó la atención su discurso sobre *El problema de la ignorancia del Derecho*. Quiero aprovechar esta ocasión para explicar, en su defensa, que ese retraso no se debió a descuido, negligencia o atribución de poca importancia; lo prueba una carta a Giner de los Ríos, el 15 de octubre de 1899, en la

que, entre otras noticias, le cuenta: “Viajé algo por Francia, con una gran depresión, sin gana de trabajar, todo descompuesto. A última hora, con fresco, en Hendaya, he puesto en cuartillas la mitad del discurso de la Academia, que ahora por fin acabaré”.

El año anterior a la muerte de Gabriel Rodríguez (que ocurre el 20 de diciembre de 1901), estando ya aquel gravemente enfermo, Costa habla en el Círculo de la Unión Mercantil e Industrial de Madrid, en el cénit de la euforia creadora de su Unión Nacional, y al preguntarse por quiénes deben gobernar después de la catástrofe, propone a “los que entonces debieron gobernar y siguen apartados de la gobernación; que deben ponerse a la cabeza los que entonces advirtieron y acertaron en sus advertimientos, enseñanzas y predicaciones, los que tuvieron don de consejo... Esos hombres son la única brújula y la única áncora que le queda al país”. Y su genérica alusión se concreta: “Algunos de esos hombres representan un capital de consideración en experiencia y en sabiduría, sin el cual tengo por imposible que España se redima; y ese capital está a punto de ir a pudrirse en el cementerio. Ya uno de ellos, que tanto había capitalizado para España en su cerebro y cuyas sabias lecciones habéis escuchado muchas veces en este mismo sitio, está agonizando en estos instantes, a corta distancia de esta Casa: Don Gabriel Rodríguez”. R.





# *Joaquín Costa: el grito del agua*

## *(monólogo teatral a “dos voces”)*

POR  
ALFREDO CASTELLÓN

### UNAS PALABRAS PREVIAS

Aunque no es lo habitual en este tipo de boletines, por su especial interés reproducimos el guión para *Joaquín Costa: el grito del agua (monólogo teatral a “dos voces”)* de Alfredo Castellón Molina.

Zaragozano, cursó estudios de Derecho y Cinematografía y, desde 1958, ha sido realizador en TVE, anotando en su haber cientos de programas teatrales y culturales. Logró en 1966-1967 una Antena de Oro. Como director de cine ha realizado largometrajes como *Platero y yo*, basada en la célebre obra de Juan Ramón Jiménez, y *Las gallinas de Cervantes*, sobre una narración de Ramón J. Sender, que le valió en Berlín el Premio Europa 88. Es también autor de numerosos cortos y documentales, entre los que destacan las biografías de Cajal, Machado, Azorín o María Zambrano. Y ha publicado el libro *La realización en televisión* (Enciclopedia Juvenil de Editorial Palá).

Ha publicado numerosas obras literarias: *Teatro breve para Navidad* (tres obras teatrales, editado en la colección “Bambalinas” y reeditado por EDB), *Los asesinos de la felicidad*; *Las conexiones* (Ed. Azur y, más recientemente, Endymion; la primera estrenada en Londres por la BBC), *La pasión de Bubú* (Ayuso); y *Alguien grande va a nacer*, *Contrapunto de Europa* y *El suplicante y otras escenas parabólicas* (Endymion), *Teatrillo de Navidad* (Escuela Española), *El más pequeño del bosque* (en “Vox”-Gala y segunda edición en Alfaguara) y *El pastor y la estrella* (Anaya), una antología de textos con música de Cristóbal Halffter, primera del *Ciclo de óperas de cámara* dirigidas por Odón Alonso.

Alfredo Castellón, siempre muy aragonés, persona muy próxima a los principales movimientos culturales de la segunda mitad del siglo XX (desde el grupo de poetas en torno a Miguel Labordeta hasta *Andalán*, *Rolde*, *Turia* y otras publicaciones), tiene aún obras (teatrales e infantiles, sobre todo) próximas a editarse o en preparación de edición, y leyó hace poco en la Biblioteca de Aragón una interesante pieza sobre Cristóbal Colón.

Le agradecemos la amabilidad de habernos brindado para su publicación este monólogo a “dos voces”, quizá polémico aunque, desde luego, muy fiel y respetuoso con la figura y la obra de Costa, tan puestas en discusión un siglo largo después de ser anunciada su *Política hidráulica*, hoy motivo de desatadas pasiones en Aragón. E. F. C.

A Enrique Gómez Padrós, *in memoriam*

“Costa ha muerto y ya es de todos: del primero que de él quiera servirse. Así ha sido y así seguirá siendo”

Miguel de Unamuno

*El escenario representa una habitación de la planta baja de la casa de Joaquín Costa en Graus. Tan solo tres elementos adornan la estancia: cama, mecedora y bañera de patas. Sobre la cama, e incluso en el suelo, una gran cantidad de cuartillas escritas. Pared blanca al fondo sobre la que se puedan proyectar transparencias si el director de escena lo cree conveniente. También podría incorporarse la voz e incluso las figuras de algunos de los personajes que se citan, pero eso requeriría una readaptación que quizá enriqueciera la obra, de forma que he preferido conservar la figura de Costa en las edades elegidas y no distraer su palabra, su gesto y compostura.*

*Luz sobre la bañera en la que permanece Costa, ya viejo. Sentado en la mecedora, Costa joven (sobre 25 años). Se balancea lentamente. Costa viejo recoge agua entre sus manos. Lo hace varias veces.*

COSTA VIEJO.— Siempre el agua. El agua ha sido la obsesión de toda mi vida, y ahora un alivio para estos músculos míos tan deshechos. (*Saca un termómetro de la bañera*). Treinta y seis grados centígrados, la medida exacta.

COSTA JOVEN.— Era muy joven cuando empezó todo esto, apenas tendría 18 años. Sentí el primer dolor en este hombro. (*Se lo toca*). Se me escapaban las caballerías. No las podía dominar. Más tarde me diagnosticaron la enfermedad: una amiotrofia muscular progresiva, me dijeron que tenía. Los músculos del lado derecho no se ligan a la escápula, están faltos de inervación. No podía peinarme con este brazo ni saludar y para escribir o pintar me las veía y deseaba. Sufría mucho. (*Se incorpora*). Yo quise saber más pero no quisieron o no supieron decirme si aquello iba a ser pasajero o..., aunque aquel calificativo de progresiva no vaticinaba nada bueno.

COSTA VIEJO.— Con apenas 40 años ya era un enfermo crónico. Progresiva, ya lo creo que era progresiva.

*Costa joven rodea la bañera al tiempo que se quita la chaqueta.*

¿Y tú quién eres? ¡Responde! ¿Mi conciencia? ¿Eres mi conciencia?

COSTA JOVEN.— Soy tu juventud y tu madurez también.

COSTA VIEJO.— ¿Y el niño, no ha venido el niño? Mi niñez.

COSTA JOVEN.— No lo sé. Yo no lo he visto, quizás...

COSTA VIEJO.— ¿Es que me voy a morir?

COSTA JOVEN.— Ya estamos muertos. (*Pausa*). Ya podemos soñar.

COSTA VIEJO.— Sí, ya podemos soñar. ¿Y dónde he muerto? ¿En el agua? ¿Dentro de la bañera?

COSTA JOVEN.— Sí, en el agua de nuestro tormento, pero también de algunas satisfacciones.

COSTA VIEJO.— Me he muerto como Agamenón, el padre de Electra, o Marat, el jacobino, aunque yo he tenido un matador diferente, un matador más refinado, que sabe administrar el fin en proporción al dolor de la vida, y conmigo fue muy duro. Por eso digo ahora: bienvenida sea, ya que ella lo cura todo. Mejor, así podré hablar de mi vida con libertad y sin dolor físico. (*Pausa*). ¿Sabes cómo se despedían de la vida los poetas japoneses?

COSTA JOVEN.— Ni idea.

COSTA VIEJO.— Escribían un poema, *haiku* lo llaman, en el que saludaban a los muertos y se despedían de los vivos. A su muerte sus parientes los leían antes de ser enterrados. Después lo depositaban al lado del muerto.

COSTA JOVEN.— Un gran gesto. ¿Y cuál ha sido el tuyo?

COSTA VIEJO.— Ahí está. Lo escribí hace unos días. (*Señala uno de los papeles que hay sobre la cama. Costa joven lo coge*). Lee, quiero escucharlo en voz alta.

COSTA JOVEN.— (*Leyendo*).

Por las aguas del Ésera  
se desliza mi vida. Pero silencio,  
ya canta la lágrima.

COSTA VIEJO.— No se ajusta a la métrica tradicional del *haiku*, pero creo que conserva un cierto aire oriental y sobre todo sus tres versos. ¿Ya no te acuerdas? Esos *haikus* los aprendí en París. Tenía casi tu edad. Los estaba traduciendo un poeta francés con el que hice amistad. (*Pausa*). ¿Aparecerá él? (*Se toca el hombro derecho*).

COSTA JOVEN.— ¿De quién hablas?

COSTA VIEJO.— El niño: mi niñez. Era tan tímido. Había momentos en que hubiera deseado hacerme transparente, pero a la vez tan curioso. Me fascinaban los pájaros. En realidad me atraían todos los animales. Me habría gustado que me recor-

dara algunos momentos que casi he olvidado. (*Pausa*). Pese al hambre que padecíamos, fui feliz.

COSTA JOVEN.— A lo mejor viene después, por el momento solo estoy yo contigo, tu juventud.

COSTA VIEJO.— Cuando llegaba la Navidad me pasaba las noches mirando el cielo tratando de descubrir la estrella que acompaña a los Reyes Magos. Pensaba que, si los había guiado a ellos, ¿por qué no a mí? Y de pronto se escuchaba la campana del “perdiu” que me hacía volver a la realidad y regresaba a casa. Un tiempo hermoso. Por eso he preguntado por aquel niño, tan borroso ya en mi memoria.

COSTA JOVEN.— Ya empezaba la fantasía a estropearnos la vida. Pero ya basta. Cuando llegue esa niñez, si llega, ya hablaremos con ella. Yo no tengo buen recuerdo de esa época. La verdad es que preferiría que no llegara. Se idealizan demasiado las cosas.

COSTA VIEJO.— No digas eso. Ya te has olvidado de aquella mirada que lo podía abarcar todo. Que penetraba en los ojos de nuestra madre con tanta intensidad como la luz de los cielos. La mirada del asombro, después ya tan perdida.

COSTA JOVEN.— Yo tengo esa niñez más presente que tú y no la recuerdo con gusto. Demasiada hambre, y palos, que tampoco faltaban.

COSTA VIEJO.— No me acuerdo de eso, bueno, del hambre sí, pero... Era la edad de las ilusiones donde todo se cumplía por venir de la imaginación y la generosidad. Me veía abrazando sin fin a la esperanza de ser un día Dios y Diablo. Contradicciones y contradicciones.

COSTA JOVEN.— Mejor que no la evoques. ¿Ya no te acuerdas de las algarrobas y de los nabos que comíamos en el campo? Teníamos hambre. Éramos tan pobres como los de Binéfar.

COSTA VIEJO.— ¿Como los de Binéfar? No recuerdo.

COSTA JOVEN.— Sí, eso era lo que se decía en la comarca.

COSTA VIEJO.— ¿Y por qué?

COSTA JOVEN.— Por lo visto era el pueblo donde más pobres había. Más de la mitad vivían de limosnas. “Pides más que los de Binéfar”, eso decían.

COSTA VIEJO.— Binéfar. (*Se ríen*).

COSTA JOVEN.— En más de una pastorada, y ya grande, he representado yo a un limosnero de Binéfar.

COSTA VIEJO.— Malos papeles nos daban.

COSTA JOVEN.— Papeles de pobres, como lo que éramos. (*Pausa*).

*Sale de la bañera. Costa joven le acerca un albornoz, que le llega casi hasta el suelo.*

COSTA VIEJO.— ¿Entonces, ya me he ido?

COSTA JOVEN.— Nos hemos ido. El tiempo se me llevó mucho antes a mí.

COSTA VIEJO.— Pero todavía puedo caminar.

COSTA JOVEN.— Sí, caminas al compás de la tierra. Ella es la que nos lleva.

COSTA VIEJO.— Un descanso. Los dolores de estos últimos meses eran insoportables. Hasta pensé en el suicidio.

COSTA JOVEN.— No fue esa la primera vez.

COSTA VIEJO.— No, no fue la primera. En mi novela *Soter* hablo de él varias veces. Es una pena que no haya podido terminarla.

COSTA JOVEN.— ¿Y *Justo de Valdediós*?

COSTA VIEJO.— Es tan solo un complemento de *Soter*.

COSTA JOVEN.— La verdad es que yo la encuentro demasiado subjetiva y con poca sustancia.

COSTA VIEJO.— *Soter* sí que tiene sustancia y compromiso, es como mi pensamiento, lástima que no la haya podido rematar.

COSTA JOVEN.— También hice un buen trabajo sobre poesía popular.

COSTA VIEJO.— Un buen buñuelo. Ya ves, un labriego disfrazado de intelectual.

COSTA JOVEN.— ¡Qué negativo!

COSTA VIEJO.— Realista, solo realista y buenos disgustos que me ha costado serlo.

COSTA JOVEN.— Fui un buen lector, eso sí. Devoraba los libros. Leía todo lo que caía en mis manos. Aunque pronto tuve que aprender a seleccionar.

COSTA VIEJO.— ¡Cuánto me gustaba la filosofía!

COSTA JOVEN.— Y los libros de pensamiento. Uno de los que más me impresionó fue *El ideal de la humanidad* de Krause. Ese fue el texto que me acercó a Giner de los Ríos y su Institución Libre de Enseñanza.

COSTA VIEJO.— Fuimos buenos amigos, y di clases en su Institución. Allí aprendí a convivir con los jóvenes. Hacíamos excursiones y enseñábamos en el campo. Yo

les hablaba de agricultura, aunque también tocaba otras materias. Pero sobre todo aprendimos a razonar. De aquellos contactos nació mi pensamiento de “escuela y despensa” que tanto se popularizó. Y sobre todo el método reflexivo. Maestro y alumno hablando del tema. Un arte de estudiar empírico. Todo basado en estímulos. El intercambio de ideas multiplicaba el poder de análisis. En esa asociación cada uno se robustecía con las fuerzas de los otros. Había que formar el cuerpo tanto como el espíritu.

COSTA JOVEN.— Era la época de los Saboyas y, cuando quisieron arrancar del escudo de España las barras aragonesas y las cadenas navarras, promoví un escrito incendiario que apoyaron los estudiantes catalanes, valencianos, mallorquines y, claro está, también los navarros. Protestábamos por la tropelía e incluso amenazábamos con la independencia. Una osadía, sí, pero necesaria. (*Pausa*). Por otra parte el contacto con el campo me llevó a la lucha por los riegos en mis tierras del Alto Aragón, primero, y de toda España después. Quien riega gobierna, les decía.

COSTA VIEJO.— Pero para lograr esas aspiraciones necesitaba dinero, y me fue siempre tan escaso, y yo era tan negado para obtenerlo. Era una obsesión.

COSTA JOVEN.— Por el contrario, me esforzaba, me desvivía por tal o cual libro si me era necesario para ilustrar o rematar algún proyecto. Se dice que al hombre pobre todo se le hacen proyectos, y yo claro que los tenía, y una vez emprendido el camino ya no podía detenerme. Otra cosa es cuando me paraban a empellones y que fueron muchas, muchas veces.

COSTA VIEJO.— No me gustaba el dinero, es verdad, pero sabía que sin él no podría llegar muy lejos. Y he sufrido muchas afrentas por su falta. Aún recuerdo aquel día en que tenía que presentarme a una entrevista importante y...

COSTA JOVEN.— Espera, eso lo contaré yo mejor, ya que sucedió cuando era como ahora, más o menos. Efectivamente la entrevista era importante y me vi sin traje y sin calzado y tuve que recurrir a unos pantalones remendados y a unas botas del mismo pie y para amoldarlas tuve que ponerlas en remojo toda la noche. Y, en invierno, sin ropa de lana con que abrigarme ni cisco para el brasero, siendo la cama mi único refugio para escapar del frío. Y sin poder sacar los certificados de mi bachiller y después de la universidad, y todo por falta de dinero.

COSTA VIEJO.— Aunque peor lo estaban pasando entonces nuestros padres.

COSTA JOVEN.— Sí, mucho peor y bien que me pesaba pero no podía volver al campo, tenía que seguir adelante e intentar ganar algo de dinero lo antes posible. Iba tan retrasado en mi carrera. Por eso hice aquel esfuerzo por graduarme en Derecho y Filosofía. Pensaba en mi hermana Martina sirviendo, mi madre envejecida, acabada, todos hundidos en la miseria. Nuestro padre nos había dicho muchas veces

que el que tiene el estómago dependiendo de despensas ajenas no puede hacer lo que quiere, no puede pensar en lo que su corazón le manda, ni votar a quien debe. Cuántas lágrimas me costaron las perras que me gasté en París comprando libros, en vez de habérselas mandado a los míos.

COSTA VIEJO.— Quizá tomé mal la embocadura de la vida. Me mataba la ansiedad. Todo me huía y cuando quise enderezar mi camino era ya un ser irredimible, un alma sin retorno, zambullido en la vorágine de los ambiciosos.

COSTA JOVEN.— Algo se consiguió.

COSTA VIEJO.— No todo lo que mi sacrificio y mis renunciaciones merecían. Y muy pronto tuve que aprenderlo, pues me fueron arrebatando oposiciones y plazas gentes mediocres pero bien apadrinadas. Por eso después odié tanto las recomendaciones. Recuerdo que hasta redacté una carta impresa para enviarla a los que osaban pedir-me alguna.

COSTA JOVEN.— Me arrebataron la cátedra universitaria injustamente y eso...

COSTA VIEJO.— Eso lo he sufrido toda mi vida porque era mi mayor anhelo. Y tan solo alcancé...

COSTA JOVEN.— Sucédáneos. Una frustración como esa se arrastra toda la vida.

COSTA VIEJO.— Es cierto, toda la vida.

COSTA JOVEN.— Y tampoco me dejaron casar con la mujer de mi gusto. Mi afán por formar una familia se desvanecía y todo por...

COSTA VIEJO.— El dinero, siempre el maldito dinero.

COSTA JOVEN.— Ahí intervino, más que el dinero, mis ideas. Para aquella familia ser republicano equivalía a estar endemoniado.

COSTA VIEJO.— Y después con mi hija Pilar, a la que abrazaba con el cariño de padre, pero sin que ella pronunciara nunca esa palabra que tanto deseaba escuchar y que ya no escucharé porque, al parecer, no ha respondido a los telegramas que le han enviado para darme el último adiós. *(Pausa)*. Quería formar una familia y nunca lo logré. No era mucho lo que pedía para ser feliz, pero poco o nada logré alcanzar. No remataba las cosas.

COSTA JOVEN.— Quizá con Fermina.

COSTA VIEJO.— Fermina era inteligente y buena pero la diferencia de edad entre nosotros lo hacía imposible. Cuando salió de la casa del canónigo la ayudé todo lo que pude.

COSTA JOVEN.— Siguió mi vida desde la distancia, y yo también me interesé por ella. *(Pausa)*. En este caso, el desengaño fue más para Fermina.

COSTA VIEJO.— Los desengaños se producen por el excesivo entusiasmo.

COSTA JOVEN.— Bendito entusiasmo.

COSTA VIEJO.— Eso justificaría las frustraciones a tu edad, pero las de mi vejez, ¿por qué?

COSTA JOVEN.— En esas intervinieron, en gran manera, los otros. La condición humana, con la envidia a la cabeza.

COSTA VIEJO.— Cuando tienes unas ideas formadas y maduras es normal el enfrentamiento con las de los otros. Yo era republicano y krausista y eso me creó muchos enemigos, sobre todo con los intransigentes, los ultramontanos, y buen ejemplo fue la oposición al premio extraordinario del doctorado de Filosofía y Letras, frente a Menéndez Pidal. Se lo dieron a él, pero injustamente, porque, sin entrar en la calidad literaria de su tema, el contenido se apartaba de la petición concreta del tribunal. Se fue por las ramas, no habló de la doctrina aristotélica sino de la bibliografía aristotélica y, por lo tanto, o aprobaba yo o ninguno.

COSTA JOVEN.— Allí se evidenció la influencia de mi adscripción krausista. En la carta que Menéndez Pintado le envió a su hijo y que me facilitó el señor Sánchez Reyes, le decía: “Querido Marcelino: la providencia te ha favorecido para vencer a un sectario de la odiada escuela de Kraus”, y seguía y seguía por esos derroteros. Y, después, otro tanto de lo mismo con la oposición a la cátedra de Historia de Madrid. En esa me retiré de la terna antes de opositar, dado el tribunal que se había formado y los nombres de los otros dos opositores. No les di el gustazo de que me humillaran una vez más. En tiempos de moderados, por llamarlos de alguna manera, los dignos tienen que renunciar. (*Pausa*). Lo peor de todo era el dinero, las deudas me llegaban hasta las narices. No sabía qué hacer.

COSTA VIEJO.— Más que fracasos, esos avatares tienen el nombre que ya cité anteriormente: frustraciones, y no solo para mí sino también para los alumnos a los que hubiera podido enseñar en esas cátedras.

COSTA JOVEN.— Y, una vez más, mis ideas perjudicaron mis sentimientos y me privaron de alcanzar un nuevo amor. Se llamaba Concepción Casas, era de Huesca. Una muchacha bellísima a la que llegué a idolatrar, pero mis creencias revolucionarias y la pobreza hicieron que fracasara. Y como muestra fehaciente de lo que digo recordaré la misiva del padre de Concepción que indirectamente llegó a mis manos. En ella expone las causas de su negativa y, a pesar de admitir mi inteligencia y correcto trato social, dice: “Y como soy católico, apostólico romano y ultramontano, lo que quiere decir que soy partidario de la infalibilidad del Papa, deploro que tan simpático joven, a quien mi corazón



acepta, mi cabeza rechace". Es evidente que después de esta carta mis ilusiones se frustraron una vez más. Mi sufrimiento fue enorme, pues yo presentía que junto a ella podría haber encontrado la felicidad; la prueba es que...

COSTA VIEJO.— Muchos años después la seguí recordando con enorme cariño.

COSTA JOVEN.— Así, una vez más, me refugié en mi proyecto de *Soter*, la novela desde la que pensaba denunciar todos los sinsabores y tropelías que habían cometido conmigo.

COSTA VIEJO.— De testamento político y sentimental me gustaba calificar a ese proyecto de novela en la que había puesto tanta ilusión.

COSTA JOVEN.— Pero también hablaba de mi juventud y de mi viaje a París. (*Pausa*). Mis experiencias en esa capital fueron muy importantes para el inmediato devenir de mi vida.

COSTA VIEJO.— Los años, después, te hacen ver las cosas con otra dimensión, pero, tienes razón, entonces fue...

COSTA JOVEN.— Impactante. Un revulsivo. Yo salía del terruño y de repente me encontré en aquella ciudad tan diferente, tan grandiosa. Y eso que con los compañeros de trabajo no tuve suerte. Eran unos holgazanes redomados, unos chafarderos que apenas aparecían por la exposición si no era para exhibirse con figurones de la embajada española, pero, de dirigir, nada. Ah, eso sí, para comer, beber y fumar a costa de las muestras siempre estaban dispuestos. Cuántos y cuántos expositores se quedaron sin que sus productos fueran vistos más allá de los estómagos de aquellos sinvergüenzas. Y allí estaba yo, un albañil, un barrendero, pues para eso había sido contratado, con toda la responsabilidad del *stand*. Incluso la redacción de notas, con indicaciones precisas sobre la producción de aceites, vinos, lanas, tenía que hacerlas yo. Menos mal que al final reconocieron mi trabajo y me nombraron en el discurso de despedida. (*Pausa*). A veces pensaba en Pilar y deseaba que estuviera conmigo para hablarle de mis lecturas y que apreciara mis progresos en la lengua francesa. Le compré unos pendientes que, ahora creo recordar, le gustaron. Era tan guapa y yo la deseaba tanto. Le escribí varias veces y ella me contestó. Era la mujer más atractiva del mundo y eso que aquellas francesas...; bueno, yo solo miraba para sus ojos. Toda mi ilusión era volver a Huesca y verla con aquellos pendientes. ¡Qué ilusionado estaba! (*Pausa*). También recogí semillas de todas las clases y de todos los países que pude, pero siempre con la duda: ¿podré ensayar estas semillas y deducir consecuencias para el libro de agricultura que estoy proyectando? Horas y horas haciendo cartuchos con esas simientes. En el fondo lo que más amaba era aquello en lo que me había criado: el campo y sus regadíos, último de mis afanes y deseos. Me encandilaba ante los libros que trataban de esos temas. ¿Pero dónde

estaba el dinero para comprarlos? Hasta le había puesto título a mi obra, *De re rustica moderna*, y eso que no la había empezado todavía.

COSTA VIEJO.— Me haces recordar que era ambicioso, tengo que confesarlo, pero nunca de dinero. Para mí el dinero era un medio y no un fin, y un hombre con esa actitud no lo logra jamás.

COSTA JOVEN.— Imaginaba ya la gloria, el amor, la admiración de Pilar. Y es que, ¿para qué sirven los laureles cuando estás bajo tierra?

COSTA VIEJO.— En eso tienes mucha razón.

COSTA JOVEN.— Tenía 19 años y ya quería saberlo todo, presentía que cuando estuviera presto a tener un apellido reconocido y...

COSTA VIEJO.— Por el que tanto había luchado, vendría la Parca y me hundiría en la tumba, como así ha sucedido, o sucederá muy pronto.

COSTA JOVEN.— En el fondo eran ambiciones sin base, yo no tenía diploma alguno ni influencias que me pudieran impulsar, por eso veía el porvenir con pesimismo. Empecé a escribir cuando todavía era muy joven, e incluso a publicar, pero yo no le daba ninguna importancia. No hice bien, lo reconozco, porque mis reflexiones sobre la exposición de París, fueron valiosas y estimadas. Cuando las leyeron mis paisanos Hilarión Rubio, Bescós y Romero, se entusiasmaron y me incluyeron en sus planes de industrialización agrícola. Rubio compró un molino para extraer aceite de orujo y lo hizo trasladar a Barbastro. Junto con Romero y yo mismo, formamos la Sociedad Extractora de Barbastro, que así era como se llamaba. Yo no confiaba mucho en el proyecto pero no me atrevía a decirlo. Me remordía la conciencia por haber empleado mis ahorros en aquella empresa, mientras mis padres y mis hermanos pasaban hambre.

COSTA VIEJO.— Nos salvó la caída de la Monarquía.

COSTA JOVEN.— ¡Cuántos hurras no daría!

COSTA VIEJO.— Entrábamos en el período de las libertades. Por fin podríamos poner en acción el único plan de gobierno posible en aquellos momentos: dar de comer al hambriento, de beber al sediento y enseñar al que no sabe. Palabras cristianas pero demasiado revolucionarias para aquellos tiempos. (*Pausa. Cambia de tono*). Y nos pidieron el agua y se la dimos, pero ignoraron nuestra rabia y nuestro llanto. (*Pausa*).

COSTA JOVEN.— El negocio del orujo, como me temía, resultó ser un fracaso aunque después de todo, yo fui el que salió mejor parado. Bescós me prestó 400 reales y regresé a Madrid. Y otra vez a empezar. Mi tío Salamero me ofreció un puesto de profesor en su Colegio Hispanoamericano. Estaba muy céntrico y no muy aleja-

do del Ateneo, mi lugar de estudios intensivos. En el fondo aquellas clases me sirvieron más para aprender que para enseñar, aunque por el sueldo que me daban... Pero, muy pronto, mi tío descubrió mis ideas republicanas y me enfiló. No obstante, tuve tiempo de cumplir mi deseo de ser bachiller. Volví a Huesca y allí, en su Instituto, me examiné y aprobé. Ya tenía el camino abierto para la universidad. ¿Pero dónde estaba el dinero para seguir? Cuando volví a Graus y vi, una vez más, el panorama familiar, se me cayó el alma a los pies. Me acostaba por las noches llorando. Era injusto que mis padres..., pero el dolor de mi brazo..., aunque eso no me servía de consuelo, más bien lo agravaba. Aquel verano fue verdaderamente malo y eso que me lo pasé ayudando todo lo que pude en el campo. No, no, me decían, tú no puedes... Y ella, mi hermana, sí que podía, ¡qué vergüenza! Se me quedó grabada esa ceremonia del labrador cuando, cansado y sudoroso, deja la azada y, tras secarse el sudor, escupe sobre sus manos y las frota como queriendo animarlas para que continúen el trabajo. Pero yo no podía.

COSTA VIEJO.— Y de nuevo a Madrid.

COSTA JOVEN.— ¡Qué iba a hacer! Yo solo sabía estudiar, opositar. Y allí me planté una vez más sin un real. Pensar en el tío Salamero era inútil, ya que bien claro lo dijo en público: “En vista de tu empecinamiento, no quiero inmiscuirme más en tu porvenir, ni para bien ni para mal”.

COSTA VIEJO.— Llamaba empecinamiento a la perseverancia en mis ideas republicanas. Lo mismo podía haber hecho yo con las tuyas, tan obstinadamente carlistas.

COSTA JOVEN.— También me acusó de ser grosero y contestar con acritud a algunos de sus amigos.

COSTA VIEJO.— A los que se lo merecían y que no quería alabar por el simple hecho de tener dinero o posición política. Caciques de tres al cuarto la mayor parte de ellos. De esos a los que había que sonreír para que te perdonaran la vida. Pero siempre había gente dispuesta... ¡Cuánta hipocresía! No, no, yo no podía. Prefería mil veces el hambre a comer manjares en pesebres oficiales, y peor si eran carlistas.

COSTA JOVEN.— Mandé cientos de cartas en demanda de trabajo, pero sin suerte. Hasta envié una solicitud a un convento de Cataluña, pero no me contestaron.

COSTA VIEJO.— Menos mal. ¡Menudo fraile!

COSTA JOVEN.— Y es que para entonces mis creencias todavía no se habían deteriorado tanto como años después. Y no fueron los krausistas los culpables, como mi tío creía. Venían de mucho antes, de mucho antes. Y es que yo leía la Biblia, y claro... No obstante, todavía me emocionaban las campanas mañaneras de la iglesia de mi pueblo.

COSTA VIEJO.— Cuando regresé de Francia, ya lo he dicho, las cosas no fueron igual. Ni esas ni otras muchas. Aprendí, sobre todo, que solamente debería escribir cuando tuviera que comunicar algo nuevo, así no perdería el tiempo yo ni se lo haría perder a los demás. (*Pausa*). Y para lograr eso había que leer mucho y meditar más. Y así lo hice.

COSTA JOVEN.— Y gracias a que apareció en mi vida el providencial Vergnes. Un respiro, un respiro que me permitió estabilizarme y encauzar mi vida hacia la universidad. En ese año completé mi libro *Agua de riego para el pueblo*, que después sería la base de mi *Política hidráulica*. Allí recopilé un montón de discursos y pensamientos en torno a la agricultura de regadío: canalización, plantaciones, colectivismo agrario y muchas cosas más, pero, sobre todo, traté de la conveniencia de la canalización para llevar el agua a tierras que, por su situación, podrían ser mucho más fructíferas con el riego. Aspiraba a liberar los desiertos del Somontano, Tamarite, Monegros y otros. Traté de demostrar, poniendo como ejemplo esos ríos colmados que bajaban desde el Pirineo, Ésera, Ara, Cinca, que, bien conducidos y reposados, podrían hacer un vergel de esos páramos y lo apoyaba, recordando que allí donde el labrador aragonés dispuso de agua había creado una agricultura que en nada tenía que envidiar a la francesa, a la que siempre ponían como ejemplo. Y no solo pedía ese agua para regar, también para fortalecer la ganadería. Pero para que esos riegos fueran posibles necesitábamos los pantanos reguladores que almacenasen el agua durante el invierno. Y siempre ponía como ejemplo el canal que riega la zona del bajo Ebro, allí en Tortosa. Obra del reino aragonés del siglo XV, y el primero de Europa. Pero es que entonces teníamos a ese grande que se llamó Fernando el Católico, un gobernante con sentido común, que había observado y aprendido de las obras hidráulicas árabes y sus beneficios, y no como los gobernantes actuales, que en vez de crear riqueza no hacen otra cosa que imponer contribuciones.

COSTA VIEJO.— Sí, un rey que, cuando vio en peligro la empresa del descubrimiento, supo movilizar a sus banqueros aragoneses, catalanes, valencianos y genoveses, y ofrecer a Colón las naves que pedía, pues adivinó...

COSTA JOVEN.— Adivinó, ¡menudos espías tenía!

COSTA VIEJO.— Sí, eso es cierto. Supo que el rey portugués, que había fracasado ya en un primer intento de viaje a Ultramar, iba a realizar el segundo, con el riesgo de adelantarse a Castilla y Aragón. Entonces Fernando, con ese dinero, hizo posible la salida de Colón hacia las Américas, que si hubiera estado esperando los caudales de la Reina..., “pa chasco”, ya que se había gastado todo y más en la reconquista.

COSTA JOVEN.— Ya no sé por dónde iba y a cuento de qué...

COSTA VIEJO.— A cuento de los canales y su beneficio.

COSTA JOVEN.— Ah, sí. Y a ese menester yo siempre he defendido que esos gastos debían correr a costa del Estado, ya que son bienes de lento rendimiento en los que el capital privado no quiere entrar.

COSTA VIEJO.— Esos prefieren los ferrocarriles o las minas.

COSTA JOVEN.— Advertí que, si esas mejoras hidráulicas no se hacían, pronto veríamos cómo los brazos más robustos emigraban al extranjero. El cultivo del trigo, la cebada, el centeno, tal y como se hacía era oneroso. Cada fanega de trigo le costaba al labrador más cara que si la comprara en el puerto de Barcelona. Inglaterra cultivaba en cada hectárea cuatro veces más trigo que nosotros, a pesar de tener un suelo menos fértil y peor clima, pero es que tan solo la mitad de ese suelo fértil lo destinaban a siembras, la otra mitad lo dejaban de monte o dehesa con pastos naturales en los que criaban ganado en abundancia, que proporcionaba estiércol para el trigo de la cosecha venidera. ¡Ay!, si el sudor de nuestros labradores se hubiera podido transformar en lluvia, otro gallo nos cantarí.

COSTA VIEJO.— Cuántas veces había dicho que teníamos que salir lo antes posible de esa servidumbre del arado, diversificando los cultivos. Mirar, mirar a Europa y aprender.

COSTA JOVEN.— Lástima que la política me alejara de lo que de verdad amaba. Sí, porque la agricultura fue siempre mi debilidad. Tú ya no te acordarás, pero fui enormemente feliz el día que descubrí en los campos de padre aquella zona de trigo más crecido que el resto y pude averiguar la causa, que no era otra que el haber crecido en una porción de tierra más profunda que los otros.

COSTA VIEJO.— Ya lo creo que me acuerdo. Allí, nuestro padre, el año anterior, había arrancado un par de olivos secos y por eso...

COSTA JOVEN.— Le sugerí que los arados deberían profundizar dos palmos más si quería mejorar el trigo y se lo demostré enseñándole el lugar donde había crecido a más altura y mejor. Y no me paré ahí, pues conseguí que en Barbastro un buen herrero alargara la longitud del arado para lograr la profundidad necesaria. Arado que muy pronto fue imitado en toda Europa.

COSTA VIEJO.— Verifiqué que nuestro río, el Ésera, en los meses de julio y agosto, era más caudaloso que el mismo Tajo.

COSTA JOVEN.— Se reían algunos, hasta que los ingenieros nos dieron la razón, y ni por esas: un siglo ya en proyecto los canales de Tamarite y Sobrarbe.

COSTA VIEJO.— Y me he muerto y todavía no han levantado un palmo de tierra para contener esas aguas que tanta riqueza darían a nuestras tierras.

COSTA JOVEN.— Y lo que te rondaré, morena. Y para cuando quieran hacerlo ya no quedarán ni hombres ni tierras que cultivar. Y si algún día terminan las obras y el riego queda dispuesto, ¿quién les dice a los hijos de los que se fueron a Barcelona, Valencia o Francia, que vuelvan a las tierras de sus padres, que por fin un gobierno de España pensó en Aragón?

COSTA VIEJO.— Por eso me gusta recordar tantas veces a nuestro rey Fernando y abominar de los que le siguieron, pues nos mataron a nuestros mejores dirigentes y, encima, ese maldito Felipe V nos arrebató los fueros, acusándonos de rebelión y traición, algo que tan solo había sido una protesta en defensa de nuestra dignidad. *(Pausa)*. Yo quise hacer de mi tierra del Alto Aragón un vergel que pudiera ser ejemplo para España entera y fuente de trabajo para los braceros de las montañas del Pirineo. Pero, claro, como el canal de Urgel que explotaba el capital privado no daba el dinero que esperaban, empezaron a decir que los canales no eran más que pozos de ruina y el señor Cánovas se apoyó en eso para paralizar los proyectos en marcha. Olvidándose de ese sagrado capítulo 13 de nuestra Constitución: “El fin de toda sociedad política es el bienestar de las personas que la componen”, artículo que debería estar grabado con letra de bronce en el frontispicio del palacio de las Cortes para que el señor Cánovas, y otros como él, lo leyeran antes de abrir la boca en el hemiciclo.

COSTA JOVEN.— Pero es que al señor Cánovas le tendrían que haber contestado los diputados aragoneses que allí estaban.

COSTA VIEJO.— No, no lo hicieron, guardaron silencio. No supieron o no quisieron refutar su estúpido argumento y demostrarle que los gobiernos no construirían pantanos ni harían canales ni universidades ni colegios si pensaran tan solo en la rentabilidad económica, porque son bienes sin los cuales no es posible el progreso. Pero, claro, aquellos aragoneses se callaron porque eran de su mismo partido.

COSTA JOVEN.— Se nombraban ministros que nada sabían de la rama que les tocaba en suerte o, mejor dicho, en beneficio, y argumentaban que tenían que estudiar la naturaleza de tal o cual problema y así se pasaban la legislatura y, cuando al fin se atrevían a ejecutar, lo hacían, sí, pero equivocándose. Y menos mal que lo intentaban, que otros se quedaban horas y horas templando. Como aquellos de la rondalla de un pueblo de Aragón, que se pasaron la noche afinando las guitarras en la plaza del pueblo y cuando ya se echaba la luz del día dijo uno de ellos: “Chiquetes, si tarda dos horicas más en amanecer dejamos templada la orquesta”.

COSTA VIEJO.— No está mal traído el cuento, que así actuaban algunos de esos ministros. “¿Para cuándo esto o aquello?”, les preguntaban, y la contestación era: “Para cuando el tiempo alcance”. Y resulta que aquella pregunta en concreto se refería a los 40.000 esclavos que permanecían en oprobiosa servidumbre en la isla de Cuba y la ley que se dilucidaba estaba relacionada precisamente con la abolición

de la esclavitud, ¡qué vergüenza! Y hablando de Cuba diré lo mucho que me afectó, no su pérdida, sino la forma en que se perdieron aquellas colonias, pues tanto Cánovas como Sagasta, Canalejas y otros conocían la situación y no fueron capaces de evitar la catástrofe con una señal de autonomía, de libertad para todas esas tierras de Ultramar que tantas vidas nos habían costado. Vidas de jóvenes humildes, que para los otros siempre estuvo presente la influencia del poder y el dinero para evitar el servicio militar. Y con muchos de esos políticos me ha tocado bregar. Son personas a las que hay que enseñar los dientes, aunque te amenacen con el cacique que los sostiene. ¡Vaya canalla! ¡Ay! Mucho tenemos que culpar a los gobiernos, pero más a nosotros mismos, por nuestro apocamiento y nuestra desidia, y me refiero principalmente a los políticos aragoneses, que a este paso se van a dejar robar hasta el mismo Ebro. (Pausa).

COSTA JOVEN.— Y cambió el gobierno, vinieron los progresistas y la cartera de Fomento recayó sobre el señor Moret. Yo le escribí felicitándole pero al tiempo le recordaba los compromisos que tenía adquiridos con el Alto Aragón, sus caudales y pantanos y la línea férrea de Canfranc, para relanzar y mejorar nuestra relación económica con Francia. Y puso en marcha los proyectos solucionando, en principio, los obstáculos que existían y que no eran pocos.

COSTA VIEJO.— Gran noticia que puso en pie a los habitantes de esas tierras, que no se creían que al fin, y después de un siglo, aquellas obras se llegaran a empezar. Él hizo bueno el dicho de “regar es gobernar”. Al parecer las obras van a tener un principio que por desgracia yo ya no veré.

COSTA JOVEN.— Por aquel tiempo terminé de escribir mi libro *Colectivismo agrario*, del que quedé bastante satisfecho, y no solo por su contenido sino por el descubrimiento de algunos textos fundamentales para demostrar mis teorías colectivistas. Verdaderos baluartes de libertad y democracia agraria. Quiero recordar, en primer lugar, a Alonso Castillo con su *Tratado de la República*, escrito en Burgos el año 1521, cuyo único ejemplar tuve en mis manos antes de ser vendido a la Biblioteca General de los Estados Unidos. El libro era una joya en cuanto a teoría económica. También estudié a Henry George, Flórez Estrada, Vives, Mariana, el conde de Aranda y otros. Y también dejé rematado *El arbolado y la patria*, una advertencia contra los que maltratan el paisaje. Una apuesta por la forestación como escudo protector de la agricultura y la desertización. (Pausa).

COSTA VIEJO.— (Lee distraído alguna de las cuartillas escritas que hay encima de la cama). ¿Entonces no vendrá mi hija Pilar al entierro?

COSTA JOVEN.— No creo.

COSTA VIEJO.— No me porté bien con ella, ni con su madre tampoco. Pero no la he olvidado en mi testamento. ¡Me hizo tan feliz cuando era pequeña! Aunque no me

llamara padre, yo... yo sí que me sentía como tal ante ella. Una espina que no pude arrancar de mi corazón en toda mi vida.

COSTA JOVEN.— Y tiempo no faltó para que saltara.

COSTA VIEJO.— Sí, pero yo no la quise extirpar nunca, aunque doliera mucho y muchas veces. En realidad mi vida ha estado llena de espinas, pero con qué gusto he dejado que se clavaran algunas.

COSTA JOVEN.— Mi carácter, esos pronto que no podía dominar, palabras que no quería decir y que después me traían tantos disgustos. Era un enemigo, a muerte, de la hipocresía y del cinismo y desconfiado por instinto.

COSTA VIEJO.— Desde luego. En mala hora se me ocurrió utilizar aquel símil quirúrgico para curar los problemas políticos de España. Pero, ante una sociedad tan “degradada” como la nuestra, ¿qué remedio quedaba?

COSTA JOVEN.— Fue poco acertado.

COSTA VIEJO.— No debí singularizar. Quizá si hubiera dicho cirujanos de hierro en vez de... Una estupidez, pero, ¿qué más daba? Al parecer, algunos, muchos, ante la gravedad de los acontecimientos, lo deseaban y... Quizá en otras circunstancias la frase habría pasado sin pena ni gloria. Una más de esas que se dicen en los mítines. Yo pensaba en el bisturí que era necesario para salvar lo que quedaba de bueno y cercenar la carroña, que era tanta..., porque el mal no solo estaba entre los políticos sino también en la prensa, y en el clero, la universidad, la magistratura. Yo quería llegar a una catarsis que hiciera aflorar nueva gente. Otras voces, otros tonos, otras ideas más acordes con Europa, de la que tanto y tanto nos habíamos alejado. Un hombre, unos hombres conocedores del cuerpo que tenían que sanar, que no fallaran en el corte y logran erradicar para siempre a tanto oligarca y cacique, porque si no se elegía al mejor, al menos corrupto, ese corte podía gangrenarse y entonces sería peor el remedio que la enfermedad.

COSTA JOVEN.— Imploraban por las leyes.

COSTA VIEJO.— ¡Qué cínicos! Pedían las leyes porque sabían que las dominaban, que estaban por encima de ellas. No, yo pedía cortar allí donde ellos manipulaban, apartar a los jueces que las interpretaban a su capricho. Allí quería yo hacer llegar el bisturí y cortar por lo sano. Y nunca mejor dicho. Por eso yo pedía hombres y leyes. Hombres comprometidos de verdad con la república, hombres de hierro, incorruptibles, capaces de cortar donde de verdad estaba el cáncer social y político de nuestro país. Por ahí iba mi pensamiento.

COSTA JOVEN.— Fue el señor Ovejero, quizá sin mala intención, el que confundió o interpretó la frase de la forma que lo hizo.



COSTA VIEJO.— Sí, como si yo clamara por un dictador al que había que investir con los poderes supremos. Un superhombre. No, no y mil veces no: yo defendía un parlamento independiente, unos poderes judiciales autónomos, porque si no lo eran dejaban de ser poderes. Quería que esa regeneración llegara también al municipio para todo lo suyo. En suma, que las leyes rigieran, que los gobernadores gobernarán, que los profesores educaran, que el magistrado actuara con libertad, calificando con justicia recta y pronta. Mando y fuerza para los mejores, los capaces de enderezar a la oligarquía tan enquistada en España. Pero eso no era pedir una dictadura ni un dictador. Eso era pedir socorro, tan solo eso, ¡socorro, que la patria se ahoga! Quería estimular a otros hombres. Hombres valientes que odiasen como yo odio a los hipócritas y facinerosos, se llamen como se llamen, con título o sin él, con corona, cachirulo o gorra, báculo o cayado.

COSTA JOVEN.— Y bien claro lo pedían las cámaras agrícolas del Alto Aragón y Tortosa, y yo mismo en el mitin del teatro de Barbastro: hombres nuevos pedían, clamaban, mejor dicho. Y llámenlo como quieran: regeneracionismo, socialismo, progresismo. No importa. Ellos no hablaban con términos políticos. Fue un momento limpio, un basta ya. Un grito de patriotas que ven cómo el barco se hunde y quieren salvarlo, rompiendo los diques de la impunidad contra los que la nave estaba embistiendo.

COSTA VIEJO.— Clamaban por una libertad real y ejemplificadora. Demostrar que el pueblo no era menor de edad, sino los que lo creían. Porque ese pueblo sabía muy bien que las hoces que manejaba para segar también podían emplearse para otras cosas si su mies era arrasada, pisoteada o escarnecida. Demostrar que las revoluciones, a veces, son un deber de conciencia, más moral que político. Que ya era hora de que se diera un trato justo a los cultivadores de la tierra y se les bajasen los humos a los jefes clericales para que se apartaran de la política y volvieran a la oración y la defensa del pobre.

COSTA JOVEN.— Me gustaba recordar y gritar, a veces, aquella definición que la Constitución de 1812 daba de la nación, diciendo que era “libre e independiente y no un patrimonio de familia o persona alguna”.

COSTA VIEJO.— Yo nunca puse la mano en hierro ni deseé que nadie la pusiera. Interpretaron mal la frase, eso fue todo. Aunque hubo un momento en que vi claro que era necesario tener un partido. No bastaba aquella noble Cámara Agraria del Alto Aragón, era necesario tener un partido y presentar batalla al caciquismo en los colegios electorales, pero me encontré ante la disyuntiva de explicar en la Asociación de la Prensa de Madrid el porqué de mis preferencias por un partido en contra de los que deseaban tan solo ser una Liga. Razonando mi tesis en que, si el movimiento de Zaragoza se limitaba a organizarse en forma de Liga a la inglesa, sin carácter político, y para fines exclusivos de propagan-

da, análisis de opiniones, o para ejercitar el derecho de petición a los poderes, fracasaría indefectiblemente.

COSTA JOVEN.— Pero la Liga se constituyó.

COSTA VIEJO.— Y fracasó. El país no estaba para propagandas y medias tintas. Proyectos para treinta años vista. Esos eran ya los años que llevábamos de retraso con Europa. Había que poner en marcha un partido nuevo que crease ilusión y fuerza para relevar a tanto y tanto tahúr como pululaba por la política. Mafiosos, mil veces peores que los sicilianos, de los que tanto se hablaba. Pero para lograrlo había que contar con electores libres, hombres libres, un nuevo cuerpo electoral en el que no le influyeran ni oligarcas ni caciques. Unión Nacional, así es como se iba a llamar el partido. (*Pausa*). Si se hubiera organizado para la lucha electoral, con los medios de que disponía, habría vencido en todos los grandes centros de población a los caciques y después, desde el Parlamento, al resto. Un partido regenerador con sus periódicos, sus comités, sus asambleas, con un programa desarrollado que reclamara el poder y la gobernación del Estado.

COSTA JOVEN.— Pero prevaleció la tendencia moderada.

COSTA VIEJO.— Y tan moderada, y bien claro se vio cuando se intentaron las manifestaciones de protesta o la resistencia pasiva, un fracaso. No hubo resistencia ni activa ni pasiva. Se ignoraron las fuerzas con que se podía contar, reduciendo al final la acción a una simple petición de audiencia a la Regente, a la que Silvela no solamente se opuso sino que lo convirtió en cuestión de confianza presentando su dimisión, que, claro, no le fue aceptada. Una burla. Hicieron y nos hicieron hacer el ridículo. Me embargaron mi bufete y para colmo se suspendieron las garantías personales y se cerraron las entidades donde se agrupaban las clases mercantiles e industriales. No obstante, el apoyo a mi programa por parte de Giner de los Ríos y otros me restituyó la esperanza: “Representa usted la fuerza social más valiosa que hemos tenido en mucho tiempo”, eso me dijo. Entendía que la reforma social era necesaria y, lo más importante, el intentar evitar la coronación de un niño de 16 años al que iban a manejar, una vez más, una banda de inútiles, como así sucedió.

COSTA JOVEN.— Era evidente que faltaba una cabeza.

COSTA VIEJO.— Más bien diría yo que sobraban muchas. ¡Ay, si Francisco Giner hubiese sentido menos desprecio por lo político y los políticos y un grado más de resolución, ese sí podía haber sido un buen dirigente, o un Azcárate con un poquito menos de apasionamiento o un Melquíades Álvarez sin tanto orgullo y endiosamiento, y el mismo Pablo Iglesias!. Ellos habrían sido personas en cuyas manos yo habría puesto la jefatura del Gobierno, pero, sobre todos, en las de Giner. No obstante fui elegido diputado, pero dimití. Ya no aguantaba más, mi enfermedad

iba de mal en peor, lo que hizo que me separara también del directorio de la Unión Nacional.

COSTA JOVEN.— Y otra vez la cuesta arriba.

COSTA VIEJO.— Sin secretario ni escribiente ni madre, mujer, hermana. Teniendo que hacer yo todo, o no hacerlo. Y oyendo a diario: “¿por qué no ejerce la profesión? ¿por qué no hace esto o lo otro?” Pero lo que colmó mi paciencia fue la actitud del partido republicano ante el proyecto de Maura y después también de Salmerón, incluyendo un presupuesto para una escuadra naval. ¿Para eso estaba nuestra economía?

COSTA JOVEN.— Pero ahí no terminó todo.

COSTA VIEJO.— No, yo no supe cumplir con el silencio que me había impuesto y en 1906 me marché a Zaragoza y pronuncié un discurso movidito que después publiqué como entrevista en *El Progreso*.

COSTA JOVEN.— A punto estuvo de producirse una escisión en el partido republicano. Con un Lerroux, como siempre, manipulador y culebrero. Por cierto que hiciste muy bien en no recibirle. A saber las martingalas que preparaba con esa improvisada visita aquí, a Graus.

COSTA VIEJO.— No lo sé, no lo sé, pero lo imaginaba. Ese Lerroux no es más que un charrán. Mucho pico, mucho pico, pero de hechos nada. (*Pausa*). Una escisión decían, sí, pero yo no hice nada para que eso culminara. Todavía pesaba sobre mí lo de la Unión Nacional, estaba convencido de que el país no me seguiría. Además, y a esas alturas, yo sabía que las revoluciones no se hacen desde la legalidad. Hay que hacer sangre y yo ya no estaba para esos trotes.

COSTA JOVEN.— ¿Entonces por qué no romper definitivamente con el partido republicano? Los ciudadanos lo pensaban, sobre todo después del último discurso en Madrid, en abierta oposición al proyecto de ley contra el terrorismo.

COSTA VIEJO.— Todo lo he contado en *Soter*. Esa novela será como aquellos dietarios de los nobles aragoneses en los que se delataban virtudes, vicios e intimidades, confesables e inconfesables. Pero lo que de verdad se refleja en ella es un ideal de patria que para nuestra España yo hubiera deseado.

COSTA JOVEN.— Entonces, ¿qué es al fin ese libro?

COSTA VIEJO.— Las dos cosas. Difícil, ¿verdad?

COSTA JOVEN.— Sí, muy difícil.

COSTA VIEJO.— Aunque con otra salud ya habría estado en imprenta, pero las enfermedades no perdonan y encima me llegó la diabetes. Un periodista de *El País* en

ese 23 de mayo de 1908 me retrataba agudamente diciendo (*Toma un periódico y lee*): “Entró lenta y trabajosamente, apoyado en los señores Calzada y Moya, y más que sentarse en el sillón, se desplomó. Fue un momento emocionante... Costa, sentado, no parece un enfermo. Su busto fuerte, hercúleo, su cabeza hermosa se yergue arrogante, su cabellera, aunque blanquea, es rizada y fuerte. Da la impresión de un Hércules truncado”.

COSTA JOVEN.— Bonita descripción.

COSTA VIEJO.— Sí, me gustó. Ya no podía esconder mi enfermedad, se veía a las claras. Ya no me quedaba más remedio, tenía que volver a Graus. Presentía que ese sería mi último viaje. Pensaba, allí tengo la mecedora en la que descanso a gusto. Además, los míos, que ya conocen mi estado, me han preparado la cama y todo lo demás en el piso de abajo. Y también me han comprado una bañera. Buen invento este de la bañera. Allí haré mi cura de hidropatía con el agua a 34 grados y sudaré. Una gloria. Además corregiré la novela. Azorín, que la había leído, me dijo que era formidable. Ahora al título primitivo le he añadido otro, *El último tirano*, aunque hubiera sido más acertado, en vez de tirano, llamarlo cacique, que representaría mejor mis tormentos. Aunque está tan llena de erudición que me cuesta verla como obra literaria.

COSTA JOVEN.— ¿Qué te dijo Bescós de ella?

COSTA VIEJO.— A Bescós le gusta más la que escribí en juventud, *Justo de Valdediós*, y más todavía el tratado de *Poesía popular española*, y quizá tenga razón. (*Pausa*). Por cierto, me parece que fue Bescós el que me contó que el meapilas con el que se casó mi hija Pilar negó la visita de Elisa a su casa por considerarla mujer censurable. Y Pilar, y eso es lo que más me duele, no supo rebelarse ante esa afrenta a su madre.

COSTA JOVEN.— El censurable fui yo por no haberme casado con ella.

COSTA VIEJO.— ¡Maldito Satanás! Esa es la actitud de esos puritanos que se dicen católicos, los detesto. Claro, como tienen la confesión, pues todo vale. Cínicos. Seguro que fue él el que ocultó los telegramas que le mandé a mi hija para que viniera a despedirme aquí, en Graus. Malvado. Todo, todo les perdonaría a esos intolerantes si por lo menos admitieran que tienen muy poco de cristianos; pero, claro, eso sería pedir peras al olmo. Además su oposición a toda forma de gobierno democrático me desespera. Esa, esa y no otra fue la causa de mi alejamiento de la Iglesia. Y bien claro lo vi cuando tuve que tratarlos a fondo en el pleito de La Solana. Si muere confesado un personaje ilustre, entonces, cualquiera que haya sido su actuación pasada, se disculpa. “Es uno de los nuestros —dicen—, que se ha dado cuenta de sus errores y libertinajes y regresa limpio al reino de la Iglesia Católica”. Fariseos, ese es el nombre bíblico que les cuadra.

COSTA JOVEN.— Todos esos pensamientos están plasmados exhaustivamente en mi escrito *Cuestión religiosa*.

COSTA VIEJO.— Sí, quise escribirlo para que quedara clara mi posición con respecto a las religiones y a la religión católica en particular, que nada tiene que ver con mi moral y el cristiano que siempre he intentado ser y que, quizá, no haya dejado de serlo nunca. (*Pausa*).

*Costa joven inicia salida.*

¿Te vas?

COSTA JOVEN.— Sí, vine tan solo para ayudarte a recordar y... en parte lo he logrado.

COSTA VIEJO.— Sí, en parte, solo en parte. Quedan tantas cosas...

COSTA JOVEN.— Quizá, pero no corresponden a mi época.

COSTA VIEJO.— ¡Ah!, el niño, no ha venido el niño. Me habría gustado recordar la niñez de Monzón y Graus. Dura por la hambruna, pero muy hermosa.

COSTA JOVEN.— Aún hay tiempo. Posiblemente cuando yo me marche aparezca a tu lado. Y me voy, que ya es hora.

COSTA VIEJO.— ¿Hora de qué?

COSTA JOVEN.— Hora de ponerse en paz.

COSTA VIEJO.— Yo ya lo estoy. Hace tiempo que..., en realidad desde que consideré cumplida la misión con mi patria chica y la grande. Me hubiera gustado tener más responsabilidades, pero no me dejaron. Eso supongo que ha quedado suficientemente claro cuando he hablado de las frustraciones. Aunque como mosca cojonera, por decirlo llano y rotundo, cumplí. Fui un revulsivo, digamos, necesario y con las suficientes garantías de honradez para que su picadura molestara sin llegar a más, aunque a algunos la infección posterior les duró toda su vida, claro que eso sería por su mala sangre. Mi lucha tuvo, primordialmente, dos nombres: república y democracia. No sé si perdí la batalla o la gané, la historia juzgará. Intenté colocar la vida en el sitio preciso, con su muerte y su dolor, y la tierra pronta para el encuentro. Única terapia para calmar los sinsabores de la existencia. (*Pausa*). He pensado muchas veces en el más allá, pero sin demasiado entusiasmo. Todo lo he centrado en esta vida, en el trabajo, en mi trabajo, como ayuda y contribución para mis semejantes. ¡Ah!, y que no se intranquilece tanto la Iglesia Católica, porque no he muerto ni ateo ni herético. He muerto con dolor, eso es todo.

*Costa joven sale definitivamente. Costa viejo avanza a proscenio.*

Ya ha caído la noche. La voz del río, de mi río, ha cambiado su sonoridad. Cada guijarro de su cauce entona una nota musical diferente. Incluso el aroma de las

flores de sus orillas contribuye a que esa melodía embriague los montes cercanos y se confunda con el ronroneo de los animales, aunque a veces ese sonido del agua se convierta en grito. Ahí está la vida que yo amé y que he abandonado definitivamente. Tan solo algunos animales saben morir con elegancia, y entre ellos, desde luego, no está el hombre. Hay que rebelarse primero y resignarse después, cuando ya se está respirando la muerte. *(Pausa)*. El turbión de la tarde ha traído aromas que tanto conozco y que tan lejos han estado de mi vida en la capital. Y noto que las sembraduras, tan familiares en mi niñez, se enrojecen ante las lumbadas que intentan amortiguar las heladas de la noche. Y, allá arriba, la Maladeta y el Perdido, que con tanta generosidad y parsimonia envían su goteo de nieve. Esta es mi tierra, la que he llevado constantemente en mi corazón y en la que quiero reposar para siempre, ahí junto al río Ésera y las montañetas de las Forcas, y, a mi lado, las gentes que he querido y me han querido... *(Pausa. Recitando)*. “Y no entrará en ella nada corrompido, ni los que hacen el mal y la mentira, solo lo escrito en el libro de la vida del Cordero”. *(Pausa)*. Esa es mi voluntad. No quiero viajar más, no quiero más desengaños: Rosell, Gambón, Carrera, Bescós, Auset, amigos, que la respeten...

*Se quita la bata y se mete en la bañera...*

## OSCURO

NOTA *(Podría leerla un narrador)*. Joaquín Costa murió el día 8 de febrero de 1911 en Graus y fue enterrado en el cementerio de Torrero de la ciudad de Zaragoza el día 12 del mismo mes después de haber estado expuesto dos días en el palacio de La Lonja. No obstante, su biógrafo e historiador George Cheyne afirma que, “comprobados los libros de registro del cementerio desde el 7 al 16 de febrero de ese año, no he encontrado el nombre de Joaquín Costa Martínez en ninguno de ellos, lo que quiere decir que, oficialmente, ese cadáver no existió”. Por otra parte, el mausoleo fue construido extramuros del cementerio católico, fuera del límite de lo que se consideraba tierra sagrada.

*Sección de Antropología Social*

*Antropología Social hoy*





# *Presentación*

POR  
CARMELO LISÓN TOLOSANA

Difícilmente se puede dudar de que hoy vivimos en un mundo densamente tecnologizado y de que en el futuro lo va a ser todavía más. *Tecnología* y *tecnologizado* son conceptos significativos recientes, como individualismo, y como todas las innovaciones lingüísticas importantes van con su correspondiente contexto social, esto es, son inseparables de sus instituciones; marcan la transformación y apuntan certeramente a cambios tanto en la sociedad como en la cultura. La tecnología es, y ha sido, un factor crítico en el desarrollo de Occidente, factor que el antropólogo visualiza como el campo de interacción con la cultura. Este ha sido el tema central de las *Jornadas de Antropología Social sin Fronteras* celebradas en Jaca del 8 al 11 de febrero de 2001.

La Antropología ha tenido entre nosotros un relativo impacto en cuanto al curso de acontecimientos marcadamente actuales como la violencia, el terrorismo, el post-socialismo, la tercera vía, la inmigración masiva, la quiebra de valores y del sistema educativo, etc., sobre todo teniendo en cuenta que nuestro método de observación prolongado y participativo puede aportar dimensiones importantes en cuanto a formas y contenidos de la modernidad. Pero ¿puede haber una investigación específicamente antropológica sobre la tecnologización de nuestra existencia?

Estimo que sí porque nuestro método insiste en abordar la problemática —todo problema humano— desde el diálogo —*sine qua non*— continuo y profundo con los informantes a los que se les da voz, con los protagonistas que nos dan su propia imagen, representación e ideas y con los actores que desde sus respectivas estancias en la jerarquía social nos vehiculan directamente sus deseos, aspiraciones, frustraciones, usos, rechazos y puntos de vista en relación con el problema.

Creo urgente que nuestra Antropología aborde investigaciones tan actuales y necesarias como los modos de articulación de lo local con lo global, el paso de lo tradicional a lo internacional, la conexión de todo lo identitario en cualquiera de sus niveles con el humanismo mundial; creo también que mucho puede aportar el análisis en profundidad sobre la redefinición de los valores y nuevos significados de individuo, comunidad, democracia, libertad, creencia, etc., para acercarnos a la visualización de los macroproblemas que nos traen la globalización, las multinacionales, Internet y el ordenador. En suma, veo nuestro campo en la investigación del binomio tecnología-cultura en sus múltiples y reversibles relaciones.

Quiero agradecer en mi nombre y en el de los participantes al excelentísimo señor don Felipe Pétriz y a la excelentísima señora doña Blanca Conde, rector y vicerrectora, respectivamente, de la Universidad de Zaragoza y también y muy especialmente a don José María Cortell, nuestro mecenas, el que año tras año hagan posible estas Jornadas Internacionales en un ambiente difícilmente mejorable.

# *Antropología Social e Inteligencia Artificial*

POR  
LUIS ÁLVAREZ MUNÁRRIZ

En esta reunión anual pretendo abordar las conexiones entre la Antropología Social (AS) y la Inteligencia Artificial (IA). Se trata de un tema amplio y complejo pero en manera alguna novedoso para los antropólogos. En efecto, al principio de los cincuenta la antropóloga Margaret Mead participó activamente en las conferencias Macy y además fue una de las promotoras y figura clave en la creación de la Sociedad Americana para la Cibernética. Pero no es mi intención realizar una historia de las conexiones entre estas dos disciplinas sino reflexionar sobre tres campos de interés en los que, a mi modo de ver, ambas disciplinas pueden establecer una colaboración fructífera: metodológico, cultural y teórico. Pero, antes de abordar cada uno de estos ámbitos, me parece conveniente comenzar con una exposición de los rasgos más característicos de la IA por ser una disciplina menos conocida para el público que me escucha.

La Inteligencia Artificial se puede describir como una ciencia que tiene como objetivo el diseño y construcción de máquinas capaces de imitar el comportamiento inteligente de las personas (Cazorla *et alii*: 1999a, 2; Nilsson: 1998, 1; Álvarez Munárriz: 1994, 19). Se trata de una *tecnología intelectual* cuya aspiración suprema es la construcción del “Homo Sapiens” sintético que pueda sustituir al hombre en todas aquellas tareas que requieren inteligencia. En la actualidad se empiezan a construir máquinas con figura humanoide ya que, si se desea que posean inteligencia como las personas, la mejor manera de “incorporar” esa facultad en los robots es facilitarles la posibilidad de interactuar con los humanos, puesto que de ellos aprenderán muchas de sus actividades inteligentes. Es la denominada IA, basada en el comportamiento, que empieza a dar paso a la biocomputación. Pues bien, en el intento de construir programas y máquinas inteligentes se pueden distinguir tres grandes etapas:

- La Cibernética constituye la prehistoria de la IA pero también es su base y fundamento en la medida en que en esta etapa se fijan los principios tanto técnicos como teóricos de esta rama del saber dedicada al tratamiento automático de la información. De una parte se perfecciona la arquitectura de los ordenadores digitales, cuya estructura pervive hasta nuestros días ya que se siguen construyendo según la denominada “arquitectura von Neumann”. En esencia constan de una unidad de entrada/salida, unidad de control, unidad de memoria y unidad aritmética y lógica (Mora *et alii*: 2000, 197). De otra parte, se establecen las categorías nucleares que le permiten alcanzar el rango de ciencia: las ideas de sistema, realimentación e información.

Un tratamiento original de estas categorías es el que realiza el antropólogo Bateson. De ellas se sirve para realizar su trabajo de campo y con ellas elabora una visión relacional de la naturaleza humana y de la conciencia del hombre, cuya fertilidad se empieza a reconocer en nuestros días. En Lévi-Strauss la categoría de información es la base y el fundamento de una teoría de la cultura. El marco teórico desde el que orienta esa investigación es el proporcionado por las ciencias de la comunicación en su versión cibernética. Sostiene que la comunicación opera en cuatro niveles diferentes: comunicación de mujeres, comunicación de bienes y servicios y comunicación de mensajes, a los que se puede añadir la de los genes y fenotipos. Efectivamente la sociedad está compuesta de individuos y grupos que se comunican entre sí, donde lo relevante no son los sujetos sino la comunicación y sus reglas.

- La Informática Avanzada constituye el culmen y la consagración definitiva de las ciencias de la Información. Los programas algorítmicos de la etapa anterior eran incapaces de simular actividades que tuviesen cierto parecido con la actividad inteligente de las personas y por supuesto era totalmente imposible implementar en los ordenadores programas que guardasen cierta analogía con la complejidad que supone la creatividad humana. Un avance teórico que empieza a limar muchos de estos obstáculos lo constituye la definición de la capacidad simbólica del ser humano como un conjunto de símbolos, estructuras de símbolos y reglas para manejarlos. Ello permitió la construcción de programas que simulaban de una manera más eficaz la inteligencia humana. Se elaboró una nueva forma de programación de tipo declarativo que remedió muchas de las carencias de la etapa anterior. Ello hizo posible la aparición de los sistemas expertos (Russel y Norvig: 1997, 24). Enlazando con la definición de IA propuesta por Turing, los podemos describir como unos programas de ordenador cuya manera de funcionar en nada difiere de la que tendría una persona experta al resolver un problema en un dominio específico para el que se ha requerido su ayuda. De una manera más rigurosa, podemos definir un sistema experto como un programa para ordenador que es capaz de adquirir, razonar y explicar esos razonamientos basándose en conocimientos especializados que ha introducido un ingeniero del conocimiento en un ordenador. Se pueden dividir los componentes de un experto artificial en tres subsistemas: base de conocimientos, motor de inferencias e *interface* (adquisición de conocimiento, explicación y conexión con usuario). Los primeros sistemas expertos se basaban en una computación rígida, que está siendo perfeccionada en la actualidad con los conocimientos que proporcionan las redes neuronales y la lógica difusa. Se pretende representar y procesar la información de una manera vaga, mucho más cercana al razonamiento del sentido común que la que modeliza la representación y razonamiento clásicos. Se están desarrollando sistemas expertos que serían capaces de transformar, aceptar y procesar conocimientos de una manera difusa.

El antropólogo Dan Sperber es quien de una manera deliberada ha situado sus investigaciones dentro de este paradigma porque lo considera un fundamento sólido desde el que construir una teoría del hombre. Conecta con las ideas de Lévi-Strauss y con él concuerda al defender el carácter universal del pensamiento. Sostiene que los fenómenos simbólicos universales no tienen dos interpretaciones contradictorias: una, constante y universal, y otra, variable y propia de cada sociedad; sino que tienen una estructura focal universal y un campo de evocación variable. En su dilucidación se concentra la antropología cognitiva, que define como el estudio de las propiedades universales del entendimiento humano, propiedades que, a la vez, hacen posible la variabilidad cultural y le asignan sus límites. Sin embargo, considera que el espíritu humano del que habla este autor no podrá ser entendido si no se acepta la existencia de dispositivos generales autónomos. Y el marco para entenderlos es el enfoque simbólico de la IA. De sus aportaciones se sirve para proponer una arquitectura de la mente en la que se distinguen dos dimensiones de la inteligencia: simbólica y racional.

- La Biocomputación es una rama de la IA enfocada a la construcción de máquinas que sean capaces de organizar sus propias mentes e incluso enseñarles a fabricar copias de sí mismas. Para ello deberán poseer, además de autonomía, metabolismo, capacidad de autorreproducción, instinto de supervivencia, capacidad de adaptación (Mitchell: 2000, 1-21) y algún grado de conciencia: “Por descontento, se piensa que el problema más arduo será el de la conciencia; pero se parte de la suposición de que tanto ella como el pensamiento surgen del proceso de interactuar con el mundo, por lo menos en cierto grado [...]. Se cree que la mejor forma de avanzar consiste en imitar la evolución de la mente de los animales con sistemas nerviosos de complicación creciente; y el hecho de que los animales partieran de sistemas nerviosos reducidos permite tener confianza en el proceso” (Trillas: 1998, 164; Kurzweil: 1999, 216). La base técnica de este proyecto conecta directamente con los modelos Turing sobre la morfogénesis y la consiguiente posibilidad de autoengendramiento, los autómatas de von Neumann, los modelos propuestos por Rosenblath y McCulloch y Pitts, etc. Son los precursores e inspiradores de una de las aspiraciones de la IA de nuestros días, pero que, tanto entonces como hoy, se ve como un camino erizado de grandes dificultades. Entramos en el campo más novedoso de la IA, todavía en fase experimental: la biocomputación, también denominada “biónica”, moletrónica, computación evolutiva, computación molecular, etc. (Mitchell: 1999, 3; Cazorla *et alii*: 1999b, 229; Reed y Tour: 2000, 57). Su viabilidad depende del uso fructífero que hagamos de las tres grandes revoluciones científicas de nuestra época: de la teoría cuántica, que nos proporcionaría transistores cuánticos microscópicos más peque-

ños que una neurona; de las posibilidades de la informática neurocomputacional, que permitiría simular/construir redes neuronales tan potentes como las que se encuentran en el cerebro; y, finalmente, de los avances de la Biotecnología, que haría factible la sustitución de las redes neuronales de nuestro cerebro por redes sintéticas. El punto de partida sería el desarrollo de una delgada película proteínica en la que se podrían desarrollar actividades de tipo computacional tanto analógicas como digitales. De esta manera, se podrían construir *bio-chips*. Es la manera de introducir la ingeniería genética en el campo de las ciencias de la computación, objetivo que no está en contradicción con los conocimientos que proporciona la teoría general de la evolución. Se han dado los primeros pasos con la construcción de moléculas capaces de reproducirse y la experimentación sobre complejos moleculares “inteligentes” que se pueden programar para que se ensamblen a sí mismos, según estructuras predeterminadas de complejidad arbitraria. Efectivamente, de la misma manera que los genes biológicos han producido a lo largo de la evolución biocultural diferentes tipos de ordenadores biológicos, igualmente lo podría hacer la ciencia humana, incluso de un modo más perfecto. Para ello, es tiempo de potenciar grupos de trabajos interdisciplinarios con físicos, matemáticos e ingenieros informáticos que complementen la perspectiva biológica para formular esos modelos computables. Este es el viejo sueño de los griegos de mecanizar los procesos del pensamiento (ahora decimos “hacer computables”), que fue retomado en 1943 con Roseblath, Wiener y Bigelow y McCulloch y Pitts, dando origen a la Cibernética y la Biónica. El intento de “bioinspiración” aparece de nuevo con el renacimiento del conexionismo en 1986 y está ahora en pleno auge con la búsqueda de “algoritmos genéticos”, “arquitecturas evolutivas”, “redes neuronales artificiales”, “sistemas sensoriales neuromórficos”, “robótica perceptual autónoma” y “arquitecturas intencionales” (Mira: 1999, 490; Martín del Brío: 1999, 117-118).

Ha sido el antropólogo M. Bloch quien ha pretendido elaborar una antropología cognitiva dentro de las coordenadas de este nuevo enfoque de la IA. Ha tratado de introducir una visión conexionista de los modos con los que el ser humano adquiere los conocimientos dentro de la sociedad en la que vive. Considera que el pensamiento cotidiano se adquiere y depende de sistemas de redes agrupados por significados que integran información de múltiples vías simultáneas y, en consecuencia, la hacen más fácilmente recuperable.

Después de esta visión panorámica y sintética de la IA, paso a exponer más detenidamente los tres campos en los que actualmente pueden establecer una relación fructífera la Antropología Social y la Inteligencia Artificial.

## I. DIMENSIÓN METODOLÓGICA

Mecanizar el pensamiento ha sido en todas las épocas uno de los grandes ideales del saber. Con la aparición de los ordenadores y su uso en el quehacer científico, muchos intelectuales pensaron que esa aspiración era verosímil y viable. En efecto, es un ideal que se ha mantenido y jamás se ha renunciado a lo que Hofstadter (1987, 61) denominó intento de transformar toda la realidad en un sistema formal. Intento que proclamó realizable Hawking al anunciar el fin de la Física Teórica (1986, 141). En esta línea se ha proclamado recientemente que el ordenador será capaz de sustituir al ser humano en el ejercicio de todas sus capacidades, incluso las más elevadas. “¿Se podrá automatizar cualquier tarea actualmente desempeñada por seres humanos? Creo que sí. ¿Y las tareas intelectuales más abstractas, que solo llevan a cabo personas muy capaces y especializadas? También. Las máquinas ya reemplazan con éxito a campeones de ajedrez o pilotos de avión, y lo más espectacular está aún por llegar” (de Cuadra: 2001, 7-8; McCarthy y Hayes: 1985, 431). En este contexto cultural cabe preguntarse: ¿en qué medida se pueden usar las técnicas de IA para ordenar e interpretar los datos obtenidos en el trabajo de campo?, ¿se puede extrapolar esta tesis al ámbito de la Antropología Social, es decir, podrá el ordenador sustituir al antropólogo en su intento de elaborar una teoría del hombre culturalmente situado? Somos conscientes de la complejidad de los datos, sabemos que debemos combinar la metodología cuantitativa con la cualitativa y superar esta perversa división y, por tanto, no caer en el efecto péndulo al que ha estado sometida la Antropología Social: ayer obsesionada por los métodos cuantitativos y hoy obnubilada por los métodos cualitativos. De cualquier manera, el uso de las técnicas de la IA choca frontalmente contra la mentalidad reinante en nuestra disciplina, que solo se sirve del ordenador como una herramienta de apoyo (Fischer: 1994, 7). Sin embargo, hay muchos pensadores que no solamente están superando actitudes negativas sino que incluso pretenden demostrar que esta técnica es una buena base para realizar descubrimientos científicos. Para muchos, la mejor, porque permite un tratamiento riguroso de los datos tanto desde una perspectiva cuantitativa como cualitativa. En la realización de este ideal Langley (2000, 397) ha propuesto un modelo de investigación que constaría de los siguientes pasos:

- 1) Formulación del problema en el que se fijan las categorías, las leyes de relación, tanto cuantitativas como cualitativas, y modelos, tanto estructurales como dinámicos, de los procesos.
- 2) Representación computacional del conocimiento que se tiene sobre el tema que se investiga.

3) Manipulación de los datos: conectar los datos, darles cierto valor.

4) Manipulación del algoritmo: ver qué tipo de programa es el más adecuado para aplicar en un tema concreto.

5) Invocación del algoritmo: consiste en la ejecución del programa.

6) Filtrado e interpretación de los datos: evaluar los resultados para ver en qué medida resultan útiles dentro de la comunidad científica en una notación comprensible y adecuada.

Este modelo pretende ser la materialización de una aspiración que aparece en la década de los cuarenta, cuando se introducen y se empiezan a usar los ordenadores en la ciencia, y sobre la que V. Bush ya se posicionó en aquella época: “Si el razonamiento científico se redujese a los procesos lógicos de la aritmética, no llegaríamos muy lejos en nuestro conocimiento del mundo físico. Es como si se intentara explicar el juego del póquer utilizando solamente la matemática de la probabilidad [...]. Hay un largo camino entre el ábaco y la moderna calculadora con teclado, y existirá el mismo trecho entre estas y las máquinas aritméticas del futuro. Pero ni siquiera estas nuevas máquinas conducirán al científico al punto que necesita llegar” (1945, 35; Ladriere: 1958, 59). Pienso que esta afirmación sigue teniendo validez en nuestros días. Creo que, mientras se mantenga la actual arquitectura de los ordenadores y no se produzca un salto cualitativo, la pretensión de sustituir al hombre en las tareas científicas constituye una vana pretensión. Es cierto que se han producido avances significativos con el uso de programas informáticos. El ordenador, símbolo de la nueva revolución científica, no solamente es un instrumento imprescindible de trabajo sino que ha generado unos nuevos principios explicativos de la realidad. Sin embargo, no existen programas de ordenador que puedan sustituir al hombre y tampoco existen indicios racionales para pensar que la investigación científica pueda ser reducida a una tarea rutinaria de mero cómputo. La distinción entre operación e invención es una diferencia esencial y sobre todo una barrera infranqueable para los ordenadores actuales. Se traduce en la imposibilidad de implementar en ellos el razonamiento “abductivo” (Álvarez Munárriz: 1994, 168).

## II. DIMENSIÓN CULTURAL

Las tecnologías de la información están haciendo posible el surgimiento de una manera de ser, pensar y relacionarse con la gente dentro de un mundo virtual que ha recibido el nombre de “cibercultura”. “Hoy, una nueva y muy compleja cultura se está desarrollando a lo largo del gran río de la comunicación electrónica. El mundo



de la red es un segundo universo, un reino entre nosotros con vistas y sonidos, paisajes del conocimiento, mercados y diversiones, romances y recursos, muchos de los cuales nunca se habían visto antes en la tierra. Este pueblo de pueblos progresa continuamente, ganando cada hora más y más habitantes, que viven y se mueven y tienen su naturaleza en un mundo que está en ningún sitio y, al mismo tiempo, en todas partes. Nosotros, los que habitamos en los puestos virtuales de Internet, estamos evolucionando rápidamente en nuevos tipos de seres; nuestro sistema neuronal y nuestros receptores sensitivos se están extendiendo a través del espacio y el tiempo” (Houston y Plate: 2000, 59; Quéau: 1999, 244). El motor y el símbolo de esta nueva cultura propiciada por las tecnologías de la comunicación es Internet, red de redes o conjunto de equipamientos y redes de comunicación interconectados entre sí. De una manera más precisa se puede describir como una macro-red formada por millones de ordenadores interconectados que se transfieren información de unos a otros mediante el protocolo estándar TCP/IP (Transmission Control Protocol / Internet Protocol). La naturaleza y el sentido de esta tecnología de la comunicación se pueden aclarar y precisar a través de tres rasgos:

- En primer lugar, hay que hablar de la red. Hace referencia al soporte técnico, al conjunto de equipos que hace posible que los ordenadores distantes puedan conectarse y transmitirse información de todo tipo. Tiene su origen en la red de datos de carácter militar que construyó en 1969 el Ministerio de Defensa norteamericano durante la guerra fría, pero que luego dio origen a una red de comunicación mundial dedicada a la transferencia de datos de carácter científico e industrial para posteriormente convertirse en una red usada por cualquier persona (Terceiro: 1996, 93-95; Woolley: 1994, 108; Martín Mayorga: 2000, 316 ss.; Halabi y McPherson: 2001, 3-30). Es un conjunto de ordenadores conectados en el que se intercambia y comparte información de todo tipo.

- En segundo lugar, debemos hacer referencia a los “internautas”, que son las personas que crean, recrean y mantienen la red. En este ámbito conviene distinguir dos tipos de usuarios (Castells: 2001, 51):

- 1) Proveedores de información que ofertan sus servicios en la red.
- 2) Usuarios de la red que compran o toman la información almacenada.

Estos últimos son personas que pasan muchas horas conectadas a Internet a través del teclado de su ordenador con diferentes objetivos. Aumenta progresivamente el número de personas que participan activamente en el espacio virtual. Es un hecho que ya no puede ser visto como algo sin importancia sino como un fenómeno relevante de nuestra sociedad. Es mucho más que un mercado incipiente listo para ser

explotado. “Hay que reconocer, desde un primer momento, que la Informática, sobre todo Internet y, en particular, la *web*, tienen capacidad para cambiar el mundo y las relaciones humanas, y que el ciberespacio, es decir, el espacio en el que se llevan a cabo estas relaciones, genera cambios en nuestra concepción de espacio-tiempo, en nuestras formas de representación y en nuestro lenguaje” (Vinson: 1999, 237). Se trata, por tanto, de un fenómeno que debe ser abordado directamente por la Antropología Social, que no puede menos que preguntarse: ¿qué tipo de prácticas y discursos sociales se están creando alrededor o a causa de las nuevas tecnologías?, ¿cuál es la naturaleza de las relaciones que se están configurando con ellas?, ¿qué tipo de sociedad o sociedades están creando los internautas?, ¿cómo pueden estudiarse estos nuevos fenómenos desde un punto de vista etnográfico? (Escobar: 1994, 214; Monot y Simon: 1999, 75; Alonso Piñeiro: 2000, 264-265).

• Y, en tercer lugar, ciberespacio, término usado por W. Gibson en su novela *Neuromante* para referirse al espacio virtual constituido por la maraña de conexiones que se establecen dentro de la red. “El ciberespacio se erige en sistema de sistemas pero por ello es el sistema del caos. Encarnación máxima de la transparencia técnica, en él tienen cabida, sin embargo, debido a su irreprimible abundancia, todas las opacidades del sentido. Crea y vuelve a crear la figura de un laberinto móvil, en expansión continua, carente de plan universal, un laberinto que ni el mismo Dédalo hubiera podido imaginar. A esta universalidad desprovista de significado central, a este sistema del desorden, a esta transparencia laberíntica yo le doy el nombre de ‘lo universal sin totalidad’ (Levy: 1998, 16). Este mundo alucinante, este proceso de hibridación sociotécnico ha sido descrito a través de diferentes caracteres: alucinación consensual, conexión total, multiplicidad, metamorfosis, movilidad, multifuncionalidad, ruptura, apertura, libre expresión y difusión de todo tipo de temas sin ningún tipo de control, etc. Todos estos calificativos se pueden condensar en tres rasgos: inmenso, por la cantidad de información que contiene (la mayor masa de información unificada que ha producido la humanidad); desorganizado, en la medida que es imposible construir una conexión de páginas *web* a través de un núcleo central que las enlace y las controle; desigual, ya que todavía existen muchas personas en el planeta Tierra que no pueden acceder a Internet, de tal manera que es posible hablar de diferencias entre ricos y pobres en información (Codina: 2000, 33).

Se puede analizar desde diferentes perspectivas, tomando como criterio los intereses de todos aquellos que participan: técnica, teniendo en cuenta los aparatos que lo hacen posible; económica, como un lugar de transferencia en tiempo real de bienes y servicios; social, como una comunidad utópica en la que se rompe con las jerarquías y el poder para, de esta manera, generar un espacio de paz y prosperidad para

todo el mundo; artística, como el lugar por excelencia de la creatividad; militar, un espacio de información que no puede ser aniquilado por el enemigo; científica, un medio de comunicación de conocimientos, etc. A mí lo que me ha interesado es analizar los valores y las actitudes de las personas que establecen relaciones a través de Internet. En qué medida está transformando la memoria y la identidad personal. Ahora bien, ¿cómo fijar una unidad de análisis en esa multiplicidad de tipos de redes de relaciones sostenidas por ordenadores? Considero que una de las metodologías más adecuadas para avanzar en el conocimiento de este mundo virtual es la teoría de redes. Esta metodología fue usada por la Antropología Social británica para analizar, desde un punto de vista cuantitativo y cualitativo, las relaciones humanas y, de modo particular, la familia. La categoría de red fue aplicada por M. Gluckman a las sociedades tribales, en la que predomina la familia extensa constituida en un centro de unas redes muy unidas. Fue Bott la que profundizó, sistematizó y se sirvió de la noción de red para comprender la familia nuclear de una sociedad industrializada que compara con la red de una sociedad de pequeña escala y relativamente cerrada. El marco teórico es la “teoría de campo”, en la que se concibe la conducta de una familia a través de las necesidades y preferencias personales, el entorno social inmediato y las normas que adopten sus miembros. Para aplicar esta metodología he construido el siguiente modelo en el que trato de ordenar esa compleja trama de relaciones:

- Comunidades virtuales. Redes de relaciones personales en el espacio cibernético. Han sido definidas como “agregaciones sociales que emergen de la red cuando un número suficiente de personas entablan discusiones públicas durante un tiempo lo suficientemente largo, con suficiente sentimiento humano, para formar redes de relaciones personales en el ciberespacio” (Rheingold: 1994, 20). Están basadas en la interacción personal, se trata de relaciones cara a cara, en tiempo real pero de tipo virtual. *Cibersexo*, *chatear*, grupos de discusión en áreas de interés compartido. Es el lugar donde se están construyendo nuevos “yoes”, nuevas identidades personales. El término más exacto sería el de “redes humanas” unidas por intereses comunes, ganas de evadirse del mundo rutinario de la vida real o simplemente por disfrutar.

- Sociedades virtuales. Tienen como objetivo las transacciones comerciales, asociación de personas para obtener ciertos fines, fundamentalmente de tipo comercial. Están en periodo de inicio, pero se anticipa que aumentarán de forma exponencial en los próximos años. Redes de relación que se establecen entre los productores y consumidores de todo tipo de bienes y servicios: productos, viajes, aficiones, actividades de ocio e información general (Nie y Erbring: 2000, 18). Venta y consumo de productos: ciencia, arte, negocios y cultura.

• Aldea global. Espacio total de relaciones en el que existe la posibilidad de que todos entren en contacto con todos hasta reducir el mundo a las dimensiones de una aldea como la caracterizó McLuhan. Internet ha posibilitado que tenga sentido hablar de un planeta conectado por el que fluye y se intercambia información, mercancías, materias primas, dinero, etc. Es un espacio privilegiado para comprender cómo se está propiciando el nacimiento de una cultura global, aunque quizás sería más exacto denominarla “glocal”. De cualquier manera, no se puede negar la importancia de este universo virtual en donde se va tejiendo un mundo de ideas, un clima mental, una forma simbólica que orienta y conforma las maneras de ser, pensar y actuar. Y no solo de los miembros de las sociedades avanzadas sino también del resto de las sociedades del planeta Tierra.

### III. DIMENSIÓN TEÓRICA

¿En qué medida puede contribuir la Antropología Social al desarrollo de la IA? Creo que hay un campo de investigación punta en el saber de nuestros días en el que la contribución de la Antropología Social puede ser decisiva. Me estoy refiriendo al tema de la conciencia, en cuya configuración desempeña un papel esencial la cultura. “Desde el primer momento pensé que en este mundo —en el otro vaya uno a saber— si no hay cerebro no hay mente que valga. De lo que ya no estaba tan seguro —y sigo sin estarlo— era de que la actividad cerebral *fuese* la mente. Entre otras razones porque el cerebro humano no existiría, si al medio ambiente al que dicen referencia esencial sus funciones de relación se le restara la cultura. *Nulla mens sine cerebro*, sí, pero también *nulla mens sine cultura*... En el ser humano, junto a la sucesión de estímulos y respuestas inscritos en la necesidad causal, opera también un tráfico de lo que algunos han llamado símbolos significantes (no solo verbales), que permite sobreimponer a la experiencia un orden distinto al natural. Sin este tipo de actividad simbólica la mente humana no existiría y tampoco las ciencias ‘duras’ que practican los que niegan la conciencia” (Pinillos: 1999, 10; Damasio: 2001, 227). Recuperar el tema de la conciencia puede parecer raro y fuera de lugar después de que Lévi-Strauss sostuviese que la conciencia es el enemigo secreto de las ciencias sociales, de que Habermas certificase la defunción de la filosofía de la conciencia, que el sociólogo Luhman disolviese la capacidad consciente en los procesos autopoieticos o de que Bourdieu anulase la actividad consciente en su categoría de “habitus”. Pero, en los últimos años, se ha convertido en un campo de investigación punta. Un factor determinante que ha obligado a recuperar e investigar el tema de la conciencia ha sido el contexto socio-sanitario. Sin que ello implique la aceptación del programa fuerte de la Sociología del Conocimiento, se debe reconocer que han sido los intereses de la sociedad los que han

propiciado que se esté invirtiendo mucho tiempo y dinero en la investigación sobre la estructura y el funcionamiento de la conciencia. La razón es simple. El desvelamiento de la naturaleza de esta capacidad fundamental del ser humano permitiría sanar, o al menos aliviar, muchas de las enfermedades que están directa o indirectamente relacionadas con la conciencia: depresión profunda, epilepsia, Alzheimer, esquizofrenia, amnesia, etc. (Nichols y Newsome: 1999, 37).

Hay muchos espacios de reflexión desde los que se está investigando el tema de la conciencia. De lo que hemos visto anteriormente es un tema clave que preocupa a los investigadores de la IA: “En la óptica darwiniana, la inteligencia es un elemento fundamental en la ‘lucha por la vida’. ¿Pero qué papel juega la conciencia en el marco de la evolución biológica? ¿Es necesario que la inteligencia se acompañe de conciencia? Si en el futuro los ordenadores se vuelven tan inteligentes como los humanos, ¿serán por ello conscientes de su propia existencia y del mundo que les rodea?” (Reeves: 2000, 81-82; Horgan: 2001, 318). Y este es el espacio de reflexión en el que se ha situado nuestro grupo de investigación para avanzar en el conocimiento de esta capacidad desde un punto de vista cultural. Seguidamente expondré los tres elementos esenciales de esta investigación:

1. Nuestro punto de partida es un enfoque cultural de la conciencia: ¿cómo se produce la estructuración del ser consciente? o, lo que es lo mismo, ¿cómo se estructura el yo con el ejercicio de la actividad consciente? Esta capacidad la describimos como un saber acerca de nosotros mismos y de nuestra situación en el mundo. De cualquier manera, conviene subrayar que el término saber que aparece en esta descripción no hay que identificarlo con conocimiento abstracto ya que ese apercibirse siempre está coloreado por un tono emotivo y afectivo que remite a la totalidad orgánica que somos (Álvarez Munárriz: 1993, 7). Y la perspectiva que hemos tomado para avanzar en el desvelamiento de esta capacidad humana es la categoría de “nivel de conciencia”, entendido como el grado de claridad, concentración y energía con el que vivimos cada instante de nuestra vida. Como hipótesis de trabajo a confirmar distinguimos tres niveles fundamentales:

1. 1) Intuitivo. Es un saber vago que acompaña toda nuestra actividad tanto interna como externa y que podemos identificar con un “darse cuenta” sin más. Proporciona un saber global de nuestra identidad personal sin por ello implicar referencia o connotación a un contenido concreto y específico. Pues bien, a pesar de ser una experiencia más o menos confusa, empapa la totalidad de nuestro comportamiento. A pesar de ser un tipo de saber que podemos caracterizar como indirecto o implícito, es un saber activo que da unidad y sentido a toda la conducta. Por ello se puede afirmar que toda la actividad de la vida cotidiana está afectada, dotada y mar-

cada con un coeficiente de conciencia. Edelman la denomina “conciencia primaria” entendida como la capacidad de ser conscientes del mundo que nos rodea y formar imágenes del presente pero sin ser capaces de integrar ni el pasado ni el futuro en una unidad coherente (1989, 245-6).

1. 2) Reflejo. Lo definimos como sensación explícita de ser o también conciencia de sí mismo. “La conciencia podría considerarse como la percepción de sí mismo en tanto que ‘objeto’ situado en el centro mismo de la ‘realidad’. La existencia de sí mismo considerado como objeto: esa es sin duda una de las intuiciones más profundas arraigadas en nuestra persona” (Jacob: 1982, 116-117). Es la capacidad que posee el yo de reflexionar sobre la propia conciencia. Los psicólogos la denominan referencia egocéntrica. En ella se funda la posibilidad de elaborar un saber sistemático sobre diferentes aspectos y modalidades de la actividad consciente, pero también es la base y el fundamento de nuestra identidad personal. En efecto, la conciencia humana es siempre de algo y de alguien. Ese alguien es un sujeto que sirve de soporte de la conciencia. Por ello sería más correcto hablar de ser consciente o sujeto consciente. Este, por otra parte, se constituye con el ejercicio de la propia conciencia. El yo o sí-mismo es la estructura recursiva de la conciencia temporal que se desarrolla y configura en un contexto sociocultural. Por tanto, la conciencia constituye el núcleo del yo, la dimensión íntima de la persona. Ha sido denominada recientemente conciencia ampliada: “En la conciencia ampliada la sensación de ser surge del despliegue consistente y reiterado de algunos de nuestros recuerdos personales, *objetos de nuestro pasado personal*, aquellos que pueden fácilmente ser la sustancia de nuestra identidad, momento a momento, y de nuestro ser personas” (Damasio: 2001, 202).

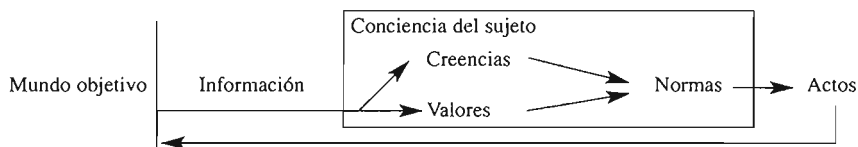
1. 3) Puntual. Lo más creativo del hombre es un saber más claro acerca de nosotros mismos, que podemos describir como tensión instantánea de la persona que condensa todo su ser en un punto del tiempo. Constituye el nivel más elevado. De ahí que también haya recibido el nombre de “superconciencia” ya que no es una función sino un acto total de la persona cuya característica fundamental es la creatividad. Supone una activación de todas las potencialidades de la mente. Es también un estado de tensión que implica un proceso de disolución del yo personal en el que bullen las ideas, un vacío en el que se procesa la información que conecta el problema con los conocimientos que uno posee de una manera anárquica, sin una guía racional, apareciendo todo tipo de ideas o soluciones: malas, aceptables, contradictorias, sin sentido, etc. Ha recibido diferentes nombres: “identificación absoluta con el instante presente”, con palabras de M. Kundera; Humphrey define este tipo de conciencia como “momento denso del presente subjetivo”, y A. Muñoz Molina como “fogonazo de conciencia pura, sin identidad, sin lugar, sin tiempo”.

2. Trabajo de campo para recoger y medir los informes que acerca de la propia experiencia consciente nos ofrece un determinado grupo de personas, es decir, lo que nos cuentan sobre sus estados mentales. Para ello nos serviremos de la entrevista. Con los datos obtenidos con esta metodología pretendemos elaborar un sistema de categorías con las cuales describir la estructura y el funcionamiento de la conciencia. Es el campo de la Ontología, que constituye una pieza básica y además nuclear de la Inteligencia Artificial. “En el contexto de la IA, la Ontología se ocupa de las categorías que podemos cuantificar adecuadamente y de la manera en que se relacionan estas categorías con las demás. Todos los sistemas basados en conocimientos se refieren a entidades del mundo, pero, para poder capturar la profundidad del conocimiento humano, es necesaria una Ontología global bien diseñada que especifique a muy alto nivel qué clases de cosas existen y qué propiedades generales tienen” (Rich y Knight: 1994, 319; Frost: 1989, 663; Valles: 2000, 583-584). Dentro de las categorías hay una que abordamos directamente: la de agente, entendido como un sujeto, una de cuyas características fundamentales es la de tener creencias, valores y normas con las cuales se relaciona y comunica con otros agentes.

3. Para validar y al mismo tiempo avanzar en la interpretación de este sistema de categorías usaremos la técnica del razonamiento basado en casos (CBR). Es un programa de ordenador usado en Ingeniería del Conocimiento que consiste en usar casos pasados para resolver problemas nuevos. Es capaz de generar conductas expresivas basándose en ejemplos de realizaciones humanas. En este sistema para resolver problemas y aprender podemos distinguir tres elementos esenciales:

3.1. Casos. Obtenidos del trabajo de campo y que hemos clasificado de cara a poder implementarlos.

3.2. Modelo computacional de la conciencia. Lleva incorporada una teoría sobre la conciencia que hemos tomado de Aulin.



3.3. Métodos para resolver el problema

Debemos ser conscientes del carácter mecánico que tienen todos los modelos de simulación que proporciona la Inteligencia Artificial, además de su carácter histórico, ya que en otras épocas se usaron otras analogías y metáforas para explicar la estructura y el funcionamiento de la conciencia humana. Sin embargo, hay que decir

que es una de las mejores herramientas que poseemos en la actualidad para poder validar empíricamente muchas de las investigaciones que se realizan sobre la conciencia humana. “La IA es un campo excelente para estudiar el funcionamiento de la mente precisamente porque nuestras teorías sobre ese funcionamiento se ponen despiadadamente a prueba a cada paso, lo que nos fuerza a considerar cuestiones que, al principio, parecía correcto ignorar” (Schank: 1986, 60; Jackendoff: 1987, 16; Franklin: 1998, 2-21). La fertilidad de este enfoque se justifica plenamente en nuestros días. Hoy por hoy no podemos responder a la pregunta de qué es la conciencia ni cómo ha surgido en el curso de la evolución biocultural, y estamos empezando a construir el edificio que acoja el futuro saber sobre esta capacidad humana. Pretendemos contribuir a este proyecto, es decir, al desvelamiento del misterio de la conciencia, tratando de indagar cómo la cultura conforma la conciencia humana.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO PIÑEIRO, A. (2000): “Información, conocimiento, cultura y comunicación”, *Arbor* 658.
- ÁLVAREZ MUNÁRRIZ, L. (1993): *El tema de la conciencia*, Murcia, Universidad de Murcia.
- (1994): *Fundamentos de Inteligencia Artificial*, Murcia, Universidad de Murcia.
- AULIN, A. (1982): *The Cybernetic laws of social progress*, New York, Pergamon Press.
- BUSH, V. (1945-2001): “Cómo podríamos pensar”, *Revista de Occidente* 239.
- CASTELLS, M. (2001): *La galaxia Internet*, Barcelona, Areté.
- CAZORLA, M. A., et alii (1999a): *Fundamentos de Inteligencia Artificial*, Alicante, Universidad de Alicante.
- (1999b): *Técnicas de Inteligencia Artificial*, Alicante, Universidad de Alicante.
- CODINA, L.I. (2000): “La WWW desde la perspectiva de la investigación en línea”, *Quark* 18.
- CUADRA, F. DE (2001): “Límites éticos de la Inteligencia Artificial”, *Razón y Fe* 1.231.
- DAMASIO, A. R. (2001): *La sensación de lo que ocurre. Cuerpo y emoción en la construcción de la conciencia*, Barcelona, Debate.
- EDELMAN, G. M. (1989): *The remembered present. A biological theory of consciousness*, New York, Basic Book.
- ESCOBAR, A. (1994): “Welcome to Cyberia. Notes on the Anthropology of cyberculture”, *Current Anthropology* 35/3.



- FISCHER, M. D. (1994): *Applications in computing for social anthropologists*, London, Routledge.
- FRANKLIN, S. (1998): "Conscious' Software: A Computational View of Mind". Disponible en [www.u.arizona.edu/~chalmers](http://www.u.arizona.edu/~chalmers).
- FROST, J. R. (1989): *Bases de datos y sistemas expertos*, Madrid, Díaz de Santos.
- HALABI, S. y MCPHERSON, D. (2001): *Arquitecturas de enrutamiento en Internet*, Madrid, Pearson.
- HAWKING, S. (1986): "¿Nos encontramos ante el fin de la Física Teórica" en BOSLOUGH, J.: *El universo de Stephen Hawking*, Barcelona, Salvat.
- HOFSTADTER, D. R. (1987): *Gödel, Escher, Bach, un eterno y grácil bucle*, Barcelona, Metatemas.
- HORGAN, J. (2001): *La mente por descubrir*, Barcelona, Paidós.
- HOUSTON, J., y PLATE, L. (2000): "Consciencia cibernética", *Integral* 246.
- JACKENDOFF, R. (1987): *Consciousness and the computational mind*, Cambridge, MIT Press.
- JACOB, F. (1982): *El juego de lo posible*, Barcelona, Grijalbo.
- KURZWEIL, R. (1999): *La era de las máquinas espirituales*, Barcelona, Planeta.
- LADRIERE, J. (1958): *Filosofía de la cibernética*, Buenos Aires, Atlántico.
- LANGLEY, P. (2000): "The computational support of scientific discovery", *Int. J. Human-Computer Studies* 53.
- LEVY, P. (1998): "Sobre la cibercultura", *Revista de Occidente* 206.
- MARTÍN DEL BRÍO, B. (1999): "Conciencia artificial: el punto de vista de las redes neuronales" en CARRERAS, A. (comp.): *Tras la consciencia*, Zaragoza, Mira.
- MARTÍN MAYORGA, D. (2000): "Vida y milagros de Internet", *Arbor* 658.
- MCCARTHY, J., y HAYES, P. J. (1985): "Some Philosophical Problems from the Standpoint of Artificial Intelligence" en *Readings in Artificial Intelligence*, San Francisco, Morgan Kaufmann.
- MIRA, F. (1999): "Inteligencia Artificial, emoción y neurociencia", *Arbor* 640.
- MITCHELL, M. (1999): *An introduction to genetic algorithmus*, London, Bradford Book.
- (2000): "Life and evolution in computers", disponible en [www: santafe.edu/sfi](http://www.santafe.edu/sfi).
- MONOT, Ph., y SIMON, M. (1999): *Vivir en el ciber mundo*, Bilbao, Mensajero.
- MORA BUENDÍA, C. DE, et alii (2000): *Estructura y tecnología de computadores I*, Madrid, UNED.

- NICHOLS, M. J., y NEWSOME, W. (1999): "The neurobiology of cognition", *Nature* 402.
- NIE, H., y ERBRING, L. (2000): "Internet y sociedad", *Quark* 18.
- NILSSON, N. J. (1998): *Artificial Intelligence: a new synthesis*, San Francisco, Morgan Kaufman.
- PINILLOS, J. L. (1999): "La cultura y el origen de la mente", *Revista de Psicología General y Aplicada* 52.
- QUÉAU, Ph. (1999): "Cibercultura e Infoética", *Informe mundial sobre la cultura. UNESCO*, Madrid, Acento.
- REED, M. A., y TOUR, J. M. (2000): "Computación molecular", *Investigación y Ciencia* 287.
- REEVES, H. (2000): *El espacio adquiere la forma de mi mirada*, Barcelona, Granica.
- RHEINGOLD, H. (1994): *La comunidad virtual*, Barcelona, Gedisa.
- RICH, E., y KNIGHT, K. (1994): *Inteligencia Artificial*, Madrid, McGraw Hill.
- RUSSEL, S. y NORVIG, P. (1997): *Inteligencia Artificial. Un enfoque moderno*, Madrid, Prentice Hall.
- SCHANK, R. C. (1986): *El ordenador inteligente*, Barcelona, Antoni Bosch.
- TERCEIRO, J. B. (1996): *La sociedad digital*, Madrid, Alianza.
- TRILLAS, E. (1998): *La Inteligencia Artificial*, Madrid, Debate.
- VALLES, M. S. (2000): "La grounded theory y el análisis cualitativo asistido por ordenador" en GARCÍA FERRANDO *et alii* (comps.): *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*, Madrid, Alianza.
- VINSON, I. (1999): "Patrimonio y cibercultura: ¿Qué contenidos culturales para qué cibercultura?", *Informe mundial sobre la cultura. UNESCO*, Madrid, Acento.
- WOOLLEY, B. (1994): *El universo virtual*, Madrid, Acento.

# *Formación y actitudes en la FP reglada*

POR

MARÍA ISABEL JOCILES RUBIO\*

## INTRODUCCIÓN

El tema que voy a tratar es el de la formación profesional reglada, es decir, el de la FP que se imparte en los institutos de enseñanza secundaria, pero centrandome únicamente en los modelos de formación que se siguen para preparar a tres profesionales del ámbito de los servicios: a los educadores infantiles, a los animadores socioculturales y a los integradores sociales. Unos profesionales que, en esos institutos de secundaria, son formados por los mismos equipos docentes y que, en conjunto, integran lo que se denomina, en el argot de la FP, la familia profesional de “Servicios Socioculturales y a la Comunidad”. Pero, antes de exponer esos modelos de formación, tal vez cabría preguntarse previamente sobre el interés que puede tener para la antropología social el estudio de la formación profesional. Dado que yo me he embarcado en un estudio de este tipo, que cuenta, además, con pocos precedentes en la disciplina, trataré de dar una respuesta, aunque sea tentativa, a esta pregunta.

En primer lugar, considero que el hecho de que los antropólogos investiguen la actual formación profesional supone aprovechar una ocasión más para desmentir la manida idea de que la antropología social no se ocupa o no puede ocuparse de los problemas de las sociedades complejas, estando condenada a tratar, si acaso, cuestiones marginales dentro de ellas. La formación profesional, su contenido y calidad, no son, desde luego, cuestiones marginales, sino problemas sociales importantes de nuestro tiempo. Tanto es así que hoy en día la formación profesional constituye una parte, y una parte relevante, de las políticas de actuación sobre el empleo, de las llamadas “políticas activas”, de modo que se puede decir, sin riesgo a exagerar, que se ha convertido en uno de los principales instrumentos en la lucha contra el paro y las otras incidencias que las transformaciones económicas contemporáneas están teniendo sobre el mercado de trabajo, en un remedio para reducir o evitar el desfase entre la oferta y la demanda de trabajo.

En segundo lugar, ocurre que la etnografía, esto es, la estrategia metodológica paradigmática de la antropología social, está bastante de moda entre las disciplinas que se dedican al estudio de la educación (pedagogía, psicología, sociología...); sin embargo, se ha aplicado casi exclusivamente al estudio de otros niveles de enseñanza, tales como la primaria, la secundaria o el bachillerato, pero apenas al de la formación profesional.

---

\* Universidad Complutense de Madrid.

Al menos, en el caso de España, no conozco ningún acercamiento etnográfico al tema; solo investigaciones eminentemente cuantitativas que, por un lado, no proporcionan información sobre cómo se aplican en la práctica los programas de FP, es decir, sobre “qué es lo que sucede realmente en ellos”, y que, por otro, se han dedicado o bien a realizar estudios socioeconómicos sobre los que fundamentar las reformas de la formación profesional y la creación de nuevas titulaciones o bien a calibrar los impactos de la FP, es decir, a hacer un seguimiento de las trayectorias laborales de los alumnos que han terminado sus estudios. Así, faltan investigaciones cualitativas que se adentren en la denominada “caja negra”, es decir, en lo que ocurre en los centros donde se imparten esas enseñanzas, y, sobre todo, que lleven a cabo un acercamiento en profundidad a lo que sucede en ellos. Una labor que, en mi opinión, puede desarrollar perfectamente la antropología social.

Y, por último, creo que esta puede tener interés en el estudio de la FP, por cuanto la formación profesional, al igual que cualquier institución social, es un sistema cultural y, por ello, posibilita estudiar aquellos aspectos de la realidad que habitualmente preocupan a un antropólogo: el uso y la concepción del espacio y del tiempo, por ejemplo las representaciones que los actores sociales tienen de sí mismos, de los otros o del contexto sociocultural en que están insertos, la influencia de esas representaciones en las prácticas cotidianas, los modelos que inspiran y fundamentan los procesos que tienen lugar en ella, las estrategias desplegadas por los agentes sociales, los valores que vehiculan en sus comportamientos y discursos, etc. Obviamente, aquí no puedo ocuparme de todos estos aspectos de la formación profesional. De hecho, como indiqué al principio, voy a centrarme en uno de ellos, en el de los modelos de educación y/o formación que se manejan en los procesos de enseñanza-aprendizaje dentro de los ciclos formativos de la familia profesional de “Servicios Socioculturales y a la Comunidad”.

## MODELOS DE FORMACIÓN EN LOS CURRICULA

Para entrar ya en el tema, empezaré diciendo que, desde mi punto de vista, existe un gran contraste entre el modelo de formación manejado por los equipos docentes que he investigado y el modelo de formación que está en la base de los *curricula* oficiales. El análisis de los documentos donde estos se establecen<sup>1</sup> permite apreciar el uso de un

---

<sup>1</sup> BOE del 21, 22 y 26 de febrero de 1996. Estos BOE contienen los reales decretos que establecen los títulos de Técnico Superior en Animación Sociocultural, Técnico Superior en Animación Infantil y Técnico Superior en Integración Social. Aunque estos reales decretos mencionan los contenidos básicos a impartir en cada uno de esos módulos, en 1997 se publicaron tres nuevos reales decretos con una exposición más exhaustiva de los mismos.

modelo que yo he llamado de formación de recursos humanos, en el sentido de que, en concordancia con lo que mantienen las políticas activas de empleo, a la formación profesional se le ha asignado como principal función la de ajustar la oferta a la demanda de trabajo, es decir, preparar a los alumnos de acuerdo con los requerimientos y necesidades de las empresas de cada sector económico, lo cual, según esas mismas políticas, sería la condición necesaria para su incorporación más inmediata a dicho mercado.

Este intento de adecuar la formación profesional reglada a las necesidades y exigencias de las empresas se detecta, en primer lugar, en el proceso que se siguió para diseñar los *curricula*. A grandes rasgos, este proceso consistió en lo siguiente: se constituyeron grupos de expertos que se encargaron, por un lado, de saber cuáles son las figuras profesionales demandadas en cada sector socio-económico y, por otro, de estudiar las competencias y las capacidades que las empresas pedían de esas figuras. Posteriormente, esas competencias y capacidades fueron traducidas a objetivos generales de aprendizaje y a las denominadas capacidades terminales de cada módulo (es decir, a los objetivos específicos de cada asignatura, para entendernos), estableciéndose igualmente los contenidos básicos y los criterios de evaluación. Pero ese intento de adaptar la formación profesional a los requisitos del mundo empresarial, de formar recursos humanos ajustados a sus demandas y necesidades, se aprecia igualmente en el producto resultante, en el modo en que quedaron finalmente fijados los *curricula* oficiales. Y esto, en mi opinión, se patentiza primordialmente en el hecho de que esos *curricula* definen detalladamente los procedimientos (o habilidades técnicas) o, en menor medida, los conceptos (o conocimientos teóricos) que deben adquirir los alumnos, dejando más de lado, en cambio, las actitudes o los valores que también tendrían que formar parte de sus capacidades profesionales.

Ello no quiere decir, por supuesto, que olviden hacer cualquier mención a esas actitudes; sin embargo, aparecen casi exclusivamente en los primeros niveles de concreción curricular. O, dicho de otro modo, mientras los conocimientos técnicos van siendo especificados sucesivamente a lo largo de los currículos, es decir, van siendo presentados desde unas primeras enunciaciones muy genéricas (por ejemplo, en el apartado donde se formulan las “capacidades profesionales”) hasta alcanzar otras bastante más específicas, no ocurre lo mismo con las actitudes. Estas no solo no son objeto de concreción curricular, sino que las alusiones a ellas se van perdiendo paulatinamente, con lo cual a los equipos docentes se les despista sobre cómo y qué actitudes evaluar (y, por tanto, sobre cómo y qué actitudes formar).

La pérdida progresiva de referencias a las actitudes es reconocida indirectamente por los documentos oficiales, toda vez que, por ejemplo, los BOE de 1997 aseguran, de modo expreso, que “los elementos curriculares de cada módulo incluyen por lo general

conocimientos relativos a conceptos, procesos, situaciones y procedimientos que concretan el *saber hacer* técnico relativo a la profesión”. ¿Acaso es que los diseñadores de los *curricula* consideraron que las actitudes no son importantes para el ejercicio profesional? Probablemente estimaron en su momento que sí lo eran, pero dejaron de lado el quehacer de definir las, puesto que lo único que se dice a este respecto es que “las capacidades actitudinales que pretenden conseguirse deben tomar como referencia fundamental las capacidades terminales del módulo de formación en centro de trabajo y las capacidades profesionales del perfil”. Es decir, que, para averiguar qué actitudes deben conseguir los alumnos, se invita a los profesores a que acudan a revisar lo establecido para las prácticas en las empresas (que no otra cosa es el módulo de *Formación en centro de trabajo*), así como en el apartado de las “capacidades profesionales”. ¿Y qué se dice en estos lugares? Pues, en primer lugar, en el módulo de *Formación en centro de trabajo* se dice que los alumnos tienen que “colaborar y participar en el centro de trabajo, adoptando las actitudes de profesionalidad requeridas”,<sup>2</sup> con lo cual no resulta difícil deducir que la relativa indefinición en que se mantienen las actitudes obedece al deseo de disuadir a los equipos docentes de intentar formarlas y evaluarlas, remitiendo o delegando esta tarea a los centros de trabajo, a las empresas. Y esto es algo que no solo se deduce de los *curricula* oficiales, sino que es corroborado por algunas experiencias tenidas por los centros escolares cuando han consultado sobre estos asuntos con la Administración educativa. A continuación presento una cita donde una profesora nos relata una de esas experiencias, a través de la cual podemos ver que el MEC, en este caso, concibe la formación y evaluación de actitudes como una labor propia de las empresas:

Bueno, yo recuerdo en alguna ocasión de plantearnos: “Es que este alumno, a pesar de que sea un alumno muy brillante, es que le faltan las actitudes y las aptitudes, las dos cosas, para ejercer la profesión”. Bueno, lo que nos transmitió en su momento, la vez que lo consultamos en el Ministerio..., lo que se nos dijo fue que nosotros, en realidad, lo que aquí estábamos dando era un título académico de un determinado nivel, y no estamos haciendo la selección de personal. Si un alumno verdaderamente no ha conseguido esas actitudes... (pues, que no era problema nuestro). Y nos dijeron que, por otro lado, nosotros no estamos haciendo selección de personal. Y, entonces, como no estamos haciendo selección de personal, nosotros les podemos garantizar [a las empresas] que tienen un determinado nivel, pero nada más. Luego, cuando los vayan a contratar, cada una sabrá cómo busca el perfil más determinado dentro de lo que nosotros hemos preparado. Esa fue la respuesta.

(Profesora de Educación Infantil e Integración Social)

---

<sup>1</sup> Ello en los ciclos de ASC y EI, pues en el de IS no se dice nada al respecto.

Es por esto por lo que, en mi opinión, la falta de desarrollo de las actitudes por parte de los *curricula* deja ver, de modo más claro que otros aspectos de los mismos, el hecho de que se mueven dentro de la órbita del modelo de formación de recursos humanos. El ajuste entre la oferta y la demanda de trabajo puede producirse de forma más completa, efectivamente, si la formación de la vertiente actitudinal o predisposicional de los profesionales queda en manos de las empresas, entre otras cosas porque sería difícil de creer que estas “fabricaran culturalmente trabajadores” con actitudes o predisposiciones contrarias a sus objetivos, valores y formas de actuar, es decir, no adaptados a ellas.

Y, si nos fijamos ahora en el apartado de “capacidades profesionales”, resulta también muy significativo que “la capacidad profesional” que en los *curricula* de los tres ciclos formativos se formula con un lenguaje más actitudinal sea la que, para el de Animación Sociocultural, se expresa como sigue:

Mantener relaciones fluidas con los miembros del grupo funcional en el que está integrado, *responsabilizándose* de los objetivos asignados al grupo, *respetando* el trabajo de los demás, organizando y dirigiendo tareas colectivas y *cooperando* en la superación de dificultades que se presenten *con una actitud tolerante* hacia las ideas de los compañeros y participantes.

La responsabilidad, el respeto y la cooperación, de esta manera, constituyen algo que los futuros profesionales tienen que orientar a lo que se califica de “grupo funcional”, esto es, a los miembros de la empresa con que se trabaje. Digo que esto es significativo porque un elemento central de las nuevas formas empresariales de organizar y gobernar la mano de obra consiste, precisamente, en producir trabajadores que participen positivamente en la gestión de su propio trabajo, que colaboren con los equipos a los que han sido asignados y que se responsabilicen e impliquen en los objetivos de la gerencia empresarial; pero estos modelos productivos y de gestión del trabajo que se están imponiendo lo que persiguen —a fin de cuentas— no es otra cosa que establecer una nueva relación entre capital y trabajo que permita disponer de trabajadores más adeptos a las empresas.

Así, nos encontramos con que los *curricula* o bien atribuyen a las empresas la función de formar las actitudes en los alumnos o bien envían a los profesores de FP hasta el apartado de “capacidades profesionales” para averiguar cuáles pueden ser objeto de formación/evaluación en el centro educativo; unas “capacidades profesionales” que, en unos casos, como el que acabamos de ver, orientan las actitudes hacia las relaciones con el “grupo funcional”, en muy pocos hacia las relaciones con los “usuarios” y, la mayoría de las veces, simplemente no las direccionan, con lo cual —y tal vez parezca una conclusión perversa— la posibilidad de que los centros de

trabajo las puedan encarrilar, las puedan adaptar a sus objetivos, valores y maneras de actuar se facilita en buena medida.

En cualquier caso, si los equipos docentes se empeñan, a pesar de todo, en formar actitudes en sus alumnos, son ellos los que tienen que ingeniárselas para idear maneras de hacerlo, porque los *curricula* poco les ayudan en ello. Y lo cierto es que, al menos, los que yo he estudiado los forman, a partir de un modelo de formación no solo alejado del modelo de formación de recursos humanos, sino incompatible con el hecho de que esa labor se delegara a las empresas. Dice una profesora a este respecto:

Yo creo que, si la formación se hiciera solo en las empresas, habría un mayor ajuste a la empresa, probablemente —que es lo que hablábamos antes—, pero impediría una formación más personal, es decir, que ya habría que quitar la palabra formación.

(Profesora de Educación Infantil y Animación Sociocultural)

## MODELO DE FORMACIÓN DE LOS EQUIPOS DOCENTES

Y esto es así porque los equipos docentes de estos ciclos formativos forman a sus alumnos, no en la adhesión a los objetivos de las empresas, sino en la adhesión a los objetivos de unos procesos de intervención cultural, social y/o educativa que podemos calificar de ideales, en el sentido de que se han configurado sobre la base de rescatar los aspectos considerados más armoniosos y positivos de procesos de intervención realmente implementados en la práctica empresarial o, más frecuentemente, institucional. Es decir, que para conocer qué tipo de intervenciones sociales tienen que emprender sus alumnos y, por tanto, para conocer qué capacidades deben formar en ellos, acuden, sin duda, a la observación de lo que se está realizando en las empresas/entidades de cada sector económico (con las que se ponen en contacto, sobre todo, mediante el seguimiento de las prácticas de los alumnos), pero se acercan a estas fuentes de información con una mirada selectiva, interpretando y valorando lo observado en ellas desde la perspectiva de los objetivos que sería deseable conseguir tanto en educación infantil como en animación sociocultural, en integración social. Solo lo que contribuye a alcanzarlos es trasvasado al modelo de enseñanza-aprendizaje.

La idea es, por consiguiente, que los futuros profesionales apliquen su conocimiento experto no, en primer término, para mejorar los resultados económicos empresariales, sino los resultados sociales, socio-culturales o socio-educativos de las intervenciones. Para estos equipos docentes es fundamental el hecho de que “los pro-



ductos” de las empresas de los tres sectores económicos donde se van a integrar sus alumnos son, ante todo, servicios orientados a personas y grupos, y no unos cualesquiera, sino unos servicios que deben tener como finalidad última el aumento de la autonomía de los usuarios, así como de su capacidad individual y colectiva para cambiar la realidad en que están insertos; y están convencidos de que no todas las empresas que los ofrecen hacen compatibles sus intereses económicos con esa finalidad.

De este modo, buena parte de lo que ocurre en las empresas de estos sectores de servicios, si les es de alguna utilidad didáctica, es para saber qué es lo que no hay que hacer y, por consiguiente, para cuestionarlo con los alumnos en el aula y/o para encaminar el proceso de enseñanza/aprendizaje hacia horizontes diferentes. Así lo ve, por ejemplo, una informante cuyas palabras (en este caso, sobre el ciclo de Educación Infantil) reproduzco a continuación.

Ahora, no todo lo que se hace en las escuelas [infantiles] te sirve. Al contrario, lo que te hace es pensar sobre la conveniencia o no de esas prácticas. Te pongo un ejemplo. Yo hoy voy a explicar la formación de un esquema corporal en un niño, y una de las cosas que sé —y que he leído— es cómo todos los materiales lo que hacen es hablar sobre el cuerpo pero no actuar sobre el cuerpo, ¿no?: fichas para colocar tal cosa, la cabeza, no sé qué, no sé cuántos. ¿Qué es lo que yo veo en las escuelas? Que los niños rellenan fichas. O sea, ocupan más el tiempo en rellenas fichas que en jugar en el patio. Eso es lo que yo he observado en las visitas a las escuelas. Y el tener una visión general de varias escuelas, por ejemplo, me ha llevado a pensar que no es tanto una anécdota como algo general que parece que falla en Educación Infantil. Entonces, te permite darle la vuelta y dices: “Bueno, voy a formar a mis alumnos diciendo: observad los materiales para que no os agarréis tanto a las fichas y a los materiales, ¿no?, y qué propuesta podéis vosotros hacer”. Es decir, que también te sirve como una forma de crítica de lo que tú observas, y trasladar [al aula], entonces, otras propuestas diferentes a la hora de formar; de decir: “Si esto es lo que hay en la realidad y es incoherente con lo que tienes que hacer, pues, voy a seguir formando por este otro lado”.

(Profesora de Educación Infantil y Animación Sociocultural)

Los profesores son, desde luego, conscientes de que los procesos de intervención educativa, social o cultural que trabajan con sus alumnos en los ciclos formativos son procesos ideales, por cuanto tienen más componentes de “lo que debe ser” que de “lo que hay”, o que —como dicen otros— son teóricos, en el sentido de que son fruto de la reflexión teórico-crítica sobre las prácticas profesionales efectivas. Sin embargo, ello es concebido no como un inconveniente sino como uno de los aspectos que fundamentan una formación profesional de calidad, puesto que la interiorización de un ideal, así como la contrastación constante entre “la teoría aprendida en el aula” y la práctica profesional, constituyen —en su opinión— condiciones necesarias para

mejorar los procesos de intervención “reales”. Para ellos, de hecho, lo que justifica que la FP se imparta en centros educativos es precisamente la posibilidad que estos tienen de formar a agentes transformadores de la realidad, pues, como afirman algunos, para convertirlos en agentes reproductores de la misma o en trabajadores adaptados a (o solo conocedores de) “lo que hay” en las empresas/instituciones bastaría con que se pusieran directamente a trabajar, esto es, bastaría con que fueran ellas las que los modelaran y ajustaran a sus maneras de actuar.

En este contexto el modelo de formación de recursos humanos es sustituido por uno que podríamos llamar del “buen profesional”. El buen profesional sería el que cuenta con las capacidades necesarias para centrar sus actuaciones en los objetivos ideales de los procesos de intervención, para mediar, si es preciso, entre los intereses de las empresas y las demandas explícitas de los destinatarios, para tomar decisiones y preservar su autonomía intelectual, y, sobre todo, para modificar la realidad, tanto la de aquellos procesos como la de su entorno laboral y su vida cotidiana. Y justamente para alcanzar un profesional con estas características consideran imprescindible hacer hincapié en la formación de los elementos éticos y, principalmente, actitudinales de sus capacidades profesionales. No todos los profesores afirman que prioricen la formación de valores y actitudes, sino que estiman que, para el buen ejercicio profesional, son indisolubles el saber, el saber hacer y el saber estar, lo que obliga a que se tenga que atender a todos los componentes por igual. Sin embargo, incluso en estos casos, cuando enumeran cuáles son las capacidades que consideran que tienen que adquirir los alumnos, proporcionan una nómina que contiene primordialmente actitudes y/o predisposiciones, y apenas conceptos o procedimientos técnicos. Lo curioso es que, si se les hace notar este hecho y se les pregunta si es a causa de que les conceden una mayor relevancia, declaran que no es así o que tienen sus dudas al respecto, debido a que identifican la formación de actitudes con lo que denominan su “aspecto didáctico”, esto es, con la preparación o con el uso de materiales y actividades dirigidas expresa y exclusivamente a ello, algo que, como dicen, no suelen hacer, sino que estructuran las actividades ideadas para el aprendizaje de procedimientos y/o conceptos (así como las relaciones profesor/alumno) de tal forma que coadyuven a la formación de tales actitudes.

Consideran, así, que las actitudes adecuadas para tratar con grupos o con personas constituyen el núcleo de lo que algunos denominan el “talante profesional” y desempeñan un papel crucial en el ejercicio cabal de la profesión. Pero, ¿cuáles son esas actitudes? Comenzaré a abordar ahora esta cuestión, haciendo, no obstante, una puntualización previa. Las actitudes que los profesores manifiestan que quieren formar en sus alumnos, salvo excepciones (como el optimismo en el cambio, lo que lla-

man el optimismo antropológico o la empatía), son las mismas —o, al menos, se expresan con los mismos términos— que aquellas a las que los *curricula* oficiales hacen referencia especialmente en el apartado de “capacidades profesionales” (es decir, la predisposición a colaborar, a participar, el respeto, la responsabilidad, la reflexividad, el sentido crítico, la autonomía intelectual, etc.), simplemente que son reorientadas, ya que se las dirige hacia la consecución de los objetivos, mencionados hace un momento, de los procesos ideales de intervención social, cultural o educativa y, algunas de ellas, son expresamente contrapuestas a las que se cree que son valoradas o demandadas en determinados centros de trabajo. Para no cansar con un análisis pormenorizado de esas actitudes, voy a limitarme aquí a exponer dos citas donde estos profesores nos hablan de algunas de ellas:

Yo creo que, en determinados centros privados, buscan mucho como valor la sumisión, la dependencia, la obediencia, etc., etc. y, desde luego, yo eso no lo enseñaría nunca, porque me parece que una cosa es saber trabajar más con los demás, ser respetuoso con las opiniones de los demás, y otra cosa es buscar eso. Entonces, efectivamente, a lo mejor yo podría estar por excesiva dependencia, sumisión y obediencia suspendiendo a alguien que precisamente lo van a contratar porque han visto que es un chollo de persona. Lo que yo digo es que una persona que peque de obediente, de sumisa y de obediente no puede ser nunca un buen profesional de este nivel. Por ejemplo, en el campo de los servicios, en los centros privados, muchísimos adolecen de falta de medios adecuados, de los medios suficientes, y hay un buen nivel de explotación de personal. ¿Qué es lo que ocurre? Que si en su selección, en su propia selección, tienen en cuenta a gente con autonomía intelectual, con independencia de criterio y no sé qué, crean problemas. Sería un bien social, que eso es distinto, para todos, porque no se consentirían esos centros que, a su vez, muchas veces están engañando al personal, es decir, que no se está realizando un buen trabajo profesional.

(Profesora de Educación Infantil e Integración Social)

Yo creo que el profesional tiene que ser un profesional, efectivamente, que sepa desarrollar lo que serían las actividades con los instrumentos, etc., propios de la profesión, pero no repetitivamente, no..., es decir, no solamente preocupados por reproducir lo que existe, sino verdaderamente reflexivo y crítico, y que sepa elegir entre diferentes instrumentos. Si tiene que pasar una entrevista, pues, bueno, no solamente que tenga que utilizar la entrevista que le ha dado el director o la directora o que trae un libro, sino que esa entrevista la sepa juzgar y diga a lo mejor: “Esta entrevista es una mierda, y vamos a buscar otra”, o “Esta entrevista ¡qué buena es!, pero voy a afinar cuatro cosas”, ¿no?

(Profesora de Educación Infantil e Integración Social)

¿Por qué insistir en la formación de estas actitudes? He dicho antes que es porque son concebidas como las propias de todo “buen profesional”, al menos de todo “buen profesional” que se dedique a trabajar con grupos humanos, pero el *quid* de la cuestión se encuentra en que son vistas también como las propias de toda persona

madura y, para estos equipos docentes, la madurez personal es la base imprescindible de la madurez profesional. De ahí que el modelo que guía la formación del “buen profesional” ponga en marcha un proceso de enseñanza-aprendizaje que, en el fondo, intenta producir “personas”, no recursos humanos disponibles para unas empresas que quisieran modelarlos a su imagen y semejanza. Dice un profesor a este respecto:

Entonces, el proceso a lo largo del año es intentar convencerles de que valen lo que ellos mismos quieren. Y el proceso ese genera una nueva imagen que lleva tiempo, y lo consigue la mayoría. Que me parece que es lo fundamental de los ciclos. Yo no sé de los otros, pero creo que los nuestros, a diferencia de los que podríamos llamar más técnicos, tienen la ventaja de que nosotros trabajamos mucho más el aspecto humano y sirven, a lo mejor, no tanto para tener muchos conocimientos, sino para que, de alguna forma, sean personas distintas, sean diferentes, y que luego les vale a título personal a muchos. Y hay muchos a los que les ha servido, por ejemplo, para tener otros trabajos y que allí no les tomaran el pelo. Con lo cual ya es importante. A mí me parece que, a título personal, desde la perspectiva humana, les sirve. Es decir, los ciclos yo creo que son fundamentalmente educativos. Lo que no tengo muy claro es que, si la comunidad y las instituciones públicas supieran que un grupo de FP educa, si tendríamos porvenir. Esa es mi duda... Porque la FP siempre ha sido pensada para que la gente busque trabajo de forma inmediata y, en nuestro caso, como nuestra pretensión es formar personas, pues, tengo mis dudas... Hacemos algo que no hacen ni en los bachilleratos.

(Profesor de Animación Sociocultural y Educación Infantil)

La intención que tienen es la de formar “personas”, individuos con una “madurez” que se extienda a todo su mundo relacional. Y esta es una idea tan consubstancial a la cosmovisión de ciertos profesores que las autocríticas que con más frecuencia hacen a su labor docente aluden precisamente a las contradicciones que aprecian entre esa intención y determinados aspectos de su quehacer pedagógico, unas contradicciones que, curiosamente, dicen que se producen sobre todo en el ciclo formativo de Educación Infantil, y que contribuyen a que no se ponga a estos alumnos en situación de poder madurar y, por consiguiente, a que acaben siendo dependientes profesional y/o laboralmente o a que no se decidan a emprender iniciativas de cambio.

Algunos de los miembros de estos equipos docentes (como el último citado) manifiestan expresamente la contraposición que perciben entre su modelo de formación y el que se derivaría de los *curricula* oficiales, mostrándola, además, como una dicotomía entre la búsqueda de la inserción inmediata y/o rápida de los alumnos en el mercado de trabajo y su formación como “buenos profesionales” o, en general, como “personas maduras”. Es más, en estas ocasiones, exponen incluso las razones por las que se decantan por este último modelo. Veámoslo en la siguiente cita:

Yo creo que sí hay una intención de que se inserten en el mercado de trabajo, es decir, tenemos claro que esto es formación profesional y hay que darles una salida laboral, etc., pero —y eso es como una especie de currículum oculto— estoy segura de que las personas que hacen los programas estos de selección en las empresas, si ellas dijeran qué *currículum* habría que realizar, no se parecería al que hacemos nosotros. Yo recuerdo que una vez me dijeron: “Estos ciclos funcionan bien porque no hacéis mucho caso a los papeles oficiales”, y yo creo que sí, que tenían razón. En los papeles oficiales está muy trabajado lo que se necesita en la empresa, pero a nosotros nos cuesta aplicarlo realmente, porque a veces es incompatible lo que vemos en el mercado de trabajo con lo que nosotros suponemos que da calidad profesional a la gente. Por ejemplo, en Educación Infantil, quienes se lleven a los padres al agua lo tienen ganado, pero eso no es calidad de un proceso de educación infantil. Calidad es quien sabe no solamente educar a los niños, sino educar a los padres. Sin embargo, si los formáramos, es decir, si la asignatura se llamara ‘Cómo hacer la rosca al padre x para que meta a los 15 hijos’ o ‘Cómo hacer la pelota al padre para que meta a los 7 hijos’, pues realmente lo tendrían mucho más fácil en el sistema laboral. Es lo mismo que estábamos diciendo antes de la profesionalidad y de la calidad. ¿Qué demanda el mercado? Demanda ahora mismo ciertas cosas que a nosotros, como profesores, como formadores, no nos terminan de gustar. Es que el mercado ahora mismo, el mercado de trabajo que tienen estos chicos, lo que les da es contratos temporales que necesitan más adaptación que formación y espíritu crítico.

(Profesora de Educación Infantil y de Animación Sociocultural)

En la mayor parte de las ocasiones, la mencionada contraposición es, sin embargo, implícita: simplemente ocurre que se acude a uno y no a otro modelo como eje de la formación profesional. De todos modos, desde mi punto de vista, en todos los casos se trata de ejemplos de resistencia docente. Utilizo la palabra resistencia (y no otras posibles) por cuanto, al menos en sociología de la educación, ha servido no solo para tipologizar ciertos comportamientos, sino también para dar nombre a una perspectiva teórico-metodológica cuyo representante más conspicuo es Paul Willis. Soy perfectamente consciente de que la resistencia de estos equipos docentes no es estrictamente equivalente al concepto empleado dentro de la mentada perspectiva teórico-metodológica, ante todo porque el concepto de resistencia, como asegura Mariano Fernández Enguita (1988: 27), señala la negativa colectiva a aceptar las exigencias y promesas de la escuela y la contraposición a estas de valores alternativos. Y, efectivamente, la resistencia de la que estoy hablando no supone un rechazo de las exigencias y promesas de la escuela, en general, como institución, sino de las exigencias y promesas de un modelo dominante de formación profesional o, si se quiere, de un modelo dominante de escuela técnica. Si, con todo, acudo a este término es por un motivo principal. Porque las teorías de la resistencia, desde que Paul Willis las iniciara con su *Aprendiendo a trabajar*, se han concentrado en el estudio de los casos

de rechazo de los alumnos, especialmente de los alumnos de clase obrera que oponen los valores de su cultura de origen a los valores escolares. Indirecta o directamente, la imagen que —desde estas y otras teorías— se ofrece de los docentes es la de representantes de la institución escolar y, por tanto, la de transmisores de sus valores y firmes “creyentes” de sus exigencias y promesas, aunque solo sea porque, en el caso de los alumnos antiescuela, el rechazo adopta habitualmente la forma de oposición a las tareas y conductas demandadas por los profesores. Sin embargo, el asunto no es tan simple. Por un lado, como he tratado de poner de manifiesto, existen modelos alternativos de formación y/o educación, que no dejan de vehicular valores distintos, así como diferentes exigencias y promesas, y, por otro lado, los profesores no son meros transmisores de unos u otros, sino agentes activos que, al igual que los alumnos, en unos casos se adhieren a los modelos dominantes (identificándose instrumental y expresivamente con ellos, es decir, tanto con sus exigencias/promesas como con sus valores), en otros se acomodan (identificándose instrumentalmente, pero no expresivamente), en otros se “disocian” (esto es, rechazan sus exigencias/promesas y valores, pero no cuentan con alternativas en su rechazo) y en otros se resisten, es decir, no aceptan ni las exigencias/promesas ni los valores vehiculados por ellos, construyendo y reconstruyendo modelos alternativos.

Tal es el caso, como he intentado mostrar, de estos equipos docentes de “Servicios Socioculturales y a la Comunidad”, los cuales no solo se oponen (implícita o explícitamente) a formar recursos humanos adaptados y/o adaptables a las necesidades o exigencias empresariales, sino que, en contra de la imagen tecnocrática que suele asociarse a los profesores de FP, otorgan un papel fundamental a la formación de actitudes en sus alumnos, a veces incluso sobre la propia formación de habilidades técnicas.

# *Trabajar para vivir o vivir para trabajar*

POR  
ANA MARÍA RIVAS RIVAS\*

Una de las transformaciones socioeconómicas fundamentales que ha tenido lugar en las sociedades occidentales desde los años 80-90, principalmente, aunque dependiendo de los países, afecta a la condición salarial y al valor social y cultural del trabajo. Un cambio que he querido condensar en el título de esta comunicación, “Trabajar para vivir o vivir para trabajar”, recurrente en los discursos de las personas entrevistadas a lo largo de la investigación que vengo desarrollando, desde hace varios años, sobre las consecuencias socioculturales de las innovaciones tecnológicas y las reformas del mercado laboral.

La primera parte de la frase es la expresión de la condición salarial que ha regido en Europa desde el final de la segunda guerra mundial hasta la desaparición de los regímenes del socialismo real, como resultado del compromiso institucional entre el capital y el trabajo, auspiciado por los gobiernos socialdemócratas y que dio lugar al estado de bienestar universal. Un pacto por el que se reconocía la condición salarial como fuente de derechos y deberes, por la que el trabajo asalariado se convertía en un elemento definidor de *status* y de atributos sociales y jurídicos, un valor nuclear e integrador que ubicaba y clasificaba al individuo en la sociedad, dotándole de una identidad y de un reconocimiento social y público. El trabajo pasó de ser una simple relación técnica de producción a constituir un soporte privilegiado de inscripción en la estructura social, al formar parte del orden jurídico y, por lo tanto, al sustraerse al juego de relaciones arbitrarias fruto de las voluntades individuales que habían regido hasta entonces las relaciones laborales.

La definición del trabajo asalariado como fuente de identidad social y de inscripción en la estructura social, a través del reconocimiento del asalariado como un estatus por derecho propio, supuso un cambio cualitativo en las condiciones de existencia de los trabajadores: si hasta entonces la única garantía de protección social y de seguridad frente a los infortunios de la vida era el disponer de un patrimonio privado del que estaban excluidos los trabajadores, es decir, aquellos que si por algo se caracterizaban era por tener que trabajar para vivir, a partir de la universalización de los sistemas de protección social contra la inseguridad y la desgracia derivadas de la enfermedad, muerte, accidente, desempleo, el trabajador se convirtió en ciudadano de un sistema de derechos sociales, en alguien a quien se le reconocía el derecho a

---

\* Universidad Complutense de Madrid.

participar de una propiedad social a la que él contribuía con su trabajo; era la diferencia entre la asistencia y la protección social, entre la ayuda social y la seguridad social, entre el trabajador y el asistido o parásito (Castel, 1997: 434).

Es decir, el trabajo se constituye en un referente u horizonte de sentido en el momento en que se erige como fuente de derechos y deberes, al concebirse como vínculo social entre el individuo y la colectividad, estableciendo entre ambos una reciprocidad de derechos y deberes que dota al asalariado de un lugar social que va más allá del lugar que ocupa en la estructura productiva: es la posibilidad de escapar a la contingencia del día a día, de la previsión a corto plazo, la posibilidad de dominar el futuro, de planificar, proyectar y ejecutar deseos, aspiraciones y expectativas; es la compensación de disponer de tiempo libre y de ocio porque hay también un tiempo de trabajo remunerado, unos beneficios salariales, unos seguros sociales que amortiguan los riesgos de la existencia y que permiten disfrutar de unas condiciones de vida mínimamente dignas; es la posibilidad de dejar libre el pensamiento y la acción para realizar otras dimensiones extralaborales que ya el movimiento obrero del siglo XIX reivindicaba y que dio nacimiento a la jornada del Primero de mayo, con la reclamación de los tres ochos: ocho horas de trabajo, ocho horas de descanso y ocho horas de estudio; es la posibilidad de participar en los asuntos comunitarios, públicos, políticos, de sentirse parte activa de la sociedad, alguien que contribuye con su aportación a la producción de la sociedad...

En palabras de U. Beck :

Que en la era moderna europea, el trabajo va unido a la esencia misma de la persona, a su moral y a la imagen que esta tiene de sí lo demuestra el hecho de que hace tiempo que funciona como particular fuente de subsistencia y como referente para cualquier valoración seria del individuo y de su quehacer. Solo lo que se presenta y reconoce como trabajo está considerado como algo valioso [...]. Si en otros tiempos el trabajo excluía al individuo de la sociedad, en las sociedades modernas se ha convertido en un valor nuclear e integrador, prácticamente sin alternativa alguna (2000: 18).

La segunda parte de la frase “vivir para trabajar” representa un nuevo período histórico que se caracteriza por el derrumbe de la condición salarial y el retorno a la concepción más grosera del asalariado como alquiler de un individuo para realizar una tarea puntual, incluyendo al trabajo y con él al trabajador en la categoría de las mercancías que se pueden “usar y tirar”; todo ello en nombre de un nuevo fundamentalismo cuyos dogmas de fe son la competitividad, la flexibilidad y la desregulación del mercado laboral y de las relaciones laborales como condiciones para el crecimiento económico. La aplicación de estos principios a través de las sucesivas reformas laborales ha dado lugar a lo que R. Castel llama “la nueva cuestión social”:



Así como el pauperismo del siglo XIX estaba inscrito en el núcleo de la dinámica de la primera industrialización, la precarización del trabajo es un proceso central, regido por las nuevas exigencias tecnológico-económicas de la evolución del tardocapitalismo o capitalismo moderno (1997: 413).

Es lo que U. Beck denomina “el paso de la seguridad regulada al riesgo desregulado” (2000: 86), es decir, el traspaso de los riesgos por parte de la economía y el Estado al individuo.

La precarización del mercado laboral como consecuencia de la desregulación de las relaciones laborales es una tendencia que no solo destacan autores como R. Castel, R. Sennet o U. Beck, por citar algunos, sino que también se desprende de otras fuentes de información como las memorias anuales del INEM (Instituto Nacional de Empleo) y del CES (Consejo Económico y Social) para el caso de España, que no es más que una réplica de lo que ocurre en otros países europeos y extraeuropeos.

En la última *Memoria sobre la situación socioeconómica y laboral de España* el Consejo Económico y Social, tras analizar la evolución de la contratación durante 1999, destaca, y cito textualmente, “la excesiva temporalidad”, “el uso abusivo de los contratos temporales”, “el uso desvirtuado de las modalidades legales de contratación laboral”, “el enquistamiento de la temporalidad en el mercado de trabajo español” (p. 279). Si tenemos además en cuenta los datos del INEM del año 2000, la tendencia a la precarización se ve confirmada por la evolución de las tasas de eventualidad en los últimos cinco años. Así, en el período 1996-2000, según los datos sobre contratos registrados por modalidad de contratación, la modalidad con mayor peso en el total fue el contrato eventual. En el año 2000, de los 13.828.919 contratos registrados, 12.188.340 fueron contratos de carácter temporal, es decir, casi el 90%, frente a 1.208.414 de contratos indefinidos; si a esto le añadimos el tipo de jornada para la que se contrata (a tiempo completo o parcial), tenemos que el 18,6% del total de los contratos eventuales y el 19,6% del total de los indefinidos lo fueron a tiempo parcial. Pero, si además nos detenemos en la duración en meses de los contratos, podemos comprobar que el 26,8% de los contratos lo fueron para una duración igual o inferior a un mes; el 14,3% para un período de 1 a 3 meses y un 11,6% para un período de 3 a 6 meses, lo que quiere decir que más del 50% de los contratos realizados lo fueron para una duración igual o inferior a 6 meses.

No es de extrañar que ante este fenómeno uno de los objetivos de la Concertación Social y de los Acuerdos Interconfederales firmados en 1997 fuera el de la estabilidad en el empleo:

El Acuerdo Interconfederal de Estabilidad en el Empleo no solo se propone mejorar la estabilidad en el empleo a través de la reducción de la tasa de temporalidad, sino también

mediante el aumento —donde sea posible— de la duración de los contratos temporales para reducir la rotación laboral de estos trabajadores, es decir, la velocidad de salida. Se trataría, así, de evitar fenómenos como el encadenamiento de contratos cortos sucesivos en una misma empresa o grupo de empresas con un mismo trabajador, a lo largo de un período que puede ser continuo o discontinuo, o la contratación de sucesivos trabajadores para cubrir un mismo puesto que podría ser cubierto de forma estable por un solo trabajador (CES, 1999: 279-280).

La radiografía que resulta de los datos nos muestra un mercado laboral cada vez más fragmentado y segmentado en una multitud de situaciones heterogéneas, resultado de una multiplicidad de formas de empleo, entre las que está perdiendo su hegemonía el contrato de trabajo por tiempo indeterminado y a jornada completa, que es sustituido por contratos eventuales, a tiempo parcial y de breve duración. Los colectivos más afectados por la precarización del trabajo son los jóvenes (menores de 30 años), las mujeres, los mayores de 45 años, parados de larga duración (más de un año en el desempleo), los inmigrantes y los minusválidos; los mismos grupos de los que se habla cuando se trata del desempleo, lo que demuestra que la salida al desempleo puede estar siendo la precarización laboral.

Hasta aquí, los datos estadísticos; a partir de aquí, el análisis antropológico con el que intentaré dotar de rostro humano a estas cifras, mostrando la experiencia, la vivencia, los sentimientos, el modo como las personas asumen, interiorizan, perciben, sobrellevan o se resisten a estas situaciones. Para ello, me he propuesto ir abordando las distintas condiciones laborales y extralaborales de los colectivos que se ven más afectados por los cambios estructurales del mercado laboral, como es el caso de la investigación realizada entre los jóvenes en busca de su primer empleo, cuyos resultados han sido ya publicados (Rivas, 2000 a y 2000 b).

Voy a exponer una parte de los resultados de las entrevistas que he realizado a jóvenes cuyos itinerarios laborales son representativos de lo que R. Castel llama las “trayectorias erráticas”, en las que la actividad y la inactividad, el empleo y el desempleo, las ocupaciones en el sector formal e informal se alternan, se solapan, se suceden, conformando un conjunto de oportunidades provisionales sin certidumbre del mañana que obligan a ciertas categorías de jóvenes a elegir sus estrategias día a día; son los nómadas laborales, instalados permanentemente en lo provisional, en ese “realismo de la desesperación” (M. Pialov, citado en Castel, 1997: 415), que obliga a aceptar lo que sea y en las condiciones que sea: una suerte de “funambulismo”, de existencia en “la cuerda floja” (Castel, 1997: 131) que se convierte en paradigma de la normalidad social.

Las entrevistas elegidas para su análisis fueron realizadas a tres hombres, de edades comprendidas entre 28 y 39 años, solteros, con niveles de formación diferentes: COU, FP2 y diplomado; dos de ellos viven con los padres, y otro independientemente, aunque

cerca de la residencia familiar. La información recogida en estas entrevistas fue contrastada y complementada con los datos de entrevistas que M.<sup>a</sup> Isabel Jociles ha realizado a ex alumnos de Servicios Socioculturales y a la Comunidad dentro de la investigación que realiza actualmente sobre la Formación Profesional Reglada, así como con la información que llevo registrada a lo largo de estos últimos años.

Estas entrevistas fueron escogidas por representar algunas de las situaciones que definen y en las que cristalizan las nuevas modalidades de relación laboral y existencia social.

El primer caso corresponde a un joven de 29 años cuya trayectoria laboral se inicia al acabar la FP2 en el año 1991: desde este año hasta diciembre del año 2000, mes en el que fue realizada la entrevista, este joven había trabajado en catorce empresas, ninguna, salvo dos, relacionada con su formación de informático de gestión; se trataba de empresas de transporte, reparto, fabricación de piezas de coche, congelados, recambios, limpieza; ha firmado contratos de seis modalidades diferentes: en prácticas, de duración determinada por obra y por circunstancias de la producción, temporal a tiempo parcial y el último, que ha sido un contrato indefinido acogido a los incentivos por ser menor de 30 años; ha realizado actividades en la economía legal y en la sumergida, simultaneando el trabajo legal e ilegal dentro de la misma empresa, y ha llegado a firmar tres contratos el mismo día con tres contratados diferentes para realizar trabajos de limpieza, mudanza e instalación de mobiliario público: el primero por un mes de duración, el segundo por unas horas y el tercero por cinco noches.

Incluso, teniendo ahora un contrato indefinido, no deja de presentarse a otras ofertas de empleo; a mi pregunta de por qué sigue presentándose a otros puestos de trabajo, siendo como es ya indefinido, me contestó: “Nunca se sabe, hoy trabajas, pero mañana quién sabe. Nada es seguro, cuando quieran me pueden echar”.

De ahí que definiera su trayectoria como un “periplo”, es decir, un viaje que empieza y acaba en el mismo punto de partida, que no es otro que el estado de transitorio-duradero, de interino permanente, metáfora coherente con la que luego utilizó para expresarme la sensación de sentirse como un “saltimbanqui”, alguien que va de un lado a otro intentando vender algo, que no es otra cosa que su deseo y capacidad de trabajar.

El segundo caso es el de un individuo de 39 años, con estudios hasta COU y cuya trayectoria laboral comienza en 1989; desde entonces hasta ahora ha pasado por 5 trabajos y varias modalidades de contrato: temporal a tiempo parcial durante 3 años y 8 horas semanales; temporal durante un año a jornada completa; contrato de formación renovable cada 6 meses durante 3 años, y, desde 1993, simultaneando dos

trabajos: uno, de contrato indefinido pero a tiempo parcial (15 horas a la semana, 3 horas diarias) en una empresa de limpieza, y otro, impartiendo clases de gimnasia en tres centros culturales, estando contratado por tres empresas distintas de servicios socioculturales con contrato a tiempo parcial renovable cada 9 meses (15 horas semanales y 3 horas diarias). Su situación entra dentro de la legalidad puesto que con ambas ocupaciones no llega a cubrir más que 30 horas semanales y no las 40 horas estipuladas por el Estatuto de los Trabajadores.

Pero lo que hace de este caso un paradigma de la nueva situación no es la disgregación del contrato laboral, que no llega a los límites del caso anterior, sino la disgregación del horario laboral y del lugar de trabajo. He aquí la descripción de una jornada laboral del entrevistado:

Pues salgo de casa a las ocho y tengo una clase de gimnasia a las nueve (de nueve a diez); luego, hasta las doce no tengo otra; de doce a una tengo otra, luego vuelvo a casa, me vuelvo a ir con el bocado en la boca y empiezo desde las cuatro menos cuarto hasta las siete menos cuarto a limpiar las oficinas y, luego, desde allí, me voy a otro centro cultural donde estoy, desde las siete y media hasta las nueve y media, dando dos clases de gimnasia seguidas y, luego, ya llego a casa sobre las once y media.

A mi pregunta de si le compensaba estar fuera de casa catorce horas para trabajar remuneradamente seis, me contestó: “Me compensa porque no tengo otra cosa, claro, porque a mí me gustaría trabajar ocho horas en un mismo sitio, pero si no tengo otra cosa...”.

Cuando le pregunté si llegaba con los empleos que ahora tenía a alcanzar el salario mínimo interprofesional (72.000 ptas.), me dijo que sí y a mi pregunta de si alcanzaría igual con uno solo de los trabajos me respondió: “No, con uno solo no, pero un poquito de aquí y otro poquito de allá sí llego”.

Al final de la entrevista le pregunté si había realizado cursos de formación últimamente y su respuesta fue:

Ahora no me atrevo a hacer ningún curso porque tendría que dejar alguno de los trabajos que tengo y, entonces, podría perder lo poco que tengo, porque a lo mejor si dejo una de las cosas que tengo luego no puedo volver a ella...

El tercer caso elegido corresponde a un individuo de 33 años, diplomado en Trabajo Social, que empezó a trabajar a los 16 años y que estuvo trabajando durante sus estudios. Desde que finalizó estos en el año 1990 ha ocupado siete empleos con diferentes modalidades de contratos y jornada laboral en diferentes empresas: contrato en prácticas durante tres meses; contrato temporal por obra durante cuatro meses a jornada completa; contrato temporal durante dos meses; contrato temporal renovable cada

año durante un período de cuatro años, al final del cual, y ante la obligación de convertirlo en indefinido si seguía trabajando en la misma empresa, firmó otro contrato por obra durante otros dos años; contrato temporal a tiempo parcial (10 horas a la semana) durante 5 meses; durante ocho meses simultanéó dos contratos, uno temporal a tiempo parcial y otro indefinido a tiempo parcial, que es el que tiene actualmente (8 horas semanales distribuidas en dos jornadas laborables).

Este itinerario laboral es diferente a los anteriores en la medida en que representa un nuevo perfil que, hasta ahora, solo se daba de modo ilegal, cuando alguien cobrando el desempleo trabajaba en la economía sumergida; actualmente se puede seguir cobrando el desempleo siempre y cuando se esté contratado para una jornada laboral inferior al 70% de la jornada laboral estipulada en el Estatuto de los Trabajadores, con lo que se lleva al límite la flexibilidad laboral, puesto que, a la disgregación del contrato, el lugar de trabajo y el horario laboral, se suma la disgregación identitaria del individuo, que al mismo tiempo que está ocupado está también desocupado, al mismo tiempo que realiza una actividad remunerada legal sigue cobrando el desempleo; las fronteras entre empleo y no empleo se van desdibujando y lo que hasta ahora se conjugaba en términos de disyunción, “o empleo o desempleo”, “o trabajas o no trabajas”, ahora se conjuga en términos ilativos, pudiendo estar empleado y desempleado a la vez, ser un trabajador y un parado al mismo tiempo. Así lo describe el entrevistado:

Luego, también hice dos cursos como trabajador. Como estoy contratado a diez horas también puedo pedir hacer cursos por la Formación Continua del Trabajador, e hice dos cursos, uno como desempleado y otro como trabajador, porque esta locura actualmente de que puedes estar a un tiempo como una cosa y como la otra... Puedes estar en veinte sitios y en ninguno, eres al mismo tiempo desempleado y trabajador. Porque, claro, si yo me pongo a trabajar, pero con diez horas yo no puedo vivir, ¿qué hago yo si gano 36.000 ptas. líquidas?

Este último caso es, además, interesante porque presenta otro aspecto que simboliza la segunda frase del título de esta comunicación “vivir para trabajar”: la subsunción de las relaciones extra-económicas bajo la lógica de la economía que tiene como resultado el empobrecimiento social y la fragilidad relacional de los afectados. El circuito del trabajo precario obliga a trabajar cada vez más por menos, lo que supone estar ocupado prácticamente las veinticuatro horas del día, aunque al final de mes solo se llegue a reunir un salario equivalente al mínimo interprofesional. Cuando le pregunté a este último informante si le compensaba trabajar diez horas a la semana sin contar los desplazamientos me contestó:

Hombre, yo trabajo diez horas a la semana, repartidas en dos días, seis un día y cuatro el otro. Lo que pasa es que siempre echo un montón más, y si cuentas la comida y tal haces

un montón de horas, más luego el viaje. Los viernes, por ejemplo, pierdo tres horas en el viaje y cuatro en el trabajo; luego las reuniones de equipo, que siempre se pasan de la hora; si la jornada termina a las tres y la reunión es a las cinco, pues ya te quedas allí y son horas que en teoría no tenías que estar allí. Además me gasto más en gasolina casi que lo que gano, o sea, que realmente vas sumando costes y no te interesa, pero, bueno, te interesa por otras cosas, porque estás relacionado con el sector, en el ámbito, coges experiencia... y luego, yo sé que aquí cobro todos los meses, aunque sea una porquería, pero sé que cobro.

Al trabajo a tiempo parcial que realiza, hay que añadir otros trabajos que pertenecen al sector informal, como cuidar los fines de semana a un señor y tener alquilada una habitación a otra persona y que según comentó: “[...] eso es ya un poco para poder vivir, pagar el piso, para los gastos...”.

Resulta curioso que los padres de este mismo individuo, cuando llegaron a Madrid de su pueblo natal, acogieron a un inquilino como “pupilo” para poder hacer frente a los pagos del piso. Después de cuarenta años su hijo se ve obligado a retornar a la vieja práctica para poder pagar el préstamo del piso, adquirido cuando después de llevar trabajando seis años en la misma empresa con contratos renovables confiaba en que “algún día le hicieran indefinido”.

A todo ello debemos sumar los cursos que en los dos últimos años ha realizado, un total de siete; al terminar de enumerar los cursos que había hecho este fue el comentario: “O sea, que hago cursos continuamente, sin parar, trabajando más que nunca, un montón de horas ocupadas a través de cursos”.

Si tenemos en cuenta que la mayor parte de los cursos los hace por Internet, sin salir de casa; si, además, los fines de semana en los que puede relacionarse con los amigos los dedica a trabajar; si su trabajo a tiempo parcial es una forma de no perder la relación con el sector en el que está especializado; si se ha visto obligado a compartir su casa con otra persona, nos podríamos preguntar ¿cuándo esta persona tiene tiempo para sí mismo, para disfrutar de los amigos, para disponer de ocio y tiempo libre?, ¿cuándo esta persona dispone de tiempo para pensar en otra cosa que no sea el trabajo?, ¿qué relaciones sociales es capaz de establecer que no estén mediatizadas por su instrumentalidad para conseguir un trabajo?

La precariedad laboral se traduce en una extrema fragilidad de las biografías de los trabajadores, que se mueven en una especie de ingravidez, en la que la consigna ha vuelto a ser el “vivir al día”; la instalación en la inestabilidad, la inseguridad, la provisionalidad, la incertidumbre, como régimen de existencia, hacen a los trabajadores más vulnerables que nunca, en palabras de U. Beck (2000: 96):

Nunca los trabajadores (independientemente de sus aptitudes y *curriculum*) fueron más vulnerables que en nuestros días: trabajan de manera individualizada, sin ningún contrapeso colectivo y más dependientemente que nunca, pues trabajan en unas redes flexibles cuyo sentido y pautas les resultan indescifrables a la mayoría de ellos.

La vulnerabilidad que afecta a los trabajadores precarios, la misma que afecta a los jóvenes desempleados, y que se diferencia de la vulnerabilidad de los trabajadores de otras épocas históricas, es el resultado de un proceso de naturalización por el que las causas estructurales, que están en el origen de su situación, han sido trasladadas del sistema a los sujetos. La individualización y culpabilización de lo que acontece descansa en los propios sujetos, quienes se sienten objeto de un destino en el que ellos no parecen intervenir, personajes de una obra que ellos no han escrito.

Por esto me parece mucho más acertada la expresión “cultura de lo aleatorio”, que utiliza R. Castel para definir la nueva situación, que la expresión “economía política del riesgo”, de U. Beck, puesto que, como este mismo autor indica: “Aquí se debería hablar de peligro en cuanto que riesgo significa inseguridad calculable y cuantificable, mientras que peligro significa, en cambio, inseguridad incalculable” (2000: 11).

La expresión cada vez más popular de “nadie está libre de...”, equivalente a la de “nunca se sabe” de nuestro primer entrevistado, es el ejemplo más elocuente de este sentimiento de peligro del que los individuos se defienden a base de una especie de blindaje de cursos y más cursos, de instrumentalizar cualquier relación que pueda aportarles información, acceso a un empleo, de renunciar a sus derechos laborales, aceptando jornadas y horarios laborales que los empleados fijos rechazan, multiplicándose en ese ir y venir de un trabajo a otro, de un centro a otro, aceptando “migajas de trabajo” como decía Simone Weil, intentando por todos los medios sortear “ese destino” aparentemente “implacable” y cuyas razones de ser les resultan “indescifrables”.

La mistificación de la economía ha hecho que “circunstancias externas al individuo se tornen en expresión de valor, sin cuestionamiento de las razones, las responsabilidades o las alternativas, para fundar la necesidad de las acciones internas” (Fairclough, 2000: 33); mistificación y naturalización son dos procesos que están en el origen de la vulnerabilidad de los trabajadores sometidos a las nuevas condiciones del mercado laboral y que ha convertido la precariedad no en una etapa sino en un estado y un destino.

Una vulnerabilidad que es el mejor mecanismo y dispositivo de consentimiento y disciplinamiento de la mano de obra, lo que explica la ausencia de conflictos en

una sociedad como la española, con las tasas de precariedad y desempleo laborales más elevadas de Europa; al igual que este hecho también puede ayudar a explicar por qué el principal reducto de los sindicatos sigue siendo el funcionariado.

Por último, terminaré con una frase de R. Castel que hace referencia a ese “techo humano” que hasta ahora representaba la universalización de los derechos sociales, políticos y económicos, única garantía de la dignidad del individuo:

Lo que funda la dignidad social de un individuo no es necesariamente el empleo asalariado, ni siquiera el trabajo, sino su utilidad social, es decir, la parte que asume en la producción de la sociedad (1997: 453).

Participación en la creación de la sociedad que define el estatuto de ciudadano, en su dimensión política-social, y que hasta que se demuestre lo contrario tiene una dimensión económica, por lo que disociar una de la otra es cercenar los cimientos sobre los que descansa la construcción de la democracia: la igualdad.

#### BIBLIOGRAFÍA

- BECK, U. (2000), *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, Barcelona: Paidós.
- CASTEL, R. (1997), *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Barcelona: Paidós.
- CONSEJO ECONÓMICO Y SOCIAL, *Memoria sobre la situación socioeconómica y laboral de España 1999*.
- FAIRCLOUGH, N. (2000), “Representaciones del cambio en el discurso neoliberal”, *Cuadernos de Relaciones Laborales* 16: 13-37.
- RIVAS, A. M.<sup>a</sup> (2000 a), “Narratividad, comprensión e interpretación” en LISÓN TOLOSANA C. (ed.), *Antropología: horizontes interpretativos*, Granada: Universidad de Granada, Diputación Provincial de Granada, pp. 75-93.
- (2000 b), “De la injusticia al fracaso: la experiencia del paro en un grupo de jóvenes de Madrid”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* (Madrid: CSIC, tomo LV, cuaderno 2.º): 159-175.
- SENNETT, R. (2000), *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona: Anagrama.



# *La critique des sources en anthropologie* \*

PAR  
BERNARD TRAIMOND\*\*

Cet article peut se lire comme un plaidoyer en faveur de la critique des sources en anthropologie.<sup>1</sup> En effet, pour diverses raisons —parfois contradictoires— cette discipline s’est rarement préoccupée de la qualité des informations qu’elle utilisait. Généralement, l’anthropologue fabrique lui même les données au moyen d’entretiens avec les locuteurs qu’il rencontre. Par là même, il s’adresse directement à l’objet de ses recherches sans utiliser le moindre biais, le moindre intermédiaire. Il enquête auprès de ceux qu’il étudie. Mais les informations qu’il récolte ainsi résultent d’une interaction dans laquelle le chercheur joue un rôle décisif. Une question induit une réponse et, si l’enquêteur ou même le moment changent, les propos tenus font de même (Briggs, 1986). Il ne s’agit pas de regretter cette situation car les relations privilégiées ainsi établies permettent de libérer la parole et de briser les censures. Ainsi, peuvent s’exprimer des idées qui généralement restent dans le domaine du caché, de l’inexprimé voire de l’inavouable. En revanche, les données ainsi recueillies ne peuvent être comprises et interprétées qu’en tenant compte des conditions de leur production. La prise en compte du protocole de l’enquête fait partie intégrale de la recherche et de la présentation des données. En un mot, les sources de l’anthropologue n’expriment pas une réalité qui serait directement donnée par un locuteur informé mais résultent de relations par lesquelles chacun, enquêteur et indigène, apporte son propre savoir, né dans la chaleur d’une rencontre singulière.

Cette démarche s’oppose à ce que les anglo-saxons appellent aujourd’hui le “positivisme”,<sup>2</sup> la séparation du chercheur et de son objet, la réduction de l’analyse à

---

\* Cet article reprend avec des compléments et des modifications l’introduction et la conclusion de l’ouvrage *Vérités en quête d’auteurs*, Bordeaux, William Blake and Co., Bordeaux, 2000, 190 p.

\*\* Université Victor Segalen Bordeaux 2. Bordeaux, France.

<sup>1</sup> Pour des raisons expliquées plus bas, nous tenons pour synonymes les termes d’ethnographie, d’ethnologie et d’anthropologie. Par fidélité à Boas et pour nous conformer à l’appellation internationale nous utilisons le dernier mot.

<sup>2</sup> “Positivism” a commencé une longue carrière comme mot slogan. Dans les fréquentes polémiques contre le nouveau style des sciences sociales dominantes, il est souvent utilisé péjorativement. Placé dans une perspective qui associe le formalisme théorique aux mesures quantitatives, il considère les méthodes des sciences naturelles comme un idéal. Historiquement cependant, il peut se référer à certaines démarches complètement différentes comme, d’un côté, les travaux des positivistes français Saint-Simon et Auguste Comte, qui voyaient dans la sociologie la

quelques variables éventuellement quantifiables et l'imposition de catégories pré-construites comme grille de lecture des propos des locuteurs (Revel, 1996). Le type de discours ainsi élaboré prétend parfois respecter des "critères de scientificité" qu'il a lui-même posés. En fait, il s'agit surtout d'une machinerie ayant pour but d'interdire l'accès des propos des locuteurs au monde académique, de disqualifier le "discours naturel" et de disculper le chercheur qui néglige la parole ordinaire qu'il prétend pourtant étudier. Dans cette perspective, seul le savant a légitimement le droit de parler.

Au contraire, l'anthropologie affirme la volonté de "légitimer le discours indigène" et de donner la parole à ses locuteurs. Quand le jésuite bordelais Lafitau (1670-1740) comparait les Amérindiens aux anciens Grecs, il affirmait que les conduites et les propos des premiers étaient aussi intéressants que ceux des seconds et qu'en conséquence, il fallait étudier avec une même attention les uns et les autres. Quand Boas (1858-1942) recueillait mot pour mot les propos de quelques Kwakiutl —indigènes de l'ouest du Canada— il prenait ces paroles et ces personnes "au sérieux", élaborant ainsi une démarche fondant une nouvelle discipline universitaire, l'anthropologie. La parole des autres et de quiconque est source de connaissance et toute sa richesse doit en être conservée.

Malgré ce programme et cette volonté, la tâche de l'anthropologue ne peut pas s'arrêter à la simple transcription. Même si par l'enquête prolongée il peut faire sortir ses locuteurs du discours convenu, il n'en rencontre pas moins "le secret, le silence et le mensonge" (Visweswaran, 1994). Comment aller au-delà ? Face à la force du témoignage, comment dépasser l'apparence ?

### Le vrai et le vraisemblable

La première procédure consiste à examiner la situation dans laquelle s'effectue l'enquête. Ultime phase d'un long processus, le texte académique imprimé résulte de "sauts périlleux" successifs : l'un d'eux, prétend transformer les pratiques en mots —le locuteur dit ce qu'il croit faire— ; dans un autre, la parole naturelle (l'entretien)

---

détermination à la fois des lois de la société et une nouvelle religion humaniste qui la guiderait, et, d'un autre côté, les travaux de logique positiviste du 'Cercle de Vienne' qui cherchait à expliciter les règles de validité des énoncés scientifiques. Ces approches à but scientifique fondées sur des faits identifiables et des entités mesurables sont improprement appelés 'positivistes' mais nous utilisons ce terme dans ce sens parce que, comme nous l'avons vu, la récente critique des tendances dominantes des sciences sociales l'a ainsi utilisé" (Marcus & Fischer, 1986 : 179).

se transforme en un écrit destiné à un lecteur et, grâce à de nouvelles règles rhétoriques, il doit ainsi devenir crédible et lisible. Dans ces conditions, comment s'assurer que ces traumatismes —le passage à l'écrit et le respect de normes formelles— ne modifient pas les informations que l'anthropologue prétend transcrire ? En suivant les formes qui le rendent vraisemblable aux yeux des lecteurs, le discours académique ne trahit-il pas la parole enregistrée ? Quand Psalmanaazaar écrivait en 1704 qu'à Taiwan on massacrait annuellement 18.000 jeunes gens, il démontrait la barbarie de cette civilisation confirmant l'opinion commune. Vraisemblables aux yeux de ses lecteurs, ces propos étaient pourtant faux. Mais l'auteur peut également se tromper involontairement. Ainsi, l'«attitude textuelle» dont parle Said (1980 : 112) décrit la tendance du voyageur à voir la société inconnue qu'il rencontre selon les grilles de son savoir antérieur et à relater ses propres expériences exotiques en conformité avec les textes antérieurement lus. Le vraisemblable s'oppose parfois au vrai.

Il est donc dangereux de poser des normes *a priori*, de définir des “critères scientifiques”. Cette démarche se heurte au risque de substituer les valeurs et les catégories du chercheur à celles de l'indigène au nom de la “science” maîtrisée seulement par le premier. Dans ces circonstances, les “autres” ne servent qu'à fournir des matériaux qui, décontextualisés, réduits, chosifiés, servent à justifier les propos de l'auteur. Ils en deviennent des prétextes et, à la fin du processus, il ne reste plus rien du discours indigène.

Au contraire, une démarche plus rigoureuse consiste à rechercher la logique interne des propos recueillis au travers de l'examen des catégories utilisées, de leur agencement et des contextes pratiques et discursifs qui les ont fait naître. À nos yeux, la pensée indigène peut apparaître étrange, elle n'en garde pas moins sa légitimité et sa rationalité dont l'anthropologue doit rendre compte.

#### Authenticité et validité

Toute la question est donc de faire passer la “parole ordinaire”, le discours naturel (au sens de langue naturelle), dans le texte académique. Une des solutions —issue de Durkheim— sépare la source individuelle de la réalité du groupe. Cela permettait de distinguer les données immédiates (concrètes) de la réalité (reconstituée). À l'image de l'opposition saussurienne entre langue et parole, la représentation de la “science” de la première moitié du 20<sup>ème</sup> siècle reposait sur cette rupture qui avait pour résultat d'occulter le discours naturel. L'indigène parle, le savant reconstitue “sa réalité” selon ses propres critères. À l'époque, cette séparation assurait la validité du discours à savoir sa conformité aux normes académiques.

Ces démarches réduisent la part des propos indigènes au minimum. Ce dernier devient ainsi “ce visage sans voix, qu’on tente de déchiffrer entre soi, objet à définir et non sujet d’un discours possible” (Hountondji, cité par Augé, 1975). Ce type d’anthropologie qui s’est constituée contre le discours vulgaire, réduit autant que faire se peut les propos ordinaires. Une autre démarche s’est donc attachée à donner la parole à l’indigène par diverses procédures allant des autobiographies à la transcription des propos (Griaule dans *Dieu d’eau*, 1948) ou au dialogisme de Tedlock (1983). De plus en plus, la parole des “autres” surgit au sein même du discours académique : elle vient y affirmer l’authenticité des sources.

Le respect des normes académiques, aussi compassées soient-elles, apporte cependant certaines garanties. Au sein de sa discipline, un auteur maîtrise l’ensemble des données disponibles et les démarches utilisées. Aussi pesantes que soient ces traditions, elle garantissent le “sérieux” de la recherche et offrent au spécialiste la possibilité d’une lecture critique. En revanche, une nouvelle discipline —généralement née de l’amalgame de plusieurs autres— permet souvent d’échapper aux pesanteurs institutionnelles, suscite des innovations souvent fécondes mais fait naître le risque des supercheres. Ainsi, les *Culturals Studies* apparues à la fin des années 50 dans les pays anglo-saxons ont su développer des recherches, promouvoir de nouveaux objets, assurer des démarches fécondes, organiser une réelle interdisciplinarité. Mais faute de pouvoir maîtriser l’ensemble du large champ qu’elles cherchent à étudier, elles risquent de devenir les victimes de parodies de type Sokal (Traimond, 1998). Nul ne pouvait prétendre connaître l’ensemble des auteurs auquel se référerait le physicien américain (300 références pour un article !). Les rédacteurs de *Social text* lui ont fait confiance alors qu’il s’agissait d’un plagiaire. Il n’a fait que donner à un article les apparences d’une démarche critique en examinant des questions de physique —dont il est spécialiste— à partir de citations d’auteurs hétéroclites essentiellement français. Or, les membres du comité de rédaction ignoraient la physique et ne connaissaient nécessairement pas tous les auteurs invoqués. Avec habileté Sokal a pu se moquer d’eux. Contre ce type d’aventure, une première garantie consiste à inscrire ses recherches dans une “tradition” qui assure à ceux qui s’en réclament la maîtrise critique de la totalité du processus d’élaboration et la connaissance des ouvrages et des auteurs invoqués.

Une deuxième garantie repose sur la présence de la parole de l’indigène dans le texte académique. Pour cela, le passage de l’un à l’autre doit pouvoir s’effectuer sous le contrôle du lecteur. La simple traduction des catégories utilisées par les indigènes constitue déjà une certaine lecture de leurs propos, effectuée d’un certain point de vue et selon certaines modalités. Le texte de l’anthropologue doit rendre compte de

ce cheminement, ce qui permet de concilier l'authenticité du propos et le respect des normes académiques et éditoriales.

### L'écriture

Il y a donc là un travail d'écriture sur lequel de nombreux auteurs anglo-saxons insistent depuis quelques années (Clifford & Marcus, 1986 ; Clifford, 1988 ; Geertz, 1996...).

À elle seule, l'abondance des données serait censée balayer chez le lecteur les doutes éventuellement suscités par son étrangeté. Mais en réalité, qu'elle soit totale, partielle ou autre, la crédibilité des ouvrages de Malinowski, de Lévi-Strauss ou d'autres ne repose pas, du moins au premier chef, sur cette base. Si tel était le cas, J. G. Frazer ou, plus encore, Oscar Lewis, seraient rois et la trêve de l'incrédulité dont de nombreuses personnes (moi compris) font bénéficier des œuvres telles que *Les systèmes politiques des hautes terres de Birmanie* d'Edmund Leach, notoirement pauvre en information, et *Balinese Character*, essai impressionniste de Margaret Mead, serait inexplicable. (Geertz, 1996 : 11).

Geertz dans cette phrase —et le livre qui la suit le démontre— souligne que davantage que le greffier des données recueillies, l'anthropologue les met en scène par diverses procédures scripturales. Il ne s'agit pas de reprendre ici les démonstrations des auteurs cités mais simplement de souligner que les entretiens, même habilement juxtaposés comme le faisait Oscar Lewis, ne suffisent pas : "Cent quinze années de prose assurée et d'innocence littéraire, c'est trop" (Geertz, 1996 : 31).

### Le journal d'enquête

Mais cette insistance sur les stratégies rhétoriques peut aussi laisser la place libre aux supercheries. Qui peut garantir que la parole de l'indigène invoquée par l'anthropologue qu'il a suscité lui même n'a pas été imaginée ? C'est un des arguments utilisés en faveur de Castaneda : "C'est là une œuvre d'art plutôt qu'un travail scientifique" écrivait à son propos Leach dès 1969. Qu'elle est donc le moyen de ne pas confondre roman et enquête ? La critique des sources constitue une réponse décisive dans ce domaine. Or, avec les entretiens enregistrés (Tedlock, 1983), le journal d'enquête constitue le principal document à partir duquel travaille l'anthropologue.

La publication du *Journal* de Malinowski a particulièrement mis en relief la rupture entre les notes prises au cours du séjour dans la société étudiée et le texte définitif qui en est tiré, distance particulièrement grande dans ce cas car le document édité —traduit du polonais— relève davantage de l'écrit intime que de l'enregistre-

ment d'informations au cours de l'enquête. En revanche, une large réflexion s'est engagée sur le place de ces documents dans le travail anthropologique (Sanjek, 1990 ; Emerson, Fretz & Shaw, 1995). Surtout, tous les cas de supercherie que nous allons examiner achoppent sur une même question : où est le carnet d'enquête ?

Nous allons donc étudier les œuvres d'un certain nombre d'anthropologues accusés à tort ou à raison d'avoir publié de fausses relations, soit qu'ils ne soient jamais allés dans les régions dont ils parlent, soit que, pour une large part, ils aient imaginé les données qu'ils publient. Nous établirons ainsi quelques unes des configurations que le monde savant a laissé se déployer. Au cours de ce voyage dans le temps et l'espace, il nous faudra élaborer au fur et à mesure des rencontres les instruments capables d'apprécier l'authenticité des textes examinés. Il ne s'agit pas d'établir une "anthropologie légale" comme d'autres, en leur temps, parlaient de "littérature légale" (Nodier, 1812) mais d'étudier les formes que prend l'authenticité. En effet, un texte anthropologique peut être une parodie comme l'article de Sokal (1996) mais en aucun cas une contrefaçon au sens où l'entendent Bessy et Chateauraynaud (1995) car il ne saurait se référer à des normes externes, à l'avis de l'expert. Seul le détail des publications mais aussi le contexte dans lequel chacun des textes étudiés ont été écrits et lus en essayant chaque fois de comprendre la perspective dans laquelle s'inscrivait l'auteur. Plutôt que de rencontrer des règles de vérité nous trouvons des textes "négociés" au sens où l'entend Stephen Grenblatt (1996). Les anthropologues travaillent eux aussi avec des codes, des conventions et des institutions qu'ils partagent plus ou moins avec leurs lecteurs. Dans ce cadre, l'accueil fait aux publications — qui varie dans le temps— constitue un élément essentiel de notre analyse car, aux yeux des lecteurs, même avertis, les critères d'authenticité changent. Notre propos sera donc surtout de prendre la mesure des diverses formes de cette évolution.

Nous allons donc entreprendre un voyage dans les textes de divers auteurs en partant d'un témoin, le faussaire absolu qui a tout inventé, Pzalmanaazaar. Ensuite, nous pourrions apprécier la part d'authenticité de divers écrits en essayant de s'abstraire des controverses auxquelles ils se sont heurtés. Nous pourrions ainsi définir une démarche en faveur de la critique des sources en anthropologie par l'examen des carnets d'enquête ou des enregistrements. Quand l'anthropologie affirme l'authenticité d'un texte, aujourd'hui elle fournit au lecteur les instruments qui lui permettent d'apprécier cet aspect. L'effet "j'ai été là-bas" dont parle Geertz, par exemple (1996 : 135), constitue une des procédures possibles. Nous avons là une illustration des conditions dans lesquelles s'exerce l'anthropologie, les procédés utilisés pour affirmer son authenticité. En suivant cette démarche, nous pourrions alors proposer quelques moyens de surmonter les difficultés que nous avons rencontrées au cours de ce cheminement. Pour

cela, nous allons commencer par rappeler les spécificités de l'anthropologie telles qu'elles nous sont apparues, les difficultés particulières que son exercice entraîne, afin de pouvoir par la suite expliciter les solutions retenues, le dialogue et l'autorité.

## I. LE STABLE ET LE FUGITIF

Contrairement aux historiens, qui tentent de donner les apparences de la vie à des documents du passé, les anthropologues travaillent sur du vivant, voire du furtif. Ils s'exposent donc au risque de chosifier le réel, d'oublier de rendre compte du vécu des locuteurs et de leurs expériences tels que ceux-ci les décrivent. Cependant, cette volonté d'enregistrer le fugace a des effets sur l'objet même de l'étude.

### I. 1. Les chronotopes

Ainsi, les anthropologues peuvent parfois poser au départ ce qu'ils cherchent à démontrer, comme l'homogénéité d'un espace culturel par exemple. À certaines périodes, ils ont voulu étudier un groupe posé comme homogène, de l'ethnie à la communauté villageoise, dans lequel tous les individus auraient les mêmes conduites. violemment critiquées, ces démarches n'ont plus cours. Au contraire, s'appuyant sur des catégories introduites par Bakhtine et reprises par Clifford et Crapanzano, ils proposent de réfléchir sur les *chronotopes* (Clifford, 1986 : 236 ; Crapanzano, 1992 : 208) qui prennent en compte les formes prises par les représentations du temps et de l'espace dans les textes. Ainsi, des objets étudiés résultaient autrefois de la fusion d'indices spatio-temporels, un village, un quartier, un marché, la terre... et s'inscrivaient dans un lieu et une période circonscrits. En revanche, l'anthropologie d'aujourd'hui étudie un thème aux multiples apparitions disséminées : l'usage des objets, la lecture, la dissimulation, l'art contemporain...<sup>3</sup> Les enquêtes portent donc sur le surgissement ponctuel et fugace de conduites repérées en certaines circonstances permettant leur manifestation : photo prise ou regardée, cérémonial de colloque, fausse lecture... Au nom de quoi choisir telle ou telle observation, insister sur telle erreur, noter tel propos ? Une solution facile consisterait à chosifier l'objet de l'enquête, étudier la forme des photos, le contenu des lectures, les thèmes des interventions aux colloques... Cela laisserait passer l'essentiel, à savoir les conduites, impérativement adoptées dans des circonstances précises mais toujours nouvelles.

---

<sup>3</sup> Il s'agit, parmi beaucoup d'autres, de sujets sur lesquels des chercheurs travaillent en ce moment.

Pour résoudre ces difficultés, un premier moyen consiste à aller regarder comment les disciplines voisines traitent le problème et essaient de le surmonter sans jamais oublier ce qui fonde la spécificité de l'anthropologie, l'enquête et son compte rendu.

## I. 2. Le journal d'enquête (Sanjek, 1990)

En effet, "à la différence des historiens, les anthropologues créent leurs propres documents" (Sanjek, 1990 : XII). Comme source essentielle d'information, l'ethnologue dispose de son journal d'enquête aux multiples fonctions et de l'enregistrement des entretiens. Or, nous avons justement vu que le premier constituait l'instrument essentiel pour séparer le vrai du faux. La découverte des carnets de La Villemarqué par Donatien Laurent a fait passer cet auteur du camp des faussaires à celui des chercheurs alors que faute de documents analogues, Macpherson ou Castaneda y restent enfermés.

Il est possible d'imaginer que bientôt apparaîtront les manuscrits de faux journaux d'enquêtes, à l'image des carnets de Mussolini ou d'Hitler que la presse a évoqués à diverses périodes. Le fait qu'aujourd'hui une telle éventualité soit invraisemblable ne fait que révéler le peu d'intérêt que portait jusqu'ici l'anthropologie à la qualité de ses sources. L'ampleur du scandale produit par le fameux *Journal* de Malinowski s'explique pour une large part par l'habituelle absence de confrontation entre les notes d'enquête et le produit fini, l'ouvrage publié. Quand Evans-Pritchard jetait par-dessus bord ses notes au fur et à mesure de la rédaction du compte rendu de son enquête, il ne faisait qu'illustrer un prédicat implicite : l'indigène n'est pas le seul à avoir toujours raison, l'ethnologue partage ce statut avec lui. Il n'a pas à prouver la véracité de son témoignage. Les divergences ne porteraient que sur l'interprétation si, comme le suppose le *positivisme*, l'observation pouvait à ses yeux se séparer de l'analyse. La distinction entre l'ethnographie et l'ethnologie sert ainsi à éviter de s'interroger sur la qualité des sources.

Cependant, l'intérêt pour les modalités de confection du discours ethnologique met le journal d'enquête en première ligne. À son propos, Sanjek pose une série de questions :

- Quelles relations s'établissent entre le journal d'enquête et le texte ethnologique ? Comment s'effectue le passage de l'un à l'autre étant donné que le premier contribue à organiser la mémoire ?
- Quelles sont les diverses formes des journaux d'enquête ?



• Quel est l'impact du journal d'enquête ethnographique sur le chercheur ultérieurement ? L'accès au journal d'enquête pourrait-il constituer une démarche professionnelle normale ?

• Comment un ethnographe "vit-il" avec son journal d'enquête ? Quel est l'effet de ces notes sur la pratique ethnographique ? Quand le journal d'enquête commence-t-il à constituer un fardeau dont il faut se libérer avant un nouveau travail ? Pendant combien de temps le journal d'enquête peut-il être utilisé par l'anthropologue ? Dans quelle mesure la lecture que font les anthropologues de leur propre journal d'enquête ou de ceux des autres change-t-elle avec les modifications professionnelles et la maturité ? Peut-on commencer à considérer comme "obsolètes" les écrits qui n'invoquent pas le journal d'enquête comme source comme le fait la nouvelle anthropologie ?

• Quels usages peuvent-ils être faits du journal d'enquête —directement recopié—comme élément des écrits ethnographiques ? Quelles normes de méthode scientifique, de responsabilité vis à vis des informateurs, de désir de persuasion et d'auto-rité dans l'écriture interfèrent dans l'usage des matériaux du journal d'enquête ?

• Le journal d'enquête pourrait-il devenir disponible pour quiconque (y compris les non-anthropologues) ? Quand, à qui, sous quelle forme ?

Ces quelques questions révèlent, ne serait-ce que par leur banalité, l'ampleur de l'ignorance dans ce domaine, marque du manque d'intérêt pour les sources de la discipline. Elles révèlent, en outre, que le journal d'enquête ne joue pas le rôle d'un simple instrument neutre. Au contraire, par ses questions, Sanjek essaie de prendre la mesure de l'influence de ce type de document sur la conduite des ethnologues lors de l'enquête et sur la rédaction de leurs textes scientifiques. Ces questions nous intéressent particulièrement car nous avons vu que l'existence de ce manuscrit sépare l'authentique du faux. En connaissant mieux ses modes de fonctionnement, peut-être sera-t-il possible de transformer cette vision manichéenne en une compréhension nuancée du degré d'authenticité.

## II. DIALOGUE

Un culturalisme vulgaire n'explique pas seul le mépris pour la qualité des sources utilisées. On peut parfaitement rompre avec l'idée (fausse) qu'au sein d'une même culture tout comportement singulier exprime les valeurs de l'ensemble fût-ce négativement et, parallèlement, perpétuer la juxtaposition de sources hétérogènes.

## II. 1. La circulation de l'information

En effet, si une information provient d'un émetteur, "un locuteur" disent les linguistes, un destinataire peut la recevoir. Ce saut périlleux se fait généralement avec difficulté et son contenu peut se modifier selon une foule de mécanismes. Ce qui est dit (ou écrit) peut être entendu de façon très différente de ce qu'imaginait le locuteur. Même dans le monde scientifique, la propagation de l'énoncé que décrit Bruno Latour obéit à ce type d'aléa. Il considère que chaque acteur dispose dans ce processus d'«une *marge de négociation* pour le transformer à sa convenance et pour l'adapter aux conditions spécifiques» (Latour, 1995 : 504). L'appropriation de l'information par l'auditeur entraîne de profondes modifications de celle-ci. Si le discours sérieux connaît de telles transformations au cours de sa circulation, les propos naturels qui souvent ne prétendent pas à la vérité et sont écoutés distraitemment connaissent de profonds bouleversements. Les études sur les rumeurs ont soigneusement montré ces procédures mais il en existe d'autres. Ainsi, quand Roland Barthes définit la structure d'un fait divers (1964 : 188-197), il donne les conditions de l'émission et de la réception d'un certain type d'informations, conditions qui organisent les perceptions des témoins et la compréhension des lecteurs.. Toutes ces données soulignent deux dynamiques. D'une part, il n'y a pas de destinataire sans destinataire et d'autre part, le passage de l'un à l'autre modifie généralement l'information. Cependant, la configuration de la transformation suit des formes différentes selon le type de données transmises, le statut des acteurs et les dynamiques sociales engendrées par ces mécanismes.

L'observateur, quant à lui, n'accède généralement pas à la totalité du processus et perçoit des données partielles issues de l'un ou de l'autre sans avoir la possibilité de les confronter. Sa place dans le processus, comme enquêteur, homme ou femme, jeune ou vieux, lui ferme l'accès à certaines données. Dès lors, si le destinataire invente des informations, si les destinataires les trouvent crédibles, elles jouent néanmoins un rôle social et culturel. Même si les soucoupes volantes n'existent pas, les informations qui circulent sur elles constituent une réalité sociale.

Dans ces circonstances, l'ethnologue a raison de "faire feu de tout bois" et de négliger la question de la véracité des informations. Il s'intéresse surtout aux représentations des interlocuteurs, non au réel. Or, ces circonstances nées de sa démarche créent les conditions idéales pour le faussaire qui peut jouer sur deux tableaux :

- Soit, en suivant certaines règles formelles, il peut réussir à faire accepter son information même auprès de spécialistes (Psalmanaazaar).
- Même démasqué, le document devient alors l'expression d'une culture.

Ces deux dynamiques organisent le dialogue entre l'auteur et le lecteur. L'ethnologue interrogeant tantôt l'un, tantôt l'autre, trouve dans tous les cas grain à moudre sans qu'il éprouve toujours le besoin de préciser d'où provient l'information. L'espace entre celui qui dit et celui qui comprend génère de multiples possibilités de glissements. Aussi révélateurs soient-ils, aussi difficile que soit leur enregistrement, ils organisent l'interstice dans lequel s'infiltrent les supercheries.

Ces dernières prennent des formes plus ou moins grossières. Est-il faussaire l'ethnologue qui écrit sur une population dont il ne parle pas la langue alors que depuis Malinowski sa profession et ses écrits supposent le contraire ? Est-il faussaire celui qui devient l'interlocuteur privilégié des ethnologues, qui leur parle au nom de son groupe en raison de sa connaissance de la langue coloniale et de son entretient ? Est-il faussaire l'ethnologue qui croit tout ce que lui disent les indigènes ? Sa formation aurait dû lui apprendre à se méfier, à ne pas croire l'informateur, à savoir que celui-ci défend autant que quiconque un point de vue et des intérêts précis, qu'il est autant que quiconque victime de l'idéologie dominante... ; en un mot, qu'il donne une opinion intéressante mais aussi intéressée.

## II. 2. La critique des sources

Contrairement à l'histoire qui s'est largement construite contre l'usage des faux, l'ethnologie sait mal se défendre contre les supercheries. Sans aller jusqu'à des affaires de l'ampleur de celle de Castaneda qui a bénéficié pendant dix ans d'élogieuses critiques dans *American Anthropology*, des œuvres anthropologiques considérables ne sont pas exemptes de tout soupçon (Letens, 1971).

Les ethnologues disposent en effet de peu de moyens pour apprécier la qualité d'un discours oral. Ainsi, Michel Leiris raconte dans *L'Afrique fantôme* qu'après plusieurs mois passés à observer des rites de possession à la frontière de l'Éthiopie, la veille de son départ une informatrice lui "déclare que tous les sacrifices que nous avons fait faire par Malkam Aygaham ont été sabotés" (Leiris, 1934 : 449). Un autre exemple où l'ethnologue avoue avoir été trompé par les indigènes se trouve dans *Les Nuer* d'Evans-Pritchard : "Une autre fois, quelques hommes me confièrent des indications sur leurs lignages. Le lendemain, ils revinrent me voir et l'un d'eux me demanda : 'Ce que nous avons dit hier, tu y crois ?' Quand je leur dis que je les croyais, ils s'esclaffèrent et ils en appelèrent d'autres pour les faire profiter de la farce" (Evans-Pritchard, 1968 : 212).

Ces deux exemples dans lesquels les anthropologues reconnaissent avoir été bernés par les indigènes —les seuls que nous ayons rencontrés— ne doivent pas occul-

ter les innombrables cas où les enquêteurs ne se sont pas aperçus des mensonges de leurs interlocuteurs. Comme tout document, l'information orale naît de circonstances précises qui déterminent en grande partie son contenu. Trois points de vue essaient de s'articuler les uns aux autres :

- La personnalité de l'enquêteur, sa place sociale et idéologique. Il intervient de quelque part, pour quelque chose.
- L'«idéologie dominante», ce qu'il convient de dire.
- Le contexte, les circonstances de l'enquête, la situation dans laquelle s'établit le dialogue.

Or, si le chercheur exploite lui-même ses propres enregistrements, il dispose de certains moyens pour prendre en compte son propre rôle ainsi que le contexte dans lequel les informations ont été recueillies. Il se fonde peut-être sur l'intuition, avec tout ce que cela implique d'approximations mais qui permet cependant un minimum de critique.

Surtout, les ethnologues sont bien placés pour se préoccuper de ces difficultés pour trois raisons :

- Ils pâtissent depuis des décennies de la ridicule distinction introduite par Lévi-Strauss entre l'ethnographie de l'enquêteur et l'ethnologie du commentateur. Cette séparation prive l'ethnologue des moyens de critiquer ses sources puisque d'autres les auraient recueillies.
- Ils insistent depuis quelques années, surtout dans les pays anglo-saxons mais pas seulement, sur le lien entre les informations collectées et les conditions de la collecte (Favret-Saada, 1977 ; Barley, 1989 ; Rabinow, 1988).
- Ils se sont souvent fait escroquer par les indigènes comme le montrent les exemples de Michel Leiris et d'Evans-Pritchard cités plus haut.

En définitive, il s'agit de définir une méthode de critique des informations orales analogue à celle qu'utilisent les historiens pour les sources écrites. Pour cela, il convient d'intégrer dans l'analyse les trois variables définies plus haut, la place de l'enquêteur, le discours dominant et le contexte. Dans un livre malheureusement occulté —mais régulièrement réédité— sur le témoignage, Jean Norton Cru a élaboré une véritable méthode de la critique des sources orales (1997). Étudiant les textes consacrés à la guerre de 1914-1918, cet auteur commence par souligner que l'objet de la recherche n'apparaît que par différentes sources de qualités très diverses. Le critère d'appréciation mis en avant repose sur l'expérience personnelle des tranchées. Celui

qui a connu ces situations distingue au premier coup d'œil les récits authentiques des autres. Les premiers comportent toujours des détails originaux, des éléments inattendus, ils transportent des émotions que seuls les combattants peuvent échanger. Par ce moyen, il devient possible d'établir entre les diverses sources des "degrés de valeur" tout à fait analogues à ceux que constituent les historiens avec les sources écrites. Simplement, l'instrument d'appréciation n'est pas le même. Dans les deux cas, il ne s'agit pas d'opposer le vrai au faux mais le plus authentique à ce qui l'est moins. Ce cadre permet de considérer que le témoin peut se tromper mais que même son erreur comporte des éléments intéressants introuvables dans les sources de deuxième main.

Pour leur part, les ethnologues "post-modernes" cherchent à garder la singularité de l'information, et pour cela, prennent en considération la rencontre entre l'enquêteur et les membres de la société étudiée. L'ethnologue transcrit donc sa propre expérience à la manière d'un récit de voyage (Barley, 1989 ; Rabinow, 1988). Il n'empêche que les normes académiques imposent l'accumulation du savoir et la nécessité d'utiliser dans une démarche nouvelle des données antérieures. La généralisation, l'articulation des instances, l'étude de cas constituent des configurations parmi d'autres qui, dans une enquête, permettent d'utiliser les résultats d'une autre. La critique des sources permet d'effectuer cette démarche dans les meilleures conditions, même si la mise en œuvre se heurte aux difficultés décrites plus haut.

L'ethnologie a donc besoin de déterminer des critères de classement et de hiérarchisation des informations qui pour l'essentiel proviennent d'entretiens enregistrés, à l'image de la démarche des historiens aux prises avec des archives. Ces derniers utilisent plusieurs distinctions pour mesurer la qualité relative de leurs informations :

- Les sources de première et de seconde main.
- La critique interne (cohérence du document).
- La critique externe (cohérence de l'information utilisée avec les autres données dont ils disposent).
- Les conditions de fabrication des documents en séparant les informations fournies consciemment (donc avec un objectif explicite) ou de façon incidente.

En revanche, ces modalités s'adaptent mal aux données recueillies par l'enquêteur, aux sources orales. Il convient cependant de proposer quelques éléments d'approche :

- Premier principe : se méfier des informations. Qu'elle veuille tromper ou le plus souvent se conformer, consciemment ou pas, au discours dominant, la parole de l'in-

formateur doit être critiquée et ne prend son sens que par rapport aux attitudes réciproques de l'enquêteur et de l'enquêté.

- Deuxième principe : l'information incidente, évoquée à l'occasion de l'examen d'une autre question, risque d'échapper davantage aux normes des conventions et du contexte.

- Troisième principe : ce contexte, les idées dominantes, les conditions de l'enquête, le type de sujet abordé, les relations réciproques entre les locuteurs et l'enquêteur qui s'inscrivent entre le discours quotidien anodin (le temps qu'il fait) et les propos délicatueux, ne peuvent être analysés qu'en tenant compte de l'objet étudié qui peut susciter le silence ou la provocation. Qu'un tel déclare avoir pratiqué une activité illégale ne signifie surtout pas qu'il a effectué ce délit mais qu'il se pose, face à l'enquêteur, au-dessus des lois en raison de son statut social (liens avec le pouvoir politique ou, à l'inverse, statut d'exclu ou de marginal), de la confiance dont dispose l'interlocuteur, amitié ancienne, parenté..., de sa volonté de provoquer. La pertinence du propos ne pourra s'apprécier qu'en tenant compte de toutes ces circonstances.

- Quatrième principe : la place de l'enquêteur détermine le type d'informations recueillies et leur contenu.

Ces considérations ont pour objet de souligner les difficultés rencontrées par l'ethnologue quand il utilise des informations collectées au moyen d'un magnétophone. La confrontation avec des praticiens des archives, l'élaboration de systèmes d'évaluation des propos enregistrés peuvent non seulement permettre des progrès significatifs mais surtout, offrir aux ethnologues la possibilité de surmonter certains obstacles devant lesquels ils piétinent.

### III. L'AUTORITÉ

Comme le dit fort bien Clifford, le "médiateur de la vérité dans le texte" est l'ethnologue lui-même (Clifford, 1983 : 32). Il a su acquérir dans les années 20 une autorité fondée sur six principes :

1. L'enquête devient une activité professionnelle.
2. Les ethnologues utilisent la langue indigène.
3. Les qualités d'observation deviennent essentielles.
4. L'élaboration du texte académique passe par l'expression d'une théorie abstraite.

5. L'ethnologue réduit son champ de recherche le limitant à un seul thème.

6. L'histoire est exclue des études, l'analyse tend vers la synchronie.

Ces prédicats mettaient l'ethnologue au centre de l'enquête et du processus académique ; ainsi, Malinowski traite "simultanément de la vie à Trobriand et de la recherche ethnographique de terrain" (Clifford, 1988 : 95). "Chacun sait que tout anthropologue débutant est censé passer un an ou deux, au moins, sur le terrain et que, s'il n'a pas perdu ses notes, on juge son compte rendu à la durée de son séjour. Je me hâterai donc de dire que je ne suis resté que dix jours chez les Wikmunkan", écrit de façon provocatrice David McKnight (Needham, 1977 : 234). Il veut surtout dire par là que l'autorité de l'ethnologue provient de la durée de son enquête. D'autres, dans une autre perspective cependant, ont parlé de l'effet "j'y étais" (Clifford, 1988 ; Geertz, 1996). "L'attitude des ethnographes, nous faire prendre ce qu'ils disent au sérieux, n'est donc pas fondée sur l'abondance factuelle des textes ni sur l'élégance conceptuelle : elle provient plutôt de leur capacité à nous présenter leurs écrits comme une conséquence du fait qu'ils ont pénétré (ou étaient pénétrés par) une autre forme de vie, et du fait qu'ils ont été 'vraiment là-bas'" (Geertz, 1996 : 73). Or, cette idée s'applique justement à Geertz. Clifford montre en effet que le début de son justement fameux article "Deep Play : Notes on a Balinese Cockfight" (Geertz, 1983 : 165) fonde son crédit sur l'extraordinaire scène racontée au début du texte où l'auteur et sa femme, face à une descente de l'armée au début d'un combat de coq interdit, choisissent de s'enfuir avec les indigènes. Cette course crée des complicités et permet désormais de bénéficier de la confiance des villageois. Le compte rendu noté au début de l'article assure le lecteur du statut privilégié de l'auteur, lui qui a connu personnellement la situation. Ces scènes décrites, l'auteur disparaît du texte (Clifford, 1988 : 40).

Or, aujourd'hui ces procédures deviennent obsolètes. Énoncées, elles perdent leur crédibilité. Il devient donc indispensable de définir de nouveaux critères d'autorité, à savoir de nouveaux prédicats. Il n'est également plus possible de se réclamer des grands métarécits de type marxiste, structuraliste ou freudien. Il faut donc trouver dans l'observation même les conditions de validité du discours ethnologique. De plus, la critique des sources permet de les admettre comme vraies même s'il reste à définir le type d'information à retenir. L'observation dense (*thick description*) de Geertz autorisait la collecte du maximum de données dans le domaine le plus restreint. Il n'empêche que chaque fois, consciemment ou inconsciemment, l'enquêteur effectue des choix d'autant plus décisifs que contrairement à l'historien, il a la possibilité d'accéder à tout. En fait, son statut, le point de vue duquel il parle lui facilite l'accès à certaines informations mais lui en interdit d'autres. Chaque fois, "il se situe quelque part" (Favret-Saada, 1977 : 29). Ce lieu détermine la perception que l'entourage a de ses conduites et donc les propos qui lui sont tenus.

Ensuite et surtout parallèlement, leur interprétation ne peut s'effectuer qu'en prenant en compte l'ensemble de ces données, l'interaction contextualisée entre les acteurs, l'ethnologue et ses interlocuteurs. Au lieu de réduire l'indigène au silence, les ethnologues d'aujourd'hui ont voulu rompre avec ce monologue autoritaire en introduisant le dialogisme qu'ils sont allés chercher également chez Bakhtine.

### III. 1. La validité du discours ethnologique

En conclusion d'un recueil d'articles sur la fabrication de l'ethnologie, Roger Sanjek a défini les trois normes de la validité en anthropologie :

1. Une critique théorique (académique) des informations.
2. L'explicitation des procédures d'enquête.
3. L'effet "j'y étais".

L'anthropologie se donne de nouveaux critères d'autorité fondés sur des enquêtes auprès de locuteurs, sur une formation académique et enfin sur la recherche de l'accord du lecteur en lui révélant les mécanismes de l'élaboration du texte publié. Mais "le sceptique [qui] veut que l'on examine les sources à la manière de l'historien" (Sanjek, 1990 : 401). Cette allusion constitue un hommage à un incontestable savoir-faire, cette discipline qui sait fort bien critiquer les sources écrites devient muette dès qu'elle aborde les informations orales (Joutard, 1983). Ce type de document sur lequel l'ethnologue fonde l'essentiel de ses données laisse l'historien désarmé. Pourquoi ?

Deux explications surgissent. L'une résulte d'une tradition s'étendant sur plusieurs siècles qui, pour d'évidentes raisons politiques, a cherché à déceler l'authenticité des textes. L'autre, provient de la difficulté d'analyser des processus fugitifs surtout s'ils ne s'expriment pas par des mots. La tentation de figer le sujet en objet arrive vite.

### III. 2. La chosification

Souvent la recherche en sciences sociales tombe dans la chosification de ses sujets d'étude. Qu'est ce à dire ? Lukács définit la réification comme la transformation du travail en marchandise : "La séparation de la force de travail et de la personnalité de l'ouvrier, sa métamorphose en une chose, en un objet que l'ouvrier



vend sur le marché se répète également ici, à cette différence près, que ce n'est pas l'ensemble des facultés intellectuelles qui est opprimé par la mécanisation due aux machines, mais une faculté (ou un complexe de facultés) qui est détachée de l'ensemble de la personnalité, objectivée par rapport à elle, et qui devient chose, marchandise" (Lukács, 1960 : 128). Comme la *réification* s'inscrit dans un mécanisme réel, l'activité des ouvriers devient un objet d'échange, il convient de l'opposer à la chosification qui reste dans le seul domaine des représentations. Elle consiste à transformer les formes d'un processus représenté, des "faits sociaux", en "choses" selon l'expression de Durkheim. Plusieurs mécanismes président à cette opération :

- La séparation entre l'observation et l'objet observé.
- L'examen de l'objet indépendamment du contexte dans lequel évoluent l'enquêteur et ses interlocuteurs.

Ce serait, selon Durkheim et bien d'autres, la condition du discours scientifique. Le piquant de l'affaire est que cette épistémologie arrive dans les sciences sociales (naissantes) alors que certaines sciences dures, la physique quantique, l'abandonnaient. Comme nous l'avons déjà dit, les physiciens du début du siècle ne pouvaient plus séparer l'objet observé des conditions de l'observation. Malgré le succès de leurs écrits, l'ampleur de leurs découvertes, le prestige qu'ils y ont trouvé, et les travaux des philosophes tels Bachelard ou Sartre, ces données ont largement échappé aux sciences sociales.

Peut-être faut-il également s'interroger sur le succès posthume de Bakhtine dont l'œuvre peut s'analyser comme l'adaptation d'un marxisme ouvert aux nouvelles données des sciences dures dont il se réclame explicitement (Bakhtine, 1978 : 237). Ainsi il intègre dans le résultat de l'observation les conditions de son exercice, étant ainsi conduit à examiner l'interaction entre le locuteur, l'auditeur et le récepteur (Bakhtine, 1984 : 274). La découverte de son œuvre aujourd'hui, à condition de ne pas la transformer en un néo-structuraliste comme certains ont voulu le faire, provient en large partie de son épistémologie,<sup>4</sup> porteuse d'innovations et même perçue comme nouvelle dans le positivisme dominant.

Très tôt, un auteur célèbre dont on ne parle jamais à ce propos proposait des perspectives analogues au nom d'une même démarche. Dans *L'être et le néant*,

---

<sup>4</sup> Il ne saurait être question de réduire Bakhtine en quelques formules aussi fécondes soient-elles. Les effets politiques de son *Rabelais*, sa linguistique culturelle, ses études de littérature sociale ne constituent que quelques aspects d'une œuvre dont l'ampleur reste encore à découvrir.

Sartre critiquait la chosification, demandait à “réintégrer l’observateur au sein du système scientifique” (1992 : 354) et soulignait la place du contexte.<sup>5</sup>

Pour conclure, l’analyse de diverses supercherries nous a permis de mieux préciser les modalités d’exercice de l’ethnologie et de façon plus générale des sciences sociales. Entre des procédés qui ne doivent leur utilisation qu’à la demande sociale (et parfois académique) (Champagne, 1990) et les glissements que tolère la logique réputée sévère, il devient de plus en plus évident qu’il faut se donner les moyens de critiquer les sources comme les historiens ont si bien su le faire dans certains domaines.

D’autre part, peut-on encore se réclamer de points de vue “stratosphériques” ignorant la perception quotidienne d’un phénomène par les acteurs eux-mêmes ? L’anthropologie, qui ignore plus que quiconque cette vision des choses même si elle correspond à la vision du pouvoir distributeur de deniers, doit se donner les moyens d’affirmer ses méthodes. S’armer contre les supercherries constitue une procédure parmi d’autres, pour accéder à plus de rigueur et peut-être à davantage de crédibilité. Les discours ethnologiques se réclament de deux principes, l’authenticité qui insiste sur le discours de l’indigène et la validité qui privilégie les normes académiques. Prenons le cas de Bladé que nous avons déjà signalé. Ses contes, à l’évidence n’ont pas été écrits dans les conditions annoncées ou plus habilement suggérées. Alors que certains lecteurs ont le sentiment de lire des traductions du gascon, les textes ont directement été rédigés en français. Présentés comme de la littérature populaire, paysanne, ils expriment l’œuvre d’un juge de paix, membre de l’Institut. Théoriquement formulés par des analphabètes, ils suivent les formes fort élaborées d’un écrivain averti des règles littéraires. Les procédures adoptées, les collages, sans que le détail de la réalisation ne soit jamais indiqué, ne font que cacher une évidente dissimulation des modalités de confection des textes. Ces données établies montrent à l’évidence que le minimum de conditions de validité de l’édition des contes populaires gascons n’est pas respecté.

Pourtant, Bladé parlait et écrivait fort bien le gascon. Il était né dans cette région et y vivait. Ces œuvres, à défaut de provenir des classes dépendantes, voulaient également exprimer une culture gasconne délimitée par l’aire de diffusion de la langue. En fait, Bladé restreignait ses enquêtes à des zones beaucoup plus

---

<sup>5</sup> “C’est toujours la note du violon que j’entends. Mais il est nécessaire que je l’entende à travers une porte ou par la fenêtre ouverte ou dans la salle de concert : sinon l’objet ne serait plus au milieu du monde et ne se manifesterait plus à un existant surgissant-dans-le-monde” (Sartre, 1992 : 365).

limitées et précisément définies, l'Armagnac, l'Agenais, Lectoure..., non loin de l'endroit où il vivait. Dès lors, même s'ils constituaient des supercheres, ces contes n'en exprimaient pas moins la démarche littéraire et éditoriale d'un notable gascon. En s'inscrivant dans une vision ethnique de l'espace qui supposait une homogénéité des pratiques culturelles dans une zone donnée, l'œuvre de Bladé exprime partiellement cette civilisation. De ce point de vue, elle est authentique.

Le jeu entre la validité et l'authenticité, entre le vraisemblable et le vrai, constitue une démarche dont la fécondité s'impose. Elle ne fait pourtant qu'exprimer les limites extrêmes des possibles. Chacun de nos auteurs affirme un point de vue, s'exprime d'un lieu situé entre les deux pôles. Entre eux, il n'y a pas rupture mais continuité, une infinité de points desquels les ethnologues observent et écrivent. Psalmanaazaar a tout imaginé. La Villemarqué a tout retranscrit même s'il n'a pas tout édité. Entre les deux, dans l'œuvre de chaque auteur la part de l'authentique et de la rhétorique change. Dans leurs textes, Macpherson, Bladé, Castaneda, Mead ont donné une place différente au discours de l'indigène.

Dès lors, comment établir la place relative des discours de l'indigène et de l'ethnologue dans le texte que ce dernier livre à ses lecteurs ? Les procédés rhétoriques et logiques qu'il utilise éclairent les uns par les autres divers documents, amalgament les sources hétérogènes et permettent de rédiger un texte accessible aux autres. Cependant, ce type de démarche a de nombreux inconvénients. En particulier, il ne permet pas de s'inquiéter de la qualité de chaque source, et partant, peut laisser passer de multiples supercheres.

### III. 3. Le contexte

Le premier élément du contexte est évidemment l'enquête et ses modalités : "L'ethnographie, comme je l'ai apprise et même enseignée ne peut se désigner comme science qu'à la condition d'effacer la trace de ce que fut le travail sur le terrain" (Favret-Saada, 1977 : 41). Cette vision durkheimienne ou positiviste que dénonce Favret-Saada constitue en fait le terreau sur lequel peuvent sans grande peine se développer les supercheres. Il suffit de présenter les formes académiques de l'étude scientifique pour que l'illusion soit à peu près totale. Plusieurs romanciers s'y sont essayés, Eco ou Borges parmi beaucoup d'autres. Prenons l'exemple de l'ouvrage de ce dernier, *Essai sur les anciennes littératures germaniques*. Ce texte peut parfaitement se lire comme une étude académique. Rien n'y manque, les "faits" (dates, noms), les lacunes des documents, les appréciations. Le seul moyen de déjouer le système est de vérifier dans d'autres ouvrages les informations données. Le lecteur

plus cultivé s'étonnera surtout de l'absence d'auteurs dont la présence s'impose et que nul ne peut ignorer surtout s'il consacre un certain temps à ces questions. La seule réponse à ces interrogations renvoie ce texte dans le domaine de la fiction, non de la science. En fait, la reconstitution de textes présentés comme authentiques fonde de multiples genres littéraires, les romans par lettres des *Les liaisons dangereuses* de Laclos à *L'école des femmes* de Gide parmi une multitude et de nombreuses autres formes, tels tous les récits à la première personne, les faux journaux intimes ou le dossier de police imaginé par Gilles Perrault dans *Dossier 51*...

Ainsi défini, le contexte reconstitue les déterminations qui influent sur l'expression et la circulation des informations. Elles s'organisent en deux faisceaux : les informateurs et l'ethnologue d'un côté, ce dernier et les lecteurs de l'autre. Nous nous trouvons dans des situations telles que Bakhtine les décrit : "Tout mot comporte deux faces. Il est déterminé tout autant par le fait qu'il procède de quelqu'un que par le fait qu'il est dirigé vers quelqu'un" (Bakhtine, 1977 : 123). En d'autres termes, dans notre perspective, le contexte s'incarne dans les autres, en amont les indigènes, en aval les lecteurs. Ces deux faces représentent d'un côté l'authenticité, de l'autre la validité.

L'authenticité en effet découle de la fidélité au discours indigène. L'affaire se complique quand il s'agit d'apprécier cette conformité. Faut-il respecter la parole même de l'informateur ou au contraire concevoir un texte dans lequel les lecteurs indigènes retrouvent leur façon de penser ? On peut facilement opposer la lettre à l'esprit, considérer que seul l'usage de la langue nationale permet de trouver un éditeur... "Je ne sais si les pièces du Barzaz ont été arrangées, voire inventées, ce que je sais, c'est qu'elles traduisent merveilleusement une réalité celtique et bretonne et que notre peuple se reconnaît pleinement dans un livre qui lui fait miroir", écrit Charles Le Quintrec (La Villemarqué, 1981 : 30). Les indigènes s'approprient ce texte même quand il s'agit d'une supercherie.

De plus, la culture du lecteur constitue un élément entrant dans l'appréciation d'un texte. Une aventure de l'ampleur de Psalmanaazaar ne peut plus se réaliser aujourd'hui. Ainsi, Castaneda, pourtant né au Pérou, a supporté la remarque de Leach selon laquelle ses données ne s'accordaient guère avec ce que ce lecteur averti savait des Yaqui. En revanche, pour montrer la difficulté de maîtriser cet aspect, je me permets de rapporter, maintenant, les témoignages personnels de deux ethnologues spécialistes des Amérindiens. Pour Michel Perrin du CNRS (Paris) le premier livre de Castaneda lui avait paru, lors de sa publication, davantage répondre aux préoccupations des étudiants de Berkeley (où il était à ce moment là) qu'à celles des indigènes d'Amérique. Michaël Taussig, de l'université de Columbia à New-York, m'a déclai-

ré, au contraire, qu'à ses yeux le même ouvrage paraissait exprimer les intérêts des Amérindiens tels qu'il les connaissait. Ces propos incidents notés au cours de conversations privées, qui ne relèvent donc pas d'une réflexion académique, du "discours sérieux" même si ces deux chercheurs ont enquêté en Colombie (ce qui ne nous a pas autorisé à les introduire dans la démonstration) ne servent qu'à souligner la difficulté qu'il y a à apprécier la conformité de l'œuvre au discours des individus étudiés.

En revanche, la validité d'un document s'affirme vis-à-vis du monde académique qui se donne des règles de fonctionnement, normes qui peuvent changer d'une période à l'autre. Ainsi, les conditions d'édition d'un texte populaire ne suivent plus les modalités du siècle dernier. Aujourd'hui, il est invraisemblable que la langue d'origine ne soit pas prise en compte, quitte à en donner la traduction ; il convient de donner le nom de l'informateur, les conditions et la date de la collecte..., éléments considérés comme sans intérêt auparavant. Malgré ces inévitables difficultés, l'ethnologie devient de plus en plus stricte sur la qualité de ses sources et un des buts de ce travail est d'accroître le niveau d'exigence en ce domaine. Simplement, si la nature des choses nous a conduit à privilégier la littérature populaire, les normes énoncées à son propos peuvent parfaitement s'étendre à l'ensemble des informations collectées. L'ouverture des journaux d'enquête et la possibilité offerte de les consulter pourraient certainement améliorer notablement la qualité des enquêtes et des travaux qui en résultent.

Pendant au centre du "moi et de l'autre" (Bakhtine, 1984 : 57) se trouve l'ethnologue. Il peut se barder d'honnêteté ("scribe intègre et pieux", Bladé), s'arrimer aux pouvoirs académiques, chercher sa légitimité dans le succès commercial de ses travaux ou pire dans les commandes du pouvoir politique... À la recherche de la vérité, son autorité académique résulte de sa capacité à concilier deux positions contradictoires. Il ne lui suffit pas de recueillir la parole indigène sinon "un Frazer et un Oscar Lewis seraient les rois de l'ethnographie" (Geertz, 1996 : 11). Il s'agit au contraire de se situer entre l'authentique et le valide et de montrer au lecteur d'où l'auteur écrit.

Tout le monde s'accorde à considérer que le discours sauvage publié en l'état serait illisible. Il ne peut donc passer directement de la transcription à l'imprimé. Soulignons déjà que ce premier passage, l'écriture de l'entretien (tâche pour laquelle les ethnologues souffrent tant et si longtemps) ne s'effectue pas sans la perte d'une foule d'informations. Le ton, les gestes, le contexte disparaissent au point que seul leur souvenir permet de comprendre le texte enregistré. Nombre d'auteurs ont essayé par divers moyens d'utiliser ce gisement sémantique. La *kinésique* d'un

Birdswhistell (Bateson, 1984), les photos de Bateson (1977), les films ethnographiques cherchent à transmettre ces richesses mais les mots restent toujours la principale source d'information.

Une deuxième phase, l'écriture doit, tout en restant fidèle à la parole sauvage, produire un texte conforme aux normes académiques qui attesteront de sa validité. Sur ce point, deux démarches s'opposent radicalement. Pour un Lévi-Strauss la retranscription de ce savoir passe par une rupture radicale qui permet de rencontrer des structures. À l'inverse, Sartre affirmait la nécessaire continuité entre le discours sauvage et le discours savant, démarche qui a connu un succès certain dans diverses expressions de l'anthropologie, ethnométhodologie, anthropologie interprétative, post-modernisme... Aujourd'hui cet intérêt pour le texte même du discours sauvage, directement issu de la phénoménologie, constitue un recours contre la perte de crédibilité des grands méta-récits téléologiques.

Cette dualité entre le valide et l'authentique, la sauvage et l'académique, apparaît également dans la distinction qu'introduit Clifford Geertz. Se réclamant du psychanalyste Heitz Kohut, il distingue les *concepts proches de l'expérience* dont l'informateur "pourrait lui-même naturellement et sans effort se servir pour définir ce que lui ou ses compagnons voient, pensent, sentent, imaginent" des *concepts éloignés de l'expérience* que les spécialistes "emploient pour présenter leur objectif scientifique, philosophique ou pratique" (Geertz, 1986 : 73). Sans entrer dans le débat sur la nature et la fonction de la rupture ainsi affirmée ou plutôt confirmée, Geertz sépare radicalement les deux versants du discours, celui du bas et celui du haut, reprenant sous une nouvelle appellation cette rupture entre les propos des clercs et ceux du peuple.

Pourtant, même dans l'hypothèse (discutable) où l'expression sauvage (le discours du bas) ne se modifie pas, les normes de collecte ont changé. Nous avons vu que le silence de La Villemarqué s'explique, pour une large part, par le fait qu'il avait publié les textes collectés en les transformant selon des normes révolues. Montrer ses notes eût été reconnaître les manipulations mais aussi l'absence de rigueur de la publication selon les nouvelles règles. Ce qu'il convenait de faire en 1840 ne valait déjà plus en 1865. Ces changements dans les modalités de publication ont pris deux formes : en premier lieu, son affirmation sociale et académique a amené l'ethnologie à promulguer un "discours scientifique" éloigné de celui du peuple ; en second lieu, ces textes ont souvent voulu rompre radicalement avec la parole des sauvages utilisant pour cela divers registres. Cet éloignement des deux pôles entre lesquels se déploie la recherche ethnologique permet le développement de diverses stratégies entre la fidélité au sauvage et la conformité aux normes académiques. Entre ces limites la séparation du vrai et du faux suit des modalités complexes.

### III. 4. Faussaires

Selon les périodes, la conception du vrai change et l'erreur de Grafton (1990), ainsi que l'a précisé avec pertinence Roger Chartier (2000), réside dans une conception intemporelle du faux. Chaque époque a les siennes et leur étude doit prendre en compte les normes du moment. C'est pour cela que les textes de La Villemarqué sont authentiques alors qu'il leur a fait subir des transformations aujourd'hui inadmissibles. Bien qu'il change les noms, qu'il supprime les gallicismes ou les archaïsmes..., le *Barzaz Breiz* de La Villemarqué résulte d'une rencontre entre des indigènes et un enquêteur même si ce dernier tente, maladroitement, de proposer aux lecteurs des textes crédibles à ses propres yeux. Pour l'époque, il ne faisait que rendre valide le discours sauvage. Pourquoi, malgré ces malencontreuses modifications, l'œuvre de La Villemarqué peut-elle être considérée comme "authentique" ? Ses textes ont été collectés pour l'essentiel auprès des paysans bretons dans leur langue comme en témoignent les carnets retrouvés par Donatien Laurent. Les transformations effectuées s'accordaient aux normes de l'époque, même si rapidement ces modifications devinrent inadmissibles. Cette procédure nous permet de sortir de ce débat entre l'esprit et la lettre. Pour chaque période, il convient de déterminer les critères de l'authenticité qui varient dans le temps et l'espace et concernent des lieux d'appréciation différents, l'esprit ou la lettre.

### BIBLIOGRAPHIE

- AUGÉ, Marc. *Théorie des pouvoirs et idéologies*, Paris, Hermann, 1975.
- BARLEY, Nigel. *El antropólogo inocente*, Barcelona, Anagrama, 1989.
- BAKHTINE, Mikhail. *Esthétique et théorie du roman*, Paris, Gallimard, Tel, 1978.
- . *Esthétique de la création verbale*, Paris, Gallimard, Bibliothèque des Idées, 1984.
- . *Le marxisme et la philosophie du langage*, Paris, Minuit, 1997.
- BARTHES, Roland. *Essais critiques*, Paris, Le Seuil, 1964.
- BATESON, Gregory. "Les usages sociaux du corps à Bali", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*. 14 avril 1977,
- . *La nouvelle communication*, Paris, Le Seuil, 1984.
- BORGES, Jorge Luis. *Essai sur les anciennes littératures germaniques*, Paris, Bourgois, 1967.
- BRIGGS, Charles L. *Learning How to Ask*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.
- CHAMPAGNE, Patrick. *Faire l'opinion*, Paris, Minuit, 1990.

- CHARTIER, Roger. *Le jeu de la règle. Lectures*, Bordeaux, Presses Universitaires de Bordeaux, Études Culturelles, 2000.
- CLIFFORD, James. *The Predicament of Culture. Twentieth-Century Ethnography, Literature and Art*, Cambridge, Harvard University Press, 1988.
- . *Routes. Travel and Translation in the Late Twentieth Century*, Cambridge, Harvard University Press, 1997.
- & MARCUS, George E. *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press, 1986.
- CRAPANZANO, Vincent. *Hermes'Dilemma & Hamlet's Desire. On the Epistemology of Interpretation*, Cambridge, Harvard University Press, 1992.
- CRU, Jean-Norton. *Du témoignage*, Paris, Allia, 1997 (1930).
- EMERSON, Robert M., FRETZ, Rachel I. & SHAW, Linda L. *Writing Ethnographic Fieldnotes*, Chicago, The University Chicago Press, 1995.
- EVANS-PRITCHARD, E. E. *Les Nuer. Description des modes de vie et des institutions politiques d'un peuple nilote*, Paris, Gallimard, 1968.
- FAVRET-SAADA, Jeanne. *Les mots, la mort, les sorts*, Paris, Gallimard, 1977.
- GEERTZ, Clifford. *Bali, interpretation d'une culture*, Paris, Gallimard, 1983.
- . *Ici et là-bas*, Paris, Métailié, 1996.
- . *Savoir local, savoir global*, Paris, PUF, 1986.
- GRAFTON, Anthony. *Fausseurs et critiques*, Paris, Les Belles Lettres, 1990.
- GRIAULE, Marcel. *Dieu d'eau. Entretien avec Ogotemeli*, Paris, Fayard, 1975 (1949).
- JOUTARD, Philippe. *La légende des Camisard. Une sensibilité au passé*, Paris, Gallimard, 1983.
- LATOUR, Bruno. *La science en action*, Paris, Gallimard, Folio essai, 1995.
- LA VILLEMARQUÉ, T. Hersard de. *Barzaz Breiz. Chants populaires de la Bretagne*, Paris, FM La Découverte, 1981 (1867).
- LEACH, Edmund. *Les systèmes politiques des hautes terres de Birmanie*, Paris, François Maspero.
- LEIRIS, Michel. *L'Afrique fantôme*, Paris, Gallimard, 1968 (1934).
- LETTENS, Dirk. *Mystagone et mystification. Évaluation de l'œuvre de Marcel Griaule*, Bujumbura, Presse Lavigerie, 1971.
- LUKÁCS, György. *Histoire et conscience de classe*. Paris, Minuit, 1960.



- MALINOWSKI, Bronislaw. *Journal d'ethnographie*, Paris, Le Seuil, 1985.
- MARCUS, George E., & FISCHER, Michael M. *Anthropology as Cultural Critic. An Experimental Moment in the Human Sciences*, Chicago - London, The University of Chicago Press, 1986.
- NEEDHAM, Rodney. *La parenté en question*, Paris, Le Seuil, 1977.
- RABINOW, Paul. *Un ethnologue au Maroc*, Paris, Hachette, 1988.
- REVEL, Jacques. *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, Paris, Le Seuil, 1996.
- SAID, Edward. *L'Orientalisme. L'Orient créé par l'Occident*, Paris, Le Seuil, 1980.
- SANJEK, Roger. *Fieldnotes. The Making of Anthropology*, Ithaca London, Cornell University Press, 1990.
- SARTRE, Jean-Paul. *L'être et le néant. Essai d'ontologie phénoménologique*, Paris, Gallimard, 1992 (1943).
- TEDLOCK, Dennis. *The Spoking World and the Work of Interpretation*, Philadelphia, University of Philadelphia Press, 1983.
- TRAIMOND, Bernard. "Les interstices des cultural studies" dans BAUDOIN, Jurdant. *Impostures scientifiques. Les malentendus de l'affaire Sokal*, Paris, La Découverte, 1998.
- *Vérités en quête d'auteurs. Essai sur la critique des sources en anthropologie*, Bordeaux, William Blake and Co., 2000.
- VISWESWARAN, Kamala. *Fictions of Feminist Ethnography*, Minneapolis, University of Minnesota, 1994.



# *L'avenir de l'anthropologie*

PAR  
BERNARD TRAIMOND\*

Pour imaginer l'anthropologie de demain<sup>1</sup> nous disposons non seulement d'instruments théoriques mais aussi de lieux d'expérience que sont les lectures mais aussi les rencontres avec les collègues (à Jaca, Madrid ou Granada par exemple et j'en profite pour rappeler tout ce qu'elles m'apportent année après année à mes propres recherches) et les étudiants. Nous appuyant sur deux jambes nous cheminons dans les catégories et les théories liant tant bien que mal nos sentiments, nos espoirs et les contraintes de tout ordre auxquelles nous tentons de résister. Pour poursuivre ce cheminement singulier nous suivons un objectif confus et éloigné, une boussole qui, par chance, ne prétend pas proposer une direction assurée. Elle nous est donnée par une théorie de l'évolution des sciences —celle de Kuhn qui constitue aujourd'hui l'expression apparemment casi-incontestable— qui guide notre façon de nous représenter cette évolution. Elle a l'avantage de proposer un schéma simple qui rend compte non seulement de l'état d'une discipline, la "science normale", fondée sur un certain nombre de paradigmes réputés être acceptés par tous les chercheurs, mais aussi de son évolution, le changement de l'un d'entre eux. Armés de ce schéma nous avons le sentiment de comprendre ce qui nous sépare de nos prédécesseurs et collègues tout en préparant l'avenir par l'exploration des conséquences des paradigmes admis ou en imaginant de nouveaux. Nous avons là un cadre d'expression de nos activités à la fois rassurant (il nous propose notre propre place dans l'histoire des sciences) et stimulant, il nous engage à changer de paradigme. En alternative au *sens de l'histoire* aujourd'hui perdu, Kuhn nous propose un sens de *l'histoire des sciences*, largement inspiré du premier, mais en lui enlevant son dogmatisme et ses conséquences militantes. Peut-être s'agit-il d'un marxisme à la mode américaine, désodorisé et désincarné ; est-ce le pendant intelligent au stalinisme ou le résultat de l'épuration mac-carthyste ? Peut-être est-ce le moment et le lieu d'élargir à Kuhn et à ses paradigmes les critiques formulées à l'encontre des philosophies de l'histoire.

En outre, dans un autre cadre, celui de l'histoire culturelle, nous pouvons aussi avancer l'idée moins volontariste de *négociation* qui laisse une large part au

---

\* Université Victor Segalen Bordeaux 2. Bordeaux, France.

<sup>1</sup> Nous n'examinons qu'un petit aspect de la question, le développement du contenu académique de la discipline. Les aspects institutionnels, les relations avec les autres disciplines et bien d'autres sont négligés.

“public”. Au lieu, de s’expliquer par leurs seules logiques internes (tout à fait analogues aux “contradictions du capitalisme”), selon Greenblatt, les œuvres littéraires doivent s’adapter aux pratiques du monde social. Dès lors, un auteur se plie au moins partiellement aux demandes du public et poursuit ses travaux dans la direction où le succès apparaît et ne poursuit pas celles qui rencontrent indifférence ou hostilité. Nous tous avons besoin d’être édités, lus et critiqués, c’est-à-dire reconnus. Ainsi Jacques Berque, déçu par l’accueil rencontré par *Dépossession du monde* (1964) particulièrement auprès de ceux dont il se sentait proche, abandonne ses recherches sur les sciences sociales pour se tourner vers l’islamologie et les traductions des œuvres littéraires arabes.<sup>2</sup> Le fait qu’il soit professeur au Collège de France, arabisant mondialement reconnu et édité par les maisons les plus importantes, Le Seuil et Gallimard, ne l’empêche pas de conduire son œuvre en fonction de la réception de ses livres par le monde académique.

Essayons de voir comment aujourd’hui nous orientons nos propres recherches en proposant quatre directions, l’inscription dans une tradition, l’analyse des pratiques scientifiques, l’application d’un paradigme nouveau —le “tournant linguistique”— et, enfin, les lieux de débats qu’il engendre.

## I. LA TRADITION ANTHROPOLOGIQUE

La “science normale” ressemble à l’*épistémè* de Foucault sauf que ce dernier, constaté ex-post change indépendamment de la conscience des auteurs. Chez Kuhn, le chercheur élabore les paradigmes et les modifie. Nous avons le sentiment de vouloir en imaginer de nouveaux chaque fois que nous nous opposons à nos prédécesseurs. Ainsi, dès l’introduction d’un ouvrage récent, je me suis moi-même cru obligé d’affirmer une certaine démarche en opposition avec d’autres (cf. Annexe). Tout lecteur un peu averti et plus encore tout anthropologue professionnel voit au premier coup d’œil de quels auteurs, livres et écoles ces propositions veulent se séparer. Elles s’inscrivent dans une certaine continuité, se distinguent d’autres et affirment ainsi ce que l’on pourrait désigner comme des “paradigmes”. Ce texte en propose trois, le lecteur ayant la charge de les refuser et de les compléter :

- Importance de l’enquête.
- Critique des données.
- Continuité entre discours ordinaire et propos savant.

---

<sup>2</sup> Entretien privé à Saint-Julien en Born.

Ces choix s'opposent donc aux "anthropologues de cabinet", au "positivisme"<sup>3</sup> et à la fameuse "coupure épistémologique" des années 60.

Les *Horizontes* successifs suscités, organisés et publiés par Carmelo Lisón Tolosana (Granada : 1998, 2000) obéissent me semble-t-il à une démarche analogue : établir des positions générales, des paradigmes à partir desquels pourront se déployer enquêtes et recherches. Il pose ainsi les fondements de "l'anthropologie du futur".

Trente ans après sa rédaction, un Jacques Berque interprétait sa thèse selon ces termes.

Le facteur de l'historicité se trouvait déjà dans cette thèse. Et là, j'avais raison. Quant au contenu, j'étais aux prises avec deux phénomènes que m'ont confirmé les gens d'Imintanaout :

1) D'une part, l'importance de la base socio-économique. Cela, c'est une généralité que le marxisme a développé et que j'ai pu vérifier sur place [...].

2) L'historicité du groupe. [...] Je savais déjà que l'identité tient à son système plutôt qu'à ses contenus objectifs (Berque, 2001: 4437-438).

Dans cet entretien, Berque explicitait les présupposés théoriques qui avaient guidé ses recherches, historicité, holisme. Sans s'interroger sur leur pertinence, nous ne pouvons que constater qu'il avait une claire vision de leur originalité ("j'écrivais en réaction") et constatait qu'ils avaient organisé l'essentiel des recherches dans les décennies qui ont suivi.

Nécessairement, selon l'époque les lieux de débats choisis changent. Berque s'opposait au pointillisme, aux analogies et l'absence d'histoire des disciples de Frazer. Les textes réunis par Lisón et les siens s'arriment aux enquêtes (tout comme

---

<sup>3</sup> "Positivisme" a commencé une longue carrière comme mot slogan. Dans les fréquentes polémiques contre le nouveau style des sciences sociales dominantes, il est souvent utilisé péjorativement. Placé dans une perspective qui associe le formalisme théorique aux mesures quantitatives, il considère les méthodes des sciences naturelles comme un idéal. Historiquement cependant, il peut se référer à certaines démarches complètement différentes comme, d'un côté, les travaux des positivistes français tels Saint-Simon et Auguste Comte, qui voyaient dans la sociologie la détermination à la fois des lois de la société et une nouvelle religion humaniste qui la guiderait, et, d'un autre côté, les travaux de logique positiviste du 'Cercle de Vienne' qui cherchait à expliciter les règles de validité des énoncés scientifiques. Ces approches à but scientifique fondées sur des faits identifiables et des entités mesurables sont improprement appelés 'positivistes' mais nous utilisons ce terme dans ce sens parce que, comme nous l'avons vu, la récente critique des tendances dominantes des sciences sociales l'a ainsi utilisé" (Marcus & Fischer, 1986 : 179).

Berque) mais n'accordent qu'un intérêt limité à l'économie et privilégient au travers du recours à l'herméneutique et aux études symboliques à la lettre même des discours des indigènes. Mais surtout, entre les réflexions inquiètes d'un Lisón soucieux de guider de futures recherches et les analyses de Berque sur des domaines abandonnés, nous rencontrons des objectifs très différents poursuivis par les deux types de textes.

Cette hétérogénéité montre justement l'omniprésence d'une histoire des sciences spontanée chez les anthropologues qui, dans une large mesure, guide leurs enquêtes, leurs lieux, thèmes et modalités. C'est à partir d'elles qu'ils conçoivent l'anthropologie du futur.

## II. ANTHROPOLOGIE DE L'ANTHROPOLOGIE

Pour aller plus loin, il me semble nécessaire d'évoquer les conditions de notre travail, les conditions dans lesquelles nous travaillons, le contexte dans lequel se développent nos recherches. Parmi d'autres, proposons deux aspects.

### II.1. Enquêtes

L'institution universitaire offre d'autres ressources. Un autre lieu de rencontre avec l'«air du temps» se situe dans les relations avec les étudiants. Ils viennent vous voir avec un sujet d'enquête qui vous plaît plus ou moins, qui peut nous embarrasser, qui correspond plus ou moins à leurs expériences et aux vôtres, qui peuvent vous surprendre ou vous intriguer. Parfois le résultat vous donne à penser, vous dévoile de nouveaux objets, de nouvelles possibilités. Ainsi, mon travail sur l'orthographe est le décalque d'une autre enquête qu'a commencée une étudiante il y a plusieurs années et qui n'a pas encore abouti. Je n'ai considéré pouvoir entreprendre ma propre recherche qu'avec son autorisation, bien que depuis ma démarche a considérablement évolué et que les résultats se soient profondément éloignés de leur point de départ. Et puis il y a nos goûts, nos expériences, nos fantasmes. Si chacun de nous explicitait les raisons de ses intérêts pour telle ou telle enquête, il dévoilerait certainement ce qu'il considère comme sa propre intimité qu'il présente de façon occulte dans ses travaux académiques.

Ce contexte détermine pour une large part le futur de l'anthropologie en ce sens qu'il détermine nos propres directions de travail et notre propre image de l'innovation que nous tentons de suivre. "Jouer le nouveau contre l'ancien" (Rorty, 1993 b : 112) conduit non seulement à proposer un nouveau "vocabulaire" mais en même

temps ignorer l'ancien. Or ce dernier, même s'il n'est pas évoqué explicitement, appartient à une discipline et participe à la construction d'un système théorique. Son occultation constitue aussi l'aveu d'une liaison négative et l'affirmation d'une certaine continuité. Toute information peut s'étudier dans le cadre de diverses disciplines et selon plusieurs traditions. Ainsi, le "discours naturel", matière première de l'anthropologie, constitue également la source de la "philosophie du langage ordinaire" d'un Cavell. Simplement, au lieu d'être examinée en fonction de catégories et de rubriques pour une large part imaginées lors de la rencontre avec des "naturels" des sociétés exotiques, ces propos sont étudiés selon divers auteurs ayant orienté leurs réflexions sur notre propre langage, Wittgenstein ou surtout Austin.<sup>4</sup> Il va sans dire que les anthropologues ont le plus grand profit à tirer de ces recherches philosophiques même si nous n'avons même pas à signaler la réciprocité, tant son évidence s'impose dans les pays anglo-saxons.

Pourtant, dans le pointillisme des impressions, il faudra bien un jour se demander pourquoi l'anthropologie va chercher dans la linguistique ses modes d'investigation et sa méthodologie. La philologie et la linguistique structurale de Jakobson ont successivement servi Boas puis Lévi-Strauss. Quand la linguistique change, l'anthropologie aussi et nous en somme aujourd'hui à la pragmatique. Nous continuons à aller chercher notre eau à la même source même si sa composition change. En effet, la place de l'enquête n'a fait que s'accroître à moins qu'elle ne connaisse qu'un renouveau. Le prestige et l'autorité (mérités) de Mauss et de Lévi-Strauss sont difficilement imaginables aujourd'hui. L'enquête constitue le point de passage obligé des anthropologues auquel seul James Clifford — "le greffier de nos gribouillages" (Rabinow) — a su échapper. À part lui, il n'y a plus aujourd'hui d'«anthropologues de cabinet» novateurs. Or les enquêtes ne nous proposent que des discours — ceux des locuteurs qui agissent ou des observateurs qui commentent — qu'il nous faut les décrypter.

## II. 2. Âge

Cette préoccupation, la recherche de justifications autres que l'enquête, apparaît aussi dans les œuvres de maturité. À l'image de Malinowski qui passe des *Argonautes* à *Théorie scientifique de la culture*, ou de Leach de *Systèmes politiques des hautes terres*

---

<sup>4</sup> "Comme n'importe quel genre littéraire, (la philosophie) est délimitée, non par sa forme ou sa matière, mais par la tradition, celle d'un roman familial qui comprend, par exemple, Papa Parménide, le bon vieil oncle Kant et le faux frère Derrida" (Rorty, 1993 (a): 196).

de Birmanie à *Culture and Communication*, de multiples anthropologues ont consacré la deuxième partie de leur œuvre aux questions de méthodologie.<sup>5</sup> Il s'agit évidemment en premier lieu de poursuivre son travail dans l'impossibilité d'aller dans des zones d'accès difficile au climat éprouvant. En second lieu, la maturité offre la possibilité d'une réflexion plus large sur ses propres enquêtes et celles des autres. En troisième lieu, ces auteurs cherchent à poser les "paradigmes" des futures recherches. En un mot, l'œuvre des anthropologues part d'enquêtes circonstanciées pour aller vers des généralités, du concret vers le livresque. Mais ce mouvement quasi inexorable —moi-même, étant donné mon âge...— organise largement le type de savoir ainsi élaboré. La part de l'enquête diminue alors que s'accroissent les considérations épistémologiques.

Ces déterminations personnelles et situationnelles s'inscrivent dans un mouvement plus large, un cadre qui organise nos façons de voir et de penser, que —me semble-t-il— on peut désigner sous l'appellation de "tournant linguistique".

### III. LE TOURNANT LINGUISTIQUE

Nécessairement, il provient de ceux qui s'intéressent au "discours naturel" et nous trouvons en premier lieu les philosophes :

1953, WITGENSTEIN, L., *Recherches philosophiques*.

1962, AUSTIN, John L., *How to do things with words* (1970).

*Sense and Sensibilia* (1971).

*Philosophical Papers* (1994).

1963, CATON, Ch., *Philosophy and Ordinary Language*.

1967, RORTY, Richard, *The linguistic turn*.

En quinze ans, entre 1953 et 1967, par les recherches de quelques philosophes anglo-saxons naît une nouvelle linguistique, la pragmatique, et quelques auteurs en tirent les conséquences philosophiques. C'était d'autant plus facile que ces analyses revenaient ainsi dans la discipline où elles étaient nées. Il est remarquable que cette innovation soit apparue hors de la linguistique, mais les conséquences qui en résultent débordent dans tous les domaines des "humanités".

<sup>5</sup> Quelques autres exemples : Marilyn STRATHERN, *The Gender of the Gift*, Berkeley, University of California Press, 1988 / *Shifting Context. Transformations in Anthropological Knowledge*, Londres., New-York, 1995; Renato ROSALDO, *Ilongot Headhunting, 1883-1974. A Study in Society and History*, Stanford, Stanford University Press, 1980 / *Culture & Truth. The Remaking of Social Analysis*, Boston, Beacon Press, 1989; Vincent CRAPANZANO, *Tuhami / Hermes' Dilemma & Hamlet's Desire. On the Epistemology of Interpretation*, Cambridge, Harvard University Press, 1992.



Ce tournant interpelle d'autant plus l'anthropologie qu'en s'appuyant sur les enquêtes, celle-ci rencontre au moins deux pratiques discursives différentes :

- Le discours des "indigènes".

- La nécessité de "traduire" leurs propos non seulement pour en expliciter la logique mais aussi pour les utiliser dans un cadre académique.

À cela s'ajoute l'utilisation de plus en plus indispensable de ce redoutable instrument qu'est le magnétophone (Tedlock, 1983 ; Goody, 1995 ; Àgar, 1996). Outre l'enregistrement mot à mot des propos, il nous permet surtout leur examen après coup. En fonction du contexte, nous pouvons prendre en compte le détail du vocabulaire,<sup>6</sup> des formulations, les jeux de langage, les lapsus..., tout ce que l'audition immédiate —orientée vers la seule compréhension du contenu— est amenée à négliger. La possibilité d'enregistrer offre à l'enquêteur les matériaux nécessaires à l'exercice de l'analyse en termes de pragmatique du langage.

Ainsi, une conjonction entre une certaine linguistique, des possibilités techniques, des intérêts et des choix théoriques mettent le détail du discours au centre de nos préoccupations. Nous pouvons l'enregistrer et l'analyser : comment aujourd'hui ne pas profiter de ces opportunités ?

Cependant une telle démarche aussi "naturelle" apparaît-elle aujourd'hui, entraîne des choix philosophiques bien précis. En accordant un intérêt particulier au détail du discours à l'encontre de tous les autres objets d'observation, nous nous inscrivons dans une certaine tradition philosophique. "N'accédant pas aux choses mais au discours sur les choses" nous nous rattachons aux principe et aux phrases qui parcourent les textes des sceptiques de Sextus Empiricus à Montaigne.

Éloignons d'un mot l'antique opposition scolastique entre réalisme et nominalisme qui servait souvent à disqualifier le scepticisme. Nous constatons simplement que ceux qui prétendent accéder directement à la réalité le font au moyen de démarches (l'expérience) et de rhétoriques s'inscrivant dans un certain type de discours. Les sciences de la nature ont ainsi comme seul langage les mathématiques qui constituent une forme discursive parmi d'autres même s'il est difficile de les imaginer dans leur domaine.<sup>7</sup> Elles donnent une certaine représentation de la

---

<sup>6</sup> "L'attention aux vocabulaires dans lesquels les phrases sont formulées plutôt qu'à des phrases isolées" (Rorty, 1993 a : 24).

<sup>7</sup> "Les *Principæ* newtoniens ont fixé le cadre langagier, obligatoirement mathématique, au sein duquel allait se définir les grandes théories-cadres de notre siècle" (Verlet, 1993 : 14).

réalité qui est un discours parmi d'autres —peut-être le meilleur— mais non le seul.

Mais l'attention portée au détail observé implique également que "l'essence est la totalité des caractères qui explique l'acte" (Sartre, 1992 : 71). Cela nous rattache à la tradition phénoménologique qui en décrivant l'apparence des phénomènes considère rendre compte de leur réalité. S'appliquant aux discours cette préoccupation amène à privilégier les conditions dans lesquelles s'expriment les personnes enregistrées et en particulier les situations d'interaction.

Il n'est pas difficile de suivre ces continuités sommairement décrites dans la tradition philosophique depuis Husserl et ses disciples européens et surtout l'influence de la phénoménologie sur les sciences sociales. En Russie avec Bakhtine, en France avec Sartre et aux États-Unis avec Schutz puis Garfinkel et Goffman, la phénoménologie a conduit à l'interactionnisme.

Inscrits dans une tradition philosophique, nous voilà en train de jouer le nouveau contre l'ancien disposant d'une ligne de conduite. D'une part, nous nous posons en rupture au moyen du "tournant linguistique" et d'autre part, nous proposons un objet focal, les discours, et enfin, nous disposons d'une méthode, la pragmatique du langage. La cible fixée, reste à définir des modalités pour l'atteindre.

#### IV. LIEUX DE DÉBATS

##### IV. 1. Une démarche, l'examen des discours

###### L'analyse des discours

Ainsi, le discours devient le centre de nos préoccupations. Il ne s'agit pas ici de présenter l'état des recherches sur ce thème mais simplement de rappeler les cadres qui permettent son examen.

À la suite de Grice, les analyses de conversation ont établi les circonstances qui permettent l'expression même d'un dialogue. Ce dernier auteur définit ainsi ce qu'il appelle les principes de coopération qui permettent la poursuite de l'entretien. Si l'un d'eux est rompu la conversation s'arrête. Dans le cas contraire, les interlocuteurs perpétuent leur échange ce qui implique des buts et des règles, des

“maximes” dit Grice. Ainsi, les interlocuteurs cherchent à tenir des propos rationnels, compréhensibles par les autres, sur un sujet commun et s'accordent pour poursuivre l'entretien. Pour cela, chacun applique des “maximes” identiques sur la quantité, la qualité des informations échangées en respectant des modalités telles que les règles de politesse. Si ces conduites se poursuivent, les échanges seront gratifiants pour les interlocuteurs et les informations échangées seront nombreuses. Mais les règles suivies constituent autant de contraintes qui imposent des silences, des compromis, des accommodements entre interlocuteurs quant à la qualité des informations. Affirmer une opposition trop violente à son interlocuteur entraîne l'arrêt de l'entretien. Dès lors, d'un côté, l'enquêteur étouffera ses convictions mais, de l'autre, le locuteur n'exprimera pas sa pensée dans sa totalité.

#### La critique des sources

En un mot, les interlocuteurs cachent une bonne partie de leurs croyances et de leur savoir. Il n'est donc pas possible de prendre l'entretien enregistré comme l'expression d'une expérience, mais seulement comme l'expression partielle et partielle d'une expérience et d'un savoir. Pour retrouver l'un et l'autre, l'anthropologue est amené à interpréter les propos enregistrés, à les “critiquer”. Pour cela, il dispose de la riche expérience des historiens qui depuis le 17<sup>me</sup> siècle savent distinguer les sources directes et indirectes et pratiquent la critique interne et externe (Traimond, 2000). En revanche, les informations orales ne disposent pas d'un appareil et d'un savoir-faire analogue même si ce dernier se développe par deux canaux. D'une part, la multiplication des travaux d'histoire sur des zones sans écriture en particulier en Afrique. D'autre part, l'analyse de plus en plus sophistiqué des entretiens. En un mot, l'anthropologie et l'histoire orale se donnent la main pour examiner de façon de plus en plus précise les données orales recueillies.

Donnons un exemple des possibilités offertes. Nous avons tous en mémoire l'entretien reproduit par Evans-Pritchard dans l'introduction de ses *Nuer*.

MOI: Quel est ton nom ?

CUOL: Tu veux savoir mon nom ?

MOI: Oui.

CUOL: Tu veux savoir mon nom ?

MOI: Oui, tu es venu me visiter dans ma tente et j'aimerais savoir qui tu es.

CUOL: Très bien. Je suis Cuol. Quel est ton nom ?

MOI: Mon nom est Pritchard.

CUOL: Quel est le nom de ton père ?

MOI: Le nom de mon père est aussi Pritchard.

CUOL: Non, ça ne peut pas être vrai. Tu ne peux pas avoir le même nom que ton père.

Nous savons les conclusions désabusées d'Evans-Pritchard : "Je défie le plus patient des ethnologues d'aller de l'avant contre cette manière d'opposition".

Il avait tort. Bennetta Jules-Rosette nous donne une interprétation de ce refus de répondre qui dépasse l'explication "culturaliste" et technique du grand anthropologue anglais. Non seulement elle constate que la question initiale est abandonnée au profit de "l'équilibre de l'interaction" mais, selon elle, donner le nom du lignage aurait eu pour conséquence de dévoiler le dispositif politique et militaire des Nuer. Se taire permettait de garder les secrets militaires. Ainsi interprété, le silence donne sur l'organisation sociale des Nuer des informations plus riches et plus intéressantes que la réponse si elle avait été formulée (Jules-Rosette, 1996). Elle souligne les relativités qui encombrant les informations données dans un entretien et propose ainsi les modalités pour les surmonter.

Il faut commencer par affirmer la plus grande méfiance —tout à fait analogue à celle d'un Berque— vis à vis des informateurs. Elle se justifie parfaitement si l'enquêteur attend d'eux des informations immédiatement utilisables. "J'en ai connu pas mal de ces informateurs jadis utilisés par de grands maîtres, ou réputés tels. C'était soit d'humbles instituteurs maghrébins perdus dans le 'bled' comme nous disions, soit des *mokhaznis* ou miliciens, soit encore des individus plus éveillés que d'autres et qui s'intéressent au type de questions que pose l'enquêteur et qui, par là-même, pour lui plaire, finissent par déformer la réalité" (Berque, 2001: 30). En effet, s'il s'agit d'attendre de ces personnages qu'ils présentent un état de la société, nécessairement leurs propos seront partiels voire faux. Cependant, en fonction du contexte dans lequel ils parlent, de leur statut, de leur volonté de plaire à leurs interlocuteurs, comme toutes, leurs informations méritent examen et interprétation. Ils donnent une certaine vision de la réalité même déformée, même fautive.

En un mot, les informations collectées ne constituent que des sources discutables qui ne peuvent être utilisées qu'après une critique rigoureuse analogue à celle que pratiquent les historiens pour les sources écrites (Traimond, 2000). Il nous faut donc apprendre à hiérarchiser les sources orales tout comme les historiens le font avec les écrits.

### Les relations aux locuteurs

Mais Bennetta Jules-Rosette souligne à propos de l'entretien retranscrit par Evans-Pritchard que la recherche de renseignements "est abandonné au profit de l'équilibre de l'interaction". Ce que Goffman appelle "les conditions de félicité", Grice les "principes de coopération" (Grice, 1979), Lisón "co-parler et co-entendre" (Lisón, 1998 : 232) réclame des compromis. Chacun a rencontré les limites au-delà desquelles les questions deviennent grossières, indiscrètes, voire agressives. Pour poursuivre l'enquête, le chercheur doit interrompre son investigation, changer de sujet, renoncer à interroger directement son interlocuteur sur certains thèmes. Mais au passage, il aura appris où se situe le seuil de la discrétion, de l'intimité.

L'essentiel devient alors non le contenu des propos des locuteurs mais la poursuite de la conversation, les conditions dans lesquelles elle se déroule, les formes qu'elle se donne. Ces propos faits de silences, secrets et mensonges deviennent la matière à partir de laquelle l'anthropologue interprète et explique les propos enregistrés.

Dans ces circonstances, la longueur du séjour, l'intimité établie, les activités réalisées avec les locuteurs constituent des éléments essentiels pour que les propos dépassent les conventions, échappent aux normes sociales.

### IV. 2. Tous les thèmes

Si l'on regarde les domaines nouveaux investis par l'anthropologie, les plus féconds se situent dans le domaine des sciences de la nature. Quand Latour et Woolgar ont étudié un laboratoire de biologie de Californie, non seulement ils ont montré que les sciences de la nature ne fonctionnent pas de façon très différente des nôtres mais surtout ils ont affirmé la fécondité de l'anthropologie, capable d'étudier un objet quelconque ou plutôt les êtres humains qu'elle que soit leur activité. Cet exemple illustre que nous devons aborder n'importe quelle question, même les plus rebattues. Le petit livre d'Agulhon sur De Gaulle (2000) observant un homme politique au travers de détails généralement perçus comme marginaux, pièce de théâtre, verroterie, représentation de Paris... montre la fécondité d'une telle démarche. Par l'observation directe de l'image du personnage en divers lieux, il donne une analyse de personnage bien plus convainquante qu'une étude politique au travers de la description de ses décisions et des réactions qu'elles ont provoquées. L'avenir de l'anthropologie passe par l'élargissement des ses thèmes traditionnels.

#### IV. 3. La question de l'autorité

##### Le "discours naturel"

Qu'apporte l'anthropologie à la connaissance de la société ? En premier lieu, contrairement à toutes les autres sciences sociales elle s'intéresse au "discours naturel" au sens de langue naturelle, à la parole ordinaire. Au lieu de leur substituer des catégories préconstruites, des problématiques imposées, des discours "représentatifs", des chiffres... elle prend "au sérieux" les propos de la vie quotidienne, y trouvant à la fois sa matière et son autorité. L'anthropologue ne peut avancer "sérieusement" que des propositions appuyées, justifiées par la parole de ses locuteurs. Ceux-ci peuvent évidemment mentir, se tromper ou se taire mais ces "mensonges, secrets et silences" fondent l'interprétation du chercheur. En anthropologie tout "discours savant" découle —selon diverses procédures dont le lecteur est témoin— du discours naturel, des propos des locuteurs.

##### Le témoignage

En effet, l'anthropologie utilise prioritairement le témoignage qui évidemment dispose d'une autorité supérieure à toute source écrite directe. Le crédit dont dispose la parole de celui qui a vu l'événement s'explique par diverses raisons, sa présence certes mais aussi le regard d'en bas, la multiplication des détails et l'observation microscopique. C'est un des aspects de l'«observation dense». "Aux historiens, [les témoins] apprendront que toute l'histoire militaire vue de haut, conçue en partie d'échec, faite d'après les documents d'état-major et sans les témoignages des vrais acteurs, de ceux qui portent et subissent les coups, est une agréable illusion où l'on croit pouvoir construire un ensemble, lequel est fait de détails, sans connaître l'essence même de ces détails" (Cru, 1997 : 53). En outre, l'anthropologue est souvent également présent dans les situations qu'il étudie et, même s'il se trompe, cette situation assure un grand crédit à son autorité.

En fait je ne fais que décrire l'anthropologie que j'aime et que j'essaie de faire. Mais je sais aussi que ses développements ultérieurs apparaîtront là où je ne les attends pas. C'est à dire que tout ce que j'ai dit se révélera faux. Mais sait-on jamais ?

BIBLIOGRAPHIE

- AGULHON, Maurice. *De Gaulle*, Paris, Plon, 2000.
- AUSTIN, John L. *How to do things with words*, Cambridge, Harvard University Press, 1962..
- . *Le langage de la perception*, Paris, Armand Colin, 1971.
- . *Philosophical Papers*, 1994.
- BERQUE, Jacques. *Opera Minora*, Paris, Bouchène, 2001.
- CHARTIER, Roger. *Le jeu de la règle. Lectures*, Bordeaux, Presses Universitaires de Bordeaux, Études Culturelles, 2000.
- CLIFFORD, James & MARCUS, George E. *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, Los Angeles, London, University of California Press, 1988 (1986).
- CRU, Jean Norton. *Du témoignage*, Paris, Allia, 1997 (1930).
- DAKLHIA, Jocelyne. "Le terrain de la vérité", *Enquête* 1, 1995.
- EVANS-PRITCHARD, E. E. *Les Nuer. Description des modes de vie et des institutions politiques d'un peuple nilote*, Paris, Gallimard, 1968.
- FOUCAULT, Michel. *Les mots et les choses*, Paris, Gallimard, 1966.
- . *L'ordre du discours*, Paris, Gallimard, 1972.
- GOFFMAN, Erving. *Façon de parler*, Paris, Éditions de Minuit, 1987.
- GOODY, Jack. "The Anthropologist and the Tape-recorder", *Minpaku Anthropology Newsletter* 1, December 1995.
- GRICE, P. "Logique et conversation", *Communication* 30, 1979.
- HILL, Jane H. & IRVINE, Judith T. *Responsability and Evidence in Oral Discourse*, Cambridge, Cambridge University Press, Studies in the Social and Cultural Foundations of Language, 15, 1993.
- JULES-ROSETTE, Bennetta. "L'ethnographie et l'ethnologie indigène. L'histoire, le discours et les paysages de la mémoire", *Cahiers ethnologiques* 18, 1996: 71-80.
- KUHN, Thomas S. *La structure des révolutions scientifiques*, Paris, Flammarion, Champs, 1983.
- LAUGIER, S. *Du réel à l'ordinaire. Quelle philosophie du langage aujourd'hui ?*, Paris, Vrin, 1999.
- . *Penser l'ordinaire : une autre philosophie américaine*, Paris, PUF, 1999.
- LISÓN TOLOSANA, Carmelo, et al. *Antropología: Horizontes teóricos*, Granada, Comares, 1998.
- (ed.). *Antropología: Horizontes interpretativos*, Granada, Universidad de Granada, 2000.

- MARCUS, George E. & FISCHER, Michael M. *Anthropology as Cultural Critic. An Experimental Moment in the Human Sciences*, Chicago – London The University of Chicago Press, 1986.
- POUILLON, François. "Enquête dans la bibliographie de Jacques Berque. Parcours d'histoire sociale", *Revue des Mondes Musulmans et de la Méditerranée* 83-84, 1988.
- RORTY, Richard. *Conséquences du pragmatisme*, Paris, Le Seuil, 1993 (a).
- . *Contingence, ironie et solidarité*, Paris, Armand Colin, 1993 (b).
- ROSALDO, Renato. *Culture & Truth*, Boston, Beacon Press, 1998.
- . *Ilongot Headhunting*, Stanford, Stanford University Press, 1980.
- SANMARTÍN, Ricardo. *Valores culturales. El cambio social entre la tradición y la modernidad*, Granada, Comares, 1999.
- SARTRE, Jean-Paul. *L'Être et le néant. Essai d'ontologie phénoménologique*, Paris, Gallimard, 1992 (1943).
- TEDLOCK, Dennis. *The Spoken World and the Work on Interpretation*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1983.
- TRAIMOND, Bernard. *Vérités en quête d'auteurs. Essai sur la critique des sources en anthropologie*, Bordeaux, William Blake and Co., 2000.
- . *Une cause nationale : l'orthographe française*, Paris, PUF, Ethnologies, 2001.
- VERLET, Loup. *La malle de Newton*, Paris, Gallimard, 1993.
- WITTGENSTEIN, Ludwig. *Recherches philosophiques*, Paris, Gallimard, 1953.

## ANNEXE

Extrait de TRAIMOND, Bernard, *Une cause nationale : l'orthographe française. Éloge de l'inconstance*, Paris, PUF, Ethnologies, 2001, pp. 21-22.

Précisons donc maintenant de façon synthétique et donc juridique la logique de notre démarche.

En premier lieu, nous avons choisi certaines sources privilégiées (mais non exclusives), les propos de locuteurs, des praticiens de l'orthographe que nous sommes tous. Le choix de ce type de données entraîne deux conséquences :

1. Chaque information est singulière et n'exprime que la rencontre ponctuelle du locuteur et de l'enquêteur. Selon les questions posées, la nature et l'intensité des relations ainsi établies, les informations échangées seront chaque fois différentes.

2. Chacune ne constitue qu'une micro-donnée, exprimée et analysée à une échelle restreinte, c'est chaque fois un détail, une poussière... À ce nuage, il faudra trouver un sens.



Le second choix porte sur l'objet auquel quiconque se trouve confronté. Tout Français a une expérience de ses relations à l'orthographe et nous voudrions rendre compte de la perception émotionnelle de ces situations.<sup>8</sup>

De là découlent deux conséquences :

1. Le lien entre ce vécu ressenti et la cause nationale ne s'impose évidemment pas et le glissement de l'un à l'autre (les fautes d'orthographe et le refus de toute réforme par exemple) sera au centre de notre problématique justement en raison de l'absurdité du lien. Il se perpétue malgré l'absence de toute relation immédiate ou rationnelle entre l'orthographe et la nation. Pour pouvoir être exprimé, il doit passer par diverses médiations, l'imposition de mécanismes idéologiques, dont il faudra déterminer les étapes.

2. La problématique posée décide donc de l'objet de l'enquête mais aussi des réponses des locuteurs par le truchement, entre autres, de formulations des questions. L'un pourra être amené à donner un avis sur un point sur lequel il n'a jamais réfléchi, l'autre changer d'opinion au cours de la rencontre, entre deux entretiens et après l'un d'eux. L'analyse de ces données ainsi recueillies doit faire intervenir ces contingences. La simple lecture de la transcription des entretiens montre que tel locuteur dispose d'un discours organisé et réfléchi sur l'orthographe alors qu'un autre ne dispose d'un discours élaboré qu'à la fin de la rencontre, les questions posées et les premières réponses, lui posant des interrogations dont il ne s'était pas préoccupé auparavant. Toutes ces données nous fournissent les matériaux de la réflexion.

Troisième choix, enfin, qui découle des deux premiers. Nous allons donc travailler sur des représentations.

1. Cela signifie que même si quiconque a une pratique de l'orthographe, ce vécu ne nous parvient que par le truchement de propos qu'il faut ensuite décrypter. Il ne s'agit donc pas seulement de les reproduire mais de les comprendre, de reconstituer la rationalité du locuteur et les catégories utilisées.

2. Nous ne rencontrerons donc que des discours. Par l'analyse critique de ces informations, notre travail consistera à les hiérarchiser selon par exemple, le degré de véracité accordé par le locuteur ou les contextes, les questions qui les ont suscités et surtout notre problématique. Tout n'est pas vrai, ni même intéressant mais seule l'articulation des diverses données les unes aux autres engendre l'analyse.

Pour désigner cette démarche d'un mot, nous pourrions l'appeler une *ethnopragmatique* pour élargir l'expression d'Alessandro Duranti (Hill & Irvine, 1993 : 24). Nous proposons de la définir par les quelques principes brièvement et dogmatiquement énoncés plus haut dans le but de donner les "règles du jeu" qui ont présidées au déroulement de l'enquête, à l'interprétation et la présentation des données recueillies. Mais la validité de la démarche ne pourra s'affirmer que par l'adhésion du lecteur. Elle doit convaincre par la rationalité de la démonstration mais aussi par la conformité à des situations déjà rencontrées par d'autres. "Mon expérience personnelle—écrit Renato Rosaldo—sert de véhicule pour rendre le type et la fameuse douleur des Ilongots<sup>9</sup> plus facilement accessible aux lecteurs que certains des plus détachés modes de composition" (Rosaldo, 1989 : 82). Cette relation chercheur/lecteur fonde l'acte de lecture qui, s'il fonctionne bien, amène le propos de l'auteur à coïncider avec ce qu'en retient celui qui parcourt le texte selon des modalités très diverses.

---

<sup>8</sup> Ce texte nous remet sans décalage dans l'émotion primitive que provoqua l'expérience, écrit François Pouillon à propos d'une phrase de Jacques Berque (Pouillon, 1998 : 47).

<sup>9</sup> Minorité des Philippines.



# *Pour une anthropologie de l'actuel et de l'inactuel dans le contemporain*

PAR  
PIERRE BIDART\*

Penser l'anthropologie de demain, voilà un défi redoutable. En quoi l'anthropologie de demain pourrait-elle être différente de celle d'aujourd'hui, sachant que cette science sociale, comme les autres, se doit d'assumer conjointement deux missions : l'une cognitive — l'observation, l'analyse des sociétés et la fabrication d'instruments de connaissance — ; l'autre réformatrice — agir sur les transformations sociales en faveur du bien-être général —. La réflexion de Durkheim, selon laquelle la contribution des sciences sociales serait vaine si elles ne visaient que l'accumulation de connaissances, reste toujours d'une grande actualité.

Cette anthropologie de demain nous paraît devoir s'organiser moins autour de la question de la production de nouveaux paradigmes qu'autour de l'observation et de l'analyse des processus de recomposition, de déplacement des structures, de valeurs et des attitudes qui accompagnent les transformations sociales contemporaines. Les deux paradigmes qui ont fortement stimulé la pensée anthropologique au cours de la deuxième moitié du XX<sup>ème</sup> siècle — le structuralisme et le marxisme — ont perdu l'essentiel de leur opérativité scientifique : le premier pour avoir sous-estimé le rôle de l'histoire, le second pour avoir souffert du discrédit du système politique communiste. L'effondrement de ces deux paradigmes veut-il dire que l'anthropologie se trouve aujourd'hui en déshérence, confrontée à une "crise", comme certains le pensent ? Je ne le crois pas.

L'anthropologie s'est développée au XIX<sup>ème</sup> siècle au moment où la société "moderne" commençait à afficher les signes de son triomphe futur et à exprimer un besoin d'auto-connaissance. Cette correspondance entre la formation des sciences sociales et la formation de la société moderne reste un fait historique majeur, mais aussi un principe d'espérance pour aujourd'hui et demain. La question peut être posée de manière similaire : quelle correspondance entre l'anthropologie et les sociétés contemporaines, sachant que le contemporain se décline désormais, pour la première fois dans l'histoire de l'humanité, de manière paradoxale sur le mode de la mondialisation et sur le mode de la localisation ?

---

\* Professeur à l'Université de Bordeaux 2.

Lors du Sommet européen de Nice, la rédaction de certains articles relatifs à la qualification du substrat culturel du passé européen a soulevé en France un débat resté, certes, limité à quelques cercles d'intellectuels, mais instructif pour notre propos.

Le texte primitif mentionnait la présence d'un "héritage religieux"; le Gouvernement français a préféré proposer la formule de "patrimoine spirituel", ce qui a suscité la remarque d'un journaliste connu par ses écrits, Jean-Claude Guillebaud, qui y voyait la traduction d'une "crispation laïcarde". Un groupe de 70 intellectuels publiait un manifeste favorable à l'expression "héritage religieux". D'autres se mobilisaient pour défendre la formule du Premier Ministre Lionel Jospin, arguant que le concept du *religieux* était vrai partiellement et que celui de *spirituel* désignait l'ensemble de l'héritage en prenant en compte, en même temps que la dimension religieuse, la part non religieuse de la pensée et des œuvres culturelles —celle représentée par Les Lumières et la laïcité—, et en faisant observer que cette part non religieuse s'était construite en opposition avec la part religieuse.

Ce débat, sans doute très franco-français à bien des égards, annonce à nos yeux d'autres débats futurs à propos de la définition du corpus axiologique appelé à gouverner, demain, l'Europe. L'évaluation de l'héritage du passé s'inscrit dans la volonté de définir un héritage à transmettre pour le futur, pour inspirer le futur, avec l'élargissement européen.

Les théories hâtives de la "mort de Dieu" trouvent ici un démenti et l'anthropologie —qui n'est pas une science en crise— peut trouver ici non seulement un objet d'étude mais une manière de peser sur les débats qui accompagnent cet élargissement européen. Il me paraît important de ne pas considérer ce débat comme l'expression de l'«exception» culturelle française, ni comme un débat mineur, ni comme un agréable exercice réservé à quelques élites savantes même s'il est vrai que l'intelligibilité des termes de ce débat échappe à la majorité de nos concitoyens : c'est en réalité, nous semble-t-il, un sujet central pour la réflexion anthropologique, couvrant les questions de la généalogie des valeurs, des "survivances" dans nos sociétés modernes, de la part d'*actuel* et d'*inactuel* dans notre monde contemporain et de leurs rapports réciproques.

Deux autres faits culturels peuvent nous permettre de sentir l'importance d'une telle problématique troublant le cours des sociétés modernes confrontées, pour la première fois de leur histoire, au vieillissement de la population, au tassement de la natalité et par voie de conséquence, à l'opportunité de devoir faire appel à l'immigration.

Partons de l'Italie. Un concept nouveau —celui de *coltura dominante*— est en train de s'affirmer, appuyé en particulier par des membres de la hiérarchie catholique afin d'orienter la politique migratoire de l'Italie. En effet, ce pays connaît une immigration clandestine, alimentée par des pays comme l'Albanie ou le Kosovo, difficile à maîtriser, composée de gens d'appartenance religieuse musulmane. Face à ces arrivées contestées, le concept de *coltura dominante* entend opposer une représentation catholique de l'Italie et de son passé culturel, imaginant de manière préférentielle pour l'Italie une immigration d'origine sud-américaine marquée, elle, du sceau de la catholicité, et donc plus conforme à la configuration culturelle italienne ancienne et actuelle. Le spectre d'une islamisation de la société italienne a même été brandi par le journal de la Ligue Lombarde, en faisant figurer sur la page de couverture une ville de Milan hérissée de minarets. On observera que la Ligue Lombarde glisse ainsi d'un régionalisme extrémiste, appuyé sur une vision dichotomique de l'Italie : le nord, industriel et riche ; le Sud, paresseux et pauvre, vers la xénophobie illustrée ici par la version anti-arabe.

Si nous quittons l'Italie pour observer l'Allemagne, nous y remarquons des mouvements de pensée similaires. Un concept inédit est apparu récemment, celui de la *Deutsch Leit Kultur*, sous l'impulsion de cercles de pensée liés à la démocratie chrétienne, face à une immigration, pour une bonne part, de caractère turque. On peut rendre cette expression par la notion de "référence culturelle allemande" ; nous sommes loin de la *Deutschtum*, de sinistre mémoire, dont l'usage fut interdit après la Deuxième Guerre Mondiale. L'immigration arabo-musulmane désigne et symbolise ainsi la part la plus étrangère, la moins intégrable par la culture allemande. Cet aspect me rappelle les conditions historiques dans lesquels le nationalisme basque, sous l'impulsion d'un Sabino Arana Goiri, catholique ultra-conservateur, traitait de *make-tos* les pauvres migrants de l'intérieur qu'étaient les Galiciens, les Andalous et autres Castillans, main d'œuvre du capitalisme industriel naissant du Pays Basque. Toujours à propos de l'Allemagne et sur un autre registre, le Chef d'État allemand, Johannes Rau, s'est déclaré fier d'être Prussien, le dimanche 7 janvier, à l'occasion de manifestations marquant le 300<sup>ème</sup> anniversaire du couronnement de Frédéric 1<sup>er</sup>, Premier roi de Prusse, en janvier 1701, considéré comme l'incarnation des valeurs militaires. Le Président allemand a profité de l'occasion pour s'exprimer sur "le double visage de la Prusse" : "la distance historique nous autorise à tenter de comprendre et d'interpréter la Prusse de manière moins passionnée [...] et à reconnaître que certaines traditions et comportements méritent d'être mis en exergue et redécouverts —la tolérance et le réformisme, l'altruisme et la modestie, l'État-nation, la loi et l'ordre", rapporte le *Frankfurter Allgemeine Zeitung* du 7 janvier (2001).

Sur ces quatre faits, deux concernent des aspects qualifiables de culturels, deux autres sont relatifs au fait religieux ; cependant les quatre partagent une préoccupation commune, une tension historique commune : celle d'appeler des éléments du passé pour conforter un présent ou un futur incertains. On peut avoir ainsi le sentiment de nous trouver devant un champ de "survivances", d'archaïsmes (bien proche du magasin de costumes de théâtre auquel Nietzsche comparait "le jardin de l'histoire") dans lequel l'homme du XX<sup>ème</sup> siècle n'y rencontrerait aucune identité forte mais seulement une galerie de "masques" disponibles.<sup>1</sup> Après l'étude des archaïsmes dans les sociétés exotiques, on pourrait imaginer que l'anthropologie s'attacherait à observer les "archaïsmes", de plus en plus nombreux, au sein des sociétés modernes, et pour reprendre le titre de notre exposé, la partie *inactuelle* de notre contemporain.

Une réflexion sur le devenir de l'anthropologie, déjà engagée par plusieurs auteurs,<sup>2</sup> doit également prendre en considération les modalités de construction historique non pas tant de l'anthropologie que des anthropologies. En France, celle-ci s'est largement appuyée pour s'élaborer sur le processus de colonisation et sur les sociétés placées sous la dépendance française. En Allemagne, la pensée ethnographique s'est constituée au XIX<sup>ème</sup> siècle, en œuvrant directement à la construction de la nation allemande et en se consacrant à l'analyse des différentes facettes de la germanité. En Espagne, celle-ci s'est formée à travers la prospection ethnographique des caractéristiques culturelles des différentes provinces d'Espagne, ignorant superbement, comme cela a été souligné par Carmelo Lisón Tolosana, le grand passé colonial sud-américain qui avait inspiré les premiers textes ethnographiques dans l'histoire de l'anthropologie. En Angleterre, elle a été le produit d'une expérience, proche à bien des égards, de celle que nous avons remarquée pour la France. On doit donc retenir de ces exemples la dimension proprement nationale des anthropologies euro-

---

<sup>1</sup> Voir *La fin de la Modernité. Nihilisme et herméneutique dans la culture post-moderne* de Gianni VATTIMO, Éd. du Seuil, 1992, à partir de la page 151.

<sup>2</sup> Voir par exemple la *Revue Internationale des Sciences Sociales* de septembre 1993, n.° 153, consacrée à "Anthropologie. Problématique et perspectives", "Franchir les frontières anciennes" ; *Anthropologie et Sociétés*, vol. 24, n.° 1, 2000, consacrée aux "Terrains d'avenir" sous la direction de Serge GENEST et Jean COPANS. Voir aussi les ouvrages et articles suivants : AHMED, A. S., et C. N. SHORE (dirs.), *The future of Anthropology*, Londres, Athlone, 1995 ; AUGÉ, M., *Pour une anthropologie des mondes contemporains*, Paris, Flammarion, 1994 ; MOORE, H. L. (dir.), *The future of anthropological Knowledge*, Londres et New York, Routledge, 1996 ; MARCUS, G. E. (dir.), *Critical Anthropology Now. Unexpected Contexts, Shifting Constituencies, Changing Agendas*, Santa Fe, School of American Research Press, 1999 ; GIDDENS, A., "Épilogue : Notes of the future anthropology", dans AHMED, S. et SHORE, C. N., ouvrage déjà cité, pp. 272-277 ; MARCUS, G. E., "Critical Anthropology Now: An Introduction", dans MARCUS, G. E., ouvrage déjà cité, pp. 3-28.

peennes. Cette inscription nationale ne constitue ni un héritage encombrant, ni un héritage insignifiant que l'on pourrait se permettre d'oublier. Ce point est aujourd'hui directement interpellé avec la perspective de la mondialisation. Le monde doit-il être le nouvel horizon de la pensée anthropologique avec comme conséquence la constitution d'une anthropologie mondiale ?

Si tel était le cas, nous bousculerions la charte épistémologique de l'enquête ethno-graphique réalisée auprès de sociétés s'incarnant dans des réalités concrètes. L'anthropologie doit-elle se crispier dans sa dimension nationale ? Non plus car la dénationalisation du regard anthropologique apparaît comme une nouvelle exigence culturelle et scientifique, laquelle signifie le croisement des regards anthropologiques sur les mêmes sociétés.

Aussi les anthropologies contemporaines —la française animée par des anthropologues français, l'espagnole animée par des anthropologues espagnols, l'anglaise, l'italienne, etc. (étant entendu que chaque société et chaque époque historique désignent et vivent leur contemporain à leur manière)— et l'anthropologie du monde contemporain sont-elles les deux versants d'un même mouvement scientifique, et chacun de ces versants ou chacun de ces composants est confronté au rôle de la *tradition* face à ce qui ne relève pas de la tradition (dans le cadre de relations complexes mouvantes, de continuité/discontinuité, mais aussi comme on le verra de *concurrency*, d'*opposition* et de *complémentarité*), ce que nous transcrivons de manière duale par les expressions d'*inactuel* et d'*actuel* au sein de l'anthropologie et au sein du monde contemporain.

Cette incarnation de l'anthropologie dans une configuration nationale est une richesse à préserver : il serait incongru que les étudiants espagnols en anthropologie soient formés avec les catégories et les traditions de l'anthropologie française et réciproquement, de même qu'avec le concours d'une anthropologie mondialiste culturellement désincarnée !

Si l'anthropologie doit conserver ses ambitions universitaires et comparatistes (avec les précautions que cela exige), on ne peut la penser pour autant comme une discipline mondialiste. Évoquant le "postmodernisme mondialiste", Jean Copans note que "celui-ci ne peut se comprendre que comme un phénomène typiquement américain"<sup>3</sup> de même que les engagements marxistes et structuralistes caractérisent la France des années 1960-1975.

---

<sup>3</sup> COPANS, J., "Mondialisation des terrains ou internationalisation des traditions disciplinaires. L'utopie d'une anthropologie sans frontières", dans *Anthropologie et Sociétés*, ouvrage déjà cité, p. 21-42.

La dimension nationale de l'anthropologie —consécutive de sa contribution à l'édification des États-nations— mérite sans contexte d'être non pas combattue mais dépassée. Comment ? Non pas en considérant la nation comme un cadre social et culturel dépassé (ce serait sous-estimer gravement la force de son opérativité symbolique) mais en promouvant une anthropologie saisissant les nouvelles échelles d'espace et de temps en voie de constitution (l'Europe en ce qui nous concerne, mais aussi le monde) de même que les fondements de nouvelles représentations collectives (quêtes identitaires, crispations religieuses élargissement de l'imaginaire individuel, etc.). À cet égard, la tradition d'une discipline est tout sauf une entrave ; elle fonde une partie de son autorité, de sa visibilité sociale, de son organisation institutionnelle. La formation universitaire doit sans cesse la rappeler non pas tant pour affirmer son exemplarité et la copier que pour souligner les conditions par lesquelles cette tradition s'est instituée en tant que telle, et cela, de manière à penser les conditions générales nécessaires à l'institution d'une tradition scientifique.

Si l'anthropologie est bien le produit d'une société déterminée, travaillée par des questionnements appartenant à l'ordre du politique, de l'économique, du scientifique ou du religieux, elle est aussi la résultante de ses relations avec les autres sciences sociales. Relations faites de complicité, de concurrence, d'emprunts, de ruptures, d'oppositions. George Stocking, historien américain de l'anthropologie, a pu montrer que le modèle Kuhnien de la succession de paradigmes exclusifs ne régissait pas de manière figée le monde des sciences sociales.

Au lieu de la vision commode et habituelle, élaborée par chaque discipline, d'une succession ordonnée d'école —évolutionnisme, diffusionnisme, fonctionnalisme— il met en exergue la dimension pluriparadigmatique de l'anthropologie et propose le terme de *cynosure* pour qualifier cette situation de coexistence de visions du monde et de programmes de recherche au sein desquels se remarque une approche dominante.

On doit souhaiter que cette dimension pluriparadigmatique se maintienne dans l'anthropologie de demain ; elle est la garantie, demain, comme hier, de sa fécondité ; c'est aussi, sans doute, une protection contre tous les dogmatismes pour lesquels l'objectivité des sciences sociales n'a pas à être réaffirmée.

L'objectivité des sciences sociales doit sans cesse être objectivée, ce qui ne rend pas par autant leur véracité moins relative. On déplore souvent que les sciences sociales ne soient pas cumulatives ; mieux vaudrait se féliciter, de leur vocation au recommencement, voire à la refondation. Elles sont trop politiques pour que leur dogmatisme ne soit pas redoutable, note justement l'anthropologue Bazin.



Le trait le plus marquant de l'évolution des sciences sociales aujourd'hui est la prise de conscience de leur historicité. Preuve sans doute que notre mode d'insertion dans le monde contemporain (notre façon d'être dans le monde dirait Heidegger) se manifeste aujourd'hui de manière bien singulière.

C'est que le contemporain ne se réduit pas à une seule dimension, celle du présent. En effet, s'il s'organise autour d'objets culturels, de valeurs, de croyances, de pratiques qualifiables d'*actuels*, c'est-à-dire produits par le contemporain (par exemple, la musique rock), il s'organise également autour d'objets culturels, de valeurs, de croyances, de pratiques qualifiables d'*inactuels*, c'est-à-dire hérités du passé, et conservant une opérativité symbolique forte (par exemple, la fascination exercée par la musique de Mozart deux siècles après son décès). Les rapports de plus en plus complexes et plastiques entre le "passé" et le "présent" de même que la nature de ces deux éléments ne peuvent se comprendre qu'au travers de leur historicité respective. Il y a bien une expérience du passé et une expérience du présent, au sein de notre contemporain, non réductibles l'une à l'autre, dont les interactions peuvent s'exprimer, selon les cas, à partir de cette trilogie configurative : l'opposition, la concurrence, la complémentarité. Les relations possibles entre la musique rock et la musique classique permettent d'illustrer cette construction théorique.

C'est, me semble-t-il, outre l'ensemble des événements scientifiques susceptibles de bousculer les frontières entre les sciences sociales, cet ensemble de relations entre l'*actuel* et l'*inactuel* qui pourrait, au moins partiellement, inspirer une "anthropologie pour demain", pour laquelle, faut-il le rappeler, les générations de demain devront assumer leurs propres responsabilités !

Au XIX<sup>ème</sup> siècle, quand la Modernité insistait sur la discontinuité, l'anthropologie naissante s'intéressait plutôt aux mécanismes de la continuité, les sociétés exotiques offrant le terrain idéal pour leur observation.

La Modernité aujourd'hui s'intéresse simultanément à la discontinuité et à la continuité, mettant l'anthropologie dans l'obligation de prendre en compte ces deux dimensions.







La FUNDACIÓN JOAQUÍN COSTA es una institución privada de carácter cultural adscrita al Instituto de Estudios Altoaragoneses. El cumplimiento de sus fines está confiado al Patronato rector. Tales fines quedan definidos en el artículo 5.º de los Estatutos de la siguiente forma:

A) Facilitar el *conocimiento pleno de la obra* de don Joaquín Costa, contribuir al estudio de su personalidad, formar una Biblioteca especializada y reunir colecciones documentales sobre diversos aspectos del periodo considerado.

B) Promover, fomentar y llevar a cabo *estudios, investigaciones y proyectos* en materias relacionadas con el Derecho, la Historia y el progreso social y económico de España. Sin marcar límite estricto a la programación de actividades, el Patronato dará preferencia a las que sean susceptibles de aplicación específica, tales como las propias de las siguientes disciplinas, que se citan a título de mera indicación:

- Economía Agraria.
- Desarrollo de recursos naturales.
- Energía y política hidráulica.
- Expansión industrial.
- Ecología y medio ambiente.
- Política social.
- Econometría y modelos macro económicos.

C) *Acción cultural* en forma de conferencias, cursos y publicaciones varias, incluso las de boletines informativos y revistas.



Joaquín Costa

FUNDACIÓN



9 770213 140008





Joaquín Costa  
FUNDACIÓN



9 770213 140008